

4/231

J. G. P.

CHRISTOPHER HILL

ARIEL-HISTORIA

DE LA REFORMA
A LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL
1530-1780

Traducción de
JORDI BELTRAN

EDITORIAL ARIEL
BARCELONA-CARACAS-MÉXICO
1980

Capítulo 1

ARGUMENTO

Ésta es la recompensa que busco, que mis esfuerzos sean recibidos con indulgencia hasta el momento en que esta descripción mía sea refutada por otra mejor.

SIR WALTER RALEIGH, *History of the World* (1614)

En el presente libro he tratado de aislar y explicar algunas de las características que hacen que la historia de Inglaterra sea distinta de la del resto de Europa en los años comprendidos entre 1530 y 1780. Los movimientos de población y precios fueron más o menos parados en toda Europa durante dicho período, pero los Países Bajos e Inglaterra se distinguieron del resto por ser el marco de revoluciones políticas cuyo éxito se tradujo en una mayor influencia comercial sobre los gobiernos. Inglaterra se distinguió por su Revolución Industrial en las postrimerías de nuestro cuarto de milenio. La revolución de los precios habida en el siglo XVI se vio acompañada por la decadencia industrial en España y los avances de la industria inglesa. En el siglo XVII el nivel de vida de los campesinos ingleses descendió y algunos historiadores, al explicar este fenómeno, lo han atribuido al aumento de la población solamente. Sin embargo, en la Checoslovaquia del siglo XV el descenso del nivel de vida del campesinado se produjo simultáneamente al *desempeño* de la población. El aumento de la población contribuyó a la revolución industrial en la Inglaterra del siglo XVIII, pero en Irlanda, China y otras partes probablemente no hizo más que aumentar la pobreza.¹ Dado que gran

¹ Véase pp. 94-96, 280.

Parte de tierra arable en Inglaterra seguía sin ser cultivada en el siglo xviii, cabría preguntarse por qué el aumento de la población no conllevó a una expansión de la agricultura campesina.

Tampoco podemos atribuir la crisis política a los cambios demográficos o monetarios. En Inglaterra los años 1530-1620 fueron testigos de una inflación y de lo que algunos historiadores han dado en llamar una explosión demográfica: fueron años de relativa estabilidad social y política. Vino luego medio siglo de crisis política durante el cual la inflación disminuyó y, según se cree, el aumento demográfico perdió fuerza. En el siglo xviii, cuando las instituciones y las relaciones sociales volvían a ser relativamente estables, también los precios eran estables, pero se cree que la población volvió a aumentar a mayor ritmo. Ni la demografía ni los factores monetarios dan la clave para comprender los cambios históricos. La crisis económica del siglo xvii que afectó a la totalidad de la Europa occidental reforzó el absolutismo en la mayor parte de los países continentales y en los Países Bajos llevó a la consolidación de una oligarquía mercantil; sólo en Inglaterra creó un sistema político dentro del cual el capital comercial e industrial gozó de libertad para desarrollarse.² La relación entre la economía y la política no es sencilla.

Por lo tanto, la historia social, a mi modo de ver, no es lo que G. M. Trevelyan llamó "la historia de un pueblo omitiendo la política". La política afectaba la estructura social y, por consiguiente, la vida económica y social del pueblo. En este libro he hecho hincapié en la importancia que la revolución política del siglo xvii tuvo para la transformación de la vida económica y social inglesa al hacer posible lo que los historiadores están empezando a reconocer como las revoluciones agrícola y comercial del siglo xvii,³ y preparar la revolución industrial del siglo xviii: aunque, por supuesto, la misma revolución política también tenía causas económicas. Mi intención ha sido en todo momento poner de relieve la *interacción* entre la política y la economía, ya que ninguna de ellas es una causa suficiente por sí sola. Algunos historiadores, por ejemplo, se muestran dispuestos a

2. E. Hobsbawm, "The general crisis of the European economy in the seventeenth century", *Fair and Power*, p. 156.

3. Véase Tercera Parte, capítulos 1 y 4.

atribuir efectos de mucho alcance a la libertad de comprar y vender tierra que existió en Inglaterra entre 1530 y 1660. Esto no representa ningún problema siempre y cuando se tenga en cuenta que la existencia de un mercado abierto de tierra no era fortuita, sino que su principio y su fin fueron resultado de cambios legales llevados a cabo por hombres: los estatutos del *Reformation Parliament*⁴ y el *settlement*⁵ desarrollado por los abogados del interregno. Detrás de estos cambios estaba la presión ejercida por los posibles compradores y esto a su vez comenzó y terminó por motivos que pueden analizarse.⁶ Cuando observamos lo que el profesor Wilson ha denominado "la desesperanza embriagada" del tejedor del West Country en el siglo xviii, que fue causa y efecto de su decadencia económica, y la comparamos con la sobria independencia de su próspero colega del West Riding, bien podemos preguntarnos si no tendría algo que ver con ella la catástrofe de rotura sufrida por la rebelión de Monmouth en el Oeste en 1685, la última reacción de la Vieja Causa.

Una forma de apreciar el impacto de la política sobre el desarrollo económico consiste en preguntarse si la historia de Inglaterra podría haber seguido otro curso. Vale la pena que esta pregunta nos la formulemos ahora, cuando podemos ver que el imperialismo occidental fue un breve interludio en la historia de la humanidad. Supongamos que la pequeña Inglaterra de los primeros años de Isabel hubiese continuado existiendo; supongamos que el resultado de la Revolución Inglesa hubiese sido la victoria de los radicales que tan cerca estuvieron de hacerse con el control del ejército en 1647-1649; que, en consecuencia, la proletarianización de los pequeños maestros industriales, la desaparición de la clase de los pequeños propietarios agrícolas (*yeomanry*), se hubiese visto considerablemente retrasada; que la oposición de los *levelers*⁷ a la conquista de Irlanda se hubiese impuesto en 1649; supongamos que el autor de *Tyranny Critic* (también publicado en 1649) hubiese persuadido a sus compa-

4. "Parlamento de la Reforma", 1529-1536. El que rompió los vínculos que durante siglos habían mantenido a Inglaterra unida a Roma. Todas las notas introducidas por este libro pertenecen al traductor. (N. del T.)

5. Forma jurídica destinada a vincular la tierra al hijo primogénito.

6. Véase pp. 71-72, 163-167, 213-215.

7. Movimiento igualitario que alcanzó su apogeo durante la guerra civil.

tristes de que estaba mal que los mercaderes "robasen a los pobres indios" e hicieran esclavos, o que los gobiernos de los ricos se valieran de los pobres para librar sus batallas. Supongamos que no se hubieran aprobado las Leyes de Navegación (*Navigatio Acti*), que no hubieran existido una marina poderosa, un imperio colonial basado en el monopolio, ni se hubiese producido una revolución comercial. Los mercaderes holandeses hubieran continuado encargándose de nuestro comercio, la acumulación de capital habría sido mucho más lenta y en Inglaterra no se hubiese producido una revolución industrial antes que en el resto del mundo. Puede que el trabajador que en 1530 podía ganarse el sustento anual trabajando de catorce a quince semanas no hubiese tenido que trabajar cincuenta y dos semanas para ganar lo mismo dos siglos más tarde.

Pero no dejemos que el sentimentalismo nos impida a sacar la conclusión de que todo habría sido ganancias si Inglaterra hubiese seguido la senda relativamente pacífica de una Dinamarca o una Suiza en vez de convertirse en potencia mundial. La poesía de Milton, la astronomía de Newton, la *Gráfica de Locke*, la máquina de vapor de Watt, la economía de Adam Smith, sin duda todo esto desaparecería también si nos empujásemos a negar la existencia de la relación de fuerzas sociales que hizo que la revolución inglesa siguiera el camino que siguió. Los factores a largo plazo que en Inglaterra fomentaron el crecimiento económico también ocasionaron la revolución del siglo xvii. Al quitar estorbos a la expansión del capitalismo, esto creó las condiciones para aquel equilibrio singularmente favorable que existió en Inglaterra entre la población y los recursos y del cual naciera la Revolución Industrial. No podemos cambiar un factor variable sin afectar a todos los demás. De hecho, preciso que esa es la lección última que podemos aprender de la historia: que lo limpio es sucio y lo sucio es limpio. "Quizás esto sea aquella perdición en que cayó Adán de conocer el bien y el mal, es decir, de conocer el bien por el mal." La historia, como una vez dijo Engels, trata "de la más cruel de todas las diosas, la que conduce su carro triunfal sobre montañas de muertos".

5. Véase la perspectiva histórica de la primera edición de este libro a cargo de D. W. Jones en *English Historical Review*, LXXXIV, pp. 113-120.

Capítulo 2 1530-1780

Antes de 1640 [el mercantilismo] había sido una política impuesta por el gobierno a los intereses comerciales; después de la caída fecha se convirtió, en creciente medida, en una política impuesta por los intereses comerciales al gobierno.

R. H. Tawney, *recta en Economic History Review*, v (1935)

Quando era pequeño e iba a la escuela mis libros de historia de Inglaterra daban la impresión de que un buen día del año 1485 los ingleses se despertaron y, llenos de sorpresa, se dijeron: "La Edad Media ha terminado. Los tiempos modernos han empezado". Ahora esta opinión se nos antoja ingenua y tonta. Sabemos que el paso de la corona de una dinastía a otra no es un acontecimiento que haga época. Pero hay que estar atentos y no trasladar la tontería de una fecha a otra: a 1461 o 1529, o a la totalidad de la década de 1530. Ninguna de esas fechas señaló una súbita ruptura en la vida de la mayoría de la gente; sólo el historiador, mirando hacia el pasado, puede ver, o creer que ve, transformaciones decisivas.

Pero hay un argumento superior a todos los demás y que nos empuja a considerar la década de 1530 como el comienzo de la moderna historia de Inglaterra.

Hops, Reformation, bays and beer
came into England all in a year.*

nos dice la antigua rima. Como veremos más adelante, los paños más ligeros (*bayeta*) jugarían un papel muy importante en la transforma-

* El lúpulo, la Reforma, la bayeta y la cerveza / llegaron a Inglaterra el mismo año.

ción de la principal industria exportadora de Inglaterra. Resulta interesante que los contemporáneos asociaran los avances de la industria pañera con un nuevo cultivo industrial y con los comienzos de la industria cervecedera, así como con la Reforma. Pero la Reforma misma no fue solamente la legislación aprobada por el parlamento de 1529-1536. Si por la Reforma queremos decir un cambio en la visión que los hombres tenían de sí mismos, de la sociedad y del mundo, entonces ya había empezado más de un siglo antes, con los lóardos, si no antes; y la Reforma no quedó completada hasta que el protestantismo pasó a ser la religión dominante entre los ingleses (cosa que tal vez sucedió en algún momento del siglo xvii), o hasta que la *Law of Toleration (Toleration Act)* de 1689 otorgó la libertad de culto a los disidentes protestantes, o hasta la abolición definitiva de las incapacidades políticas que pesaban sobre los disidentes, ya muy avanzado el siglo xix, o, a decir verdad, hasta esa fecha futura en la que la Iglesia de Inglaterra deje de ser oficial.

Pero incluso es susceptible de debate el concepto mismo de una línea divisoria entre "la Edad Media" y "los tiempos modernos". ¿Qué queremos decir cuando utilizamos estas expresiones? Está claro que, si comparamos 1967 con 1367, las diferencias en la actividad económica, en la estructura social y política y en los modos de pensamiento son inmensas. ¿Pero cuáles son los puntos cruciales en los que el cambio ha tenido lugar? La sociedad medieval era abrumadoramente agraria; la sociedad moderna es industrial. Si de esto hacemos nuestro criterio, el cambio decisivo vino con la Revolución Industrial de las postrimerías del siglo xviii y del siglo xix. Si estudiamos la estructura social, veremos que la sociedad medieval era dominada por los grandes terratenientes; también lo era Inglaterra en 1780, fecha en que concluye el presente libro. Si examinamos la estructura política, observamos que Inglaterra en 1530, en 1780 y en 1967 era gobernada por la corona en parlamento; entre la primera y la última de las citadas fechas el derecho al voto ha sido ampliado, pero también este cambio tuvo lugar mucho después del período que nos ocupa.

Finalmente, refiriéndonos a ese campo mucho más indefinible que constituyen "las formas de pensar", la sociedad moderna es mucho menos supersticiosa (o al menos sus supersticiones son distintas:

la creencia en la magia, en la intervención divina directa en la vida cotidiana, ha desaparecido virtualmente. Las suposiciones de la ciencia moderna, por muy poco que las entendamos la mayoría de nosotros, son racionales y demostrables en un sentido en el que no lo eran las suposiciones del catolicismo medieval (y de ellas las más filosóficas eran igualmente poco entendidas por la masa de la población). La sociedad moderna se muestra tolerante (o indiferente) ante cosas que despertaban la intolerancia de la sociedad medieval. En estos sentidos, la sociedad inglesa ya era claramente moderna en 1780; las brujas y los herejes ya no eran quemados, ya no se castigaba el "pecado". El libro más importante publicado alrededor de 1530 fue el de William Tyndale titulado *The obedience of a Christian man*, que daba por sentado que la religión era el aglutinante de la sociedad y que las cuestiones cruciales de la política eran la subordinación interna y la soberanía externa. Alrededor de 1780 los libros comparables fueron *The Wealth of Nations*, de Adam Smith, que daba por sentado (casi por primera vez) que la estructura económica y la política de una sociedad eran lo que más importaba y debían constituir la primera preocupación de sus ciudadanos; y *Common sense*, de Thomas Paine, uno de los documentos fundamentales de la democracia moderna.

Puede que estos dos libros nos hagan reflexionar de nuevo sobre la aparente continuidad de la estructura social y las instituciones políticas inglesas. Porque los terratenientes que gobernaban Inglaterra en 1780 eran muy distintos de los que la gobernaron en 1530. Su poder ya no se medía principalmente por el número de sus seguidores, los hombres que lucharían por ellos, sino que estaba determinado por su riqueza. La transformación ya estaba empezando en 1530, cuando los moralistas denunciaban la despoblación producida por el cercamiento de tierras (*enclosure*), el hecho de que las ovejas se comiesen a los hombres, por así decirlo. En 1780 ya estaba prácticamente completada: los pequeños colonos daban paso a los jornaleros agrícolas. Los grandes terratenientes todavía acudían a las elecciones de condado montados a caballo y acompañados de "sus" *freelancers*; pero de hecho el dinero dominaba la política también. Si era

* Proprietario total y sin reservas de la tierra.

lo suficientemente rico, un comerciante de las Indias Occidentales podía comprarse un escaño en el parlamento. El 1549 fue resuelto de la última revuelta campesina a gran escala que hubo en Inglaterra: en 1780 nos encontramos ya ante el descontento radical urbano.

También el parlamento se solamente en sentido formal la misma institución en 1780 que en 1530. En nuestra primera década Enrique VIII parecía más poderoso que cualquier otro rey inglés, antes o después de él, y utilizaba el parlamento para sus propios fines de gobierno. Doscientos cincuenta años después el gobierno de la "obriguía *waig*"* estaba en su cenit y el parlamento daba al rey dinero para sus pequeños gastos. En 1780 se presuró en la cámara de los comunes una moción que sugería que "la influencia de la corona ha aumentado, está aumentando" y como era natural, la moción concluía diciendo "y debería ser reducida". Al iniciarse nuestro período la cámara de los lores todavía era la cámara dominante; al finalizar, el poder verdadero estaba en la cámara de los comunes. En la *Actada* de 1530 la iglesia estaba subordinada a la corona; en 1780 lo estaba a los políticos parlamentosarios que ocupaban el poder. Los mercaderes tenían escasa importancia social en 1530; en 1780 el Banco de Inglaterra y la Compañía de las Indias Orientales eran dos de las instituciones más importantes del país.

Así, pues, este libro se ocupa de la formación de la sociedad inglesa moderna. Buscaremos los elementos de lo nuevo que van surgiendo. A veces se critica este enfoque tachándolo de "*whig*"; como si el historiador de un cambio afortunado aprobase necesariamente todos los aspectos de todos los cambios de los que da constancia. A mí, por el contrario, me parece la única actitud histórica posible: todo lo demás trae consigo los peligros de una afición sentimental a las antigüedades. Es interesante descubrir vestigios de villanía en la Inglaterra de principios del siglo XVII, pero el arriado y el trabajo asaltado tenían mayor importancia, del mismo modo que en el siglo XVIII la *City*** de Londres era más importante que los ha-

1. Los trabajadores agrícolas que se alzaron en 1830 no eran campesinos.

* Uno de los grandes partidos parlamentarios, antecesor del actual partido

liberal.

** Distrito financiero de Londres.

condados (*quiver*) *manes** de las zonas rurales alejadas de la capital. El catolicismo siguió existiendo en Inglaterra después del reinado de María Tudor y no debe ser pasado por alto; pero el protestantismo es la principal preocupación del historiador general, y el catolicismo lo es por su efecto en la suerte y la perspectiva de los protestantes. Todo historiador tiene que seleccionar, especialmente un historiador que trate de cubrir doscientos cincuenta años en pocas tantas páginas. Pero es de desear que el historiador declare las suposiciones que hay detrás de su selección.

Estos dos siglos y medio son un período de transición social. En 1530 la mayoría de los ingleses vivía formando familias rurales que económicamente eran casi autosuficientes: vestían pieles, arpillera, lana o cuero y comían pan negro en platos de madera; no utilizaban remedores ni pañuelos de bolsillo. En 1780 Inglaterra estaba transformándose a causa del sistema de fábricas: casas de ladrillo, ropas de algodón, pan blanco, platos y cubiertos, todo ello empezaba a ser accesible incluso para las clases bajas. Pero se observan constantemente unos rasgos permanentes de lo que hoy en día llamaríamos una "economía atrasada". Es una buena razón para tratar estos 250 años como una sola unidad. La vida de los hombres estaba dominada por las cosechas y por el tiempo atmosférico en una medida que resulta inconcebible en la Inglaterra moderna. (Esto tuvo consecuencias para la teoría económica: en una sociedad predominantemente agrícola, donde la mayor parte de la población activa estaba expuesta al sol y al viento, presentar una palidez interesante era de buen tono entre las jóvenes; la dificultad por el bronqueado aparece solamente en una sociedad muy industrializada, mucho después del final de nuestro período.) En el siglo XVI hasta un tercio del *faiz* cosechado era necesario para sembrar. En los años en que la cosecha era mala y la gente pasaba hambre, era normal comerse parte del maíz destinado a ser sembrado. A causa de ello, una mala cosecha tendía a producir otra a hasta que el círculo vicioso era roto por un período excepcional de buen tiempo. De modo parecido, las buenas cosechas tendían a sucederse unas a otras.

Es significativo, como acertadamente se ha dicho, que hasta el

* El otro gran partido parlamentario, antecesor del actual partido conservador.

El siglo xviii la manufactura consistió en el tratamiento de la cosecha en lugar de ser algo ajeno a ella.² Las malas cosechas ocasionaban una escasez del poder adquisitivo y por ende, un descenso de la demanda de paño; las cosechas abundantes estimulaban el alza de la industria pañera y de la producción de lana. Gran parte de la población estaba "subempleada", en el sentido técnico de la palabra. Es decir, no estaba dispuesta racionalmente del modo más económico. Había largos períodos de desempleo, en la industria al igual que en la agricultura. Las malas comunicaciones contribuían a intensificar el regionalismo. En 1544 el obispo John Bale creía que los ingleses del norte no serían capaces de entender la lengua que él hablaba. Pensaba escribir uno de sus libros para que las gentes del norte y los escoceses pudieran leerlo sin dificultad. Las comunicaciones inadecuadas retrasaron el desarrollo de un mercado nacional y protegían la producción casera a pequeña escala; la Revolución Industrial fue introducida por la era de los canales y condujo a la era del ferrocarril. En el período que estamos estudiando se creó un mercado nacional y quedó establecido el dominio económico y cultural de Londres sobre el resto de Inglaterra.

Resulta instructivo comparar el *Itinerary* de Leland (escrito dentro de los quince años que siguieron al comienzo de nuestro período) con el *Tour de Defoe* (publicado en 1724, a los 56 años del fin de dicho período). Para Leland los rasgos importantes del paisaje humano son los castillos (la mayor parte de los cuales ya estaban en ruinas, excepto en el norte y en Gales), las casas religiosas, las residencias de los caballeros (*gentlemen*), los bosques, las poblaciones con mercado: dominan los propietarios y el comercio es local. Para Defoe las residencias de los *gentlemen* todavía tienen importancia, pero los castillos, monasterios y bosques han desaparecido en su mayor parte, las poblaciones con mercado son mucho menos importantes: casi todo el comercio importante se hace con Londres. Ambos escritores se preocupan del transporte y las comunicaciones. Leland deja constancia de la caritativa construcción de puentes del siglo xv, como, por ejemplo, en Burford y Culham, que desvió la ruta comercial de Londres hacia el oeste, alejándola de Wallingford. La res-

2. P. Mathias, *The Woollen Industry in England, 1760-1830*, 1959, p. xxi.

ponsabilidad por la construcción de puentes pasó a ser de los jueces de paz a partir de 1531 y con el tiempo su financiación pasó a depender de los arbitrios parroquiales en vez de la caridad privada. El interés de Leland por los bosques y los ríos también formaba parte de su preocupación por la apertura de las rutas comerciales de la nación: observó que los alimentos eran baratos en Wakefield porque la ciudad estaba bien servida por comunicaciones acuáticas. La tala de bosques en Cardiganshire disminuyó el peligro que representaban las bandas de salteadores que en ellos acechaban, pero contribuyó a la escasez de madera que en ciertas zonas se dejó sentir a finales del siglo xvi y en el siglo xvii. Leland observó que los hornos de hierro que había cerca de Bury, Lancashire, estaban en decadencia por falta de combustible y los hombres de Droitwich tenían que desplazarse muy lejos para encontrar madera para sus salinas. Finalmente, a la escasez de combustible se le haría frente mediante la sensacional expansión de las minas de carbón de Newcastle tras la disolución de los monasterios. Pero uno de los principales argumentos que en favor de la colonización de Virginia se esgrimieron a finales del siglo xvi era el de la abundancia de bosques que allí había; a finales del siglo xvii la madera procedente de América se utilizaba en la construcción de buques.

Así, pues, el período 1530-1780 fue de lento cambio económico. Pero si observamos la historia política, vemos que este avance gradual fue interrumpido por una acentuada ruptura después de 1640; y la revolución política del siglo xvii dio pie a una revolución comercial y agrícola que tuvo efectos de gran alcance sobre la totalidad de la sociedad. Preparó aquel despegue hacia el mundo industrial moderno que Inglaterra fue el primer país en conseguir.³

3. Dado que un crítico me ha acusado de inconsciencia y falta de claridad en el empleo del término, creo necesario afirmar que en el presente libro los términos "las décadas revolucionarias" o "la revolución" se refieren siempre y exclusivamente a los años comprendidos entre 1640 y 1660.

SEGUNDA PARTE

DE LA REFORMA A LA REVOLUCIÓN

Capítulo 1

LA UNIFICACIÓN NACIONAL

No nos veremos obligados por necesidad a ser servidos por señores, sino [...] por aquellos hombres del grado que sean que nosotros designemos.

Enrique VIII al duque de Norfolk, 1537

I

El siglo que siguió a 1530 fue testigo de la instauración de la independencia insular de Inglaterra. Desde 1066 hasta el siglo xv Inglaterra, de modo intermitente, tuvo grandes posesiones en Francia. En 1530 tales posesiones habían desaparecido prácticamente y el último puesto avanzado, Calais, cayó en 1558. Los siguientes veinticinco años son el único período de la historia de Inglaterra desde 1066 en el que el país no tuvo posesiones ultramarinas (exceptuando Irlanda). Y las colonias americanas, cuya fundación data de las postimerías del reinado de Isabel, sólo tuvieron importancia para mercaderes y puritanos hasta que se convirtieron en el eje de una política imperial tras la proclamación de la república.¹

Esta reorientación de la política nacional no la hicieron los Tudor por propia decisión. Los ejércitos ingleses habían sido expulsados de Francia en el siglo xv y Enrique VIII malgastó dos fortunas en el vano intento de recuperar las posesiones en dicho país. Nuestro período se inicia con una Inglaterra que empieza a recuperarse de

1. Véase pp. 176-183.

R

una gran derecha nacional. El intento hecho por el conde de Arundel de 1512 a 1529 para poner a Inglaterra en un plano de igualdad diplomática con las grandes potencias como Francia, España y el Sacro Imperio Romano había terminado en humillación y aislamiento. La Reforma inglesa detrimenaría sobre este fondo: como una afirmación del nacionalismo inglés, una negativa a someterse a los dictados extranjeros.

El siglo XVI presenció la integración de las poblaciones inglesas en una sola unidad nacional, en una medida sin paralelo en el continente. Durante las Guerras de las Dos Rosas habidas en el siglo XV las ciudades habían apoyado invariablemente al bando vencedor. Sus intereses estaban en la ley y el orden y, por consiguiente, en un gobierno central fuerte, contra la anarquía feudal, que resultaba aún más peligrosa a causa de la pobreza y de las bandadas de soldados expulsados de Francia. A diferencia de Alemania e Italia, Inglaterra no tenía grandes ciudades libres con zonas rurales bajo su dominio: las ciudades inglesas no podían confiar en su propia fuerza para preservar su independencia. Londres era un caso único por su importancia económica y política, así como por su extensión: a principios del siglo XVI la contribución de la capital a un subsidio parlamentario era tan grande como la de todas las demás ciudades juntas; y al finalizar el siglo era mucho mayor.

Además, durante el siglo XVI las más o menos ochocientas ciudades con mercado que había en Inglaterra y Gales cayeron progresivamente bajo el control de las oligarquías de sus burgueses más ricos. La medida que fue creciendo la fuerza y la ambición de estos. Los burgueses formaban ya una clase que aspiraba a gobernar por derecho propio, en lugar de ser simplemente los portavoces de sus comunidades contra la clase feudal gobernante. Sin embargo, su creciente aislamiento de las comunidades les hacía depender aún del patronazgo de la burguesía agraria (*gentry*) local: a decir verdad, en las dos generaciones que precedieron a la guerra civil la expansión del comercio urbano provocó numerosos conflictos entre las poblaciones con mercado y los señores feudales, al intentar éstos resucitar la recaudación de tributos ya penicilados virtualmente. Las oligarquías urbanas dependían también del apoyo político del gobierno central. En 1549 Norwich se mostró impotente ante la rebelión de Kett hasta que el

gobierno envió mercenarios desde Londres y Essex pero gran parte apenas se redujeron a los rebeldes de Cornualles aquel mismo año. Se ha sugerido que la ausencia de grandes revoluciones en la historia de Inglaterra (exceptuando en el siglo XVII) se debe a esta falta de centros de civilización secundarios fuera de Londres y al comercio de la misma capital por parte del gobierno. Fue necesario que se produjera una revolución en la City en diciembre de 1641 para que la revolución inglesa pudiera despegar.

La significativa expansión de Londres y su creciente poder como fuerza unificadora datan de la época posterior a la Reforma. Creó un mercado de alimentos que sólo podía abastecerse perfeccionando los métodos de cultivo. Esto exigía la *enclosure* y la inversión de capital en la agricultura destinada a abastecer dicho mercado, primero en las South Midlands, Kent y East Anglia, y luego, paulatinamente, en todo el reino. Los valores y la moralidad de mercado se extendieron lentamente desde Londres. A mediados del siglo XVI la idea de que los hombres pudieran "disponer de sus posesiones a su antojo" era equivalente al ateísmo a juicio de Crowley; pero el individualismo ("doctrina de la City", lo llamó Decker en 1612) pronto se hizo respetable a medida que los mercaderes de Londres iban incrementando más y más partes del país en un mercado único. Aprovechando la insurrección de la ley, el orden y la política interna, la eliminación de franquicias y la lenta mejora de las comunicaciones, los mercaderes de la City eliminaron gradualmente los privilegios de las corporaciones locales. El proceso se vio ayudado por el *Statute of Apprentices* (1563), que insistía en que el aprendizaje en todas las ciudades estuviera regulado "siguiendo la costumbre y orden de la City de Londres". Durante el mismo período, predicadores puritanos, financiados por Londres, trabajaron para que los rincónes más oscuros del país comprendieran realmente la religión aceptada por la capital.

La creciente dominación económica y política de Londres no fue mal recibida por la *gentry*; pero provocó reacciones más diversas entre las oligarquías de mercados locales. En el siglo XVI y princi-

pios del xvii sus miembros solían formar un sólido frente contra el mundo exterior, ya estuviera éste representado por el gobierno del rey, las autoridades de la iglesia o los mercaderes londinenses. Sin embargo, en última instancia, justamente por ser oligarquías, la posición privilegiada de los grupos gobernantes locales dependía del apoyo del poder real y había un punto más allá del cual nunca era posible resistirse a la autoridad.

Los historiadores empiezan a apreciar también la importancia cultural de esta imposición de los criterios y el habla londinense sobre el resto del país. El profesor Dickens habla de las dos primeras décadas del reinado de Isabel diciendo que fue un período que precisó "no sólo una disminución de los vestigios regionales, sino también un amplio proceso de asimilación a las pautas nacionales dominantes".

For they of the country ever take heed
how they of the city do wear their weed.*

cantaba John Hall en 1565. En el reinado de Isabel cualquier joven con ambiciones literarias tenía que trasladarse a la capital. Mientras tanto los mercaderes de Londres, por medio de grandes donaciones caritativas, difundían la educación, las prédicas protestantes y una ética de autoperfeccionamiento desde la capital a las provincias.

2

Durante toda la Edad Media se había registrado un tira y afloja en pos del control de la administración real. El gobierno nacía en la casa del rey; el canciller era el secretario del rey, la tesorería era un cofre que pertenecía al rey. Al hacerse más complejos los asuntos, empezaron a diferenciarse departamentos formales. Dejaron de acompañar al rey en sus recorridos por el país y se establecieron en Westminster. Una vez un cargo había "salido de la corte" de esta manera, a los barones de la oposición les resultaba más fácil hacerse con el control del mismo, colocar a su hombre en el puesto de, por

* Porque los del campo siempre se fijan/en cómo los de la ciudad llevan la ropa.

ejemplo, lord canciller o lord tesorero. Un rey débil tenía que aceptar la dominación de los barones: un rey fuerte trataba de recuperar la independencia haciendo que los asuntos volvieran a ser cosa de su casa. La Cámara o el *Wardrobe* * adquirían entonces nueva importancia en las finanzas nacionales. Se utilizaba un nuevo sello —el Sello Privado, el Griffin, el Signet— para marcar la correspondencia directamente personal del rey para diferenciarla de los asuntos formales que se dejaban al cuidado del lord canciller. Este movimiento de vaivén se prolongó durante toda la Edad Media: un gobierno más "burocrático" bajo el control de los barones cuando el rey era débil o menor de edad; un gobierno "de la casa real" bajo el control personal del rey cuando éste era fuerte. Pero este ciclo se rompió en el siglo xvi. Los departamentos "se iban de la corte" sin que el rey perdiera el control de los mismos: podía delegar mucha autoridad a un Wolsey o un Thomas Cromwell y, pese a ello, hacerles caer en desgracia con una sola palabra. Incluso cuando Cromwell, para hacer frente a la marea de asuntos financieros que la Reforma trajo consigo, creó una serie de tribunales nuevos ajenos a la casa real, ello no entranó ninguna amenaza para el control real: ni perdió autoridad la corona cuando, durante el reinado de María Tudor, la mayor parte de las nuevas instituciones quedaron absorbidas por el *Exchequer*. ** Todo el gobierno era ahora gobierno nacional, el gobierno del rey.

Debemos ser cautos y no atribuir este fenómeno al genio administrativo de un Wolsey o un Cromwell, aunque ambos ayudaron a que se produjese. Había razones más profundas para el cambio en la estructura de la sociedad (y no sólo de la sociedad inglesa: cambios parecidos tuvieron lugar en muchos países de la Europa occidental más o menos en la misma época). Inglaterra se había estado inclinando hacia un sistema parecido durante los principios del siglo xv, hasta que las Guerras de las Dos Rosas, la última lucha de facciones entre bandas de barones organizadas en pos del control del gobierno, interrumpieron el proceso. Con el retorno de la paz y el or-

* "Ropero": departamento de la casa real encargado de cuidar de la ropa del monarca.

** Equivalente al Ministerio de Hacienda.

den bajo los Tudor se reanudo el proceso; pero ahora con una dirección. El número, riqueza e influencia política de la alta aristocracia había decrecido: a causa de la muerte en el campo de batalla o en el castillo, por falta de herederos varones, por los hábitos de una vida oscuras y una resistencia tradicional a participar en el comercio, por los crecientes gastos de la guerra y su decreciente rentabilidad al ser expulsados los ingleses de Francia, por la pérdida de tierras en dicho país, a causa de multas y prisiones en Inglaterra, a causa de la secularización de las abadías... La consiguiente pérdida de patrimonio y bienes adquiridos. En el siglo xviii Fuller observó que "aunque muchas familias modernas se han beneficiado mucho de la destrucción de los monasterios, sin embargo la antigua nobleza... se encontró muy empobrecida a causa de ello, tanto en lo que se refiere a poder como a beneficio".

En un sentido la corona era la última heredera de la baronía feudal de las reformas de Thomas Cromwell cabe decir que "nacionalizaron el feudalismo". En otro sentido, los herederos universales de los lores eran los señores más acaudalados de la gentry representada por la cámara de los comunes. Su poder y su importancia social se basaban no en hueros de seguidores dispuestos a defender la causa de su señor en el campo de batalla o, valiéndose de la intimidación, en los tribunales de justicia, sino en la cría de ovejas y la producción agrícola con destino al mercado. Estaban dispuestos a apoyar la centralización nacional preconizada por los Tudor, pero no para controlar al gobierno central, como habían pretendido los barones feudales; tenían la esperanza de sacar dinero de la tenencia de gran número de cargos de gran importancia. "Sirvo solamente al rey", era el lema... Sir Ralph Sadler, que ciertamente no era el menor número de la nueva clase que prosperó gracias a tal servicio.

De esta manera la "revolución gubernativa de los Tudor", como la llamó el doctor Elton, fue una consecuencia de cambios sociales que estaban aumentando la importancia de la cámara de los comunes *vis-à-vis* la cámara de los lores, que secularizaron los monasterios, que condujeron a la *enslavery* para la cría de ovejas y a una sociedad en la que la riqueza se mediría por libras, chelines y peniques en lugar de por seguidores militares. A decir verdad, al terminar las Guerras

de los Dos Reinos, con la creciente importancia de la pólvora, se necesitaba dinero incluso para reducir ejércitos privados. La dependencia de los Tudor de la gentry y los grandes mercaderes (y de la nobleza una vez ésta aceptó una posición de gran prestigio social *vis-à-vis* el rey y dejó de aspirar a rivalizar con él) explica por qué Enrique VIII dijo que nunca era tan alto su estado real como en tiempo del parlamento. Las realidades del poder social significaban que el rey no podía gobernar sin el apoyo de la clase hacendada. La gentry, dijo sir Walter Raleigh, "extendida por doquier, son las guarniciones del buen orden por todo el reino". El parlamento era para Enrique VIII lo que el ejército era para el rey de Francia. Los ejércitos privados de los barones fueron dinásticos y el rey de Inglaterra, a diferencia de su hermano de Francia, no tenía un ejército permanente ni burocracia. Así, pues, el poder efectivo residía en "el condaño" - la alianza de terratenientes gobernantes que había reemplazado a los grandes lores-, en los que tenían derecho a llevar armas heráldicas. De la gentry procedía la oficialidad de la milicia y nadie de rango inferior al de *gentleman* llevaba espada o pistola sin permiso. Por consiguiente, el orden que se mancha tenía que ser el orden tal como ellos lo concebían.

Cuando Inglaterra aislada del continente, una vez abandonadas las aventuras francesas, la defensa nacional era asunto de la marina, que no podía ser utilizada para la represión interna. Enrique VIII reforzó la marina, cuya simple existencia protegía el comercio; la expansión de la marina mercante creó una reserva de navíos y marinos para la armada en tiempo de guerra. Y, por consiguiente, fue apoyada por los gobernantes. Gracias al temprano desarrollo de la cría de ovejas en Inglaterra, la lana se había convertido en una útil fuente de impuestos. Los reyes medievales, por lo tanto, no hicieron nada para impedir su producción y poco a poco, a falta de un ejército, pasaron a depender más y más del parlamento que votaba los impuestos y de la gentry representada por los comunes y encargada de valorarlos y recaudarlos. El hecho de que el lord *canciller* se sienta sobre el saco de lana simboliza la estrecha relación entre la producción de lana y la supervivencia del parlamento en Inglaterra. La lana también contribuye a explicar la predilección *whig* de las clases hacendadas inglesas, mostrada ya en tiempos muy tempranos, por dedicar

sus hijos menores al comercio, la cooperación de los burgueses y los caballeros rurales en la cámara de los comunes y el hecho de que en dicha cámara los burgos estuviesen representados por *gentlemen*.

De esta manera, como dijo el profesor MacCaffrey, Inglaterra se convirtió en una sociedad política híbrida, en la que la monarquía centralizada coexistía con una especie de confederación de intereses políticos locales. El parlamento representaba a estos intereses ante el gobierno central. Éste dependía de la *gentry*, sirviéndose de sus miembros en calidad de diputados para los impuestos, en calidad de jueces de paz y lugartenientes para el mantenimiento del orden, y utilizaba cada vez más *gentlemen* en calidad de funcionarios de la administración civil. Dado que necesitaba de su apoyo para la ruptura con Roma, les permitió comprar tierras monásticas (o permitió a miembros de otras clases convertirse en *gentlemen* mediante la compra de tierras monásticas), con el fin de que, tal como lo expresó un *gentleman* comprador, "sus herederos fuesen de la misma opinión para provecho propio". Por lo tanto, los gobiernos Tudor inevitablemente favorecieron el proceso que el profesor Tawney denominó "el auge de la *gentry*". Cuando ésta llegó a ser tan fuerte colectivamente como los barones feudales lo habían sido en el siglo xv, capaz de reivindicar privilegios y poderes para la cámara de los comunes tales como los que antes habían sido reivindicados para la cámara de los lores, ya era demasiado tarde para que los gobiernos Estuardo pudieran dar marcha atrás al proceso.

La tarea del gobierno durante este período no consistía en hacer la ley, sino en declararla e interpretarla. El parlamento todavía era sólo una parte ocasional de la constitución, pero su participación en la instauración de la Reforma mejoró enormemente su *status* y la idea de su función legislativa se fue desarrollando lentamente. En 1542 el lord-canciller recomendó que el parlamento promulgase nuevas leyes si encontraba nuevos males. A mediados del siglo xvi la mayoría de los burgos así como todos los condados eran representados por *gentlemen*. Probablemente esta homogeneidad de la representación de los comunes contribuyó a la separación de las dos cámaras, que data de los comienzos de nuestro período. Los comunes tuvieron su propio *Journal* a partir de 1547.

Antes de que comenzara nuestro período se había formado una

alianza entre los abogados de derecho común y la cámara de los comunes contra la fusión de la Iglesia y el gobierno bajo Wolsey, contra la utilización por parte de éste de tribunales con prerrogativas y contra sus *shirrens* con el derecho romano. La cámara de los comunes, como comentaron muchos entre Francis Bacon y Blackstone, representaba a la propiedad. En los asuntos relacionados con la propiedad demostraba su independencia. El *Statute of Uses* de Enrique VIII, ideado para hacer que se cumplieran los derechos fiscales de los privilegiados contra los *tenants-in-chief*,⁶ encontró una oposición obstinada y finalmente acabó siendo modificado; bajo Eduardo VI el gobierno se vio obligado a abandonar su política de *enclosures*; bajo María Tudor se impidió la restitución de las tierras monásticas. Bajo Isabel se llevó a cabo una drástica modificación del concordato con la Iglesia y el *Statute of Artificers*; y en 1601 (al igual que en 1621, pero con mayor confianza económica en sí mismos) los comunes aprovecharon una crisis económica para lanzar un desafío a la política financiera de la corona. Así, pues, es natural que en 1628 la cámara resolviera que "todo súbdito libre de este reino tiene la propiedad fundamental de sus bienes y la libertad fundamental de su persona". Menos afortunados eran los muchos que no eran libres.

La década de 1630 señaló un paso importante hacia la unificación nacional. La derrota de la *Pilgrimage of Grace*⁷ (1536-1537), mezcla de revuelta feudal y campesina, fue utilizada para reemplazar a las grandes familias gobernantes del norte por "personas merquinas" de la *gentry*, las cuales dependían del apoyo de Londres. Cuando el duque de Norfolk protestó contra esta política consistente en armar a los pequeños ladrones para que dieran caza a los grandes, el Consejo rechazó su protesta diciendo: "Si place a Su Majestad designar al más mezuquino de los hombres para que rija y gobierne en ese lugar, ¿no es suficiente la autoridad de Su Gracia para hacer que

⁶ Los que recibían su tierra directamente del rey.

⁷ "Peregrinación de la Gracia": rebelión de los católicos motivada por la disolución de los monasterios por parte de Enrique VIII.

todos los hombres sirvan a Su Gracia bajo el sin respeto a la grandeza misma del personaje... María Tudor varó de dar marcha atrás. En este proceso volviendo a instalarse los Percy en el Norte, pero el intento se vino abajo con el fracaso de la última revuelta feudal en el norte en 1497, y de esa manera la unificación de Inglaterra quedó completada. En febrero de 1569 preguntaba retóricamente: "¿Es Percy y Toveil más amigo, más amado y querido para vos, que vuestra soberana natural, la Reina de Inglaterra, o Inglaterra misma? ¿Acaso una pequeña revencia os comiere más que la posesión del reino entero?" Después de esto el puritano conde de Northampton como Lord Presidente del Consejo del Norte, ayudado con una sucesión de arzobispos de York que eran casi puritanos, combatió la influencia del gobierno central en el norte, en alianza continua con parte de la *gentry* y de los grupos urbanos gobernantes. En la sesión de la autoridad de Londres a las regiones más alejadas se envió la representación parlamentaria. En 1547 tres villas de Yorkshire y sus de Comunes enviaron diputados al parlamento: en 1550 las otras eran escoces y vinieron respectivamente.

El año 1536 presentó también la unión de Gales con Inglaterra en la división de Gales e Irlanda en condados y la introducción del sistema inglés de administración por condados que se dio en los condados locales, del mismo modo que la introducción de leyes nuevas por el gobierno revolucionario de Francia después de 1790 tendió por fin a eliminar la tradicional independencia feudal de las provincias. En el mismo año 1536-1537 se crearon consuecos de el norte y en los Marches de Gales con el objeto de conservar esas regiones alejadas y turbulentes. Los soberanos Tudor a menudo nombraban a los obispos presidentes de estos dos tribunales. Tanto en la iglesia como en el estado la autoridad del poder central. En todos los reinos se estaba haciendo efectiva, por ejemplo mediante una ley de 1536 que devolvía las franquicias a la corona. La destrucción de las "libertades", como acertadamente se ha dicho, fue el gran servicio que los Tudor hicieron a la libertad.

Los jueces de paz eran los agentes de ese nacionalismo rural. Creó la Reforma la maquinaria eclesiástica de la parroquia estaba a su disposición, suministrándoles lo que hasta entonces no habían recibido: oficiales subordinados que cumplieran sus órdenes. Los jueces

de paz eran nombrados por la corona y los dependientes de los jueces o magistrados se veían debidamente reducidos del ejercicio de su cargo. La corona daba a los jueces instrucciones para que acusasen "al dentro de las libertades como fuera de ellas", esmóndoles así a "romer" las inmunidades de los señores feudales. La sociedad dejó de ser lo que Aubrey con vivida frase llamó "un nido de cajas" y con los villanos convirtiéndose a los señores feudales que comenzaban a ser por superior que comenzó al rey. Las guerras contra Escocia e Irlanda destruyeron las energías de los reinos en forma de las luchas feudales del norte y de Gales.

"El mayor varón de los Tudor", dijo el profesor Stone, "fue la afirmación en última instancia autorizada de un monopolio real de la moneda... La pólvora hacía que la antigua feudal fuese más peligrosa, pero el control del monopolio más fácil. El último gran varón lo precedió que se construyó fue la marina fortificación de Thomas Percy, llamado por el duque de Buckingham poco antes de su ejecución en 1521. Cuando el almirante Thomas Platter vino Inglaterra en 1597 comenzó la ausencia de asaltos, los cuales habían sido destruidos "para que sus habitantes no se alzasen contra su rey". Sin embargo los Tudor seguían necesitando las armas de la nobleza y de la *gentry* para mantener a los campesinos en su sitio, y el proceso de destrucción no quedó completamente hacia principio del siglo siguiente. En fecha tan tardía como 1595 cuando se hacían proclamas contra los señores, y en 1601 Jacobo I creó el ejército aprobado ante el estallido de los señores del norte que se le unieron en su marcha hacia el sur para reivindicar la corona. No obstante, incluso en el norte los señores vivían en paz. En 1536 y 1569 fueron los últimos de su clase el jurato de revuelta que el conde de Hereford llevó a cabo en 1601 fue un fracaso incluso en Gales. Durante el reinado de James I la guerra por vida fue algo insólito aunque no del todo extraño. Los señores con fibra habían recompensado a los señores una vez

Desde hacía tiempo la iglesia venía siendo una fuente de poder y prestigio y figura para los gobernantes de las grandes potencias. Cabe en cuyo interior hay cosas de diverso carácter.

como Francia y España. Los gobiernos que rompieron con Roma a principios del siglo xvi estaban al margen de la civilización católica, eran potencias secundarias cuyos gobernantes no habían sido lo bastante fuertes como para negociar favorablemente con el papado, como Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Suiza, Escocia. Un historiador americano ha llamado al Acta de Supremacía de 1534 "la Declaración de Independencia de Enrique VIII". Antes de la Reforma los reyes de Inglaterra habían temido que aliarse con el Papa con el fin de controlar a su clero, formado por terratenientes privilegiados y tenedores de franquicias. En lo sucesivo fueron sirvientes reales y jugaron un papel mucho menos independiente en la vida política. Al cardenal Wolsey le sucedió sir Thomas More, el primer canciller seglar en setenta y cinco años. En 1540 Enrique VIII se proclamó rey de Irlanda, con el fin de borrar cualquier idea en el sentido de que Irlanda era un patrimonio papal. Los aspectos patrióticos de la Reforma debieron de impresionar a los contemporáneos con mucha mayor fuerza que cualquiera de los cambios doctrinales. El rey, en teoría al igual que en la práctica, se convirtió en cabeza de la iglesia y del estado: el concepto de la soberanía nacional surgió como un incidente de la política exterior.

La Reforma inglesa fue promulgada de acuerdo con la ley. La autoridad del rey sobre la iglesia se convirtió en la autoridad del rey en el parlamento. Los contribuyentes se beneficiaron del hecho de que fuesen a parar al rey las rentas que antes iban a Roma. Las primicias, diezmos y tierras monásticas añadieron más de 200 000 libras esterlinas anuales a las rentas reales que anteriormente giraban en torno a la cifra de 100.000 libras esterlinas, y hubiesen podido añadir mucho más, pero las tierras monásticas pronto fueron vendidas y las de las *chantries** lo fueron bajo Eduardo VI, cuando el gobierno entregó a sus amigos tierras por valor de un millón y medio de libras esterlinas. De esta manera se formaron inmensos intereses creados en el protestantismo como garantía de la instauración de la Reforma.

Se ha dicho de los Tudor que trataron el reino como si fuera su feudo y a la iglesia como si fuera su parroquia. Pero en ambas esferas

* Capilla o altar donde se celebraban misas por el alma del fundador.

su poder era compartido. La Reforma no sólo subordinó la iglesia nacional al rey, sino que también subordinó las parroquias a los *quires*.* Los *gentlemen* fueron los sucesores de los monasterios no sólo como terratenientes, sino también como receptores de diezmos y estipendios. A raíz de la Reforma casi 4.000 de las 9.000 parroquias inglesas fueron secularizadas, es decir, los diezmos se pagaban a un rector seglar y solamente se reservaba un pequeño estipendio para el párroco o coadjutor, que muy a menudo era nombrado por el *quire* del lugar. Esto representó la entrada de inmensas riquezas y patronazgo. En Alemania la Reforma condujo a un sistema que se puede describir con la fórmula *capitulum regium, eius religio*: cada uno de los pequeños príncipes determinaba el culto que debía practicarse en sus propios dominios. Algo parecido surgió en Inglaterra como resultado del patronazgo seglar combinado con la creciente divergencia de la perspectiva política de los patronos. A falta del apoyo de una iglesia internacional, o incluso de un obispo que no fuese funcionario real, el párroco no podía enfrentarse al *quire* en plano de igualdad. En su viaje alrededor del mundo sir Francis Drake no se limitó a imponer sanciones civiles a su capellán, sino que lo excomulgó "de la iglesia de Dios y de todos los beneficios y gracias de la misma", del mismo modo que Isabel y Jacobo I suspendieron a varios arzobispos de Canterbury.

De esta manera la Reforma nacionalizó la iglesia de la que eran miembros todos los ingleses. Prohibió toda apelación al extranjero y prohibió a los extranjeros intervenir en los asuntos de Inglaterra con el pretexto de la religión. Redujo las franquicias y privilegios de la iglesia. En 1526 el obispo de Londres había hablado de "nuestros súbditos". Los obispos de después de la Reforma, aún más que los de antes, eran funcionarios reales, bastante parecidos a los intendentes de la Francia del siglo xvii. En la España del siglo xvi la Inquisición sirvió como instrumento del rey para la unificación nacional. El mismo papel desempeñó la iglesia protestante en la Inglaterra Tudor. Bajo Isabel la *High Commission*** ejerció un control supervisor sobre los tribunales eclesiásticos, anulando los límites de las diócesis,

* Señor feudal.

** El poder supremo de la iglesia.

del mismo modo que la *Non-Resistance* anuló las franquicias locales. Las varias que de vez en cuando hacían los obispos servían para arrojar la herética acusación de los tribunales eclesiásticos. Pero después de la Reforma si la iglesia tenía poderes coactivos era solamente en virtud de su alianza con la corona y dependencia de la misma: a medida que aumentó la rivalidad entre sus tribunales y los tribunales de derecho común, aumentó también su dependencia de la corona.

Concomitante natural de la supresión de las libertades locales es una ideología del nacionalismo. A la mayoría de los ingleses corrientes los cambios que se decidieron en Londres entre 1530 y 1560 debieron de parecerles desconcertantes, pero no tan fundamentales como resultan a ojos de los historiadores. Cuando miramos hacia atrás, nos aferramos a triquetras como la de "protestante" y la de "católico", pero a la sazón la gente debía considerarse simplemente miembro de la iglesia de Inglaterra, una iglesia que estaba experimentando algunas modificaciones. Es sólo retrospectivamente que la reforma se convierte en "la Reforma". La mayoría de los clérigos conservó sus bienes durante los cambios habidos en estas tres décadas y vos equivocáramos si pensáramos que no hacían más que escapar el temporal. En cuanto a los seculares, a la mayoría debió de escaparle lo que a nosotros nos parece lo más importante.

Sin embargo, a la larga las consecuencias de la ruptura con Roma fueron trascendentales. "La religión", como solía decir sir Lewis Namier, "es la palabra que en el siglo XVI se utilizaba para denotar al nacionalismo". Los primeros reformadores protestantes eran acérrimos partidarios de la monarquía inglesa. Recon, por ejemplo, en 1550 hizo hincapié en la naturaleza popular del patrimonio inglés, y se alegró "de ver qué contentos están más compatriotas de servir a las órdenes de su propio país, Inglaterra". A principios del siglo XVI era probable que el derecho a la revuelta fuese reivindicado por los magnates feudales como los que encabezaron los levantamientos de 1536 y 1569, o por los católicos en respuesta a la excomunicación del monarca por parte del Papa, o por la multitud acaudalada y herética. La última esperanza que tenían los protestantes de difundir sus enseñanzas era haciéndolo con el apoyo del poder secular: de esta

* Nombre del *Abbas Regis* que se resalta en la *Star Chamber* de Westminster después de la separación de los tribunales de derecho común y la cancillería.

forma abogaban por la monarquía absoluta al rey y rogaban a los señores feudales y al Papa el derecho de invocar la lealtad de los súbditos. El mártir protestante William Tyndale dijo: "El rey, en este mundo, está sin ley; y puede a su antojo hacer el bien y el mal y no rendirá cuentas más que ante Dios". *Muy tirano es mejor que un rey débil*.

Para el arzobispo Cranmer la jefatura real de la Iglesia de Inglaterra era un artículo de fe hasta tal punto que fue presa de la mayor confusión filosófica cuando la reina María le dijo que ella no era cabeza de la iglesia. De ahí las retracciones y retracciones que finalmente purgo con el inolvidable gesto de meter entre las llamas la mano con que las había firmado. Cuando el obispo Ridley se estaba preparando para el juicio público que precedió a su martirio confesaba en su posición teológica; pero estaba mucho menos tranquilo en lo que se refería a la acusación que sabía iban a formular contra él: la de haber desobedecido las órdenes de la reina al negarse a aceptar el catolicismo. Finalmente encontró unos argumentos que le parecieron satisfactorios; pero es significativo que fuese en este punto no teológico en el que los protestantes sinceros (otro ejemplo es Hooper, el obispo mártir) se sintieran menos seguros de su posición, tan fuerte era el poder enovivo de lealtad al soberano secular.

Ridley, de hecho, hizo lo que Latimer le instó a hacer en la hoguera: "se comportó como un hombre" y encendió una vela que todavía no se ha apagado. Pero dio ejemplo no sólo de lealtad a su fe, sino también de desobediencia a su soberano, aunque fuese a regañadientes: ambos ejemplos serían seguidos por los protestantes radicales del siguiente siglo. El dilema tiene raíces muy profundas en las actitudes protestantes, que elevan tanto al monarca como a la conciencia del individuo. Tyndale, del que he citado sus palabras sobre el deber de una subordinación absoluta al poder monárquico, dijo también: "La persona más despreciada del reino es hermano y consocio del rey y su igual en el reino de Dios y de Cristo". He aquí la teoría de los "dos reinos" que Andrew Melville predicaría al "esclavo vasallo de Dios", Jacobo VI de Escocia, poseenientemente Jacobo I de Inglaterra. Enrique VIII ya había observado, de forma presciente, que Lutero "roba a príncipes y prelados todo su poder y autoridad".

16

Pasó mucho tiempo antes de que el énfasis sobre la conciencia individual fuese elevado a un derecho teórico de resistencia a la autoridad constituida. Los protestantes radicales siguieron esperando del rey o de algún gran favorito real —el duque de Northumberland, el conde de Leicester, el conde de Essex, el duque de Buckingham— que actuase como agente impio de una política divina. No abogaban por la resistencia, porque eran demasiado conscientes de sus posibilidades explosivas. La monarquía, dijo sir Robert Filmer en 1648, fue crucificada entre dos ladrones: el Papa y el pueblo; pero primero la monarquía había crucificado a estos ladrones. Durante todo el siglo xvi la iglesia y el estado fueron idénticos. Sir Thomas More, el mártir católico, pensaba que la herejía religiosa debía ser castigada como sedición. La misma creencia era compartida por la reina Isabel, durante cuyo reinado los jesuitas eran ejecutados por traidores y no por herejes.

La Reforma contribuyó a un cambio social a largo plazo en virtud del cual la corona reemplazó a la iglesia como principal patrón de los eruditos y administradores al igual que de los artistas. En la década de 1530 Thomas Cromwell empleó a varios eruditos seglares con formación humanística como Richard Morison y Thomas Starkey. El primero escribió un panfleto propagandístico en 1536, señalando a los rebeldes del norte que la monarquía servía los intereses del hombre común al ofrecer una carrera a los talentos. Mientras la independencia nacional de Inglaterra estuvo en peligro, la lealtad de la *gentry* educada y de los comerciantes para con la monarquía fue constante. La cruda xenofobia y el violento chauvinismo de que dieron muestra muchos ingleses de clase media en el siglo xvi iban a menudo asociados con un protestantismo profundamente sentido.

El protestantismo dependía del nuevo arte de la imprenta. La amplia difusión de las traducciones de la Biblia en lengua vernácula, algunas de ellas en ediciones de bolsillo, hicieron posible el estudio individual de las Escrituras: los escrupulos de la conciencia no conformista estaban adiestrados en la lectura de la Biblia. En el siglo

xvi los progresos de la riqueza de la clase media se reflejaron en comodidades de índole más doméstica, en una mayor intimidad. Los logros económicos hicieron posible un estudio y discusión más extensos de la Biblia. Ahora que el celibato ya no era obligatorio para los intelectuales y que la imprenta había colocado los libros al alcance de la clase media, el hogar podía transformarse en centro de discusión cultural además de círculo familiar. Tanto las iglesias parroquiales cerradas como el culto en familia fueron características del protestantismo. Artesanos, solteronas, aprendices, se quejó un católico, cantaban las "tonadas variables y deliciosas" de los salmos métricos de Sternhold y Hopkins y con ellas absorbían la herejía. Observamos el nacimiento de nueva confianza en los mártires marianos, que eran principalmente pequeños mercaderes y artesanos. Sus predicadores solitarios se retractaban de modo casi invariable cuando eran atrapados. Los mártires marianos se diferenciaban no tanto en la doctrina como en la determinación. Ya no se consideraban a sí mismos un vestigio aislado, sino un ejército en marcha. Esto les daba el valor necesario para morir, y sus muertes ayudaban a traer la victoria para su causa.

El énfasis protestante en la lectura bíblica, la predicación en vernáculo y la participación de los fieles en el culto (en vez de ceremonias recitadas como los loros) exigía unos niveles de educación más elevados, tanto en los clérigos como en los seglares. El mito de que la Reforma destruyó un sistema nacional de educación ha sido completamente desacreditado: sabemos ahora que muy pocos sacerdotes de las *chantries* se dedicaban a la enseñanza y que la mayor parte de los que lo hacían se limitaban a enseñar respuestas en latín a los niños del coro. Los avances de la educación en el siglo anterior a la Reforma habían ido encaminados en su totalidad hacia una educación más secular, controlada por seglares e impartida en lengua vernácula. La disolución de los monasterios y de las *chantries* brindó la oportunidad de crear un sistema nacional de educación. Los que se apropiaban de tierras impidieron que la riqueza de la iglesia se utilizase para este fin en la medida en que lo hu-

3. Para lo siguiente he recurrido con frecuencia a la admirable obra de Joan Simon titulada *Education and society in Tudor England*, Cambridge University Press, 1966.

hacían desatado los reformadores radicales, o en que se hizo en la presbiteriana Escocia. Pero gracias a la presión de los munici- pios y a las donaciones que las escuelas de humanidades recibieron de merca- deres y *gentlemen*, al finalizar el siglo XVI Inglaterra tenía un sistema de educación que, en cantidad y calidad, era mucho mejor que el de antes de la Reforma. En el sistema también había una mayor mezcla social. Antes los hijos de los *gentlemen* eran educados en los monaste- rios, pero ahora se sentaban al lado de los plebeyos en las escuelas de los pueblos y de humanidades, y acudían en masa a las universida- des, que a principios del siglo XVII estaban llenas como jamás lo ha- bían estado ni volverían a estarlo hasta la segunda mitad del siglo XIX. A la larga la *gentry* se valió de su poder para monopolizar las mejores escuelas y los colegios de Oxford y Cambridge, con gran detrimento para las clases sociales inferiores.⁴ Pero esta tendencia no había alcanzado su pleno desarrollo en el primer siglo después de la Reforma.

Erán muchas las maneras en que la teología protestante apelaba al individualismo de la clase media. La abolición de la mediación de los santos y de los sacerdotes colocaba a la conciencia individual cara a cara con Dios. Tyndale rechazó el argumento en pro de la me- diación de los santos con palabras que debieron de rebotar como un búmerang contra las jerarquías sociales: "Si un hombre tiene un asunto que tratar con un gran hombre o con un rey, primero debe acudir a uno de sus mequinos sirvientes y luego subir más y más hasta llegar finalmente al rey. Este seductor argumento no es más que una ciega razón del ingenio del hombre [...] Con Dios, si somos creyentes, [no] hay portero que impida entrar a nadie". Los monjes y las monjas ya no rogaban por la comunidad: cada familia tenía sus propias plegarias. "La abolición de los monasterios es argumento de propias plegarias." La doctrina medieval del purgatorio conce- que no hay purgatorio." La doctrina medieval del purgatorio conce- bía a la sociedad (la iglesia) como una sola comunidad. Los méritos de los cristianos individuales (incluyendo los de los santos muertos así como los de los monjes vivos que desempeñan sus muy especi- alizadas tareas sociales) eran ingresados en un banco eclesástico del cual, a través de la mediación de los sacerdotes, podían ser sacados

por los cristianos individuales si hacían penitencia. El protestantismo popularizó la idea de que el individuo tenía una hoja de saldos espiri- tuales, de que sus pérdidas y ganancias se registraban en un diario. Esto presupone una sociedad atómica de individuos que luchan por su propia salvación, en vez de una comunidad que lucha por su sal- vación del mismo modo que cultiva sus campos: en común. La frase "el individuo" en su sentido moderno data de finales del siglo XVI o principios del XVII. El nuevo espíritu podemos observarlo en diversas esferas: en el énfasis que los puritanos y los dramaturgos ponían en el derecho de elegir la pareja matrimonial, que tan liberador resultó para las mujeres, en un mayor realismo en los retratos y esculturas, resultante del patronazgo secular de las artes después de la Reforma; Holbein, el primer pintor genial que trabajó en Inglaterra, llegó en 1527. Las miniaturas de Nicholas Hilliard y Samuel Cooper tienen su paralelo en la poesía de la introspección. *Gymbria*, la larga elegía de sir Walter Raleigh, tiene un solo tema: el estado de ánimo del propio poeta. La poesía metafísica estaba destinada a ser *lida* en privado, y no a ser cantada o declamada en público: las miniaturas eran recuerdos privados y personales.

La Reforma estimuló no sólo el individualismo sino también, a la larga, una perspectiva científica. Los puritanos heredaron la an- tigua tradición lollarda del escepticismo sobre el milagro de la misa. Tyndale denunció al Papa por mago. Como en tantos otros respec- tos, el aura que perdió la iglesia cayó ante todo sobre la monarquía. Los sepulcros de los santos y éstos mismos perdieron sus poderes mágicos y (más lentamente) la adulación del populacho; al mismo tiempo aumentaba la supuesta capacidad del soberano para curar la escrófula, capacidad que era puesta de relieve deliberadamente, en el caso de Isabel, especialmente después de ser excomulgada por el Papa en 1570. Jacobo I aceptó la creencia a pesar de sus escrúpulos calvinistas. Los poderes taumatúrgicos de la realeza eran difíciles de mantener en una época cada vez más industrial y científica, una época que estaba perdiendo la fe en las brujas. Finalmente desapare- cieron, aunque sólo después de la instauración de la soberanía del parlamento: la reina Ana fue la última en curar "por imposición". A principios del siglo XVII el rey dejó de exhibirse ante sus súbditos conuendo en las diversas fincas esparcidas por toda Inglaterra.

4. Véase p. 235.

Se instaló en Westminster; y los propagandistas reales empezaron a aprovechar deliberadamente el control del pulpito y de la imprenta para proyectar una nueva imagen de la monarquía. La adulación dispensada a Isabel en su encarnación de Gloriana fue el comienzo; los poetas cortesanos trataron a Jacobo y a Carlos con creciente reverencia a medida que los dos soberanos perdieron el respeto del país. Pero una imagen es distinta de la realidad; puede ser falsificada o manipulada, como Carlos comprobó en 1642 cuando el parlamento afirmó estar luchando para defenderle de un grupo de malos consejeros que de alguna forma le tenían secuestrado.

6

Si volvemos a considerar nuestro período como un todo, vemos que se extiende no sólo de la Reforma a la Revolución Industrial, sino también de la Reforma a los llamados "disturbios de Gordon". Durante doscientos cincuenta años el protestantismo y el papismo estuvieron estrechamente entrelazados. El protestantismo, como ponían de relieve muchos de sus partisanos, puso fin al secular conflicto fronterizo con los que ahora eran "nuestros hermanos de Escocia"; el catolicismo perdió Calais y así, de forma menos gloriosa, puso fin a otra historia secular. En su obra *Acts and Monuments* John Foxe popularizó un mito histórico nacional que veía a los ingleses de Dios desde tiempos de Wyclif (por lo menos) luchando contra el Anticristo, que en el siglo xvi era representado por el Papa y España. La Armada española de 1588, el complot de Guy Fawkes de 1605, la revuelta irlandesa de 1641, el complot papista de 1679, todo encajaba en esta pauta, aunque en 1679 los sentimientos espiritánicos de los patriotas protestantes ya eran aprovechados por políticos sin escrúpulos, del mismo modo que en 1780 el antipapismo fue un grito que justificó el saqueo sufrido por los ricos. Pero durante los doscientos cincuenta años el protestantismo fortaleció el papismo, y la existencia de un enemigo interno (papista), así como la vecindad de los papistas irlandeses, ayudó a agrupar a los ingleses

1. Véase pp. 318-323.

en una unidad nacional. La lucha de los protestantes piadosos para extender la religión y la civilización inglesas, primero a los "rincones oscuros" de Inglaterra y Gales, luego a Irlanda y a las Highlands de Escocia, fue una lucha destinada a propagar los valores de Londres y, por ende, a reforzar la seguridad nacional de Inglaterra. No fue un accidente el que Leland, tan interesado por el desarrollo de las comunicaciones internas, fuese también un entusiasta protestante, amigo de Thomas Cromwell, y que escribiera su *Itinerary* como una aportación al patriotismo inglés.

Un subproducto del mito nacional protestante fue el odio a la crueldad, a la que se pintaba como algo especialmente español y papista. John Foxe, el escritor de maritólogos, era un sincero filántropo que odiaba la crueldad con los animales además de con hombres y mujeres y que, caso casi único en su época, detestaba la persecución aunque fuera desencadenada por su propio bando. Un resultado de ello fue que, si bien la ley inglesa siguió siendo severa y brutal, especialmente para las clases bajas, existía un fuerte sentimiento protestante de oposición a la crueldad. El gran predicador puritano William Perkins atacó las peleas de gallos basándose en razones humanitarias. El separatista Henry Barrowe era contrario a la pena de muerte por robo, ya que tal castigo era desconocido para la ley mosaica. Un inglés representativo como John Taylor, llamado "el poeta del agua", que era más bien conservador en sus puntos de vista generales, se escandalizó en gran manera ante la crueldad judicial que vio en Hamburgo en 1616. Carlos I fue el último rey inglés en tener un bufón en la corte. Parte de la legislación "puritana" del interregno dio efecto a esta nueva sensibilidad. Es totalmente injusta la pulla de Macaulay en el sentido de que a los puritanos les disgustaba el deporte consistente en lanzar perros a luchar contra un oso encadenado no por el dolor que sufría el oso, sino por el placer que daba a los espectadores.

A la lucha contra la crueldad le hacía falta toda la ayuda ideológica que pudiera conseguir. Tal vez la torqura judicial les pareciera menos horrible a los hombres y mujeres de los siglos xvi y xvii debido al tremendo dolor que todos debían soportar en su vida coti-

2. Región montañesa situada al norte de España.

diana. No se conocían las drogas para eliminar el dolor, se extraían dientes y se amputaban miembros sin anestesia. Los artes y las ciencias en la horca eran públicos con frecuencia y los escolares y universitarios, incluso los de las clases acomodadas, eran golpeados con regularidad. Los teólogos tenían que poner énfasis en la eternidad y especial intensidad de los tormentos del infierno si querían que éstos tuviesen el deseado efecto disuasivo. Resulta irónico el hecho de que tal vez el humanitarismo popular protestante contribuyera a socavar la creencia en aquella tortura eterna que los teólogos protestantes habían heredado incuestionablemente de sus predecesores católicos.⁶

Capítulo 2

EL PUEBLO

Old Barrack:
 Nuestra educación de un oficio, ciudadanos como nos llamán,
 aunque odiamos a los *gentlemen*, pese a ello
 ambicionamos hacer de todos nuestros hijos *gentlemen*;
 en tres generaciones vuelven otra vez.
 Nosotros para nuestros hijos compramos tierra: ellos lo arrojan
 en el campo; engendran hijos, y venden,
 se empobrecen y mandan a sus hijos a hacer de aprendices.
 Hay un giro en el destino.

James Smalley, *The Gamster* (1633)

1. *Demografía*

Sabemos muy poco sobre la población de Inglaterra antes del siglo xviii. La población de la Europa occidental quizás había sido reducida a la mitad por el estancamiento económico y la peste en el siglo xiv. Tras una lenta recuperación en el siglo xv, el ritmo empezaba a hacerse más vivo en el xvi, y la población siguió aumentando durante todo nuestro período. Pero no podemos estar seguros del índice de crecimiento, de si era uniforme o se movía en fases, local o general. Los economistas hacen conjeturas complicadas, no siempre apoyadas por evidencia histórica en firme. Lo prudente es mostrarse muy escéptico con respecto a los argumentos sobre este período que estén basados en suposiciones sobre los movimientos demográficos: no pueden refutarse ni probarse.

En el siglo xvi llegaron a Inglaterra muchos inmigrantes proceden-

6. Véase pp. 232-234.

dentes del continente, Gales e Irlanda: no sabemos cuántos. Es de suponer que la reducción a la mitad (según nuestra conjetura) de la población irlandesa en las décadas de 1640 y 1650 hizo que disminuyera la migración a Inglaterra. Había también migración dentro de Inglaterra. Probablemente el crecimiento demográfico fue más rápido hasta la década de 1630, momento en que empezó la emigración en masa, seguida por la guerra civil. Si decimos que la población de Inglaterra era de unos tres millones en 1530, de más de cuatro millones en 1600, de más de cinco millones y medio en 1700, de más de seis millones en 1750, de siete millones y medio en 1780, nos equivocaremos; pero quizá no tanto como para que ello importe mucho. En el siglo xvi la presión demográfica sobre los recursos naturales comenzaba a hacerse notar: mediante las bandas de mendigos errantes, la colonización interna, el drenaje de los marjales, el cultivo de los bosques, el cercado de los terrenos baldíos y los planes para la emigración y colonización, ya fuese de Irlanda o de América.

La creciente población trajo consigo la expansión de las ciudades, sobre todo de Londres, y de áreas industriales rurales tales como Somerset, Wiltshire, Gloucestershire y el West Riding de Yorkshire. Puede que la población de Londres se cuadruplicase en el siglo xvi, alcanzando la cifra de 200.000 o más habitantes en 1600; y probablemente volvió a duplicarse durante los siguientes cincuenta años. Ello, por supuesto, se debía tanto a la migración como al aumento natural. Durante las primeras dos décadas de nuestro período llegaron a Bristol inmigrantes procedentes de no menos de 45 condados ingleses y galeses.

Para nuestros fines la estructura de la población es más importante que las cifras absolutas. En el siglo xvi, con el derrumbamiento de la agricultura patrimonial, la disolución de los monasterios y el desmembramiento de muchas de las grandes familias feudales, parece haber aumentado el número de los que habían perdido sus tierras (o su fuente de mantenimiento a cargo de un superior feudal) y que, por consiguiente, dependían enteramente de un jornal o de la caridad. El trabajo asalariado y la Ley de Pobres (*Poor Law*) nacen juntos y se complementan mutuamente. Los duros castigos impuestos a los mendigos recalitrantes a partir de la década de 1530 tenían por finalidad obligar a los vagos a trabajar; la posterior provisión para los po-

bres de solemnidad constituyó el tardío reconocimiento de que las familias sin tierra padecen hambre si en ellas no hay alguien que se gane un jornal trabajando.¹

Los hombres y mujeres que entraban a depender de un jornal para su subsistencia se hallaban mucho más a la merced del hambre, el desempleo y las catástrofes parecidas que aquellos que tenían propiedades agrícolas. En Londres y otras grandes ciudades era muy elevado el número de personas que vivían en la indigencia. Según el profesor Hoskins, en 1720 un tercio de la población urbana estaba exento de impuestos debido a su pobreza; probablemente la proporción aumentaría durante el siguiente siglo. En 1602 un juez dijo que había 30.000 "personas ociosas y hombres sin amo" en Londres. Era una conjetura, y probablemente no muy buena; pero ayuda a explicar la ansiedad de la clase gobernante en tiempo de penuria, y su severa represión (por ejemplo, cuando una serie de malas cosechas coincidió con una súbita disminución de la demanda de manufacturas textiles, como sucedió en las décadas de 1550 y 1620, o con la guerra, como fue el caso en las décadas de 1590 y 1620). Al mismo tiempo, el aumento en la proporción de la población que tenía que comprar alimentos significaba que los precios fluctuaban marcadamente según la naturaleza de la cosecha, aunque la tendencia general de los jornales reales se desplazó implacablemente hacia abajo hasta que la revolución agrícola del siglo xvii empezó a surtir efecto.² El primer efecto de la industrialización, como hemos visto en nuestros propios días, consiste en incrementar el riesgo de hambre: cuanto más rápida la industrialización, mayor es el peligro inicial. Sólo cuando el mercado nacional queda plenamente integrado se allanan las fluctuaciones regionales de los precios del grano.

Sin embargo, había importantes barreras ante el crecimiento demográfico en este período, cuando el territorio de Inglaterra era casi inmune al gran regulador que actuaba en el continente: la guerra. La primera era la potencia mortífera de las ciudades insalubres, en las que abundaban las enfermedades endémicas y eran frecuentes los brotes de peste. Al aumentar la población, el excedente demográfico

1. Véase pp. 62-67.

2. Véase Tercera Parte, cap. 3.

se desplazaba a Londres y otras grandes ciudades, donde era eliminado, con la ayuda de la clase médica. La peste de 1635 quitó de en medio a casi la mitad de la población de Newcastle.¹ Se ha calculado que en el siglo XVII sólo alcanzaban la madurez dos de cada cinco niños nacidos en el seno de la realeza y la aristocracia. El cuarto duque de Norfolk perdió tres esposas seguidas, todas ellas a parto. Diez de los once hijos que tuvo el reverendo John Owen (1616-1683) murieron a edad temprana. Si estas eran las cifras correspondientes a las clases altas, es de suponer que las clases bajas lo pasarían aún peor.

En 1662 John Graunt calculó que la esperanza de vida de un niño londinense al nacer era de 17 años y medio. Uno de cada diez niños londinenses alcanzaba los cinco años de edad. Dado que, pese a todo, la población siguió creciendo muy rápidamente, el aumento natural en la totalidad del país debió de ser considerable.

La suciedad y las enfermedades eran los principales asesinos. Pero la ley aportaba su granito de arena. En 1598 fueron sentenciadas a muerte 74 personas en Devonshire. En los nueve años comprendidos entre 1607 y 1616 el promedio anual de personas ejecutadas en Middlesex fue de 76. Puede que estas cifras sean excepcionales, ya que 1598 fue un año de hambre y Middlesex tenía una población mayor y más desarraigada que la mayoría de los demás condados. No obstante, si cada año eran ejecutadas digamos 2.000 personas, y a esta cifra añadimos el número (totalmente imposible de determinar, pero probablemente mucho mayor) de las que morían en las prisiones azoradas por la fiebre, vemos claramente que la ley eliminaba una proporción respetable de las personas en edad de engendrar hijos. No nos es difícil comprender que los jurados se resistiesen a declarar a los acusados culpables de los robos insignificantes por los que podían ser condenados a muerte.

2

Baronía de la corona

Volviendo ahora nuestra atención a las clases sociales en que estaba dividida la Inglaterra del siglo XVII, ocupémonos primeramente de los peores. Aquí tenemos que dejar constancia de un doble fe-

3. R. Howell, *Newlands upon Tyne and the Puritan Revolution*, 1967, p. 9.

22

nómeno: la pérdida de parte de su poder y, pese a ello, la conservación de sus privilegios y gran influencia. La Reforma transformó el equilibrio de la cámara de los lores, convirtiendo una mayoría clerical en una mayoría laica. Desaparecieron 31 abades mitrados y sólo sobrevivieron cinco de los nuevos obispos que se habían creado. Quedaban, pues, 26 obispos: en ningún momento del reinado de Enrique VIII hubo menos de 36 pares laicos. Pero también la nobleza laica se transformó. Veinticinco de las 39 familias ennoblecidas bajo los primeros dos Tudor debían su elevación a servicios políticos y administrativos prestados a la corona. Al subir Isabel al trono, 26 de los 61 pares laicos habían sido creados después de la Reforma. Nunca fueron mayoría los pares que habían heredado su título hasta el reinado de Jacobo I. Dado que los obispos eran nombrados por el monarca, no es difícil comprender por qué la cámara de los lores solía mostrarse de acuerdo con la política real. Simultáneamente, el ataque real contra las franquicias significó que la vieja nobleza estaba perdiendo su poder territorial independiente. Como dijo Spelman cerca de un siglo después de la Reforma:

Todo el cuerpo de la baronía ha [...] caído [...] de su antiguo esplendor, magnitud y estima. Yo que unos cincuenta años atrás contemplé con qué gran respeto, observancia y distanciamiento los hombres principales de los condados se dirigían a algunos de los barones más mequetrunos, y con qué familiaridad los *gentlemen* inferiores se dirigían a muchos de los de nuestros días, no puedo dejar de maravillarme ante la decadencia de unos y las arrogancia de otros [...] Dios, para castigarles [por su participación en la expropiación de la iglesia] ha tomado los antiguos honores de la nobleza y los ha transmitido a lo más mezquino del pueblo, a tenderos, taberneros, sastres, comerciantes, buques, cerveceros y ganaderos.

Los lores pasaron entonces a ser sólo una de las dos cámaras existentes en lugar de ser el componente esencial del parlamento. Los 61 pares laicos de 1558 habían quedado reducidos a 39 en 1603. Isabel no ennoblecía a la floreciente *gentry*, con lo que la nobleza como grupo social dejó de coincidir con los mayores terratenientes: y cuando Jacobo y Carlos reemprendieron la creación de pares los mercaderes ya eran lo bastante ricos como para comprar títulos nobiliarios. En 1626 había alrededor de 100 pares laicos. Pero, en com-

pensación, el siglo xvi fue también testigo de la elaboración de una ley de la nobleza, de la teoría de que la corona no podía llamar a quien quisiera a la cámara alta, sino únicamente a los que tenían el derecho hereditario de asistir a ella. Como observó Bacon, los "derechos y preeminencia de la nobleza" no sufrieron la menor merma a causa de su pérdida de poder militar. Un par no esperaba recibir en los tribunales el mismo trato que un común. No se le podía hacer prestar juramento. Estaba exento de la tortura. No se le podía arrestar por deudas, privilegio este de suma importancia. Para los impuestos se le calculaba una cifra muy baja. "¿Cuándo habéis visto que ahorcasen a un lord?", preguntó lord Fee-Simple en *Amenities for Ladies* (1618): "podemos matar a quien nos apetezca". Sus dependientes todavía podían intimidar a los jurados. Un juez de paz no estaba dispuesto a arrestar a un hombre que llevase la libra de algún par poderoso, como seguían haciendo muchos miembros de la *gentry*. En 1620 dos sargentos del *County* fueron castigados por arrestar "a un *gentleman* perteneciente al conde de Oxford". "¿Cree algún hombre que un juez contendrá con un hombre tan grande como él mismo?", preguntó un diputado en 1621.

Especialmente en el siglo xvii, cuando el gobierno ya no temía al poder político de la aristocracia, imponía castigos salvajes para hacer respetar los privilegios sociales de los pares. Durante el reinado de Carlos I un hombre que llamó al conde de Danby "lord vil y es-tafador" por haber instalado cercas, y que dijo "yo soy mejor hombre que él" fue encarcelado a discreción de Su Majestad, multado con 1.000 libras esterlinas más otras 1.000 libras por "viviencias. Ni siquiera Laud en la cumbre de su poder se atrevió a castigar a la esposa de un par hasta que contó con la aprobación del rey. El mismo rey intervenía para proteger a un deudor o asesino noble. Los pares podían promulgar "protecciones" que permitían a los deudores en bancarrota zafarse de sus acreedores; algunos pares las vendían a cinco chelines cada una.

Las leyes suntuarias ayudaban a mantener las distinciones de clase. Del mismo modo que hoy día en el ejército puede ponerse fin a una desavenencia echando un vistazo a los galones de las hombre-

* Nombre de una de las diversas cárceles donde se encerraba a los deudores.

ras o de las mangas de los oponentes, también en el siglo xvi la validez de los argumentos de un hombre quedaba establecida por las vestiduras. Pero la frecuente repetición de proclamas sobre el tema de las vestiduras es prueba de la decadencia de este símbolo de una sociedad jerárquica estática. Significativamente, un proyecto de ley suntuaria presentado ante la cámara de los comunes en 1621 encontró oposición basada en que "aunque el honor y diferencia entre la nobleza y nosotros fue confesado, no había razón para que hubiese tanta como entre la seda y el paño, y tan poca entre nosotros y nosotros sirvientes como entre octubre y mayo". Hablaban hombres cuyas aspiraciones sociales eran mayores que la posición social que tradicionalmente se les asignaba. Después de 1640 las leyes suntuarias entraron en decadencia.

La afición a pitear por la que es notoria la Inglaterra del siglo xvi debe verse sobre este fondo social. En cualquier sociedad que se halle en esta fase de desarrollo, el pleito tiende a ser una guerra privada librada por otros medios: los jurados eran corrompidos o atemorizados, se ejercía toda suerte de presiones sobre los jueces. Sin embargo, al llegar el siglo xvii ya se había producido un gran cambio, al menos en el sur y el este de Inglaterra. Los derechos de propiedad de "los más mesquinos" en Inglaterra podían ser defendidos ante la ley (por aquellos que podían permitirse tal lujo); y White-locke comparó esto con "aqueños países donde los paranes y los campesinos dependen enteramente de la voluntad de sus señores [...] y no osan disputar ninguna cuestión de derecho con ellos". Señaló que todavía había menos pleitos en el norte de Inglaterra que en el sur.

Al estallar la guerra civil en 1642, Carlos I debió de lamentarse a veces de que los Tudor hubiesen tenido tanto éxito al desarmar a las grandes familias feudales del norte y el oeste, familias de cuyo apoyo militar dependía ahora. "Una de las razones por las que el rey Carlos perdió la guerra civil", observa el profesor Stone, "es que la aristocracia inglesa ya no sabía luchar". Sin embargo, en 1642 incluso los parlamentarios se sentían obligados a dar mandos militares a los pares dondequiera que encontrasen uno dispuesto a aceptar, y estuvieron a punto de perder la guerra a causa de ello. Tanto Baillie como Clarendon opinaban que el prestigio del conde de Essex era

necesario para mantener unido al ejército parlamentario. El mismo Essex demostró su poder feudal al comienzo de la guerra cuando advirtió a sus colonos que "no esperasen amistad después si no le ayudaban a avituallarse".

Parcer que en este período aumentó muy rápidamente el número de los que se autocalificaban de *gentlemen*. Al principio eran muchas las parroquias en las que no residía ningún *gentleman* (Leland dejó constancia, como de algo notable, del hecho de que hubiera un *gentleman* en casi todos los pueblos de Northamptonshire). Sería interesante saber más cosas sobre estos pueblos que no tenían que soportar a ningún *squire*: al parecer, eran ya menos al finalizar el siglo XVII, cuando en tres de cada cuatro pueblos residía un *squire*. Pero, al igual que con tantas estadísticas de este período, tenemos que reconocer que no estamos seguros de si se tratada de una novedad o de algo que existía desde hacía ya algún tiempo. Podría ser que el número de personas aceptadas como *gentlemen* fuese muy superior al que nos dan las fuentes que han llegado hasta nosotros, y que fue solamente en el siglo XVI, al aumentar el número de plebeyos ricos, que se hizo importante el ser reconocido legalmente como *gentleman*. Pero parece que la presión hacia arriba experimentada por la pequeña aristocracia hubiese fortalecido el dominio del país por parte de una clase arnigera que había aumentado. Porque cuando los grandes magnates perdieron sus franquicias, la *gentry* pasó a ocupar su lugar, controlando el gobierno local en nombre del rey.

Al comenzar nuestro período aún había un elemento personal en la relación del juez de paz con el gobierno central: Isabel, "reina de *gentlemen*" repasó la lista de jueces, señalando aquellos a los que deseaba retener en el cargo. Creía conocerlos a todos personalmente. Pero al crecer el prestigio y el beneficio del cargo, aumentó también, por razones sociales, la presión para ser nombrado juez de paz, lo cual era inevitable. Así, pues, aumentó el número de jueces. Al principio estos se hallaban bajo el estrecho control del Consejo Privado y de los tribunales con prerrogativas, del mismo modo que ellos esperaban de Londres el apoyo contra los disturbios. Pero al ser desarmado el país, al gobierno central le resultó imposible hacer que los jueces acatasen las disposiciones impopulares. En 1621 la cámara de los comunes ya se atribuía el papel de portavoz de los jueces contra

un proyecto real para quitarles el control de la concesión de licencias a las tabernas, elemento esencial en el mantenimiento de la ley y el orden y en el patronazgo local que los jueces esperaban ejercer. En la victoriosa sesión de 1624 una ley dejó a los jueces de paz prácticamente libres de la supervisión de los tribunales superiores.

Existe una relación natural entre la creciente importancia de la *gentry* en el gobierno local y su deseo de tener un escaño en la cámara de los comunes, lo cual era tanto causa como efecto de la creciente importancia que la cámara baja adquirió en nuestro período. Si Isabel creó pocos pares entre la *gentry* más rica, la compensó creando escaños de burgo que quedaban bajo el patronazgo de algún *gentleman* local. Y aunque era difícil cruzar la línea que separaba a la *gentry* de las clases más altas, no sucedía lo mismo con la línea que la separaba de las clases inferiores: hacerse *gentleman* "sale barato en Inglaterra", dijo sir Thomas Smith en 1565. Todos los que vivían sin trabajar y, pese a ello, podían representar el papel de *gentleman*, todos los que tuvieran un título de Oxford o Cambridge, podían ser aceptados como *gentlemen*. Resultaba algo difícil reconciliar esta movilidad social de *facto* con los prejuicios de la época: al recién fundado *College of Heralds* le correspondió la tarea de llevar a cabo esta reconciliación. La primera *Heralds' Visitation** tuvo lugar en 1529, la última en 1686. En 1530 los Heraldos decidieron que cualquier hombre de buena reputación y con tierras libres que valieran 10 libras esterlinas anuales o bienes muebles por valor de 300 libras esterlinas podía adquirir un escudo de armas. Así, pues, desde el mismo principio de nuestro período fue posible comprar sangre azul. Al disolverse los monasterios, sus tierras se vendían normalmente en tenencia a cambio de prestaciones, por razones fiscales más que militares. De esta manera la propiedad de la tierra quedó aún más separada de sus tradicionales obligaciones militares y más familias hacendadas pasaron a depender de la corona a través de la tutela: aunque, más avanzado el siglo, los compradores de tierras monásticas encontraron formas de zafarse de la tenencia feudal.

* "Visitation de los heraldos". El Colegio de Heraldos visitaba los condados con el fin de inspeccionar las armas nobiliarias que en ellos se utilizaban.

3

"Incluso nuestras ciudades y corporaciones aquí en Inglaterra, las que necesitan de la protección de grandes hombres", observó sir Walter Raleigh, "se quejan a veces de la excesiva diligencia de sus patronos, ya sea rebuscando en sus propiedades privadas o comportándose como amos en cuestiones de gobierno". La relación era todavía de dependencia feudal, del mismo modo que el embajador veneciano describió las compañías comerciales bajo Jacobo I como "agobiadas y protegidas" por el rey.

Ciertamente los burgos tenían motivos para quejarse. Necesitaban la protección de un par o *gentleman* local por muchas razones: para ganar favores del gobierno, para ver que el parlamento no descaidase sus intereses. Pero a menudo tenían que pagar un alto precio. Leland nos cuenta que aunque la industria salinera de Droitwich prosperaba en sus tiempos, "los burgueses son pobres en su mayor parte, porque los *gentlemen* sacan las mayores ganancias de la misma y a los burgueses les queda todo el trabajo". El conde de Cumberland recibía los beneficios del mercado semanal y de las dos ferias anuales de Kirkby Stephen. Cuando en 1618 el conde de Suffolk cayó del poder, esto arruinó el mercado pañero de Oswestry, que él, como señor del *manor*, "había podido defender de la competencia de Shrewsbury. En la década de 1590 sir George Grey escribió a los concejales de Leicester sobre un criminal que habían arrestado: "Tenlo quiero; [...] así que mandádmelo, pues por mi vida que recurriré a todos los amigos que tengo en Inglaterra pero se me dará satisfacción [...] Si podéis llevarme la contraria en una cosa yo puedo responder a vuestra ciudad con veinte". En el siglo XVI cada vez eran más los burgos, exceptuando los mayores, que deseaban ser representados en los comunes por *gentlemen*, ya que éstos no reclamaban que se les pagasen sus salarios y en la corte tendrían más influencia que los burgueses.

Pero no debemos prestar atención solamente a la relación de opresión-protección entre *gentleman* y ciudades. La debilidad relativa

* Feudo y mansión de un señor feudal.

de las ciudades inglesas (exceptuando Londres), que las hacía depender del señor local, también contribuyó a la unificación nacional bajo una sola capital. Hizo posible que unas industrias en expansión, unas industrias más nuevas y libres, se escaparan de los muros y las ordenanzas de corporaciones que se hallaban a la defensiva para proteger sus privilegios. Había aquí vínculos de mayor igualdad y amistad entre el *gentleman* que se dedicaba a la cría de ovejas y el pañero, que tenían en común tantos intereses, intereses que eran representados por la cámara de los comunes.⁴

Debemos poner de relieve, sobre todo, a los grandes mercaderes de Londres. Todavía caían relativamente de influencia en política, pero en la década de 1570, tras el saqueo de Amberes, empezaban a cobrar mayor importancia como fuente de empréstitos para el gobierno. Justo al comenzar el reinado de Isabel el gran mercader y financiero sir Thomas Gresham le dijo a la reina que los mercaderes ingleses "deben estar a vuestro lado para cuanto necesitéis", y de esta manera la libraban de la dependencia de extranjeros. Dentro de la City de Londres "Su Majestad no puede carecer de dinero, ya se trate de 40 libras esterlinas o de 50.000", dijo Gresham en 1570. Aquel mismo año Isabel visitó la recién inaugurada Bolsa que Gresham había construido imitando la de Amberes; simbólicamente la reina la bautizó con el nombre de *Royal Exchange*. La independencia de Inglaterra aumentaba automáticamente la importancia de aquellos que podían financiarla. Al año siguiente se legalizó el cobro de intereses de hasta el 10 por ciento.

En el siglo XVII algunos mercaderes ya eran tan ricos como los pares, aunque generalmente su fortuna la hacían en el curso de una vida. Estos hombres eran independientes de todo salvo del gobierno. Se afanaban en eliminar los privilegios de las corporaciones locales cuando tales privilegios representaban un obstáculo para el comercio interno; y utilizaban su riqueza para reconstruir la sociedad en la que vivían, sus escuelas y colegios, su asistencia a los pobres, las oportunidades de mejorar que ofrecía a los jóvenes capacitados. La relación entre estos grandes mercaderes y el estado evolucionó de forma muy distinta a la de la aristocracia. Al comenzar nuestro pe-

4. Véase pp. 77-78, 86, 136-137.

riodo los comerciantes necesitaban un gobierno centralizado y fuerte para el mantenimiento de la paz interna, de la ley y el orden, así como apoyo externo para abuyentar a los rivales extranjeros y proteger los intereses de los mercaderes ingleses en los países extranjeros.

Valía la pena pagar un alto precio por todo esto. Pero a principios del siglo XVII la independencia nacional de Inglaterra y su orden interno ya estaban asegurados, los extranjeros se habían ido. Ahora las cargas del gobierno parecían más obvias que sus ventajas. Los mercaderes tenían que pagar su propia defensa contra los piratas en el Canal de la Mancha, así como el mantenimiento de sus propios embajadores en ultramar: los gobiernos Estuardo mostraron poco entusiasmo en promover los intereses de los comerciantes ingleses contra los competidores extranjeros, y tendieron a respaldar los privilegios de las oligarquías locales contra los londinenses. Se entrometieron de muchas maneras en las actividades mercantiles. Sin embargo, a estas alturas los intereses de los mercaderes eran compartidos por otras clases de la sociedad; muchos *gentlemen* se hubiesen mostrado de acuerdo con Thomas Mun en que "el comercio exterior es el único medio de mejorar el precio de nuestras tierras". A medida que el gobierno iba aliándose otra vez con una aristocracia cada vez más parasitaria, cada vez eran más los *gentlemen* que opinaban que sus intereses coincidían con los de los mercaderes, que unos y otros, conjuntamente, formaban "el país" en contraposición a la reducida camarilla de "la corte". Por otro lado, la compacta oligarquía gobernante de Londres se veía cada vez más impulsada a prestar dinero, primero a los pares y después al gobierno. Tal como lo ha expresado el profesor Robert Ashton, "la alineación de la corte y el país [...] se extendió a la misma *City* [...] La distinción en términos de interés económico no es la de la corte *versus* la *City*, sino la de la corte y un sector de la *City versus* el resto".

Debajo de los terratenientes y los grandes mercaderes se halla el importante grupo formado por aquellos a los que he denominado "la clase media". Recientemente se ha discutido desacreditar el empleo de este término refiriéndose a los siglos XVI y XVII, pero a mí me parece indispensable siempre y cuando lo definamos cuidadosamente. En la clase media incluyo a la mayoría de los mercaderes, a los artesanos ricos, a los *yeomen* y a los colonos acomodados. Estos se dife-

renciaban de la *gentry* hacendada y de las oligarquías gobernantes de Londres y las grandes ciudades, por un lado, por la carencia de privilegios; y de la gran masa formada por los pobres rurales y urbanos y los vagabundos, por otro lado, por la posesión de propiedades suficientes para ser económicamente independientes. Su supervivencia era precaria en un mundo arbitrario sobre el que pesaban las catástrofes naturales (peste, enfermedades, medicina inadecuada, falta de seguros) y la violencia y opresión humanas; pero con suerte y laboriosidad muchos de ellos conseguían sobrevivir e incluso prosperar.

Estos hombres carecían de privilegios pero no de derechos. La propiedad de los *freeholders* era protegida por el derecho común. La desaparición de la villanía en Inglaterra a finales del siglo XVI dejó a los *copyholders*,* los sucesores de los villanos, en una posición legal ambigua; pero los que podían permitirse el lujo de entablar pleitos —es decir, los más prósperos— cada vez era más probable que lograsen que su tenencia fuera protegida por los tribunales de justicia. Alternativamente podían comprar su libertad, con frecuencia a precios muy altos. Estos grupos, cuyos integrantes eran cada vez más numerosos, más ricos y más cultos, formaban la clase lectora de la Biblia, la clase para la que se escribía la literatura que se comenta en *Middle-Class Culture in Elizabethan England*, la admirable obra de L. B. Wright. Estos hombres apoyaron a la monarquía Tudor, incluso la subida al trono de la papista María en 1553. Porque en el siglo XVI la amenaza que pesaba sobre los que no tenían privilegios no procedía tanto del gobierno central como del señor feudal de la localidad, y cabía concebir la monarquía como una protección contra tal señor feudal. A menudo esto resultó una simple ilusión, de War Tyler a Kerr y posteriormente: los intereses del rey estaban ligados inseparablemente con los de la clase gobernante hacendada. Pese a ello, el rey *estaba* interesado en impedir las formas más flagrantemente injustas y en mantener la ley y el orden.

"Un abismo mucho mayor", dice Barley, "separaba en tiempos de Carlos I al agricultor afortunado y ambicioso del pobre plebeyo". Entre la floreciente *yeomanry* se desarrollaba la tradición de

* Hombrera cuya propiedad constaba solamente en "copia de un registro de la corte".
S. Thrink, 1967, p. 766.

recalcitrante independencia inglesa: eran ingleses llanos que comían carne de buey, bebían cerveza y eran temerosos de Dios. Estos hombres fueron la espina dorsal del puritanismo y del *New Model Army*.⁶ Muchos acontecimientos se confabularon para fortalecer a esta clase en Inglaterra, en un tiempo en que los zapatos de madera eran considerados el calzado normal de las clases bajas que habitaban los países papistas del extranjero. Fueron estos hombres independientes y de medios escasos los que instauraron la nueva ideología del hogar de clase media en contraposición a las grandes casas (aristocráticas, monásticas) de la Edad Media.

4

Al pueblo llano "se le tiene en poca más estima que si fuesen esclavos", declaró un embajador veneciano alrededor de 1500: al mismo tiempo comentó la prosperidad de los mercaderes. Alrededor de 1619 otro observador extranjero comentó la altivez del pueblo llano, que él atribuyó a que era demasiado rico: evidentemente se refería a lo que yo he denominado clase media. Según el ángulo visual del observador surgen descripciones contradictorias de la riqueza del pueblo llano de Inglaterra: porque los muy pobres empezaban a diferenciarse más claramente de los plebeyos ricos.

Inglaterra y Escocia eran casos únicos en Europa (exceptuando Escandinavia) por cuanto se habían zafado de la villanía al finalizar el siglo xvi, aunque sobrevivieron algunas prestaciones laborales; por ejemplo, una ley de 1553 imponía obligaciones de *corvée* en las carreteras a todos los hombres sanos durante cuatro días al año (los ricos, por supuesto, podían librarse a base de dinero). Las rentas en especie eran todavía muy importantes, al menos en las tierras eclesiásticas. Esta situación no fue una bendición pura para los campesinos más pobres: "termina la villanía, empieza la ley de pobres", comentó concisamente el profesor Tawney. Los escrupulos no impedían a los propietarios expulsar a los colonos que ya no estaban obligados a

⁶ "Ejército de nuevo modelo": Así se llamó al ejército tras su reorganización por Oliver Cromwell.

prestar servicios. La ley estaba fuertemente inclinada contra los pobres. Los hombres expulsados violentamente podían presentar una demanda por allanamiento de morada solamente si podían pagar las costas por adelantado. La justicia inglesa ya era "la mejor que se podía comprar con dinero"; y parece ser que también la Cancillería favorecía a los señores de los *manors* contra sus colonos.⁶ Los jornaleros sin tierra estaban en una posición mucho menos segura que aquellos que todavía conservaban sus parcelas. La villanía termina, la reñencia en arriendo y el trabajo asalariado se extienden. Un estatuto de 1550 protegía a los campesinos que construían en terrenos baldíos y de uso comunal. Cuarenta y siete años después se dispuso que no se construyeran más *cottages*⁷ a los que no fuesen unos cuatro acres de tierra; pero los jueces de paz, que tenían trabajo asalariado, estaban en posición de hacer cumplir o no esta disposición, según les apetiese. Una decisión judicial de 1605 dispuso que tales habitantes no tenían derechos comunes sobre el terreno baldío. Y los jornales reales disminuían ininterrumpidamente.

En un punto estaban de acuerdo todos los miembros de la clase gobernante: las clases bajas no tenían derechos políticos. Enrique VIII dijo a los rebeldes que "jamás había oído decir o sabido que los consejeros de los príncipes o los preladados debieran ser nombrados por el pueblo llano rudo o ignorante". En 1565 sir Thomas Smith dijo que "los jornaleros, los malos agricultores, sí, y los mercaderes o detallistas que no poseen tierra libre, los *copyholders* y todos los artifices [...] no tienen voz ni autoridad en nuestra colectividad, y no se les tiene en cuenta, salvo para gobernarlos". El gran *Statute of Artificers* de 1563, fruto de la sabiduría conjunta del gobierno y la cámara de los comunes, es la mejor prueba de que, citando las palabras de sir John Clapham, "los legisladores todavía pensaban que toda la gente que no tenía propiedades era *semiservil*", con el deber de trabajar para sus mejores. La entrada en los oficios especializados estaba restringida a los hijos de las familias acomodadas, con el fin de que "los *gentlemen* y otras gentes de posibles tuvieran algún medio para [...] colocar a sus hijos mejores [...] en una posición y oficio ra-

6. W. J. Jones, *The Elizabethan Court of Chancery*, 1967, pp. 264-265, 461-462.
⁷ Casa o casa donde habitaban los campesinos.

zonables". A los trabajadores semiespecializados se les podía obligar a trabajar en su oficio, a otros en la agricultura, a las mujeres como sirvientas domésticas. Un memorándum de 1573 que acabo de citar y que comentaba este estatuto sostenía que era justo que a los niños no se les permitiera abandonar la ocupación de sus padres. El estatuto no solamente trataba de perpetuar una sociedad jerarquizada estérica: sino que también insistía en que la *gentry* se beneficiase en primer lugar de la movilidad que fuese inevitable. La degradación de la monada por parte de Enrique VIII había ocasionado un especial empobrecimiento de las clases que eran ya las más pobres; la abolición de las *chantries* había privado a los pobres de una forma de seguridad social. Ahora la ley de 1563 imponía un control estricto sobre la población activa, un control ejercido por los jueces de paz pertenecientes a la clase patronal.

Uno de los objetivos de la Ley de 1563 consistía en mantener una reserva de mano de obra barata en los distritos rurales, con el fin de que los terratenientes no padecieran escasez. Al aumentar la población, la mano de obra perdió el valor que le daba la escasez en el siglo xv. Un sirviente estaba obligado a comprar un billete de liberación (a uno o dos peniques) a su anterior patrón antes de entrar en tratos con otro. Si cobraba un salario superior al máximo legal (fijado por los jueces de paz: en la mayoría de los condados las tarifas semanales oficiales permanecieron casi inalterables desde alrededor de 1380 a 1640, mientras que los precios no dejaron de subir), se le podía castigar con una multa terrible y la cárcel, mientras que a su patrón solamente se le imponía una multa relativamente ligera. Esta cláusula no se cumplía siempre. A veces, en las zonas donde escaseaba la mano de obra, los jueces de paz hacían la vista gorda ante esta infracción. Pero siempre podían hacerla cumplir a su discreción. En virtud de una ley de 1610 todo hombre o mujer sanos que *amargans* con escaparse de su parroquia se exponía a ser enviado a un correccional y tratado como un vagabundo. ¡Imaginense el poder que esto daba a la clase patronal!

Bajo todas estas circunstancias —el agobio de las rentas, expulsión y vagabundaje, reducción de las grandes casas, congelación de los salarios mientras subían los precios, los pobres acudiendo en masa a las ciudades, donde la mayoría apenas si llegaba al nivel de

subsistencia, la retención, apoyada por la ley, de una reserva de mano de obra en los pueblos— la beneficiencia era necesaria para complementar los salarios si se quería evitar que las clases bajas se vieran empujadas a la rueta por el hambre. Una ley de 1531 fue la primera en distinguir entre los bribones empedernidos (que deben ser castigados) y los pobres de solemnidad (a los que se permitía mendigar). Después de 1563 podía cobrarse un tributo para pobres, aunque en muchas parroquias no se hacía. Era algo muy impopular entre las clases propietarias y hasta 1660 (por lo menos) los pobres recibieron mucha más ayuda de la caridad privada que del estado. Por otro lado, en el Londres de Carlos I, a escasa distancia entre sí había sitios destinados a azotar a los mendigos recalitrantes. Los vagabundos preferían la cárcel a los correccionales. *La Poor Law*, dijo Thorold Rogers, era "en origen puramente una cuestión de ordenanza policial, y el deseo de socorrer a los afligidos simplemente un corolario inevitable impuesto por la necesidad, no dictado por la filantropía". Antes de la década de 1620 cada cuatro años, por término medio, era de escasez. Asegurando una subsistencia mínima para los ancianos y enfermos, la beneficencia evitaba el hambre y las revueltas en tiempo de penuria; además, ayudaba a mantener bajos los salarios. La teología protestante contribuía a esta sinistra decisión de impedir que los pobres salieran de su pobreza poniendo muy de relieve la iniquidad del ocio y la importancia de ayudarse uno mismo. Los teólogos recomendaban que la caridad se restringiera a los que la "merecieran". Lo mismo hacía un dramaturgo llamado Dekker que gozaba de popularidad entre la ciudadanía de Londres. En una de sus obras la defensa de la caridad indiscriminada corría a cargo de un diablo.

En la década de 1530 se hizo a los jueces de paz responsables del cumplimiento de esta legislación, y la parroquia se convirtió en su unidad administrativa. Los jueces de paz se hicieron cargo del control de lo que antes era la jurisdicción eclesiástica de la parroquia, del mismo modo que la corona y el parlamento se habían hecho cargo del control central de la iglesia. El poder de los jueces de paz era inmenso. Tal como en 1550 dijo un párroco comprensivo, "si los pobres oprimidos se quejan a los jueces de paz o semejantes en el condado donde vive el que el mal le ha causado, poca, según tengo

entendido, es la reparación que obtendrá, pues se hacen favores unos a otros, del mismo modo que las mulas se tascan el lomo unas a otras". Veinte años después se decía de sir Walter Waite que "ca- yéndose de que es juez de paz agobia a los pobres con [...] su inmo- derado proceder tanto contra la ley como contra la conciencia". No todos los jueces de paz eran así, por supuesto: pero no había nada que hacer contra los tiranos. El editor de unas actas judiciales ante- riores a 1612 comenta que "muchos ejemplos de procedimiento ile- gal, de justicia arbitraria [...] constan como cosa natural, hecha en público y sin vacilaciones". Podemos imaginarnos algunas de las co- sas que sucederían y que no constan en las actas.

Durante este periodo el proletariado empezó a diferenciarse del resto de la sociedad organizada en gremios y *manors*. La especializa- ción industrial, especialmente en la minería, produjo obreros que eran más sucios que sus colegas; al estar peor alimentados, los dien- tes se les caían antes y sus hijos estaban deformados por el raqui- tismo. A menudo los recién llegados formaban una comunidad ind- dustrial aparte. En 1606 los colonos de un pueblo de Shropshire protestaron por el hecho de que una nueva mina estaba introdu- ciendo "un número de personas lascivas, la escoria y las heces de mu- chos (condados) de donde han sido expulsados". Pero las diferencias físicas más acentuadas de la Inglaterra preindustrial eran probable- mente las que había entre la clase gobernante y la masa popular. La primera, citando las palabras de Laslett, "debía de ser más alta, más fornida, mejor desarrollada y más pronta a madurar que el resto". Sin duda esto confirmaba la creencia de la clase gobernante en su propia superioridad innata. En las obras teatrales del siglo xvii, y en los cuentos de hadas, toda hermosa muchacha campesina que dé muestras de sensibilidad resulta ser una princesa disfrazada. Incluso Robin de los Bosques, el héroe popular de la Edad Media, fue trans- formado, en el siglo xvi, en un conde al que habían privado de sus derechos. Este legado sobre las distinciones físicas entre las clases, que todavía nos incuican a la mayoría por medio de los cuentos de hadas de nuestra infancia, parecía justificado en nuestro período por la diferenciación física producida por la desnutrición de las clases ba- jas: hoy día circunstancias similares producen resultados parecidos en África del Sur.

Los beneficiarios sin precedente de los ricos se hacían —y así se sa- bía— a expensas de los pobres: y durante este siglo los ricos, al me- nos algunos de ellos, tenían cierta mala conciencia al respecto. El profesor Jordan ha señalado las fundaciones benéficas a través de las cuales eran mantenidos 13 de cada 14 pobres que recibían ayuda. De forma abrumadora, tales fundaciones funcionaban a expensas de los mercaderes que mayor número de pobres empleasen. Inglaterra adquirió un sistema de caridad organizada en dicho siglo una vez los mercaderes fueron lo suficientemente ricos e influyentes para poder permitírselo y antes de que su participación en el control del estado estuviese lo bastante asegurada como para pensar que el problema podía dejarse en manos de los estamentos oficiales: en el siglo en que los hombres dejaron de pagar misas para los difuntos y empezaron a considerar virtuoso el ayudar a los vivos a que se ayudasen a sí mis- mos.

Los pobres carecían de derechos en otro sentido. Estaban suje- tos al reclutamiento forzoso: los que pagaban impuestos eran recluta- dos muy raras veces. A principios de la década de 1620 la leva for- zosa de artesanos para la aciaga expedición de Mansfeld a Alemania contribuyó a aliviar el paro en aquellos años de crisis. "Las personas de clase más mezquina y los sirvientes", por el contrario, no debían ingresar en la (milicia) encargada de guardar la propiedad, en parte porque, como dijo Carlos I, "no puede esperarse que su residencia sea constante", y en parte porque "el gobierno temía armar y adies- trar a las clases bajas". Tal como hace cincuenta años demostró el historiador ruso A. N. Savine, la mitad de los apellidos de un pueblo de Norfolk desapareció totalmente entre 1607 y 1650: en Clay- woth, Nottinghamshire, más del 60 por ciento de la población de- sapareció entre 1676 y 1688. Puede que estos pueblos no fueren típicos, pero la sociedad de aquel tiempo era muy móvil en lo que concierne a las clases sin propiedades. No es de extrañar que Francis Quarles nos diga que los pobres temían tener hijos.

7. Lindsay Boynton, *The Elizabethan militia*, 1967, pp. 62, 109 y *passim*.
8. Laslett, P. y J. Harrison, "Claywoth and Cogenhoe", en *Historical Essays, 1570-1710, presented to David Ogg*, H. E. Bell y R. L. Ollard, eds., 1963, p. 174.

28

Capítulo 3

LA AGRICULTURA Y LAS RELACIONES AGRARIAS

La hospitalidad, que otrora fuera el 'quiza de la *gentry*, y divisa reconocida en todas las antiguas casas, ha perdido su título meramente a causa de su discontinuación; y las grandes casas, que al principio fueron fundadas para succeder a los pobres y a los viajeros necesitados que pasaran ante ellas, no sirven ahora más que como huos del camino. ¿Pero adónde han ido los Grandes? A la corte, para allí gastar en immoderado despilfarró lo que sus providentes antepasados tanto tiempo guardaron.

RICHARD BRATHWATE, *The English Gentleman* (1633)

1

En las tablas de Gregory King correspondientes a 1688 se indica que el 88 por ciento de la población se dedicaba a la agricultura. Aunque sin duda muchos agricultores tenían un empleo subsidiario en la industria, a la vista de la citada cifra debemos abstenernos de exagerar la importancia del comercio y de la industria antes de dicha fecha. Cada vez son más los historiadores que se muestran de acuerdo en que el capital acumulado en la agricultura, a menudo en forma de pequeños ahorros, puede que a la larga fuese más importante que la aportación del comercio y la industria.

La revolución de precios habida en el siglo XVI creó nuevos problemas y nuevas oportunidades para los terratenientes y los campesinos dedicados a la agricultura de subsistencia. La condición de los *gentlemen* y nobles, observó Eduardo VI en 1551, "por sí sola no ha

aumentado su nivel de vida. [...] y sin embargo la manutención de sus casas es más cara, más caras son sus librecas, mayores sus salarios. [...] El *gentleman*, acusado por la necesidad y la pobreza, se hace agricultor, ganadero u ovejero; el ganadero, el agricultor, el mercader, se convierten en hacendados y se hacen llamar *gentlemen*, aunque sean unos paranes".¹ Los precios agrícolas subieron más de prisa que los industriales, por lo que prosperaron los hombres prudentes que producían alimentos para el mercado. Los que tenían ingresos fijos se hallaban en dificultades; por ejemplo, los propietarios con tierras arrendadas a largo plazo, aunque al expirar el arriendo recibirían una ganancia inesperada, un préstamo por adelantado. Los arrendatarios a largo plazo tenían todas las probabilidades de prosperar.

Eran muchos los estímulos para la comercialización de la agricultura. Se registró un marcado aumento del rendimiento por acre, principalmente gracias a la *malshire*. Pero la población, especialmente la urbana, aumentó con mayor rapidez que el excedente agrícola. Por esto los precios de los productos agrícolas subieron más de prisa que los precios industriales. Se calcula que el consumo de maíz en Londres creció en un 230 por ciento entre 1605 y 1661, y el mercado londinense estimuló el cultivo a gran escala de hortalizas. En 1640 la leche era vendida por vendedores ambulantes en las calles de Londres. Los años 1570-1640, nos dice el profesor Bowden, mostraron "un súbito salto hacia adelante en el volumen, organización e impacto del comercio agrícola en la economía inglesa".² La creciente demanda de alimentos afectó primero a los condados de los alrededores de Londres y luego a todas las partes de Inglaterra que tuvieran acceso a las comunicaciones acuáticas. Las importaciones de grano a Londres desde tres condados del nordeste aumentaron 14 veces en los 60 años que precedieron a la guerra civil. El cierre del *Steeleyard* * en 1598, aquel gran triunfo para los exportadores ingleses, tuvo también consecuencias para la agricultura, ya que los mercados harscáticos habían pagado el paño con maíz, y su retirada.

1. W. K. Jordan, ed., *The revenue and political papers of King Edward VI*, Cornell University Press, 1966, pp. 163-164.

2. Thirk, 1967, p. 587.

* Lugar situado en la margen norte del Támesis, más allá del London Bridge, donde se hallaban establecidos los mercaderes de la Hansa.

—tras una serie de malas cosechas— aumentó la presión en favor de la producción nacional. Un escritor del reinado de Jacobo I comentó de un "acaparador de maíz": "Quisiera que Dantzig estuviera en las Molucas, y antes preferiría la certeza de una invasión extranjera que de la instalación del Steelyard".

La creciente demanda de alimentos condujo a la colonización interna; la línea de asentamientos avanzó en Cumberland, Westmorland y el sudoeste de Inglaterra. Había también presiones para que se cultivasen las tierras comunales y baldías, así como los bosques reales. Se registró un gran movimiento de mano de obra excedente desde los pueblos a los asentamientos forestales en muchas partes de Inglaterra: Gloucestershire, Worcestershire, Northamptonshire, Kent. Se alzaron *estates* en los brezales, tierras baldías y bosques. Recientemente la doctora Thirsk y el profesor Everitt han dado a entender que debería establecerse una clara distinción entre las zonas boscosas y de pastos por un lado y las cultivables por otro. En nuestro período las primeras eran mucho más extensas que ahora e incluían, por ejemplo, North Essex, el Weald, la zona "quesera" de Wiltshire, así como bosques como los de Sherwood y la New Forest y la zona de las Highlands en general. Dado que los campesinos podían instalarse en las zonas de bosques, éstas suministraban abundante mano de obra (de dedicación completa o parcial) para las industrias en expansión, viejas o nuevas. Por consiguiente, estas zonas eran más susceptibles de cambiar que los distritos situados a campo abierto, donde seguía predominando la agricultura de labranza. El profesor Everitt ve "una sociedad relativamente libre y móvil en las parroquias de los brezales y bosques, y otra relativamente estática y subordinada en las parroquias del campo y las llanuras". En 1607 John Norden dijo que "la gente criada entre bosques es naturalmente más obstinada e incivilizada que la de las regiones a campo abierto". John Aubrey dijo que los habitantes de los bosques eran "gente mezuquina" que "vive sin ley, sin nadie que la gobierne, sin que nadie les importe y sin depender de nadie". En tales zonas los vínculos feudales de subordinación se rompan con gran facilidad ante la intrusión de la industria rural. La doctora Thirsk y el profesor Everitt sugieren también que las regiones pastorales como el Weald de Kent eran "los más fértiles semilleros del puritanismo y la dioidencia", y han

hecho especulaciones sobre la posibilidad de que los brezales y bosques suministrasen la mayor parte de las tropas de los ejércitos parlamentarios durante la guerra civil.³

La rápida expansión de la producción lanera y los avances en la industria del carbón también contribuyeron al desahucio y la proletarianización. "Dondequiera que la minería del carbón cobrase importancia", nos dice el profesor Nef, "estimulaba el movimiento hacia la reducción de los derechos de los colonos e incluso de los pequeños *freeholders*". "No sólo había que impedir que los colonos luciesen excavaciones ellos mismos, sino que debía despojárselos del poder para negar el acceso a los minerales que hubiera debajo de sus tierras, o para exigir una compensación excesiva." "La opinión de los círculos legales de Lancashire y Yorkshire se inclinaba a prohibir al *copyholder* romper el suelo sin una licencia especial del señor." La economía hacia la ley. "Los *copyholders* vivían con el temor constante de que se descubriese carbón debajo de su tierra."

2

En el siglo y cuarto que siguió a 1530 en Inglaterra la tierra se compra y vendía con una libertad inusitada. La Reforma echó las tierras monásticas y de las *chantries* al mercado. Los efectos combinados de los estatutos de usos y testamentos (1536 y 1540) facilitaban la movilidad de la tierra. Las ventas de un siglo culminaron en la orgía de confiscaciones y ventas de las décadas revolucionarias. Pero para entonces el mercado estaba saturado y, en todo caso, estaban surgiendo posibilidades más atractivas para la inversión: contratos del gobierno, préstamos del estado, cargos públicos, el comercio ultramarino y la construcción naval, las sociedades anónimas. (La extrema generosidad que los mercaderes y la *gentry* puritana habían mostrado antes de 1640 al dotar la educación, las prédicas y la beneficencia puede que, entre otras cosas, hubiese estado influida por la falta de otros canales de inversión.) A partir de la década de 1640 se desarrolló el *strict settlement*,⁴ con el fin de cerrar el mercado de

3. Thirsk, 1967, pp. 111-112, 435; cf. esp. I *passim*, y pp. 411-412, 462-465, 462-463, 473.

4. Vasey, pp. 163-167.

tierra, ya que se había aflojado la presión que lo mantuviera abierto durante el siglo anterior.

Mientras tanto se habían vendido las tierras monásticas, así como tierras de la corona por valor de dos millones y cuatro de libras esterlinas entre 1558 y 1640. Además, había terratenientes grandes y pequeños que no podían ajustar sus procesos de administración o que vendían con el fin de reorganizarse. Había tierra relativamente barata que podía ser comprada por cualquier persona que tuviera capital para invertir y aspiraciones sociales que satisficiera. Como es natural, la movilidad de la tierra transformó a los conservadores. A juicio de un observador, la existencia de una "sociedad de compradores de tierra" en la década de 1630 "tendía a la destrucción de la *gentry*" y a "crear una paridad entre los *gentlemen* y los *yeomen* y los que antes eran trabajadores; a engendrar orgullo y obstinación en ellos y, por medio de esto, a ser más refractarios al gobierno del país". Los que adquirían tierra en cantidades importantes se convertían en *gentlemen*, si es que no lo eran ya. Se trata de un proceso al que a veces se hace referencia, de forma que se presta a la confusión, llamándolo el auge de la *gentry*. En 1600 los *gentlemen*, nuevos o antiguos, ocupaban una proporción de la tierra de Inglaterra muy superior a la que ocupaban en 1530, lo cual era una desventaja para la corona, la iglesia, la aristocracia y el campesinado. Los *gentlemen* arrendaban tierra, del rey, de los obispos, de los deanes y capítulos, de los colegios de Oxford y Cambridge, a menudo con el propósito de ganar un beneficio subarrendándola. A veces los arrendados y derechos de sucesión iban de dos en dos. Era una forma de inversión, dado que no había bancos; al igual que la compra de cargos en Francia. Los sectores más modestos de la *gentry* ganaban allí donde los grandes terratenientes perdían, ganaban como arrendatarios lo que otros perdían como señores. Savine se refirió a esto diciendo que la *gentry* "se rebajaba con el fin de conquistar"; ello condujo a su triunfo final como clase, aunque algunas familias individuales no lo grasen sobrevivir.

El siglo xvii ofreció grandes oportunidades a terratenientes y agricultores, aunque no todos las aprovecharon. Uno de los mitos que finalmente se ha disipado en años recientes es el de que los "simples" *gentlemen* rurales no podían prosperar durante este período so-lamente gracias a la agricultura, sin invertir en el comercio, la industria, las patentes de corso o los riesgos aún mayores de una carrera en la corte. Por el contrario: mientras que el nivel general de precios subió unas cinco veces entre 1530 y 1640, las rentas en algunas zonas que han sido investigadas, subieron por término medio ocho veces por lo menos. Los ingresos de la cría de ovejas subieron de cuatro y media a siete veces en East Anglia. Al parecer, los mayores beneficios los obtuvieron los agricultores capitalistas, hombres que arrendaban tierra con el objeto de producir para el mercado, incluyendo el mercado de la exportación, que se hallaba en rápida expansión, aunque los propietarios que acortasen los arrendados podían participar de estos beneficios. Probablemente los pequeños ganaderos pronto se encontraron con que su superávit se veía engullido por el alza de las rentas e impuestos. Los años 1580-1620, nos dice el profesor Bowden, vieron "una masiva redistribución de los ingresos a favor de la clase hacendada, una redistribución que, en último término, se hizo tanto a expensas del jornalero agrícola y el consumidor como del colono".⁵ Durante este período empezaron a emplearse caballos en vez de bueyes como animales de tiro, lo que es prueba de la creciente prosperidad de algunos agricultores. Alimentar a los caballos resultaba más costoso, pero estos animales hacen tres o cuatro veces el trabajo de los bueyes.

Parece ser que en el siglo inflacionario fueron los agricultores, los *yeomen* y los pequeños terratenientes los primeros en adquirir las cualidades burguesas necesarias para tener éxito: frugalidad, laboriosidad, disposición a extraer la mayor cantidad posible de las rentas y a vigilar los mercados, consumo moderado y reinversión de los beneficios. Los pares y los grandes *gentlemen* que debían mantener un ni-

5. *Think* 1967, p. 693.

vel de gastos tradicional tardaron más en adaptarse y continuaron gastando sumas que no estaban justificadas por su total de rentas. Para sobrevivir económicamente, estos hombres dependían cada vez más del favor de la corte. Puede que la escasez de madera se viera atenuada por los terratenientes endeudados que vivían de su capital. La tierra dedicada a pastos valía el triple que la tierra dedicada a la explotación forestal; por consiguiente, los hombres decidieron que, citando las palabras de un panfletista de 1611, "hay carbón marino suficiente para satisfacer la demanda" y talaron sus bosques sin volver a plantar.

"No vivas en el campo", aconsejó a su hijo el prudente lord Burghley, "sin tener maíz y ganado a tu alrededor; pues el que mete la mano en la bolsa para cada gasto de la casa es como el que pretende guardar agua en el cedazo". Los beneficios que podían sacarse de las mejoras agrícolas nacían de la gestión cuidadosa, del drenaje y regeneración de la tierra, el empleo de fertilizantes, la disposición de setos y zanjas alrededor de las tierras cercadas: para todo esto se necesitaba capital. Dado que las rentas y obligaciones fijas estaban menguando, era necesario librarse de los *freeholders* y de los *copyholders* y transformar en arriendos a largo plazo los que eran a corto plazo. El aumento de los derechos de entrada y el obtenc. el máximo posible de las rentas parecían una nupura revolucionaria con la costumbre: pero era el único medio por el cual los terratenientes podían marchar al mismo ritmo que los precios en alza. A la corta, fueron los agricultores y los pequeños terratenientes los que más se beneficiaron. Pero los grandes terratenientes pronto siguieron su ejemplo. "Los *gentlemen*", escribió sir Thomas Wilson alrededor de 1600, "que solían dedicarse a la guerra son ahora, en su mayor parte, buenos ganaderos y saben mejorar sus tierras al máximo tan bien como el agricultor o campesino, de forma que se hacen cargo de sus granjas al expirar los arriendos y o bien labran ellos mismos o las arriendan a quien más ofrezca [...] por lo cual la *yeomanry* de Inglaterra está en decadencia", salvo los que disfrutaban de arriendos a largo plazo.

Los efectos combinados de la inflación y de la política real consisten en atraer la aristocracia a la corte obligarían a dicha clase a depender del rey para obtener favores y ventajás, al mismo tiempo que a disminuir la dependencia feudal de sus colonos. En el siglo xvii la aristocracia ya había dejado de ser una clase primordialmente militar. Incluso los condes de Northumberland habían dejado de ser potentados feudales del norte para convertirse en terratenientes de Sussex. Los pares podían participar de los beneficios nacidos de la concentración de riqueza y poder en la monarquía, pero sólo mediante la sumisión y el buen comportamiento. Perdiéron su independencia financiera y política. Esta función de la corte como redistribuidora de la riqueza contribuye a explicar la hostilidad "del país" hacia ella y la creencia puntana de que la aristocracia ociosa era parasitaria. Estos sentimientos se intensificaron cuando Jacobo I empezó a distribuir dádivas entre los escoceses y los favoritos que no eran nobles.

El arzobispo Mathew y el profesor Trevor-Roper han señalado la importancia del favor de la corte como senda para alcanzar una riqueza inesperada y, por ende, el capital que permitiera emprender la reorganización de las propiedades o la inversión comercial. Pero entre los muchos que eran llamados a la corte, pocos eran los elegidos. Y mientras tanto, la persecución de una quimera hacía que la verdadera base de la riqueza, la tierra, sufriera de la falta de esa vigilancia constante que el *quire* puritano le dedicaba. "La corte", dijo sir Arthur Wilson, es "una especie de lotería, donde los que mucho arriesgan pueden no sacar nada, y los que poco tienen pueden obtener un premio". Sir John Oglander, que ligó su fortuna estrechamente a la corte, tenía gastos que excedían alrededor de las 1.000 libras esterlinas anuales el montante de sus ingresos. Sir John Reresby, más avanzado el siglo, se quejó de las pérdidas sufridas por su padre al seguir a la corte durante treinta años antes de su muerte en 1619.

A medida que iban perdiendo su poder militar, los grandes terratenientes tenían que adaptarse a la nueva sociedad en la que el di-

esto era el rey. De esta forma fueron mostrando un interés más directo en administrar sus fincas, reducir la hospitalidad, extraer el máximo posible de las rentas, arrendar los derechos de explotación minera, etc. Muchas familias que trataron de mantener los tradicionales niveles de gastos oscureros en una época inflacionaria, tuvieron que vender tierras para poder equilibrar sus presupuestos; pero la mayor parte de las grandes familias ya lo había conseguido al empezar el siglo XVII. En las primeras dos décadas de dicho siglo los condes de Northumberland completaron una drástica reorganización financiera de la administración de sus propiedades, adoptando el sistema de tenencia en arriendo (*leasehold*), con lo que sus rentas aumentaron considerablemente. Los Herbert de Wiltshire emprendieron una reorganización parecida más o menos en la misma época, obteniendo resultados igualmente beneficiosos. Los que no pudieron llevar a cabo la transición fueron reemplazados por otros más capaces de aprovechar la revolución intelectual y técnica habida en el campo de la administración de propiedades. (El agrimensor profesional data del reinado de Isabel; las nuevas matemáticas pronto lo capacitaron para calcular con precisión el valor de las tierras y las posibles mejoras, especialmente a expensas de los *copyholders*, que odiaban a los agrimensores.)

"La mejora del terreno", observó Francis Bacon, "es la más natural obtención de riquezas; [...] pero es lenta; y sin embargo, cuando hombres de gran riqueza se rebajan a dedicarse a la ganadería, las riquezas se multiplican en gran manera". Los grandes terratenientes, cuyo crédito era ilimitado, estaban mejor situados para aprovecharse de tales técnicas y para emprender proyectos gigantescos como, por ejemplo, el drenaje de los pantanos. Con el fin de la inflación en la década de 1620 y el aumento de las rentas y derechos de entrada por parte de la clase hacendada, "el endurecimiento de las labores de la separación social [en el seno de las clases hacendadas] se reflejó y se vio apoyado por un cambio en el equilibrio de las ventas económicas, que pasaron del *yeoman* arrendatario a los terratenientes de la nobleza y de la *gentry*". Como duros propietarios absentes ya había perdido, en 1640, la sumisión feudal de sus arrendatarios, sin recuperar la posición preponderante en el estado

que su anterior poder militar les daba.⁶

Casi por definición, la cámara de los comunes representaba al sector próspero de la *gentry*: una familia hacendada no conservaba su posición de líder en el condado durante mucho tiempo si sus rentas disminuían de forma notable; por el contrario, una familia nueva era aceptada por la sociedad del condado, si era lo bastante rica, en el plazo de dos generaciones. Por consiguiente, la cámara de los comunes tendía a expresar los deseos de la *gentry* adinerada. Podemos constatar el triunfo del capitalismo en la agricultura siguiendo la actividad mostrada por los comunes hacia el sistema de cercamiento de tierras (*enclosure*). Los gobiernos se opusieron a la *enclosure*, cuyo efecto era la despoblación, principalmente por motivos militares. Pero la *enclosure* ocasionaba también la pérdida de ingresos sujetos a impuestos y los diezmos que se pagaban eran más pequeños: es posible que la oposición de los párrocos a la *enclosure* no siempre naciera de sentimientos puramente altruistas. El año (1597) año de hambre, fue el inicio de las últimas leyes contra la despoblación; 1608 fue de la primera ley (limitada) pro *enclosure*. (En 1607 habían estallado revueltas contra la *enclosure* en las Midlands, y un periódico del estado dio a entender que la *enclosure* era necesaria si se quería alimentar a una población que estaba creciendo.) En 1621, en plena depresión, se presentó el primer proyecto de ley general sobre la *enclosure*, al que se opusieron algunos diputados temerosos de que estallasen revueltas campesinas. En 1624 se derogaron los estatutos contra la *enclosure*. En las postrimerías de la misma década estallaron revueltas anti *enclosure* en Dorset, Gloucestershire, Worcestershire, Shropshire y Wiltshire. A esto, estando disuelto el parlamento, siguieron las *Enclosure Commissions* * de Laud, que hicieron ganar mucho dinero con las multas impuestas a los partidarios de la *enclosure*, aunque la misma corona, en tanto que terrateniente, recurría al citado sistema de cercamiento de tierras. Pero poco hicieron para devolver las tierras de los que habían sido desahuciados y, a decir verdad, "los decretos de Carlos I no tenían por finalidad impedir la *enclosure*, del mismo modo que su plan relacionado con la concesión de licencias

6. L. Stone, p. 31. Los giraflos precedentes deben mucho al libro del profesor Stone.

* Comisiones cuyo fin era vigilar el cumplimiento de la ley de 1563.

para la venta de tabaco al por menor no tenía por objeto impedir que se fumase en pipa". Las multas por *enclosure* se convirtieron en un impuesto irregular que se cobraba a un sector de la clase hacendada y que no daba una protección adecuada a los pobres. También en este sentido el Parlamento Largo (*Long Parliament*)^{*} constituyó un punto crucial. Después de 1640 ningún gobierno trató en serio de impedir la *enclosure*, o siquiera de ganar dinero imponiendo multas a quienes la practicaban.

El amargo cluiste que hiciera sir Thomas More sobre las ovejas comiéndose a los hombres se ajustaba a la verdad más de lo que él mismo se imaginaba. En efecto, mientras que en el siglo xvi el nivel de vida de las clases bajas descendió catastróficamente, el de las ovejas mejoró de forma igualmente notable. La *enclosure* y la irrigación de las vegas mejoraron la calidad de los pastos, lo que produjo ovejas de lana más burda y más larga pero, al mismo tiempo, más abundante. A su vez esto contribuyó a la decadencia del velarte inglés, que se hacía con la lana de fibra corta obtenida de las ovejas subalpinas, así como al auge del tejido de estambre y las *New Draperies*,^{**} para cuya fabricación se utilizaba lana más burda y más larga.

La principal oposición a la *enclosure* surgió del campesinado bajo, *copyholders* en su mayoría. Los cambios legales del siglo xvi comenzaron a asimilar la tenencia escriturada (*copyhold*) con la tenencia libre o absoluta (*freehold*), pero la seguridad de tenencia de los *copyholders* variaba según sus posibilidades económicas y su valor para enfrentarse a sus señores. De forma parecida, es probable que los derechos de los campesinos a recibir una compensación por *enclo-*

7. M. W. Beresford, "Glebe Tenants and Open-Field Buckinghamshire", *Records of Bucks.*, XVI, p. 8.

* "Parlamento largo": El que duró de noviembre de 1640 a marzo de 1653 y de nuevo durante un breve período en 1659.

** "Nuevos paños": Nombre de los nuevos tipos de paño introducidos en Inglaterra en el siglo xvi. Se trataba de tejidos ligeros de estambre y entre ellos se hallaban la bayeta, arrás, sargas finas, gorgorán, etc.

8. Bowden, *paunim*.

sure parecían más impresionantes sobre el papel que en la realidad. Muchas veces la *enclosure* se hacía por "acuerdo" entre los *freeholders* de un pueblo. Resulta difícil rechazar la sospecha de que a veces dicho "acuerdo" les era arrancado a los débiles por los fuertes. Cerca de Wakefield una *enclosure* hecha "por consentimiento" fue abierta otra vez en cuanto las condiciones de la guerra civil lo permitieron. También debemos recordar la pérdida del derecho de recoger leña, cazar animales, etc. en las tierras comunales. La pérdida total de tales derechos debió de ser muy seria para las familias próximas al margen. Además, la *enclosure* incrementó la dependencia de los pueblos respecto de su señor, que ahora sería a menudo su patrono también.

Para obstaculizar el avance de los nuevos métodos agrícolas el peligro de revueltas campesinas resultó mucho más eficaz que las medidas tomadas por el gobierno. Estallaron revueltas de poca importancia en 1596, 1607, 1628-1631, y en una u otra parte de Inglaterra la revuelta agraria fue endémica durante toda la década de 1630. Pero no se produjo el triunfo de ninguna revuelta agraria nacional en la Inglaterra del siglo xvii, ni siquiera en el sentido en que fueron triunfos las de 1381, 1450 y 1549, mucho menos en el sentido en que triunfó la revuelta de los campesinos en las revoluciones Francesa y Rusa. Una de las razones de ello era que el campesinado inglés ya había dejado de ser una clase homogénea. Muchos *yeomen* y ganaderos acomodados producían alimentos o lana para el mercado, empleando mano de obra asalariada, y compartían los puntos de vista e intereses de los *gentlemen* y mercaderes más que los de los jornaleros sin tierra o los que se dedicaban a la ganadería de subsistencia. Incluso un hombre que cultivaba campos abiertos como Robert Loader de North Berkshire se mostró continuamente preocupado, en los años 1610-1620, con los beneficios de la comercialización del trigo y la cebada. Los hombres que tenían un excedente vendible podían beneficiarse de la mala cosecha que causaba la ruina de quien se dedicase a la agricultura de subsistencia. Los ganaderos menos afortunados vendían sus tierras y ganado y pasaban a engrosar las filas de los jornaleros. De ahí que en las décadas revolucionarias los movimientos radicales no consiguieran ganar la seguridad de tenencia para los *copyholders* ni impedir la *enclosure*. No nos es difícil

35

comprender por qué los hombres y mujeres de las clases bajas se mostraban dispuestos a afrontar el riesgo de ahogarse en el Atlántico o de morir de hambre en los inviernos de Nueva Inglaterra, con la esperanza de conquistar finalmente tierra libre y una fuente regular de subsistencia. Casi 80.000 hombres, mujeres y niños abandonaron Inglaterra entre 1620 y 1642.

Capítulo 4

COMERCIO, COLONIAS Y POLÍTICA EXTERIOR

Los hombres están ganando posesiones sin vuestro conocimiento [...] Los mercaderes hacen caso omiso de los intereses de su soberana y no se preocupan más que de su propio provecho comercial.

Zar Iván el Terrible a la reina Isabel, 1571

1

El comercio mundial estaba en alza durante el siglo XVI, gracias al descubrimiento de América y de la ruta marítima al Extremo Oriente. El empleo de la brújula, los adelantos de la astronomía y de las matemáticas aplicadas a la navegación contribuyeron a la expansión del comercio a larga distancia. Pero, a corto plazo, aún más importante fue la creciente demanda, en la misma Europa, nacida de las prósperas clases alta y media. Las exportaciones de paño inglés aumentaron rápidamente durante los primeros años del siglo con el fin de satisfacer dicha demanda. Aunque el *boom* se vio interrumpido por el derrumbamiento del mercado de exportación alrededor de 1550, y la crisis subsiguiente se vio agravada por la devaluación de la moneda, a la larga se encontraron nuevos mercados (Rusia, por ejemplo) para las exportaciones de paño. El zar Iván tenía razón: el capital de la Russia Company se multiplicó más de 13 veces en los primeros 30 años después de su fundación en 1553. Y, lo que es más significativo a la larga, al finalizar el siglo se estaba produciendo una nueva serie de paños más ligeros, las *New Draperies*, gracias a la cual se abrieron nuevos mercados en el área mediterránea y en África. En

1584 John Hawkins opinaba que "la riqueza de este reino se ha triplicado en valor" desde la subida al trono de Isabel.

Hubo una gran prosperidad comercial, especialmente después de firmarse la paz con España en 1604. Pero a partir de 1615 los desastres económicos se sucedieron rápidamente unos a otros. El *Cokeayne Project** de 1614 condujo a una crisis de exceso de producción y desempleo extendido en la industria pañera. La recuperación no había hecho más que empezar cuando se produjo una crisis aún más grave con el derrumbamiento de los mercados de paño de la Europa oriental, crisis que se vio intensificada por el estallido de la Guerra de los Treinta Años en 1618. La economía permaneció estancada durante las décadas de 1620 y 1630. Pero la reorientación del comercio inglés continuó incluso durante este período. En 1640 la mitad de las exportaciones de paño de Londres iban a España y el Mediterráneo. El valor de las exportaciones de la capital se había triplicado desde 1600.

Los gobiernos necesitaban a los mercaderes más ricos en calidad de prestamistas y también se interesaban por el comercio en la medida en que su auge les proporcionaba más ingresos en concepto de derechos de aduana. Tal como Bacon creyó oportuno recordar al nuevo favorito real, sir George Villiers, alrededor de 1616, "el constante comercio de mercancías nos proporcionará, cuando los necesitemos, [...] máneros y navegantes" para la defensa naval de la isla de Inglaterra. Asimismo, la clase dirigente en su conjunto recibía con agrado las importaciones de artículos de lujo que les proporcionaba el comercio ultramarino. Por lo demás, sin embargo, los gobiernos mostraron poco interés en proteger los intereses del comercio. Entre 1613 y 1619, cuando los mercaderes ingleses aplaudieron a Jacobo en sus disputas con los holandeses, el rey consideró que su papel era el de mediador neutral entre dos grupos pendenciosos: esto en un momento en que la Compañía de las Indias Orientales holandesa era prácticamente un departamento del estado y uno de los principales objetivos del gobierno holandés era el de proteger y estu-

* Proyecto dirigido a reconquistar para Inglaterra su posición como principal exportadora de paño al Báltico, de donde había sido desplazada por los holandeses. Fue un fracaso total debido a que sir William Coke y, su promotor, estaba más interesado en tener parte en un monopolio provechoso que en estimular la industria inglesa.

mular el comercio de dicha compañía. En 1629 Carlos I rindió el Canadá a Francia y con ello dio una base en tierra americana a la potencia que sería nuestro principal rival colonial durante el siguiente siglo y medio.

Durante la Edad Media la forma tradicional de robar al comercio era la imposición de peajes, tributo que cobraban los señores de las regiones por donde pasaban las mercancías. Las aduanas eran los peajes reales, es decir, el pillaje a escala nacional. Por consiguiente, el gobierno quería y no quería a la vez la existencia de una clase comercial fuerte. Quería aduanas, impuestos y una marina; no quería que la jerarquía de rango se desequilibrase a causa de una excesiva riqueza comercial. De forma parecida, los mercaderes querían un estado y un sistema legal unificados, un sistema monetario uniforme, pesas y medidas igualmente uniformes, con un gobierno lo bastante fuerte como para brindarles protección contra los enemigos extranjeros y los piratas, y para romper los privilegios y barreras internas que obstaculizaban el comercio. Sin embargo, no había garantía alguna de que un estado fuerte gobernase de forma conveniente a los intereses de los mercaderes. En realidad, era muy probable que no lo hiciera. La ambivalencia de la política económica de los Tudor se convirtió en rapacidad incompetente bajo Carlos I; y la clase comercial se polarizó entre el pequeño grupo de monopolistas privilegiados por el gobierno y la gran masa de mercaderes.

No obstante, incluso sin un apoyo importante por parte del gobierno, los mercaderes ingleses salieron, durante el siglo XVI, de su *status* semicolonial de dependencia de los mercaderes extranjeros. Los venecianos, que otrora casi monopolizaron las exportaciones de lana de Inglaterra, dejaron de visitar regularmente Londres después de 1533. La última vez que se les vio en Southampton fue en 1587. Los mercaderes hanesáticos del norte de Alemania perdieron su posición privilegiada bajo el gobierno radical de Northumberland en 1552, la recuperaron bajo la papista María, volvieron a perderla bajo la protestante Isabel. Finalmente fueron expulsados en 1598. Trece años después los mercaderes ingleses fueron invitados a Hamburgo, donde se les dieron privilegios "magníficos", parecidos a los que los hanesáticos disfrutaban en Inglaterra. Las posiciones relativas de poder se habían trastocado en el plazo de dos generaciones.

El propio Eduardo VI habló de la posibilidad de instaurar en Inglaterra un mercado que reemplazara a Amberes como centro de distribución del comercio europeo, así como de diversificar la estructura industrial de Inglaterra "para que todo no dependa de la pañería".¹ Pero después del interludio de su reinado, los gobiernos parecieron seguir una política consistente en la restricción deliberada del comercio, concentrándolo en manos de un puñado de ricos mercaderes de Londres. Las grandes compañías comerciales eran necesarias para controlar las zonas de monopolio, para hacer bajar el precio de compra y subir el de venta. Su comercio exterior era rapaz y entraba un número relativamente reducido de transacciones con unos beneficios sumamente elevados. Ello habría sido imposible sin el apoyo del gobierno a sus monopolios, apoyo que pagaron caro.

En 1564 sir William Cecil, tras observar que "la gente que depende de la fabricación de paño es de peor condición que los ganaderos para ser gobernada pacíficamente", prosiguió señalando las ventajas de una *reducción* de las exportaciones, exigiendo a los pequeños pañeros y concentrando la producción en manos de los fabricantes más ricos. (Los derechos sobre las exportaciones habían sido aumentados en 1558). Durante el reinado de Jacobo I nos encontramos con que el 10 por ciento de los exportadores exportaba el 50 por ciento del paño de Londres. Esta política de restricción deliberada consiguió que un grupo de londinenses se sintiera fuertemente unido al gobierno, al que gustosamente prestaba dinero; pero ocasionó resentimiento e irrisión entre los mercaderes de menor importancia y los de los puertos de salida. También hizo que la corona se entrometiera en los asuntos internos de las compañías. Aunque la conexión entre la oligarquía gobernante de la *City* y la corona produjo privilegios y títulos nobiliarios para algunos mercaderes, a larga la creciente bancarrota de la corona hizo que la conexión financiera perdiera atractivo incluso para los que formaban el círculo más allegado a ella: en el caso de los de fuera, la hostilidad hacia la política del gobierno aumentó progresivamente durante el reinado de los dos primeros Estuardo.

Por lo tanto, no debemos dejar que nos engañe la aparente actividad de aristócratas y cortesanos en las compañías comerciales y coloniales bajo Jacobo y Carlos (con excepciones, como los condes de Middlesex y Warwick, que recibieron el título de par del reino por haber sido comerciantes afortunados en vez de tener éxito en el comercio por ser pares del reino). De hecho, las compañías las dirigían los mercaderes, o al menos dirigían las que tenían éxito; los aristócratas se encargaban de "trabajar" la corte a cambio de una tajada de los beneficios. Allí donde los mercaderes no controlaban los asuntos, se abstendían de participar en las empresas patrocinadas por la corte. Tal como un oficial real le dijo al duque de Buckingham en 1622, "Los hombres de habilidad no entrarán en sociedad con sus señorías, porque los mercaderes no están dispuestos a jugar sus mercancías con sus superiores". Esto sucedía incluso en el caso de las colonias de propiedad, donde, en apariencia, el control se daba a un gran aristócrata que, sin embargo, normalmente sólo estaba interesado en el dinero que podía hacer gracias a su digna posición. Así, el conde de Carlisle dejó la administración de sus islas de Soravento y Barbados en manos de un grupo de mercaderes londinenses.

El gobierno tampoco supo cumplir con su deber de proteger los mares a satisfacción de los mercaderes ingleses. En 1609 se decía que había un millar de piratas operando ante la costa irlandesa. Durante los siete años siguientes fueron capturados 416 buques, cuyas tripulaciones se vieron reducidas a la esclavitud. Uno de los piratas ingleses, Henry Mainwaring, se enriqueció lo suficiente como para retirarse y comprar un título nobiliario a Jacobo I, que le nombró teniente del castillo de Dover. En 1631 los piratas turcos hacían incursiones en las costas irlandesas e inglesas en busca de esclavos. "Si se permite mucho tiempo que los turcos continúen", escribió el gobernador del castillo de Pendennis al secretario Coke, "arruinarán para siempre el comercio de Inglaterra". Las ciudades de la costa del sur tuvieron que construir fortificaciones para protegerse de las incursiones. Mientras tanto, la presencia, en número creciente, de mercaderes ingleses en el Mediterráneo creó nuevas demandas de protección naval, demandas que no fueron atendidas hasta la década de 1650. Por el contrario, en 1633 Carlos I prohibió a los mercaderes ingleses penetrar en el Mediterráneo.

1. W. K. Jordan, ed., *The chronicles and political papers of King Edward VI*, pp. 168-173, 180.

La fundación de sociedades anónimas a partir del reinado de Eduardo VI constituyó un gran avance en la organización capitalista de la sociedad inglesa. Primeramente un grupo de mercaderes se juntaba con vistas a un solo viaje, luego con vistas a varios viajes y finalmente por un período indefinido. De esta manera se ampliaba el círculo de inversores y podían mobilizarse los ahorros de personas que no estaban medidas directamente en el comercio o la industria. A principios del siglo xvii muchos *gentlemen* invertían dinero en empresas comerciales con el extranjero; entre ellos se hallaba un elevado número de diputados. Lo que es interesante es que la mayoría de ellos invertía *después* de ocupar un escaño en los comunes. El parlamento ayudó a difundir la influencia de Londres en los condados: a través del parlamento los mercaderes y un sector de *gentry* quedaron unidos en un solo interés capitalista.² Este hecho es un anticipo de una sociedad en la que el renista podría invertir tranquilamente en ramas de la economía con las que no tenía ninguna relación directa. Pero, a corto plazo, las compañías que comerciaban como una sola corporación estaban más expuestas a la interferencia y el control desde arriba. La plena libertad para las sociedades anónimas capitalistas no quedó asegurada hasta que los gobiernos aceptaron el principio de la no intervención en la propiedad privada, cosa que ocurrió después de 1688.

En los siglos xvi y xvii existía un acuerdo general en el sentido de que la finalidad del comercio estribaba en amasar tesoro, riqueza que pudiera convertirse en capital. Hablar de "aumentar la riqueza nacional" es hablar de algo que se presta a diversas preguntas. ¿Riqueza para quién? ¿Para la comunidad comercial? ¿Para el estado? ¿Es que los mercaderes existen para el estado, como opinaba Jacobo I? ¿O es el estado el que existe para ayudar a los mercaderes? Contra el metalismo y el restriccionismo de la corona, contra sus intentos de controlar la dirección y la cuantía de la inversión, Thomas Mun y otros propusieron una nueva versión del mercantilismo, el "ismo" de los mercaderes. Su pensamiento se desplazaba cada vez más desde la esfera de la circulación a la de la producción. Los teóri-

2. T. K. Rabb, *Enterprise and empire: mercantile and gentry investment in the expansion of England, 1575-1625*. Harvard University Press, 1967, cap. 1.

cos reales querían reducir las importaciones para equilibrar las exportaciones; los mercaderes deseaban ampliar las exportaciones con el fin de ganar para Inglaterra una balanza comercial favorable. La mejor manera de hacerlo era rompiendo con la organización en forma de compañías; pero de las compañías solamente se podía prescindir si el estado pasaba a ocuparse de la protección del comercio.³

2

Durante todo este siglo los factores decisivos de la formación de la política exterior de Inglaterra fueron financieros. Enrique VIII empleó el producto del saqueo de las iglesias para construir una marina poderosa. Pero el inmenso coste de las guerras habidas entre 1542 y 1562 produjo el caos financiero, la devaluación y la venta de tierras de la corona. Isabel y sus sucesores aprendieron bien la lección. Una política exterior cara les haría depender del parlamento, y éste probablemente utilizaría tal dependencia para exigir, por ejemplo, un arreglo más radical de la cuestión religiosa. La "parsimonia" de Isabel nació de un complejo de causas constitucionales, políticas, religiosas y sociales, así como de sus propias inclinaciones personales. Las guerras con los españoles y los irlandeses hacia las postrimerías de su reinado la obligaron a vender más tierras y a hacer concesiones al parlamento en lo que se refiere a los monopolios; los aventureros extranjeros que eran típicos del gobierno de Buckingham en la década de 1620 dieron finalmente al traste con las relaciones entre la corona y el parlamento y fueron la causa de que Carlos I abdicase virtualmente de los asuntos extranjeros durante su gobierno personal de once años.

Sin embargo, aunque la guerra era desastrosa para los gobiernos, ofrecía ventajas a otros sectores de la comunidad. Durante el reinado de Isabel se acuñó metal precioso por valor de unos cuatro millones y medio de libras esterlinas, la mayor parte del cual, según se cree, procedía del botín arrebatado a España. Los artículos de presa traídos por los corsarios entre 1585 y 1603 ascendieron a alrededor

3. Véase pp. 176-183.

del 10 al 15 por ciento de las importaciones totales. Esto era una breva recibida de buen grado por una clase comercial que necesitaba capital más que cualquier otra cosa. Al mismo tiempo, los artículos exóticos de importación obtenidos al saquear buques españoles crearon nuevas demandas de consumo. La unidad nacional de estos años simboliza la alianza, con vistas a acciones conjuntas, entre la *gentry* marinera de Devon y Cornwall y los mercaderes de la City que la financiaban de forma creciente.⁴

De hecho, durante el siglo se ofrecieron a los gobiernos dos alternativas de política exterior. Los Howard encabezaban normalmente el grupo conservador, católico y proespañol, desde los días en que derribaron sucesivamente a Wolsey y a Thomas Cromwell; ellos mismos fueron derribados en 1547 para garantizar la sucesión protestante. Durante el reinado de Isabel el duque de Norfolk, el más poderoso de sus súbditos, quiso primero que la reina contrajera matrimonio con un Habsburgo; en 1572 fue ejecutado por conspirar con María Estuardo y España en lo que Froude llamó "el último esfuerzo combinado de la aristocracia inglesa para deshacer la Reforma y estrangular el nuevo orden de cosas". Pose a todo, a partir del reinado de María Tudor el grupo conservador se enfrentó con contradicciones insolubles. La base económica y política de la iglesia y de la vida aristocrática había sido tan gravemente debilitada que era imposible reinstaurar su gobierno salvo con ayuda extranjera. De ahí que María se casara con Felipe de España, así como su dependencia de Roma y Madrid, dependencia que ofendió los sentimientos patrióticos de la *gentry* y los mercaderes en grado no inferior a los sentimientos religiosos de los protestantes y la codicia de los poseedores de tierras monásticas. La rebelión de Wyatt en 1554 fue una expresión de nacionalismo más que de protestantismo. La pérdida de Calais en 1558 y la quema de 300 herajes fueron atribuidas igualmente a la funesta influencia de España. Por consiguiente, Isabel nunca pudo llevar demasiado lejos su flirt con dicho país. Sólo después de que la independencia de Inglaterra quedase asegurada se produjo un cambio favorable a una política decididamente pro española bajo Jacobo I, coincidiendo con un renacer del dominio de los

Howard. El apoyo a esta política surgió de aquellos conservadores que menos dispuestos estaban a ver el aumento de la influencia del parlamento sobre la política que inevitablemente resultaría de una política exterior agresiva (No quiere decirse que la política pro española fuese necesariamente barata. El ridículo viaje que el príncipe Carlos y Buckingham hicieron a España para cortejar a la Infanta en 1623 costó más de 100.000 libras esterlinas). Si Jacobo renegó la política de apaciguar a España que Isabel había seguido al principio de su reinado, su hijo casi volvió a caer en la rasquera dependencia respecto a España y Roma del reinado de María Tudor. El manro del patriotismo fue recogido ansiosamente por los puritanos y la oposición en la cámara de los comunes.

Por otro lado, de Thomas Cromwell a Oliver Cromwell pasando por los Dudley, hubo proponentes de una política exterior protestante más positiva. Raleigh y Hakluyt se convirtieron en portavoces de una política expansionista y antiespañola, política que fue referendada por la cámara de los comunes en 1624 y en otras muchas ocasiones posteriores. En la década de 1630 fue representada por John Pym y la Providence Island Company, en un momento en que Wentworth era el líder de los conservadores pro españoles, y el gobierno de Carlos firmaba una alianza con España, considerando incluso la partición de la república protestante holandesa entre Inglaterra y España. Las cuestiones sociales que había debajo de la política exterior resultaban claras para los contemporáneos. Era la "malicia innata de los vulgares contra la nobleza" lo que Burghley dio como una de las razones para desear la paz con España. Los puritanos de la década de 1620 decían que el partido pro español consistía en cortesanos y grandes aristócratas; muchos de ellos soberanos por los españoles; el pueblo llano, según creencia general, era pro holandeses y fieramente antiespañol.

Un sector de los intereses comerciales apoyaba una política exterior de índole expansionista, pero había otros que preferían la paz con España. Para la Compañía de las Indias Orientales, fundada en 1600, el principal enemigo eran los Países Bajos. Algunas de las *New Draperies* se fabricaban con lana española, otras se exportaban a España. Sir Thomas Wentworth y Lambert, el mayor general de Cromwell, representantes de los intereses paños del West Riding,

4. Andrews, pp. 128, 232-235.

se mostraron consistentemente pro españoles, aunque es difícil imaginar cualquier otra cuestión política en la que se hubiesen mostrado de acuerdo. Wentworth tenía otra razón para desear la paz con España: su cargo de *Lord Deputy* * de Irlanda. Irlanda fue siempre una especie de puerta trasera abierta de par en par a la invasión española. Durante las últimas décadas del reinado de Isabel esta puerta se mantuvo cerrada, aunque ello costaba muchos gastos. Los recursos de la monarquía eran insuficientes para una conquista y subyugación completas de la isla. El principio de empresa común sobre el cual Isabel intentó someter a Irlanda así como combatir contra España (corsarios, colonización privada de América no menos que de Irlanda) no aportó una solución final. Irlanda no fue conquistada ni España puesta de rodillas hasta la década de 1650, cuando los recursos de Inglaterra fueron movilizados plenamente.

3

En lo que se refiere al comercio con el Extremo Oriente, podría contarse una historia parecida, una historia en la que destacan la falta de apoyo a los intereses comerciales y la intervención desastrosa de los reyes Estuardo. En 1600 la Compañía de las Indias Orientales compró una cédula que daba a sus miembros un monopolio sobre este comercio. Cuatro años más tarde sir Edward Mitchellbourn, un cortesano que había sido expulsado de la compañía por impago de tributos, recibió de Jacobo I una licencia para comerciar con las Indias Orientales, lo cual era una infracción de la cédula real. En 1617 Jacobo concedió otra cédula a una Compañía de las Indias Orientales escocesa, de la que se permitía a los ingleses formar parte. La compañía de Londres tuvo que pagar para librarse de su competencia. En 1622 la compañía capturó Hormuz. Buckingham, que era el *Lord High Admiral*,** lejos de expresar satisfacción ante este acceso inglés al poderío naval gracias a la empresa privada, exigió inmediatamente 10,000 libras esterlinas como participación en los

* Título del gobernador de Irlanda en tiempos de Oliver Cromwell.

** Título de un alto oficial o magistrado con funciones administrativas y judiciales.

supuestos beneficios, y detuvo los buques de la compañía hasta que la cantidad le fue pagada. Inspirándose en este ejemplo, el rey exigió —y obtuvo— una participación parecida. En 1633 Carlos superó a su padre al conceder una licencia a una segunda Compañía de las Indias Orientales para comerciar en las aguas cuyo monopolio había sido adquirido por la compañía ya existente. Esta "asociación de *squires*" hizo caso omiso de los acuerdos firmados por la compañía legítima y causó muchos quebraderos de cabeza en el extremo Oriente, dedicándose finalmente a la piratería. Su patente fue revocada en 1639, cuando se estaba haciendo evidente que pronto se reuniría un parlamento.

Estos ejemplos no son más que unos cuantos de los muchos que podrían darse. Durante los primeros años del siglo XVII eran cada vez más frecuentes las críticas que los intereses comerciales (y la *gentry* asociada con ellos) lanzaban contra el gobierno por su política de apaciguamiento con respecto a España y por proteger los intereses comerciales ingleses contra los holandeses. Había rivalidad en cuestiones de organización. El gobierno prefería las compañías reglamentadas: los intrusos apelaban al parlamento. Dentro de las compañías mismas había desacuerdos entre los cargos nombrados por el rey y los demás. Una vez más estas disputas se reflejaron en la cámara de los comunes. Existían políticas coloniales rivales. Las colonias de propiedad eran utilizadas para subvencionar a la aristocracia; el verdadero avance colonial se dejó en manos de la empresa privada, con escaso apoyo e incluso obstaculización decidida por parte de los gobiernos. Existía la conocida inseguridad del favor del gobierno incluso cuando se pagaba por él. Carlos I tenía por norma regular vender derechos de monopolio en la misma colonia a grupos o individuos rivales. En la década de 1630 se hicieron muchas confiscaciones por la *Commission for the Plantations* de Laud. Así, pues, no es de extrañar que los holandeses llevasen ventaja sobre los mercaderes ingleses. Los únicos que podían soportar la competencia eran los mercaderes más importantes pertenecientes a ramas del comercio reglamentadas y con solera y, a menudo, con influencia en la corte. Para los demás, todo era frustración y oportunidades perdidas. Los holandeses se hicieron con el monopolio no sólo del comercio con las Indias Orientales, sino también con el comercio entre Hispanoamérica

y Europa, y estuvieron muy cerca de hacerse también del Báltico. Sin embargo, el eclipse de Inglaterra fue, como ya se vio, una consecuencia de los contemporáneos, la consecuencia de seguir políticas defensivas y no el resultado de la falta de recursos o de oportunidades. A fines del siglo XVII sir Walter Raleigh, el Constanini veneciano y un diplomático español habían previsto que Inglaterra podría convertirse en la nación más poderosa del mundo si conservaba una gran marina para conquistar y mantener la supremacía comercial. Así sucedió; pero sólo después de que los intereses comerciales y sus asociados de la *gentry* se hubiesen ganado el derecho a intervenir en la formación de políticas como nunca habían hecho antes de 1640).

"El comercio, y más especialmente la navegación de este reino", decía una petición presentada en 1641 por mercaderes de Londres, "ha menguado mucho en los últimos años y ha caído en manos de las naciones vecinas [...] a causa de las grandes cargas que se imponen [a los mercaderes] y por la falta del debido estímulo y regulación, por ley si es necesario, para el mantenimiento y apoyo de los mismos". Los peticionarios albergaban la esperanza de que el parlamento les escuchase con oídos más comprensivos.

Capítulo 5 INDUSTRIA Y POLÍTICA ECONÓMICA DEL GOBIERNO

El parlamento, tanto por el mejor servicio que se hará a la ganadería (para la cual los hijos de los ganaderos y jornaleros son los más aptos) como para evitar otros inconvenientes que nacen de la mala educación de los hijos de los artesanos, ha dispuesto que tales hijos se apliquen al oficio que sus padres desempeñaron antes que ellos.
Memorandum sobre el *Statute of Apprentices*, 1573?

1

La posición insular de Inglaterra le dio tremendas ventajas una vez instauradas la unidad nacional y la paz interna. No había que pagar peajes internos; Inglaterra era ya la mayor zona de libre comercio de Europa. La proximidad de todas las partes del país a la costa y a la navegación fluvial reducía aún más los costes de transporte. Así, pues, aunque Inglaterra tardó en tomar parte en la carrera hacia el mundo moderno, sus ventajas geográficas le permitieron desarrollarse rápidamente durante este período, aprovechando las modernas técnicas industriales, a menudo importadas por refugiados protestantes holandeses o franceses, o por capitalistas alemanes que buscaban inversiones provechosas.

La geografía aporta condiciones "sin las cuales" no ofrece una explicación causal de por qué el avance de Inglaterra se produjo precisamente cuando se produjo. Para entender esto debemos relacionar la paz interna y la unidad nacional aportadas por el gobierno de los

42

Tudor con la revolución de los precios. Hoy día los historiadores se muestran más cautos que hace 30 años en atribuir demasiado a la inflación del siglo XVI y aún más cautos en señalar la entrada de plata americana como única causa de la misma. Los precios ya estaban subiendo antes de que llegasen a Europa metales americanos. En Inglaterra los contemporáneos y algunos historiadores culpan (al menos en parte) a la exploración máxima de las rentas por parte de los terratenientes, a la devaluación de la moneda y a los gastos de la guerra, del alza de los precios. Las décadas de 1540 y 1590, que fueron aquellas en que los precios subieron más de prisa, fueron décadas de guerra. El crecimiento demográfico, que aumentó la demanda de alimentos, contribuyó también, así como la expansión de las facilidades de crédito, el desacaparamiento, la fundición de plata, la liberación de fondos entretrenidos en la decoración de iglesias y *chantries* o rogativas para misas.

Los efectos de la revolución de precios fueron distintos en cada país. En Inglaterra estimuló un considerable desarrollo industrial (o fue acompañada por el mismo). En España primero estimuló un *boom* industrial, luego llevó a la decadencia industrial (o se vio acompañada por ésta). En Francia parece ser que no tuvo efectos marcados en la industria. No podemos utilizar la revolución de los precios como un *deus ex machina*: probablemente su efecto consistió sólo en acelerar los cambios económicos que de todos modos iban a tener lugar.

En Inglaterra el nivel general de precios subió cinco veces entre 1530 y 1640, y los precios del trigo seis veces. Esto tuvo un efecto doble. En primer lugar, dado que los precios ingleses iban a la zaga de los del continente, hubo un gran estímulo para las exportaciones de paño en los años comprendidos entre 1530 y 1550; y aunque el *boom* se rompió en 1550, siguió registrándose un grado considerable de prosperidad hasta la década de 1620, especialmente en los años de paz que siguieron a 1604. Esto compensó los intentos del gobierno para restringir la producción industrial y las exportaciones. En segundo lugar, hubo una salvaje depresión de los niveles de vida de una mitad de la población, las clases bajas, toda vez que los precios de los alimentos y el combustible subieron más acentuadamente que los de los demás artículos. En la industria de la construcción los

salarios reales en las postrimerías del siglo XVI eran menos de dos tercios de lo que habían sido en 1510, y en los cincuenta años que precedieron a la guerra civil eran menos de la mitad. La gran masa de la población se veía obligada a seguir una dieta de pan negro. Para los que no poseían tierra esto fue una catástrofe. Para los que la poseían pero producían poco o nada para el mercado significó que las esposas y los hijos se vieron forzados a ganarse unos ingresos suplementarios trabajando en la industria de pañería. En algún momento situado entre 1580 y 1617 la palabra *spinster* adquirió su moderno significado de solterona: porque una mujer soltera, por supuesto, tenía que hilar.* La competencia era tan grande que los salarios de las mujeres subieron aún menos que los de los hombres, a finales del siglo XVI y principios del XVII.

Había un gran excedente de mano de obra. La población venía aumentando ininterrumpidamente desde finales del siglo XVI. El final de las guerras de Francia terminó con una fuente de empleo, la reducción de las grandes casas durante el siglo XVI ocasionó desempleo. Puede ser que también la *enclosure* y el desahucio contribuyeran a incrementar el ejército de vagabundos que empieza a alarmar a los publicistas a partir del comienzo de nuestro período. El proceso es circular. Los salarios bajos estimulaban la producción industrial, especialmente en la industria de pañería. El *boom* de esta industria fomentó la *enclosure* para pastizales y, por ende, el desahucio. Aunque la agricultura transformable aumentó la producción de carne y productos lácteos, los precios de los alimentos y los beneficios subieron vertiginosamente. Los jornaleros sin tierra estaban a merced de los patronos: la existencia de una reserva de gente sin trabajo sin duda mantuvo los salarios bajos de forma más eficiente que las actividades (o la inactividad) de los jueces de paz. El hecho de que en las ciudades gran número de pobres entrasen a trabajar como aprendices también contribuyó a bajar los salarios. En las dos últimas décadas del siglo XVI y de nuevo en la década de 1620, que fue de depresión, los predicadores y los panfletistas hablaban de hombres, mujeres y niños que morían de hambre en las calles de Londres. El profesor Bowden confirma que las décadas comprendidas entre 1620 y 1650 "fueron

* *Spinster* (solterona) viene del verbo *to spin* (hilar).

43

requeridos de extrema penuria [...] y probablemente se carecían entre los años más terribles que jamás haya vivido el país".¹

Puede ser que los que piensan en términos de los modelos económicos modernos encuentren difícil de comprender el concepto de población en aumento, inflación monetaria y salarios reales en baja. Pero en esta sociedad preindustrial gran parte de la fuerza laboral trabajaba solamente con dedicación parcial y gran parte de la mano de obra era semioforzada. En 1625 la Society of the Mines Royal rechazó el derecho de reducir forzadamente mano de obra en Gales. Los hombres no trabajaban más sino menos cuando los salarios eran altos. Fuese por accidente o por designio, la *Poor Law* fomentaba el pago de salarios bajos, los cuales debían ser subvencionados por la parroquia si se quería que las familias de los jornaleros sobrevivieran. "La opinión contemporánea siempre asoció la llegada de la industria con un aumento de los tributos para los pobres", observó el profesor Hoskins. De los 2.207 habitantes que Sheffield tenía en 1615, solamente 100 cabezas de familia tenían un excedente; 160 eran incapaces de ayudar a los demás. Un tercio de los habitantes lo formaban "pobres mendicantes".

2

Un efecto de los salarios bajos fue retrasar el desarrollo de un amplio mercado nacional para las manufacturas. Sin embargo, toda persona desahuciada tenía que convertirse forzosamente en una persona que compraba con dinero, mientras que antes era sin duda una persona que se vestía y alimentaba ella misma. Por consiguiente, se registró un aumento de la demanda en el nivel más bajo. No debemos exagerar la autosuficiencia de la familia campesina medieval; no obstante, es cierto que en gran medida producía sus propios alimentos, hacía la cerveza que bebía, hilaba y teña sus propios vestidos (o llevaba las pieles de sus propios animales), edificaba sus propias casas y recogía ella misma el combustible que necesitaba. Las concurrencias urbanas exigían al resto de la población alimentos, vestidos,

1. Thrisk, 1967, p. 621.

44

alojamiento, combustible, y el mercado londinense de alimentos extendía sus tentáculos sobre toda Inglaterra y Gales. La industria pesquera registró una rápida expansión, al igual que una serie de industrias que producían artículos de consumo y artículos elaborados: vidrio, cuchillería, calzados domésticos, sal, azúcar, cerveza, jabón. También fue rápida la expansión de las industrias dedicadas a la navegación, construcción naval y fabricación de carreras, cosas todas ellas necesarias para transportar dichos artículos, así como la industria de construcción de buques de guerra. El historiador del comercio considera que este siglo fue "un punto crítico [...] en la lenta evolución del comercio al por menor", un período en el que "los consumidores se dieron cuenta de la nueva autoridad que sus bolsos les conferían y sentían una confianza insólita en el ejercicio de su facultad de elección", mientras que los detallistas empezaban a corregirles?²

De igual importancia fue el estímulo que recibió la industria de la construcción a causa de la creciente prosperidad de la otra mitad de la población, es decir, las clases altas. Eran pocos los castillos e iglesias que ahora se construían, pero se registraba una verdadera orgía de edificación por parte de la aristocracia, así como gran número de construcciones de piedra encargadas por la *gentry* y la *yeomanry*, empeñadas en vivir con mayor comodidad. Tal como ha demostrado el profesor Stone, el medio siglo que siguió a 1575 fue la gran época de construcción de casas de campo. Londres y algunas de las ciudades mayores crecían continuamente. Todas estas actividades debieron de producir un aumento del poder adquisitivo de los jornaleros, la mayor parte de los cuales eran artesanos ambulantes que no estaban afiliados a ningún gremio. Pero los constructores aristocratas a menudo utilizaban la mano de obra semioforzada no sólo de "sus propios colonos, sino de toda la comarca", se quejó un predicador en Paul's Cross en 1615.

Lo más misterioso de todo es la industria de la pañería. No tenemos cifras sobre el mercado nacional de paño. Los historiadores que dan importancia solamente a las estadísticas de explotación, creen que ésta, la principal industria de Inglaterra, registró un *boom* en la

2. D. Davis, p. 55.

primera mitad del siglo xvii y quedó estancada en la segunda, al deturbarse el mercado para los paños de exportación. Sin embargo, ¿parece probable que una economía en la que la demanda de alimentos, viviendas, muebles, combustible y tantos otros artículos de consumo iba en aumento fuese también una economía en la que no se registra una creciente demanda de vestidos? (Sabemos que la confección de sombreros era una industria nueva en la Inglaterra isabelina). El creciente nivel de vida de tantos mercaderes, *yeomen* y artesanos ingleses en las postimerías del siglo xvi y principios del xvii debió de conducir inevitablemente a una mayor demanda nacional de paño, aunque en aquel momento la aristocracia prefiriese la seda y el terciopelo. Un panfleto de 1592 hace referencia a un cortésano llamándole *Velvet Breeches*,* a un *yeoman* llamándole *Cloth Breeches*** mientras que a los jornaleros (cordeleros, albañiles, etc.) los llama *Leather Breeches****. Sin duda había poco que los *yeomen* habían progresado del cuero al paño. (La industria del cuero, no obstante, siguió siendo muy importante para el mercado nacional, ya que la costumbre de llevar botas y zapatos se extendió entre las capas bajas de la población.)

A mediados del siglo xvii un hombre como George Fox "el cuáquero" que viajaba a caballo por el país completamente vestido de cuero, empezaba a ser considerado una cosa rara. ¿Le habrían tenido por tal un siglo antes? ¿Acaso el siglo que siguió a 1530 no puede haber sido aquél en el que una parte significativa de la población inglesa cambió de vestimenta al igual que de vivienda? Sin duda el cambio de vestimenta tuvo su origen en el hecho de que los ricos dieran a los pobres los vestidos que ya no querían seguir llevando; pero si esto sucedió fue porque eran más los hombres que podían comprarse ropas con mayor frecuencia. Era normal que respetables miembros de la clase media comprasen sus ropas de segunda mano. También se estaba popularizando el uso de mantas, colchones de pluma y colchas.

Los primeros años del siglo xvii fueron la época dorada de las exportaciones de velarte, aunque éstas empezaban a declinar al ter-

* "Calzones de terciopelo".

** "Calzones de paño".

*** "Calzones de cuero".

minar el siglo. Su lugar fue ocupado por las *New Draperies*, cuya exportación empezó a crecer a partir de los últimos años del siglo xvi, y en Yorkshire a partir del siglo xvii. Las crisis de 1615-1618 y de las décadas de 1620 y 1630 hicieron que, a causa de su precio, los velartes ingleses se vieran desplazados del mercado del norte de Europa por los paños silesianos y polacos. En 1640 las exportaciones de velarte de Londres apenas si alcanzaban un tercio de lo que habían sido en 1606. La recuperación no se produjo hasta que el comercio de exportación inglés fue reorientado hacia el área mediterránea. En 1640 las exportaciones de las *New Draperies* alcanzaron el mismo valor que las de velartes. El comercio de exportación de Inglaterra estaba siendo objeto de una reorientación tal que sugiere la necesidad de la política mediterránea de Cromwell. Las ventajas de la diversificación de las exportaciones originaron un debate económico que presagia la *Navigation Act* de 1651.³

Con frecuencia el paso de los velartes gruesos y caros a las *New Draperies* se explica diciendo que se trataba de la búsqueda de nuevos mercados tras el derrumbamiento de los viejos mercados del norte de Europa en 1530 y nuevamente después de 1614. Pero es igualmente posible que el cambio se debiera en primer lugar a la demanda de paño más barato para el mercado nacional. Después de todo, los flamencos que introdujeron las *New Draperies* procedían del área más urbanizada y próspera del continente, y estarían familiarizados con la clase de mercado que, al parecer, se estaba desarrollando en Inglaterra.

Debemos mostrarnos cautos ante las ilusiones ópticas creadas por la supervivencia accidental de pruebas, en este caso cifras de exportación. He aquí otro ejemplo. Gracias a los testamentos de los *yeomen*, artesanos y mercaderes sabemos que se produjo una expansión de la demanda del consumo de viviendas y artículos domésticos. Ello es indicio de un aumento significativo del nivel de vida de un sector importante de la clase media. Pero el 50 por ciento de la población, el que corresponde a las capas bajas, no hacía testamento porque no tenía propiedades que valiera la pena dejar a sus deudos: y toda la evidencia sugiere que este estrato de la población fue cada

3. Véase pp. 176-182.

vez más pobre en lugar de más rico en el siglo que siguió a 1530. El siglo de la gran inflación fue resingo de una redistribución de la riqueza así como de un alza en la riqueza nacional total. Fue una gran división. Algunos ricos y muchos que lo eran a medias se hicieron más ricos; los pobres (y los improvisos o infortunados entre sus superiores) se hicieron más pobres. La gran subida de los precios se vio acompañada por una congelación de salarios para cuyo cumplimiento se recurrió a todo el poder del estado y de la clase gobernante.

En la Inglaterra medieval la exportación de lana había estado monopolizada por los grandes terratenientes, incluyendo los monasterios, que vendían en grandes cantidades a los mercaderes extranjeros. Después de la década de 1530 los mercaderes italianos ya no venían a Inglaterra y los monasterios habían sido disueltos. Los primeros años del siglo XVI completaron la transición de la exportación de la materia prima a la exportación del producto acabado, producido por gran número de pequeños pañeros relacionados por los mercados intermedios, especialmente desde Londres. Después de 1614 la exportación de lana fue prohibida. Que esta transformación en el siglo XVI fue completa lo demuestra un discurso de William Hakewill en la cámara de los comunes en 1610. Citó las conclusiones hechas por la Carta Magna a los mercaderes extranjeros y añadió: "Es improbable que los legisladores pongan más cuidado en proveer la indemnidad de los mercaderes extranjeros que la de los de Inglaterra". Arguyó que, por lo tanto, los mercaderes ingleses debían comparar los mismos privilegios. Esto demuestra cuán completo era el ovido en que había caído el *status colonial* de la Inglaterra medieval.

Había muchos otros estímulos para la industria. Al comenzar nuestro período, gran parte de la tierra carbonífera de Inglaterra y Gales era propiedad de los monasterios. La disolución puso dicha tierra en el mercado justo en el momento en que los comienzos de una escasez de madera empujaban a la búsqueda de otros tipos de combustible. Mientras las cuencas mineras de Bélgica y el Ruhr eran todavía campos de batalla, Inglaterra pasó a ser con mucho el mayor productor de carbón de Europa. El carbón fue la base de muchas industrias nuevas (papel, armamentos, refinación de azúcar) y de nue-

vas técnicas en industrias viejas (aceros, vidrio, sal, cerveza). La explotación de las minas de carbón exigía fuertes inversiones de capital; lo mismo ocurría con la construcción de hornos para la utilización del carbón en otras industrias. Así, pues, la adopción del carbón como combustible industrial estimuló el desarrollo del capitalismo en la industria. Pero también en este caso se entrometieron los caprichos de la política real. El intento que hizo Carlos I para cobrar dinero mediante multas por intrusión en los bosques reales fue causa de que el industrial siderúrgico sir Basil Brooke fuese multado con 98.000 libras esterlinas, de las que en realidad pagó sólo 12.000. Puede que la dispersión de las tierras monásticas tuviera parecidos efectos beneficiosos para las industrias de la sal y metalúrgica. Las minas de cobre y plomo estaban en expansión durante el siglo XVI, aunque la expansión se detuvo a principios del siglo XVII debido a la escasez de combustible. La producción inglesa de estaño, procedente principalmente de Cornwall, seguía siendo la mayor de Europa. El hierro y el latón más barato ayudaron a que Inglaterra se sintiera segura detrás de la flota fuertemente armada construida por Enrique VIII, creando nuevas pausas con el calibre de los cañones navales con que armó al *Gran Harry*.

3

La forma en que las relaciones capitalistas invadieron todos los sectores de la sociedad queda demostrada en una industria de la que los historiadores de la economía no suelen ocuparse: la industria de las diversiones. Antes de 1577 las producciones teatrales se hacían a pequeña escala, una vez a la semana como mucho, y consistían en funciones privadas a cargo de los dependientes de algún gran señor o funciones de aficionados montadas por alguna comunidad; fuese un gremio, un colegio de Oxford o Cambridge o una de las *Inns of Court*.^{*} Gracias al genio financiero de James Burbage, el teatro dejó de ser una empresa privada a pequeña escala para convertirse en un

* Nombre de los cuatro grupos de edificios de Londres pertenecientes a las cuatro sociedades legales que gozan del derecho exclusivo de admitir personas en el ejercicio de la abogacía.

gran negocio. El *Theatre* y el *Curtain* fueron inaugurados en 1577 con el fin de producir obras que el público en general presenciara previo pago de la entrada. El capital para el *Globe* lo aportaron en parte los mismos actores, convertidos en sociedad anónima para el fin. Por razones de prudencia se tuvo el patronazgo de la familia real o de destacados aristócratas (al amparo de una ley de 1572 los actores que no gozasen de tal protección podían ser tratados como vagabundos), pero en lo sucesivo imperó el afán de lucro. El teatro fue el primer arte que se ofreció en venta al público en general. Teatros con mayor cabida producían mayores beneficios si el dramaturgo sabía atraerse a su público. Esto creó nuevas e interesantes posibilidades para los escritores, aunque el capitalismo también tenía sus inconvenientes. "Si estos sujetos dejasen de estar endeudados conmigo", dijo Philip Henslowe, que bajo Jacobo I fue el mayor de los financieros teatrales, "no tendría ninguna autoridad sobre ellos". Fue este comercialismo completamente nuevo en el teatro, más el hecho de que los teatros estaban fuera de la *City*, lo cual los hacía inmunes al control de las autoridades de la misma, lo que condujo al llamado ataque "puritano" contra la escena y que en su origen no tuvo nada de puritano y se limitó a un ataque contra la escena comercial.

4

Según la teoría medieval, el derecho de comerciar, bajo protección, era un privilegio que se compraba a la corona o a un terrateniente. Luego se convirtió en un derecho de propiedad exclusiva, y el gremio así "privilegiado" con esta "libertad" podía exigir que el poder coactivo del estado se volviera contra aquellos que infringieran sus privilegios monopolistas. Pero el carbón no era urbano y a su alrededor crecieron otras industrias, lejos de las ciudades (por ejemplo, las industrias metalúrgicas de los alrededores de Birmingham) y libres de los gremios. Especialmente la industria de paños escapó de las ciudades para instalarse en los distritos rurales. El éxito de la industria textil de Lancashire se atribuye a la ausencia de un sistema de gremios. (Las zonas pañeras, por cierto, fueron la única parte de Lancashire, exceptuando Liverpool, que apoyaron al parlamento du-

rante la guerra civil). Inglaterra derrotó a Italia, su competidora en los mercados de paño, ya que el paño inglés era más barato. A menudo era de calidad inferior, pero abastecía el nuevo mercado de la clase media, mientras que las exportaciones italianas conservaban todavía el mercado de lujo. La industria italiana tenía las manos atadas por los reglamentos de los gremios. El mantenimiento de estas normas periclitadas de organización económica hacía que los costes de producción y mano de obra fuesen elevados. Además, los impuestos eran más altos en Italia y había que pagar más peajes internos. También en Italia las industrias acabaron por abandonar las ciudades con el fin de escapar de los gremios y encontrar mano de obra barata; pero era ya demasiado tarde para imitar el sistema inglés basado en la producción a pequeña escala de artículos más baratos.

En el desarrollo inicial de la industria rural de pañería jugaron un papel importante los *gentlemen* y los *peas*. Por otra parte, a menudo se encontraban minerales, bajo las tierras de la aristocracia —carbón en Nottinghamshire, hierro en Kent— y a los grandes terratenientes les resultaba más fácil obtener créditos. Pero los resultados de su predominio no fueron totalmente beneficiosos. Con demasiada frecuencia los terratenientes poseedores de riqueza mineral sólo estaban interesados en obtener beneficios rápidos, beneficios que desperdiciaban manteniendo un ostentoso tren de vida. Existen muchas historias lamentables de empresarios inteligentes y con ideas que no consiguieron un apoyo adecuado de los terratenientes, los cuales no estaban interesados en invertir capital en mejoras a largo plazo. Sólo después de la revolución una serie de hombres más modestos y de gustos menos extravagantes consiguió, aunque más lentamente, edificar estas industrias.⁴

En la industria rural, la relación entre el patrono y el empleado era más a menudo la de acreedor y deudor que la que puede expresarse en términos salariales. Los mercaderes hacían compras adelantadas de plomo, estaño y carbón, a los pequeños mineros; hacían adelantos a los fabricantes de alambre, alfileres, clavos, etc. A un mercader pañero le servía de poco su capital acumulado salvo para ampliar

4. Debo esta información a la tesis inédita para el doctorado de filosofía presentada en Nottingham por el doctor R. S. Smith.

47

sus operaciones crediticias. Las minas de estaño de Cornualles nos ofrecen un ejemplo clásico de explotación mediante el crédito. El jornalero pedía dinero y artículos en préstamo, a cambio de los cuales se comprometía a entregar el estaño una vez producido. Los capitalistas compraban estaño por adelantado a 15 o 16 libras escritas por mil libras y lo revendían a los peñeros a 20 o 30 por mil libras: ¡recompensa a la espera! Esto acabó por socavar la posición de los estañeros libres y colocó la industria bajo el control de los grandes capitalistas. Un fabricante de clavos de Handsworth que murió en 1588 dejó un total de bienes valorado en 10 libras, 13 chelines y un penique, y deudas por la suma de 32 libras, 5 chelines y 4 peniques. "Los capitalistas de Manchester", dijo Wadsworth, "no sólo financiaron el sistema de créditos de la industria (pañera), sino que sus préstamos e hipotecas fueron el mecanismo de una pequeña revolución social". Los efectos que causó en los deudores descritos documentalmente por los predicadores puritanos Dod y Clever:

Aunque la villanía y la servidumbre no estén ahora en uso entre nosotros, el encarecimiento [por deudas] no ha desaparecido del todo [...]. Y todo el mundo está tanto en servidumbre, y en poder del acreedor, como capacidad le falte para pagar sus deudas. Bien puede decirse que es el sirviente de otro hombre, cuya condición y libertad están a merced de otro hombre.

Ciertamente no debemos mostrarnos sentimentales con los grandes de nuestro período, prescindiendo de lo que fueran o dejasen de ser anteriormente. Solían estar bajo el control de oligarquías y a menudo eran camarillas de patronos. Los aprendices suministraban a estas oligarquías mano de obra barata y dócil. En casi todas las industrias importantes de Londres hubo, desde el principio de nuestro período, disputas entre los grandes mercaderes capitalistas y los pequeños artesanos, la *yeomanry*, a menudo organizados en compañías separadas o ansiosos de estarlo. Este conflicto llegó a un punto crítico durante la revolución, cuando los *levellers* se asociaron con la causa de la *yeomanry*.

Excepcionando el interludio del reinado de Eduardo VI, la política favorecida por los gobiernos fue restrictivista y dirigida a obstruir el desarrollo rápido de las relaciones capitalistas. Su efecto fue desviar el capital de la industria. Un estatuto de 1533 limitaba a 2.400 el número de ovejas que podía poseer un hombre. En 1551-1552 se aprobó una ley contra las fábricas donde se perchaban paños, ley que fue confirmada por una proclama de 1633. Ello hizo que la industria pañera tardase más en recuperarse de la depresión de la década de 1620. Otra ley de 1552 intentó restringir las actividades de todos los intermediarios en el ramo de la lana con la excepción de la Staplers' Company, en beneficio de un poderoso grupo de presión más que del público en general. La *Woolens' Act* * de 1555 prohibió que los pañeros rurales poseyesen más de un telar, más de dos en el caso de los tejedores. El gobierno quería que la expansión de la industria pañera, en el caso de ser inevitable, quedase confinada a las ciudades, aunque los atrasados condados de Yorkshire, Cumberland, Northumberland y Westmorland quedaron exentos de la ley.

El *Statute of Artificers* de 1563 extendió el reglamento gremial a toda la nación. Lo que trataba de hacer era mantener la industria nacional y el comercio mundial apretujados en el lecho de Proceso de la antigua organización urbana. Excluyó de la industria a todos los que no hubiesen pasado por un aprendizaje de siete años. En los oficios más especializados, incluyendo el de tejedor, limitó el aprendizaje a los hijos de los que poseyeran tierra por valor de más de 2 libras esterlinas anuales (3 libras si el aprendiz acudía a una ciudad con municipio propio). Al menos sobre el papel, tres cuartas partes de los pobres rurales quedaron excluidas, aunque en Gales y en el norte el paño doméstico más barato podía ser tejido en pueblos sin el requisito del aprendizaje. Una ley de 1576 limitó a 20 acres la cantidad de tierra que podían adquirir los pañeros de Somerset, Gloucestershire y Wiltshire, lo cual es una clara manifestación de lo que el

* "Ley de tejedores".

478
80

doctor Ramsay denomina "la creciente conciencia de clase" de la *gentry* de estos condados pañeros. A duras penas nos sorprenderá comprobar que en Somerset, durante la década de 1640 "una gente de grado inferior, que por medio de la buena ganadería, la pañería y otros artes florecientes había amasado grandes fortunas [...] eran fieles amigos del parlamento" (Clarendon).

En el otro gran país ovejero de Europa, (Castilla), la lana seguía produciéndose principalmente en grandes haciendas que se encargaban de comercializar su propio producto, sin intermediarios ni productores de mediana envergadura, al igual que en la Inglaterra del siglo xiii. Después de la derrota sufrida por las ciudades en la revuelta de los Comuneros en 1520-1521, desapareció toda amenaza a la supremacía de la clase hacendada, por lo que fue posible hacer que las clases comerciales de Castilla sufragasen las guerras del gobierno mediante impuestos abrumadores, lo cual imposibilitó el desarrollo del capitalismo industrial. Los terratenientes feudales que eran todavía los únicos productores de lana se hallaban amparados por el vasto monopolio de la Mesta, que fijaba los precios, monopolizaba las exportaciones, mancomunaba los beneficios e impedía que la tierra destinada a pastizales se convirtiera en tierra de labranza. La pequeña burguesía rural fue la cuna de los *conquistadores*,* de los saqueadores del Nuevo Mundo; para ellos no había ningún futuro económico en su propio país, donde el comercio era una ocupación despreciada. A causa de ello, España nunca conoció esa alianza entre un sector de la *gentry* y los prósperos intereses comerciales que tan decisivo papel jugó en la preparación de la revolución del siglo xvii en Inglaterra.

Uno de los acontecimientos más importantes de este siglo, pese a ser escasamente perceptible, fue el nacimiento de un nuevo grupo de comerciantes pequeños, de intermediarios, que, por ejemplo, abastecían a los pañeros de la industria doméstica con materias primas y que transportaban los artículos de consumo desde las ciudades con mercado a los pueblos más remotos. Estos intermediarios eran acusados por la autoridad y por los intereses creados, al mismo tiempo que eran objeto de la desaprobación de los moralistas tradicionales. Un aspecto del *Cokeayne Project* de 1614 fue la prohibición de las ac-

tividades de los intermediarios en el comercio de la lana. El gobierno trató de poner coto a las actividades de los que suministraban alimentos a Londres. Pero estos hombres realizaban funciones demasiado útiles para que las prohibiciones del gobierno fuesen plenamente efectivas. El profesor Everitt ha descrito "la comunidad de mercaderes caminantes" como "elementos transformadores de la economía Tudor y Estuardo". "El rápido ascenso de esa comunidad" entre 1570 y 1640, añade, "ciertamente no fue ajeno al auge del partido revolucionario durante la Gran Rebelión". El profesor Everitt sugiere "un paralelo entre la vida vagabunda de la comunidad itinerante y la religión vagabunda de los Independientes". Después de 1640 fracasó el intento de limitar las actividades de los intermediarios.

Hace ya tiempo que ha quedado demostrada la falsedad del mito según el cual los gobiernos Tudor apoyaban una "economía planificada" o deseaban promover el bienestar social o económico. La política económica isabelina, suponiendo que la palabra "política" no sea demasiado fuerte en este contexto, debe atribuirse menos a una "economía de depresión" o a las "finanzas de guerra" que al temor que inspiraba el desorden social, especialmente el que se produjera entre las clases bajas. Los gobiernos no ponían ningún reparo a las industrias de lujo, como la seda, el vidrio o la manufactura de papel fino y, por supuesto, tampoco lo ponían a la fabricación de atuendos. Aceptaban sobornos de los grupos de presión. Pero no existía ninguna política estudiada para proteger la industria inglesa o promover el comercio inglés. Los gobiernos se mostraban indiferentes ante la principal industria del país, salvo en la medida en que las exportaciones de paño producían ingresos en concepto de derechos de aduana. Incluso las innovaciones agrícolas asociadas con la industria pañera eran obstaculizadas, como, por ejemplo, se hizo por medio de una proclama de 1585 que prohibía dedicar nuevos terrenos al cultivo de glasto. A finales del siglo xvi y principios del xvii muchas ciudades con municipio propio se hallaban reconstruyendo sus sistemas de gremios, como claramente pretendía que se hiciese el *Statute of Artificers*, y apretando las tuercas de sus ordenanzas con el

* En español en el original.

propósito de conseguir el pleno empleo para sus ciudadanos suministrando las empresas de los demás, incluyendo los que vivían naturalmente fuera de las murallas de las ciudades.

La década de 1590 fue un período de malas cosechas y precios altos, casi de hambre. Fue la década de medio siglo de excepcionales penalidades para las clases asalariadas. La gran época de la literatura isabelina y Jacobina vibró al borde del desmoronamiento social. A medida que iban afluyendo a la capital desempleados, vagabundos y mendigos en número creciente, el comercio, la industria y la caridad se veían impotentes para socorrerlos. Las siguientes décadas presenciaron un gran esfuerzo en pos de una política controlada por el estado y dirigida a regimenter a los pobres que estuvieran sanos. Fueron también tiempos de un esfuerzo aun mayor que hizo la caridad privada para aliviar la pobreza de forma más constructiva dotando aprendicajos y becas, dotes matrimoniales para las solteras, casas de caridad para los ancianos. Otros, como Hakluyt, abogaban por la emigración a América. Esta política fue puesta en práctica a gran escala en la década de 1630, aunque no por obra del gobierno. Al mismo tiempo, lo que no deja de ser irónico, Francia Bacon tenía visiones de una comunidad industrializada científicamente en la que la pobreza estaría abolida.

En 1624 el gobierno ordenó la destrucción de una máquina para fabricar agujas, junto con las agujas fabricadas por la misma. Nueve años después, Carlos I prohibió la fabricación de hebillas de latón y en 1635 el uso de un molino de viento para serrar madera. En el mejor de los casos, la política gubernamental habría perpetrado una economía reducida, de ciudad pequeña, en Inglaterra. Si el sistema de regulación y control hubiera sido eficaz, el desarrollo industrial de Inglaterra se habría arruinado irremediablemente. Pero, por suerte, el poder del gobierno para hacer cumplir sus regulaciones era inadecuado. Mientras que en Francia el rey pudo edificar una burocracia que dependía exclusivamente de él, en Inglaterra, a pesar de los intentos que se hicieron para seguir el modelo francés, el gobierno siguió dependiendo de los jueces de paz a efectos de hacer cumplir los estatutos y proclamas, y los jueces de paz tenían por costumbre hacer que de las leyes se cumplieran solamente aquellas partes que convinieran a sus intereses. Tales jueces eran *gentlemen* y mer-

caderos (al menos en los condados del sur y del este) y cada vez se veían más arrajados hacia el desarrollo industrial capitalista. Si hacían cumplir el sistema de regulaciones era solamente empujados por el temor al desorden social, especialmente después de las revueltas de 1549 y 1628-1631. En las regiones pauceras las regulaciones sobre el aprendizaje simplemente no se cumplían. Surgieron nuevas industrias fuera de las regulaciones del estatuto de 1563, con la ayuda de letrados y jueces partidarios del libre cambio que se encargaron de recorrer dicho estatuto. Una decisión del *King's Bench* de 1615 calificó al estatuto de inaplicable no sólo a las nuevas industrias, sino también a las que funcionaban fuera de los burgos, a los hombres libres de Londres y a la mano de obra no especializada. Esto distaba mucho de ser la intención original de la ley. Sin embargo, quedaba mucha confusión y dislocación que hicieron casi tanto daño como el que habría hecho el cumplimiento de la ley.

En 1604 los comunes intentaron sin éxito derogar la cláusula del *Statute of Apprentices* que restringía el aprendizaje a los hijos de los *freholders* valorados en 60 chelines. En 1624 el parlamento derogó toda una serie de estatutos reguladores que consideraba obsoletos, incluyendo los que tenían por objeto impedir que la industria se trasladara al campo. Pero quedó lo suficiente y de 1631 en adelante el gobierno publicó una serie de órdenes y directrices nuevas e insistió en hacerlas cumplir. En 1640 la amenaza de que serían enjuiciados los infractores de las regulaciones sobre los aprendices causó gran alarma en Yorkshire, donde "ni un solo pañero del condado dejó de ser culpable de lo que se castiga en dichos estatutos", los cuales "nunca son respetados en el condado, ni pueden serlo por muchas razones".

Los monopolios no eran malos en sí mismos: eran una forma de protección para las nuevas industrias en un país arrasado. Los primeros monopolios estaban relacionados con la defensa nacional; las Minas Royales isabelinas tenían por fin hacer que Inglaterra no dependiese del cobro extranjero para fabricación de cañones. Existían monopolios parecidos para el salitre y la pólvora. Pero los monopolios se hicieron rápidamente nocivos al ser utilizados para fines fiscales

por los gobiernos hostiles al desarrollo capitalista. En el siglo XVII se crearon monopolios con la intención de venderlos, y, además de los que estaban relacionados con algún proceso industrial, los había para la concesión de licencias, dando permiso para quebrantar la ley, etc.

En 1621 Jacobo I admitió que los monopolios agotaban las bolsas de sus súbditos más de lo que las hubieran agotado los impuestos dictados por el parlamento. Pym dijo a la cámara de los comunes que el monopolio del vino costaba al público 360.000 libras esterlinas al año, de las que el rey recibía solamente 30.000. Al argumento de que los monopolios tenían por objeto proteger la industria inglesa, sus oponentes daban dos contestaciones tajantes. La primera, que la regulación monopolista era una barrera a la producción, mientras que una producción más libre incrementaría la riqueza de la nación en su conjunto y, por consiguiente, equiparía a Inglaterra para la lucha en pos de los mercados del mundo. La segunda, los monopolios, lejos de alcanzar los objetivos sociales que se les atribuían, de hecho eran más nocivos para el consumidor, el asalariado y el *Exchequer* de lo que habría sido la producción libre.

En semejante ambiente, sin una burocracia gubernamental, prosperaban los chivatos, "que buscaban más nutrir que abolir las infracciones". Al menos dos tercios de los juicios que se celebraban por incumplimiento de las normas del aprendizaje se debían a los chivatos. También prosperaban en la faceta de denunciar o chantajear a los intermediarios y a aquellos que cobrasen un tipo de interés superior al legal. Un delator cobró 200 libras esterlinas de los comerciantes de Wiltshire en 1637; otro, éste de Londres, exigía tres libras al contado y una cantidad anual vitalicia a sus víctimas, las cuales, como dijo Bacon, solían ser personas acaudaladas; pero todos estaban expuestos al chantaje:

So that the best is always to agree
although they have offended in nothing,
and give a crown to save forty;
yea, rather than fail, smaller offering,
sometimes take a capon or a goose.*

* Así que lo mejor es siempre estar de acuerdo/aunque nada malo hayan hecho/y dar una corona para ahorrarse cuarenta./Sí, más que una ofrenda pequeña/a veces cojo un capón o un ganso.

los días de delator en la obra de Francis Thynne titulada *Debate between Pride and Louliness* (publicada en 1592, escrita antes).

Con las crecientes dificultades financieras del siglo XVII, los gobiernos comerciaron vendiendo exenciones de sus propias leyes. Había delatores que delataban a otros delatores. Del mismo modo que las ordenanzas de los gremios se ampliaron a todo el país, el sistema de delación que funcionaba en el tribunal señorial y en el gremio fue extendiéndose hasta convertirse en una profesión nacional.

Al parlamento no le gustaban los delatores y un estatuto de 1524 redujo la eficacia del profesional londinense al insistir en que las causas debían verse en los tribunales locales. (Los gastos de defenderse a Westminster, la incertidumbre de la justicia de allí y la pérdida de horas de trabajo eran lo que permitía a los delatores chantajear a los pequeños artesanos. En todo caso, los jurados locales siempre se mostrarían más comprensivos ante infracciones de las reglas gubernamentales, ya que sin duda ellos mismos eran culpables de tales infracciones.) Por consiguiente, el parlamento reafirmó el control de los jueces de paz y los jurados sobre los procesos económicos y redujo la influencia de los cortesanos poseedores de patente. Pero parece ser que durante el reinado de Carlos aumentaron las denuncias contra los intermediarios, tan esenciales en una sociedad comercial.⁶

A la larga el paternalismo de los Estuardo se vino abajo, a pesar de existir unas circunstancias sumamente favorables cuales eran la paz y la ausencia de parlamentos. La consecuencia del derrumbamiento del antiguo régimen fue el triunfo en la política de las nuevas fuerzas económicamente dominantes, la aceptación de su moralidad, que los hombres tienen el derecho de hacer lo que se les antoje con lo que es suyo, que el beneficio del capitalista es también el beneficio de la comunidad, que la pobreza es un crimen, que el diablo debe apoderarse de los que se queden más atrás. La alternativa a estas virtudes nada atractivas habría sido el estancamiento económico. Margaret James observó:

6. M. G. Davies, *The enforcement of English apprenticeship, 1163-1642*, Harvard University Press, 1936, pp. 25, 31, 60, 75-76, 100.

51

La empresa moderna en la industria, el comercio y la agricultura había hecho grandes avances antes de 1640, pero su progreso se había visto estorbado por la teoría y la práctica del control paternal, que en los peores casos había sido corrupto y obstructivo e incluso en el mejor de los casos había interferido considerablemente en la libertad de los individuos. El puritanismo era la más fuerte de las dases que mejor podían cuidar de sí mismas, y nada tenía que ganar pero sí todo que perder con la interferencia de la iglesia y el estado en los asuntos económicos.

La destrucción de la burocracia real en 1640-1641 cabe considerarla como el acontecimiento más decisivo en toda la historia de Inglaterra.

En esta economía atrasada, con la mano de obra permanentemente subempleada, donde la pereza inglesa era la comidilla de los extranjeros, el problema de la disciplina laboral, de hacer trabajar a los pobres, tenía muy preocupados a los pensadores sociales. Algunos eran cada vez más conscientes de la escasez a medida que se abría la posibilidad de superarla. En otra parte he comentado la aportación del puritanismo a la evolución de una ideología de la ayuda propia.⁷ El problema consistía en instaurar un ritmo regular de trabajo (abolición de las fiestas de los santos, énfasis en el descanso sabático, instauración de horas regulares para las comidas). La importancia de esta regularidad, así como la de ahorrar tiempo, al parecer fue aceptada por la clase media durante el siglo XVII. En un poema de 1654 aparece un reloj despertador. Pero las clases bajas opusieron mayor resistencia. Para ellas las precisiones del hambre debieron de ser aún más fuertes que los sermones puritanos y que los azotes impuestos por los jueces de paz. Una de las causas del florecimiento de las industrias pañeras de Yorkshire y Lancashire fue el auge de la industria artesanal (*cottage industry*) en dichos condados. Quedaba todavía tierra sin cultivar en la que podían instalarse los campesinos — "men-

7. Véase Hill, 1964, especialmente los caps. 4 y 5.

52

digos con casa". Los llamó Bacon. Ellos y sus familias formaban una conveniente reserva de mano de obra barata. Se ha dicho que esto fue una "pequeña revolución social". Pero las presiones económicas no podían producir mano de obra especializada. A principios del siglo XVII la Virginia Company tuvo que acudir al continente para hallar a los trabajadores especializados que necesitaba para montar aserraderos, una industria sedera, otra de vidrio, etc. en la colonia.

Era en parte cuestión de organización y comunicaciones, así como de abolir las restricciones con el fin de relajar la economía. En 1610 Rowland Vaughan de Herfordshire describió de qué forma los 500 pobres que vivían a milla y media de su hogar pasaron el año "en el ocio y la mendicidad". Pierden el jornal de un día para ir a Herford a comprar lino (a crédito). Tienen que recorrer tres o cuatro millas para comprar maíz y esperar mientras lo muelen. "Si llega un día mejor, a buen seguro les sirven los últimos [...] Pasan un día con el tejedor, y después de haberse hecho el tejido, antes de que puedan vender, hacen muchos viajes a los mercados". El remedio propuesto por Vaughan consistía en colocar a los trabajadores en un solo edificio, dándoles de comer. Pero sin llegar a tan drástica reorganización, un simple aumento del número de intermediarios habría sido una ayuda.

Las actitudes contemporáneas respecto al trabajo divergían. Los puritanos y otros exaltaban la dignidad del trabajo *libre* al mismo tiempo que los pequeños artesanos y ganaderos a nada tenían más que a verse reducidos al *status* de jornaleros sin tierra. Cuando Drake dijo que el *gentleman* debe halar y calar con el marinero, lo que hizo fue expresar una verdad importante: que los buques de vela, a diferencia de las galeras *meretránegas*, deben ser tripulados por hombres libres, poseedores de cierta habilidad técnica. En su afirmación de los derechos de los que trabajaban, así como en la ejecución del *gentleman* Thomas Doughy para dar ejemplo a los demás, se adelantaba a la revolución del siglo XVII. En el otro extremo de los viajes oceánicos, la existencia de tierra libre en América pronto tuvo poder de atracción para aquellos ingleses que no eran libres, como Ucrania, la tenía para los campesinos rusos, y de esta forma ayudó a realzar la dignidad del trabajo.

Los sirvientes estaban tan privados de derechos políticos en

Nueva Inglaterra como en la vieja Inglaterra. Pero en la primera el trabajo esforzado y la habilidad profesional eran más útiles que la sangre azul. Para muchos de los primeros colonos la servidumbre era una fase temporal por la que se pasaba trabajando en pos de la libertad y la propiedad de la tierra. "Somos todos *freelholders*", decía una gozosa carta mandada desde Nueva Inglaterra en la década de 1620. "El día de pagar las rentas no nos preocupa." Una moneda de 1647 llevaba inscritas las siguientes palabras: "En Virginia la tierra libre y la mano de obra escasa; en Inglaterra la tierra escasa y la mano de obra abundante". Más o menos por aquel entonces Hugh Peter regresó a Inglaterra para hablar de la tierra prometida que había al otro lado del océano y en la que no había pordioseros. Tanto la manna como las colonias se desarrollaron gracias a la empresa privada; sin embargo, en cada esfera la oposición finalmente tuvo que imponer su política a los gobiernos. Ambos promoverían un respeto por la dignidad de la mano de obra libre que se adelanta a la preferencia que sentía Cromwell por un "capitán de sencilla casaca bermeja" ante "eso que llamais *gentleman* y que no es nada más".

Capítulo 6

FINANZAS

Es la opinión general que el rey [Jacobo I] no tiene un céntimo, pues la difunta reina gastó mucho dinero en sus guerras con Irlanda y España, y es una maravilla que no dejase deudas en lugar de dinero.

Del Embajador Veneciano al Gobierno de Venecia, 1607

La paz de los Tudor y la falta de un ejército permanente en Inglaterra contribuyó a que los impuestos fuesen relativamente leves en comparación con los del continente, donde la corona y la aristocracia se combinaban para imponer cargas aplastantes sobre el campesinado. El florecimiento del comercio, la industria y la agricultura de los *yeomen* en Inglaterra durante el siglo que precedió a 1640 debió mucho a esta incidencia relativamente leve de los impuestos. Las pequeñas sumas que se recaudaban contribuyeron a su vez a que no se crease una burocracia de fuerza comparable a la de, por ejemplo, Francia.

Al comenzar nuestro período los ingresos obtenidos de las tierras de la corona constituían la parte más importante de las rentas reales, que fueron incrementadas en gran manera al pasar a manos de la corona las tierras monásticas en la década de 1530. Pero al renovar las obsoletas guerras con Francia, Enrique VIII no tardó en disipar el magnífico patrimonio que Thomas Cromwell le había dejado. Las guerras de 1542-1546 contra Francia y Escocia costaron, según los cálculos, más de dos millones de libras esterlinas, las de 1547-1550 otro millón o más. Las tierras de la corona no eran simplemente, ni, a decir verdad, principalmente, una fuente de rentas.

La corona poseía una gran finca por toda Inglaterra (escribió Burnet), la totalidad de la cual se arrendaba por años, reservándose una pequeña renta. Así, la mayoría de las grandes familias de la nación eran arrendatarias de la corona, y un gran número de burgos dependía de las fincas rentadas de esa manera. La renovación de estos contratos de arrendamiento despertaba impagos tanto para la corona como para los altos oficiales, aparte de que el temor a que les fuesen denegados aumentaba a todos en dependencia respecto de la corte.

Así, pues, la inflación ponía a la monarquía entre la espada y la pared. Cuanta mayor importancia se daba a la influencia sobre los cobanos, menor era la esperanza de obtener la totalidad de la renta económica. En cualquier caso, la corona sufría la dificultad de todos los grandes terratenientes para racionalizar la administración de sus fincas; los beneficios de las tierras de la corona iban a parar a los administradores tanto como a los correesanos.

El lord tesorero Middelsex atribuía el hecho de que "algunos condados de Inglaterra nunca se opusieron al rey en nada, sino que siempre se acomodaron a su voluntad", a la presencia de muchos *tenants-in-chief* en dichos condados. La antigua costumbre feudal en virtud de la cual los herederos de un *tenant-in-chief* que muriera antes de que ellos alcanzaran la mayoría de edad quedaban bajo la tutela de la corona había sido utilizada por los Tudor para sacar de ella ventajas fiscales. El derecho de administrar la finca de una persona bajo tutela durante su minoría de edad y el derecho de convenir el matrimonio de la misma podían valer una suma considerable de dinero. Los correesanos se mostraban muy ansiosos por pedir y comprar la tutela de los herederos y herederos ricos. El tribunal de ruelas (*Court of Wards*) se convirtió en un instrumento de explotación financiera. Cuando las palabras del obispo Goodman, "era una ligadura sobre el súbdito como ningún rey del mundo había tenido jamás". Sus rentas aumentaron cuatro veces entre la subida al trono de Isabel y la convocación del *Long Parliament*. Eran utilizadas como "propinas" para los funcionarios públicos, pero el sistema se desmorinó; los beneficios no oficiales eran como mínimo el triple de los oficiales. En 1610 se hizo un último intento para poner fin al "fe-

dalismo fiscal" en beneficio de la renta, pero fracasaron las negociaciones con el parlamento para la abolición de las rentas feudales y el *Court of Wards* a cambio de una concesión anual de 200,000 libras esterlinas. Siguió un período de reacción bajo la influencia de los Howard. El *Judicial Tribunal* fue abolido en 1646.

Mientras tanto el sector de la economía dedicado a los negocios se estaba enriqueciendo, sin que el gobierno pudiera sacar algo de esta riqueza por medio de los impuestos. Una y otra vez las rentas reales no conseguían mantenerse a la altura de los precios, subiendo de alrededor de 200,000 libras esterlinas anuales a finales de la década de 1530 a más de 600,000 libras a principios de la de 1630. Sin embargo, los costes reales del gobierno subieron continuamente. Mientras evitase la guerra, Isabel podía equilibrar su presupuesto; pero las guerras con España e Irlanda hicieron necesarios subsidios votados por el parlamento, y aun así el gobierno tuvo que vender capital en forma de tierras de la corona. Por consiguiente, Jacobo apaciguó a España por razones tanto financieras como sociales; y poco a poco, tuvo que seguir vendiendo tierras. Los compromisos del gobierno crecían continuamente: mantenimiento de la ley y el orden, la subyugación de Irlanda, el sostenimiento de la marina. Los costes también subían en las esferas tradicionales de gastos: los mosquetes y los cañones reemplazaban a los arcos y las flechas, los buques eran cada vez mayores, el funcionamiento estaba en expansión. Bajo Isabel y Jacobo la corte siguió la costumbre de hacer frecuentes viajes por el país, durante los cuales toda la casa real era mantenida a expensas de algún gran correesano. A partir del reinado de Carlos la corte dejó de ser peripatética. Al llegar el siglo XVI los efectos de la revolución de los precios ya se hacían sentir en la aristocracia. Resultaba más difícil encontrar nobles dispuestos a servir en las embajadas costeándose sus propios gastos. Por el contrario, los nobles esperaban recibir emolumentos de la corte con el fin de poder sobrevivir económicamente.

De forma completamente independiente de esta considerable alza de los gastos sin un aumento comparable de las rentas verdaderas, el gobierno se estaba haciendo más burgués y burocrático: era una cuestión de rutina regular que exigía unos ingresos también regulares. Los contemporáneos, para describir este estado de cosas, de-

¿cían que el rey ya no podía vivir por su cuenta: la alternativa consistía en la creación de un sistema de impuestos regulares. Pero esto planteaba una cuestión: ¿quién debía controlar la reorganización? ¿La corona o el parlamento?

Hasta 1588 la renta normal de Isabel fue del orden de las 250.000 libras esterlinas al año; la de Jacobo I era de unas 500.000 libras. En los cuatro años comprendidos entre 1599 y 1603 sólo la guerra en Irlanda costó 1.131.000 libras; en 1639 el ejército costó más que el total de la renta normal de Carlos I y fue necesario hipotecar otra vez tierras de la corona. Se trataba de un proceso continuo de vivir a cuenta del capital, un proceso al que no se podía poner fin sin una reorganización general de las finanzas. Una vez llevada a cabo esta reorganización, los gastos del gobierno en la década de 1650 a menudo superaron los 2.500.000 libras.

Resultaba difícil reorganizar el sistema impositivo existente o fijar nuevos impuestos. Los intereses creados que había en la corte se opusieron a todos los intentos de hacer economías o de llevar a cabo una racionalización: Cecil, Cranfield, Laud... todos fracasaron. Tradicionalmente, las rentas extraordinarias eran votadas por la cámara de los comunes. Al igual que en tiempos anteriores, bajo el reinado de Isabel los impuestos eran votados casi sin rechistar en tiempos de guerra. Pero Jacobo fue incapaz de arreglarse con lo que tenía incluso en tiempos de paz; la guerra que estalló en la década de 1620 coincidió (al igual que en la década de 1590) con una racha de malas cosechas, y volvieron a crearse unas condiciones próximas al hambre general. A diferencia de las guerras de Isabel, las de sus sucesores fueron uniforme y vergonzosamente infortunadas. El parlamento empezó a exigir cierto control sobre la recaudación de impuestos y su utilización, así como el control de la política exterior sufragada por los impuestos. De forma parecida, en el caso de Bate (1605) lo que estaba en litigio no era simplemente si el señor Bate debía pagar seis peniques extra sobre las pasas de Corinto importadas, sino si el rey tenía el derecho exclusivo de subir los índices arancelarios —lo cual podía tener efectos muy serios sobre toda la vida económica del país— o si el parlamento debía compartir tal derecho. Las cuestiones aparentemente técnicas velaban la cuestión del poder político para controlar la vida económica del país.

En Francia el monopolio gubernamental de la sal, la *gabelle*, en 1641 producía el doble del total de la renta nacional inglesa. La monarquía inglesa intentó en vano instaurar un monopolio parecido o reivindicar efectivamente los derechos sobre la explotación de minas. A falta de un funcionariado público, era más eficaz arrendar los impuestos a hombres de negocios que obtenían sus propios beneficios de ellos, dejar que los impuestos parlamentarios fuesen tasados por la *gentry* que los pagaba. Como es natural, se generalizó la evasión de impuestos y la corrupción. Con el fin de hacer frente a la inflación, los oficiales mal pagados recurrían a los honorarios, que gradualmente se transformaron en sobornos. Puede que sufrieran las finanzas reales, pero no los sucesivos lores tesoreros. Durante los dos últimos años en que Salisbury ocupó el citado cargo, sus ingresos ascendieron por lo menos a 25.000 libras esterlinas anuales. En 1619 su sucesor, el conde de Suffolk, fue declarado culpable de malversación a gran escala. La caída en desgracia de Cranfield en 1624 es un caso más ambiguo, pero en 1636 el lord tesorero Portland creyó necesario obtener el perdón del rey por haberse apropiado indebidamente de unas 44.500 libras. A decir verdad, las ganancias ilícitas de esta clase no merecían la reprobación universal. Acerca del primer duque de Buckingham, sir Hamon L'Estrange escribió lo siguiente: "Por su aplicación al progreso de sus parientes próximos, acertadamente se le habría podido considerar un monstruo y un extravagante de haber cortado toda relación con aquellos a los que estaba muy unido por vínculos de sangre".

Al recaudar rentas extraordinarias los gobiernos trataban de respetar la letra de la ley, con el fin de no plantear la cuestión del poder. Pero el respeto a la letra de la ley lastimó lo que a juicio de muchos era su espíritu. El gobierno llegó a estar basado en la investigación histórica. Puede que parezca un asunto insignificante el intento que en 1631 hizo el gobierno para multar a la ciudad de Leicester con 300 libras esterlinas por no haber mandado representantes a la coronación de Carlos I; pero esas sumas pequeñas tenían su importancia cuando los hombres comparaban sus rentas.

Otra reliquia feudal que causó mucho malestar fue la *purveyance*, es decir, el derecho que tenía la corona para comprar artículos a un precio muy por debajo del del mercado. Durante el reinado de Isa-

bel cada año se compraban de esta manera cuatro millones de libras, 13 000 corderos, 32 000 pollos, 600 000 galones de cerveza. La *parryment* afectó la producción destinada al mercado pero no a las grandes casas. No debía sacarse, según dijo un juez, de lo que "un hombre haya dispuesto para sí mismo, sino de lo que deba venderse". En 1597 la *parryment* era aceptada a una tarifa fija en los condados, pero en 1610 Jacobo aumentó la tarifa. ¿Qué podía impedirle aumentarla una docena de veces?, se preguntaba Chamberlain en 1614.

Del reinado de Enrique VIII al de Jacobo I los aranceles proporcionaron la mitad de las rentas ordinarias del estado. La justificación tradicional de los aranceles era que constituían el medio de pagar a la marina real que defendía a los mercaderes: pero la marina de los Estuardo cumplía con este cometido de forma muy inadecuada. En 1624 sir John Elliot señaló que en los Países Bajos las rentas arancelarias eran muy superiores porque los índices eran más bajos, lo cual era un estímulo para el comercio. La ventaja que para el gobierno tenía el sistema de arrendar el cobro de los aranceles residía en que quedaba asegurada una renta que era conocida por adelantado. No había necesidad de preocuparse por la posible apropiación indebida de fondos resultante de la incapacidad de pagar bien a los oficiales de aduanas. Por otro lado, a los arrendatarios de los aranceles había que concederles un amplio margen de beneficios. El hecho de que la empresa privada pudiera realizar más eficazmente el cometido de la burocracia real venía a ser una confesión de la debilidad de esta última. Existía una justificación de índole financiera para la reorganización. Pero el gobierno dependía cada vez más de los arrendatarios de aranceles para conseguir adelantos sobre las rentas.

En la década de 1630 el gobierno ya no podía pedir prestado a la corporación de Londres, ya que su historial como prestatario era pésimo. Un pequeño grupo de hombres de negocios londinenses —los que mayor influencia tenían en el gobierno de la City— adelantaba dinero con unas condiciones muy favorables para ellos mismos, con lo que consiguió ocupar una posición muy ventajosa para obtener otras ganancias. La alianza iba a resultar fatal para ambas partes. Los préstamos concedidos por los arrendatarios de aranceles dieron una falsa apariencia de solvencia al gobierno de Carlos I en la

década de 1630. De hecho, aunque la renta aumentó en un 50 por ciento, el futuro estuvo siempre seriamente hipotecado.

Al secuestrar los comarcas de los arrendatarios [de aranceles] en 1641 [escribió el profesor Ashpole], el *Long Parliament* lanzaba de hecho un ataque contra el antiguo régimen que no era menos importante que el *imparliament* * de Stafford [...]. Los arrendatarios se habían comprometido sin esperanza a ojos del parlamento, el cual, al destruir la única fuente permanente de préstamos cuya suerte estaba inseparablemente ligada con la de la corona, consiguió dañar irremediablemente el poder de esta para pedir préstamos.

Tenemos aquí (y en las relaciones parecidas entre el gobierno y los concejales) la explicación del reducido grupo dirigente de la City y de la facilidad con que triunfó el abrumador sentimiento pro parlamentario de las masas ciudadanas en el golpe de estado de diciembre de 1641.

Los terratenientes más ricos estaban tasados de forma fantásticamente inferior a la que les correspondía en los subsidios votados por el parlamento. "Muchos valen veinte veces, algunos treinta veces y otros muchas más veces la tasación que se les ha calculado", dijo lord Burghley. Estando sus ingresos tasados en 133 libras, él entraba en la última categoría. Era este el precio que el gobierno tenía que pagar a sus servidores y a las clases de las que dependía para obtener servicios no remunerados (pero sí recompensados) en el gobierno local. "Los pobres están oprimidos por los impuestos excesivos que se les obliga a pagar", dijo Fulke Greville en 1593. "Si los pobres [es decir, los pobres] conocieran su fuerza tan bien como nosotros conocemos su opresión, no la soportarían como ahora". La retorsión fue antecorada por *Leahel* en 1588 y volvió a ser objeto de debates en los parlamentos de 1626 y 1628, pero en el acto se plantearon cuestiones de poder —¿quién efectuaría la retorsión? ¿quién controlaría la forma de gastar el dinero de tal modo recaudado?— que no podían resolverse amistosamente bajo el antiguo régimen. Dado que el parlamento no podía o no quería aumentar los impuestos para hacer frente al creciente déficit, los gobiernos se vieron

* Anulación de tradición u otro delito grave (generalmente contra el estado) formada ante un tribunal competente.

obligados a tomar medidas que incrementaban la tensión existente entre la corte y el país y que producían relativamente poco en términos de rentas. Vemos cómo se inicia una pauta. "El feudalismo industrial" —monopolios, y todo el sistema de reglamentación— "se manchó con la huella de las finanzas", utilizando la clásica frase del profesor Tawney. El coste para el consumidor fue elevado; sin embargo, aparte de los beneficios para funcionarios públicos y cortesanos, escaso fue el alivio para el gobierno. Los beneficios obtenidos con la reactivación del feudalismo fiscal también fueron a parar a manos de los cortesanos. A los cofres del gobierno llegaba menos de la cuarta parte de lo que se pagaba por la tucra y la *purveyance*. El fracaso del Gran Contrato de 1610 significó que las exacciones del *Court of Wards* aumentaron, y con ellas la hostilidad de la clase hacendada. La totalidad del sistema de honorarios y beneficios resultaba tolerable sólo cuando estaba confinada dentro de unos límites. Pero al hacerse más desesperada la necesidad financiera del gobierno, y absoluta la ruptura con el parlamento, se convirtió en una carga para toda la economía. Se ha sugerido que el millón de libras que el gobierno pidió prestado entre 1624 y 1628 puede que fuera un factor importante para retardar el índice de recuperación de la baja de los primeros años de la década de 1620.¹

En la desesperada búsqueda de fondos se vendían cargos y títulos: 10.000 libras esterlinas por un título de par, 20.000 por el cargo de lord tesorero. Después de que Jacobo I vendiera títulos de caballero (*knighthoods*) hasta que éstos casi perdieron su valor, su hijo impuso en cinco años multas por valor de 173.537 libras a los *gentlemen* por negarse a adquirir el desacreditado título de *knight*. Entre 1615 y 1628 se registró un 56 por ciento de aumento de la nobleza, casi la totalidad por medio de la compra. El precio bajó hasta las 4.000 libras. Carlos I puso fin a la venta de honores, pero en 1641 se vio forzado a reanudarla. Muchos partidarios del rey coincidían en opinar que la venta de honores desacreditaba a la monarquía. Entre 1603 y 1629 la venta de títulos de par produjo como mínimo 620.000 libras, de las cuales, no obstante, sólo una pequeña proporción ingresó en Hacienda; la mayor parte fue a parar

a manos de los cortesanos. Pero entre 1603 y 1641 Jacobo y Carlos distribuyeron entre la nobleza sola dádivas y favores por un valor mínimo de tres millones de libras.²

La única solución a largo plazo consistía en una retención de los impuestos regulares, con el fin de sacar algo de la verdadera riqueza del país. Al no poder hacerlo mediante un acuerdo con el parlamento, el impuesto llamado *Ship Money* —calculado sobre el "verdadero valor anual de rentas, pensiones vitalicias y cargos"— casi se convirtió en un impuesto anual acordado, lo cual habría dado al gobierno independencia respecto de la voluntad del parlamento y los contribuyentes. "Concibo en virtud del derecho común y la política fundamental del reino", dijo el juez Finch en el caso Hampden, "que el rey puede cobrar a sus súbditos por la defensa del país [...] cuando éste se halla en peligro, y debería dirigir los medios de defensa". Pero la nobleza y la *gentry*, nos dice sir John Bramston, "se lo tomaron como el derrocamiento de las leyes fundamentales o la constitución del reino, del parlamento y de toda la propiedad". De igual modo reaccionaron las compañías de la *City*. La *Founders' Company* de Londres al parecer no pagó *Ship Money* después de 1637, e igual hizo la *Society of Apothecaries* a partir de 1638. La negativa a pagar se generalizó. En 1640 algunas ramas de las rentas avanzadas se habían anticipado a muchos años vista. Hubo una recuperación económica parcial en los últimos años de la década de 1630, pero poco alivio proporcionó a las clases bajas, que para entonces empezaban a sufrir a causa de la política fiscal de un gobierno que estaba desesperado y al borde de la bancarrota.

El derrumbamiento del gobierno personal en 1640 significó que de la reconstrucción financiera que debía haberse hecho tiempo antes se encargó el parlamento. Las medidas que se tomaron fueron los comienzos de la organización financiera de Inglaterra durante el siguiente siglo, en el que los gastos del gobierno aumentarían hasta rebasar los suenos más desenfrenados de los primeros Estuardo.

2. Stone, pp. 81-82, 116-127, 268.

¹ "Dinero para barcos": impuesto que de vez en cuando se cobraba a las ciudades portuarias en vez de aportar un buque para la marina real. En 1635 este impuesto empezó a cobrarse también a las ciudades de tierra adentro y en 1637 fue declarado impuesto regular.

Capítulo 7

RELIGIÓN Y VIDA INTELLECTUAL

Es la iglesia la que apoya al estado, es la religión la que fortalece al gobierno; haced que una cosa se extermine, y destruyáis la otra. Nada está tan arraigado en los corazones de los hombres como la religión, nada tiene tanto poder para dirigir sus actos: y si alguna vez los corazones del pueblo albergan dudas sobre la religión, todas las demás relaciones fracasan y nada encontráis salvo monjes y sediciones. Así la iglesia y el estado se apoyan y asisten mutuamente; y si uno de ellos cambia, al otro no le queda un momento seguro.

Oswald Garrison, *The Case of King James I*
 (publicado por primera vez en 1839,
 octavo centenario 1630 y 1636)

Es imposible hablar de historia económica y social sin hablar de religión. Como hemos visto, la Reforma tuvo vastas consecuencias sociales y económicas. La parroquia, según siendo un centro social para nueve de cada diez ingleses e inglesas que vivían en pueblos y ciudades pequeñas. Era el lugar donde se celebraban las elecciones, se distribuía la ayuda para los pobres y se hacían anuncios públicos y privados; podía hacer las veces de sala de diversiones, escuela, biblioteca o almacén. En una sociedad sin radio, televisión ni prensa diaria, una sociedad analfabeta en su mayor parte y sometida a una

1. Véase pp. 37-46

estricta censura (salvo en las décadas revolucionarias), el pulpito poseía la única fuente de ideas sobre la economía y la política. Las ideas de la oposición popular tendían a cobrar una forma religiosa, ya se tratase del no conformismo protestante o de la adhesión a alguna de las antiguas religiones, el culto a las brujas o el catolicismo.

En ningún momento debemos olvidar que la vida seguía siendo muy insegura. El comercio ultramarino se enfrentaba a los peligros de la piratería, el naufragio, la hostilidad de lejanas potencias, el escorbuto, etc. Pero la vida en la patria también se veía afectada por catástrofes naturales, los incendios a que estaban tan expuestos los edificios de madera, precios inestables, impuestos arbitrarios, hambre, peste, muertes súbitas y a edad temprana. Todo esto sin seguro o con unos seguros por los que se pagaban primas fantásticamente elevadas. El margen entre el éxito y el fracaso era muy estrecho. Un hombre podía encontrar una riqueza inesperada gracias, por ejemplo, a un matrimonio prudente; pero también podía arruinarse a causa de factores que escapaban completamente a su control. Es difícil que nosotros, que vivimos en un mundo donde todo está asegurado, donde los precios son uniformes y no susceptibles a fluctuaciones violentas, donde el tiempo dinámico no es una cuestión de vida o muerte, donde el teléfono nos permite avisar a los bomberos o al médico y donde la esperanza de vida es más del doble de la del siglo XVI, podamos hacernos una idea exacta de la profunda inestabilidad emocional de nuestros antepasados. Es natural que creyeran en teorías de predestinación (el destino del hombre está en manos de Dios, no en las suyas propias; el éxito justifica). Es natural que quisieran propiciarse a este Dios tan importante, ya fuera mediante ceremonias o una conducta virtuosa. Deberíamos tomarnos siempre seriamente las profesiones religiosas de los hombres y mujeres del siglo XVI, para muchos de los cuales la eternidad podía parecer mucho más real que esta vida breve e incierta sobre la tierra.

Pero a estas inseguridades tradicionales se les estaban agregando otras nuevas. En el siglo XVI, "quizás por primera vez en toda la historia de la civilización, una mayoría absoluta de la población dejó de encontrar sus vidas circunscritas por una ronda inmemorial de tareas agrícolas tradicionales. En vez de ello, se encontró ante los agitados altibajos de una imprevisible economía de mercado en la que unos

pocos se hacían ricos y algunos prosperaban mientras muchos quedaban reducidos a la mayor pobreza; y todos, ricos y pobres, padecían una incertidumbre insoslayable ante el futuro".² Poca sorpresa debe causarnos el que hubiera una crisis espiritual en toda la Europa occidental.

Durante la Edad Media se habían dado numerosos ejemplos de herejía popular, cuya historia ininterrumpida hasta la Reforma justo empezamos a estudiar; los hombres de los siglos xvi y xvii eran bien conscientes de las comunidades. Pero no se había registrado nada parecido al estallido de independencia mental popular que en Inglaterra revelaron las persecuciones marianas. Solo nueve de las 300 víctimas y pico respondían a la clasificación de *gentlemen*; la inmensa mayoría la componían artesanos o personas que ejercían algún oficio. Su toma de postura contra la persecución, en un momento en que sus superiores se amilanaban o buscaban refugio en el exilio, fue un anticipo de los movimientos radicales de la década de 1640. De hecho, el embajador imperial en Londres previó la revuelta popular en la capital contra las quemaduras ordenadas por María. Era imposible que el gobierno de Isabel no tuviera en cuenta este sentimiento popular, aunque poca simpatía sentía la reina hacia él.

A decir verdad, las clases poseedoras de propiedades se encontraron ante un dilema después de la Reforma. En tiempos católicos, como dijo John Aubrey, "las conciencias del pueblo eran mantenidas en un estado de gran temor respetuoso por medio de la confesión". Este medio de control se perdió, justamente en un momento en el que los cambios eclesiásticos turbaban las mentes de los hombres y, de hecho, parecían hacer suyo gran parte del programa de los lolaardos de la clase baja. Alrededor de mediados de siglo se extendió el pánico ante los anabaptistas, que en 1536 habían defendido un régimen comunista en Münster durante un año contra toda la fuerza del Sacro Imperio Romano. Este tenor se halla vigorosamente expresado en los *Treinta y nueve Artículos* de la Iglesia de Inglaterra, y aún más en los *Cuarenta y dos Artículos* de Eduardo VI que les precedieron. La introducción de los registros parroquiales en 1538, de valor tan incalculable para el historiador, puede que fuese dirigida

² W. H. McNeill, *The mass of the west*, Chicago University Press, 1963, p. 181.

contra los anabaptistas, en Inglaterra como lo fuera en el Zürich de Zwingli. En la segunda mitad del siglo xvi Robert Browne y otros iniciaron el congregacionalismo. Allí donde los puritanos respetables "esperaban al magistrado", los brownistas que abogaban por la reforma sin esperar a nadie tenían un programa más amenazador por ser practicable inmediatamente. En 1613 oímos hablar de "hermanos errantes", brownistas, que van "de aquí allá por Inglaterra, sin morar en un lugar fijo". Contra ellos fueron invocadas las leyes sobre el vagabundaje y en tiempo de guerra eran reclutados forzosamente por las fuerzas armadas. En 1614 un observador escocés bien informado comentó la fuerza que el sectarismo tenía en Inglaterra. Estos grupos de clase baja asolaron a la superficie después de la caída del poder eclesiástico en 1640. Debemos tener presente esta tercera fuerza del sectarismo popular cuando nos sintamos tentados a pensar en las disputas religiosas de los siglos xvi y xvii como si se tratasen sencillamente de algo entre los protestantes ortodoxos y los católicos.

En estas circunstancias el control del púlpito era de la mayor importancia política y social, comparable con el control de la radio y la prensa en nuestros días. "Los que tienen en sus manos el timón del púlpito dirigen siempre como les place los corazones del pueblo", dijo Fuller. Habría "una perpetua desafección", nos dice Bacon, "si no fuera porque predicando se mantienen los hombres a raya con tanta eficacia como la ley lo hace castigando".

La *via media* de Isabel en materia de religión —doctrina protestante para los intelectuales, ceremonias católicas para las masas— era paralela a su *via media* en la política exterior, y ambas estaban relacionadas con la sociedad así como con consideraciones intelectuales más abstractas. Su primer arzobispo, Matthew Parker, tenía una visión completamente tradicional del papel de la iglesia y el estado en una sociedad jerárquica. Había predicado la resignación a los rebeldes de Norfolk en 1549 y se había opuesto a los principios de John Knox porque creía que la relación de un gobernante con sus súbditos, de un señor con sus arrendatarios y de un amo con sus sirvientes debían regirse por las mismas reglas.

El sucesor de Parker en Canterbury, Grindal, había sido un exiliado mariano y bajo él los radicales todavía esperaban una ulterior

revista reformista. En Leicester y Walsingham el puritanismo combatía con poderosas patrones en la corte. El puritanismo era un fenómeno tan social como religioso, que florecía, como señaló John Taylor "el poeta del agua", en los puertos al igual que en las zonas industriales como East Anglia y los condados pañeros occidentales. Bajo Isabel recibió gran apoyo de las ciudades con mercado y de un sector de la *gentry*, apoyo que halló su vía de expresión en la cámara de los comunes. Pero la reina se opuso resueltamente a ellos, se impuso a Gindal y lo suspendió y en 1583 lo reemplazó por un arzobispo de su gusto, John Whitgift. Este se valió de la *High Commissions* para contrarrestar el apoyo secreto que en círculos elevados se daba a la *gentry* puritana. "La esencia del problema era social: el obispo contra la *gentry*", dice el doctor Collinson. La nueva política eclesiástica obligó a los obispos a apoyarse en "elementos ciprocopolíticos", con desafortunadas consecuencias a largo plazo. El lord Chancellor Hatton y su protegido Richard Bancroft ayudaron a Whitgift a romper el movimiento puritano en la década de 1590, recurriendo a métodos "que tal vez recuerdan a los del senador Joseph McCarthy". Jacobo, más prudente, nombró otra figura por el estilo de Gindal para el cargo de *Chancellor*: George Abbot. Pero su oposición a la política exterior "triprocacética" de Jacobo llevó inevitablemente a su caída en desgracia y finalmente al triunfo de Laud y los arminianos de otros vientos.⁴

Los radicales isabelinos tenían la sensación de que su reforma había sido traicionada. Pero se encontraban ante un difícil dilema. Muchos de ellos habían esperado que la restauración del protestantismo por parte de Isabel no fuese más que un breve interludio. "La época requiere unidad y un acuerdo perfecto", dijo Walsingham, que era de mentalidad puritana, "mas bien en aquellos que hacen profesión de esa verdad que en otras partes es tan impugnada y tiene tan poderosos enemigos". Esta unidad forzada, sin embargo, no sobrevivió a la década de 1590. Para gran parte de la clase media el puritanismo era una cuestión de cachillo y candor. Durante la totali-

dad de los tribunales de Jacobo y Carlos los tribunales eclesiásticos procesaron a hombres por trabajar en días santos. Thomas Rogers, capellán de Bancroft, atacó el punto de vista puritano según el cual "la iglesia no puede quitar esta libertad de trabajar seis días a la semana". "La disciplina de la penitencia", escribió el archidivino Cunningham, "y los cánones que se hacían cumplir en los tribunales eclesiásticos no tenían por marco la prosperidad de los burgos, sino la esperanza de detectar y suprimir la codicia de ganancias".

2

Toda iglesia estatal y oficial tiene necesidad de un ceremonial, incluso una iglesia protestante nacida a causa de la revuelta de la conciencia individual contra las ceremonias papistas. El desorden erasmiano de la iglesia isabelina produjo una natural reacción clerical en cuanto la situación política se calmó a raíz de la derrota de la Armada y las victorias holandesas de los años noventa. El énfasis de Bancroft sobre el derecho divino de los obispos (1589), la gran obra de Hooker *Of the Laws of Ecclesiastical Polity* (1593) y las polémicas universitarias sobre la predestinación contribuyeron a la creación de un partido revisionista (que pasó a denominarse arminiano) que aspiraba a recobrar algunas de las tradiciones católicas de la iglesia. Hace ya tiempo que el profesor Knights llamó la atención sobre la excesiva producción de graduados y el consiguiente desempleo entre ellos que hubo en Inglaterra a finales del siglo XVI y principios del XVII.⁵ Como señaló un cardenal en la obra de Dekker titulada *The Whore of Babylon* (1607),

"All scholars that do eat
The bread of sorrow, want and discontent",⁶

eran posibles conversos al catolicismo. El mismo punto fue establecido en el parlamento de 1610.

Desde hacía tiempo los obispos eran considerados unos peñonille-

3. Véase pp. 28-29.
4. Gran parte del párrafo precedente procede de Collinson, *Partes IV y VIII, págs.*

5. L. C. Knights, *Drama and society in the age of Jonson*, 1937, pp. 324-325.
6. Todos los eruditos que comen el pan de la congoja, la necesidad y el descontento.

ros de la corte y de los más ambiciosos se sospechaba justificadamente que eran hostiles al parlamento y simpatizaban con el absolutismo real. "¿Acaso no se nos sermonea cada día vituperando las leyes fundamentales del reino?", se quejó un diputado en fecha tan temprana como 1610. Otro, en 1621, dijo que los obispos, "si no los vigilamos [...] usurparán los derechos y las tierras de todos los hombres de Inglaterra". A medida que el partido de Laud empezó a ocupar más y más obispados y deanatos bajo Carlos I, el "arminianismo" empezó a tener implicaciones políticas. Cuando en 1637 un poeta pidió permiso para reimprimir un poema escrito veinte años antes contra el *Gunpowder Plot*,⁵ el permiso le fue negado con estas palabras amenazadoras: "No estamos tan enojados con los papistas ahora como lo estábamos hace veinte años". Sin embargo, aquel mismo año, por decir que Laud era un papista traicionero, un hombre fue multado con 3.000 libras esterlinas, exhibido con las orejas clavadas a la picota, las letras "L" y "R" le fueron marcadas a fuego en la frente y finalmente fue sentenciado a trabajos forzados durante el resto de su vida. Tampoco debemos pasar por alto la idiotez económica que representó la persecución emprendida por Laud contra los protestantes extranjeros, que estuvo a punto de arruinar las *New Draperies*. "La restauración de la propiedad de bienes y libertad del súbdito es un medio principal para mantener la religión y la obediencia a Su Majestad", arguyó en 1641 en los comunes Edmund Waller, el futuro realista.

El profesor Stone señala que la intensidad de los sentimientos antipapistas contribuyó a desacreditar aún más la cámara de los lóres, ya que muchos pares eran papistas y de otros muchos se sospechaba que lo eran también. La imposibilidad fundamental de llevar a cabo una política resueltamente pro papista, a la que ya me he referido anteriormente,⁶ quedó demostrada durante la guerra civil por el desdén y el temor de Carlos I de utilizar el apoyo de los católicos irlandeses. Flirteó con ellos lo suficiente como para salir perdiendo por partida doble. Sin embargo, el gran fracaso que Jacobo II sufrió cua-

⁵ "Complot de la pólvora": Conspiración católica para volar los edificios del parlamento el 5 de noviembre de 1605, día en que Jacobo I debía inaugurar las sesiones. El complot fue descubierto a tiempo y todos los conspiradores fueron juzgados y ejecutados.

⁶ Véase pp. 88-89.

renta y cinco años después al buscar el apoyo de Irlanda sugiere que, aun habiendo seguido una política más resuelta, su padre no hubiese obtenido mejores resultados. "Fomentar la guerra bajo la idea del papismo", se dice que afirmó John Salmarsch a principios de la década de 1640, "es el medio más seguro de atraerse al pueblo".

Del fuerte y apasionado odio que el pueblo sentía hacia los obispos se encuentran tantas pruebas como se quieren en las cinco o seis décadas que precedieron a la revolución. Los obispos eran nombrados por el rey sin ninguna clase de vergüenza. Quitátes sus votos en el parlamento, observó acertadamente el gran abogado John Seiden, "no es más que el principio para quitarlos a ellos; pues entonces ya no podrán ser útiles al rey o al estado". Por su parte, los obispos, de Whitgift en adelante, apelaron "al propio interés de los laicos poseedores de propiedades", arguyendo que los que pedían paridad en la iglesia pronto pedirían una igualdad parecida en el estado; que los que sentían escrúpulos de conciencia sobre el pago de los diezmos pronto sentirían escrúpulos semejantes sobre el pago de las rentas. Era un argumento válido: muchos de los que acudieron en defensa del episcopado en 1641 lo hicieron por motivos explícitamente sociales.

Al comenzar nuestro período es probable que la hechicería y la brujería jugaran un papel tan importante como el del cristianismo en las vidas de la mayor parte de los ingleses. Durante siglos la iglesia se había dado por satisfecha con una aceptación formal del cristianismo por la masa de la población y muchas prácticas paganas habían quedado integradas en el catolicismo. Los viejos dioses se convirtieron en santos, que seguían protegiendo a quienes les rendían culto; sus altares seguían obrando milagros y siendo objetos de veneración y peregrinaje. En cuanto a la magia, gran parte de ella fue absorbida y cristianizada, ya que una sociedad abrumadoramente agrícola todavía anhelaba los antiguos ritos de la fertilidad. (Robert

Burton llamó la atención sobre algunos de estos puntos en su *Annals of Witchcraft*. Pero al empezar nuestro período, la creciente importancia de la cultura urbana, basada en las técnicas racionales de los artesanos, había creado nuevas tensiones. Podemos considerar que los siglos XV a XVII fueron un período en el que, en toda Europa, el cristianismo pasaba a la ofensiva contra el paganismo, tratando, quizás por primera vez, de eliminar su ascendencia sobre los sentimientos populares. La persecución de las brujas empezó mucho antes de la Reforma, pero durante un tiempo fue tan feroz en los países protestantes como en los católicos. El protestantismo mismo fue un producto de la cultura urbana, más racional, y se mostró hostil a todas las formas de la magia, negra o blanca, pagana o católica. En la *Nativity Ode* de Milton, Cristo expulsa a los demonios justamente del mismo modo en que los protestantes habían expulsado a los santos y a los dioses de la fertilidad.

Nuestro período vio el nacimiento y la caída de la persecución de las brujas. La primera ley que declaraba la brujería un delito grave fue aprobada en 1542. Derogada bajo Eduardo, fue reinstaurada bajo Isabel y aún más severamente bajo su sucesor. Pero la extensión de las formas de vida y el pensamiento urbanos, la expansión de la industria pañera, del drenaje de los pantanos y del mercado nacional contribuyeron a socavar el aislamiento rural en el que la brujería encontraba estímulo: el nuevo espíritu científico hizo que incluso los que creían en la brujería, de Jacobo I a Increase Sather, vieran con ojos más críticos la evidencia de casos concretos. Al llegar el siglo XVIII ya no era necesario tomarse la brujería como una amenaza para los valores, y por ende, la cohesión de la sociedad. La ley que la condenaba fue derogada en 1736. Tanto el obispo Joseph Hall como John Aubrey daban en el interregno la decadencia de la creencia en espíritus, fantasmas y brujas. En 1646 Thomas Edwards dio constancia de su horror al oír "un ruego secreto en pro de la tolerancia para con las brujas". La última ejecución de brujas de que se tiene constancia en el distrito judicial de Londres tuvo lugar en 1657) y una generación o más después en las zonas más alejadas. En Essex, nos dice el doctor Alan Macfarlane, la ejecución de brujas decayó progresivamente a partir de la década de 1620; los procesos disminuyeron acentuadamente después del fin de la guerra civil. La pe-

queña *gunny* que formaba la mayoría de los jurados acusadores había dejado de creer en las brujas.⁸ (En la república holandesa no se celebraron juicios por brujería a partir de 1610.)

El doctor Macfarlane arguye que las brujas fueron las víctimas de una comunidad desgarrada por las tensiones económicas, así como por la enfermedad, el sufrimiento y la muerte repentina.⁹ (De ahí la breve recrudescencia de la persecución en las crisis políticas de la guerra civil y de la época inmediatamente posterior a la restauración.) La creencia en el poder malévolo de las brujas, en colusión con Sarán, era una de las formas que se utilizaban para explicar el mal y, al mismo tiempo, preservar la bondad de Dios. El abandono de esta creencia en el siglo XVII, al menos entre las personas cultas, fue parte de una revolución intelectual, la aparición de un concepto más científico del mundo. Tenían cierta razón aquellos párrocos que argüían, que el escepticismo sobre la brujería conduciría al ateísmo. Porque si las brujas y el diablo no eran los causantes del mal, entonces o bien la culpa era de Dios o había que concebir un universo en el que Dios y el diablo no intervenían directamente. Ambas cosas parecían airesmo a los que albergaban el tradicional concepto antropocéntrico. "No hay espíritu, no hay Dios", escribió Henry More en su *Amulet Against Atheism* de 1653. A juicio de Francis Osborn, este escepticismo era un triunfo del sentido común seglar sobre el dero. Pero también formaba parte de una revolución religiosa. Los sentimientos de pecado y culpa que nacían a causa de un medio ambiente hostil e incontrolable ya no se purgaban comúnmente mediante ceremonias y chivos expiatorios; ahora eran interiorizados. Por consiguiente, generaban la energía moral motriz y el sentido de responsabilidad individual que eran las únicas formas que hacían posible empezar a controlar dicho medio ambiente. Las autoacusaciones de los puritanos, su sentimiento de culpabilidad, eran parte del precio que había que pagar por un concepto más racional y científico del universo.¹⁰

8 Cf. p. 140, n. 7.

9. Estoy muy agradecido al señor Macfarlane por haberme permitido utilizar su tesis doctoral "Witchcraft prosecutions in Essex, 1560-1680: a sociological analysis", 1967, que espero sea publicada pronto.

10. Cf. pp. 232-234.

Normalmente las brujas se encontraban entre los miembros más pobres de sus comunidades. "A los que están en gran miseria y pobreza", declaraba un panfleto de 1612, "a éstos seduce el diablo para que le sigan". Richard Baxter hizo una observación parecida hacia finales de siglo. Algunos creían que las brujas no podían causar ningún daño a los que eran generosos con los pobres. Muchos líderes de las revueltas campesinas de nuestro período afirmaban ser enviados de Dios. Puede que algunos de ellos hubiesen sido enviados por el Dios de las brujas más que por Jehová. A menudo los cuáqueros eran tachados de brujos por sus enemigos y lo mismo le ocurrió a John Bunyan; anteriormente se habían lanzado acusaciones parciales contra los waldesianos, los lolardos, los anabaptistas alemanes, los familistas y los puritanos isabelinos (en este último caso la acusación provenía de los propagandistas episcopales). Las acusaciones de promiscuidad sexual formuladas contra algunas sectas izquierdistas durante el interregno recuerdan las acusaciones parecidas lanzadas contra las brujas. Pero con igual frecuencia la brujería era asociada con el papismo y un periódico parlamentario de 1645 declaró que todas las brujas eran pro realistas; no debemos tomar demasiado en serio ninguna de estas sugerencias. Sin embargo, el éxito del cuaquernismo inicial en el norte de Inglaterra, como posteriormente el del wesleyanismo en Gales y Cornualles, quizá debiera algo a la decadencia de la religión mágica en estas regiones. Es una coincidencia interesante que el *May Day*,* que los predicadores puritanos odiaban por sus orgías paganas y los concejales temían por los disturbios que provocaban los aprendices, sea celebrado en nuestros días por el movimiento internacional del trabajo. Empezó en América, en cuya revolución los *liberty poles*** descendientes del *maypole**** habían jugado un papel simbólico.

* Festividad del primero de mayo.

** Palo o mástil largo en cuya punta se coloca un gorro frigio o parecido.

*** "Palo de mayo": Palo largo pintado con rayas espirales de distintos colores y adornado con flores, colocado en un espacio abierto y alrededor del cual se baila en la festividad del primero de mayo.

Capítulo 8

DE LAS REVUELTAS CAMPESINAS A LA REVOLUCIÓN

El crecimiento del pueblo de Inglaterra, desde las ruinas [...] de la nobleza y el clero, vino en el reinado de la reina Isabel a más de lo que convenga al interés o, a decir verdad, la naturaleza o posibilidad de una monarquía bien fundada o duradera [...]. Nada quedaba para la destrucción de una monarquía, que sólo el nombre conservaba, más que un príncipe que esforzándose hiciera ver al pueblo aquellas ventajas que no veía [...]. La disolución de este gobierno causó la guerra [civil], y no la guerra la disolución de este gobierno.

JAMES HARRINGTON, *Oceana* (1656)

Durante nuestro período Inglaterra era conocida en toda Europa por la violencia de su política. El sociólogo moderno Pitirim Sorokin ha calculado que entre 1450 y 1640 hubo más disturbios internos en Inglaterra que en cualquier otro país europeo. Quizás exagera, pero lo cierto es que entre 1558 y 1688 el único soberano inglés que no había perdido a su padre o a su madre en manos del verdugo era Carlos I; y el mismo Carlos sufriría la suerte de su abuela. En el siglo XVIII hubo las rebeliones de 1715 y 1745, así como una serie de tumultos de menor importancia.

En fecha tan avanzada como la década de 1590 los ricos todavía temían que bribones y vagabundos envalentonasen a los pobres para que, diciendo que no debían pasar hambre ni lo pasarían, procedieran a la acción directa. "¿Qué pueden hacer los hombres ricos

contra los hombres pobres si los hombres pobres se alzan y agrupan?" preguntó un jornalero de Essex en 1594.¹ Mas la prolongada depresión de las décadas de 1520 y 1530 dejaron al pueblo acobardado y desanimado. La *Poor Law*, los azotes y los correccionales habían quebrantado el espíritu de los pobres.

En el campo, como hemos visto,² el campesinado había dejado de ser una clase homogénea. Los *yeomen* y ganaderos acomodados compartían los intereses económicos de la *gentry* más que los de los muy pobres. Iban a las mismas escuelas que los *gentlemen*; compartían sus puntos de vista y estaban dispuestos a dejarse dirigir por ellos. Esta escisión del campesinado, junto con la alienación de los campesinos más ricos con la *gentry* y los mercaderes, rendía una importancia crucial al llegar la revolución. Después de 1660, los conservadores, al estar la mirada hacia atrás, vieron en las escuelas de humanidades el criadero de los parlamentarios. Pero no de los *levellers*: en el vital punto crucial de la revolución, 1647-1653, la *gentry* retuvo un liderazgo que tal vez aprendiera, literalmente, yendo a la escuela.

En *Aradlia* sir Philip Sidney había observado astutamente que "los campesinos quisieran que los *gentlemen* fueran destruidos; los ciudadanos [...] quisieran que fueran reformados". Aliviada la clase haciendada del temor a la revuelta de las clases bajas, las escisiones en su seno se hicieron más marcadas. Isabel había conseguido retener dentro del Consejo Privado a portavoces de las dos políticas alternativas: la conservadora y la radical, representadas respectivamente por Hatton y Leicester. Pero la creciente dependencia de la aristocracia respecto de los beneficios de la corte intensificó la lucha por el monopolio de los favores cortesanos. Essex llevó su querrela del Consejo Privado a la cámara de los comunes, y en 1601 Cecil se quejó de que "los asuntos del parlamento son normalmente tema de habladurías en la calle". El fatuo intento que llevó a cabo Essex para ganar el monopolio del patronazgo mediante un golpe de estado puso fin al equilibrio que existía dentro del Consejo Privado: en lo sucesivo el control del patronazgo estuvo monopolizado normalmente primero por Cecil, luego por los Howard, después por Buc-

1. Debo esta cita a la amabilidad del doctor Alan Macfarlane.
2. Véase pp. 78-80.

kingham. Expulsados del Consejo Privado y perdida la esperanza de que el rey les prestara oídos, "la oposición" no tuvo más remedio que volverse hacia el parlamento. Después de 1629, cuando se cerró este foro para los que criticaban a los consejeros del rey, tuvieron que pensar seriamente en recurrir incluso al pueblo en general.³

A medida que la base social de la corte se estrechó, también cambió su política. No fue ningún accidente que el sistema de regulación y control industrial se hiciera más severo a partir de la década de 1590. Con él la oposición de la clase formada por los jueces de paz, cada vez más conscientes de su propia importancia y cohesión, creció también, y halló su foro en los comunes. (No hacía falta que las memorias llegasen tan lejos. Sir Francis Knollys, que ocupó un escaño en el *Reformation Parliament* de 1529-1536, seguía siendo diputado en 1593, fecha en que es posible que conociera a hombres que ocupasen escaños en el *Long Parliament* de 1640). Los propietarios estaban reconstruyendo su país de una manera que escapaba a las posibilidades del gobierno. Hacían donaciones a escuelas y colegios universitarios, con el fin de que los jóvenes con talento pudieran seguir una carrera; pagaban vastas sumas para aliviar a los pobres, aunque no les gustaba que se les hiciera pagar tributos para tal fin; subvencionaban a los catedráticos, pero se negaban a pagar los diezmos aumentados;⁴ se oponían al *Ship Money* por no haber sido votado por sus representantes en la cámara de los comunes, aunque no tardarían en pagar sumas mucho mayores al *Long Parliament*; con un mínimo de estímulo por parte del gobierno invertían sus ahorros en la edificación de un imperio ultramarino.

Jacobo y Carlos tenían precedentes en los Tudor para recaudar donaciones benéficas, explicando el *Case of Wards*, mutando por la infracción de estatutos obsoletos, utilizando recitivismos legales contra individuos. Pero el contexto social había cambiado. "El equilibrio de la constitución" había sido también un equilibrio social, entre el poder absoluto de la corona (que se utilizaba contra la revuelta feudal o campesina) y los derechos absolutos, especialmente los derechos de propiedad, de los hombres acaudalados. Este equilibrio se

3. Debo esta información a mi amigo y ex alumno Peter Clark.
4. Véase Hill, 1964, pp. 89-90.

había basado en una convergencia de intereses y puntos de vista. Al decantarse el equilibrio social, primero Jacobo y después Carlos tuvieron que producir defensas teóricas de su prerrogativa, lo que los expuso a críticas. Wentworth puso de relieve que el rey era la clave del arco social precisamente porque este aspecto de la monarquía como defensora de la propiedad y el privilegio estaba cayendo en el olvido. Shakespeare en *El rey Lear* y *Timón de Atenas*, Burton en su *Anatomy of Melancholy*, ponen en entredicho toda la base del estado y su justicia. La hostilidad entre la corte y la *City* está ampliamente documentada en las obras dramáticas del período; se intensificó después de 1614 aproximadamente, con el ocaso del teatro popular y el auge del teatro de sociedad, que tenía muy desarrollada su conciencia de clase.

En 1622 se reavivó el *High Court of Chivalry* * con el fin de proteger los privilegios de la clase gobernante. Sus actividades —el sometimiento a juicio de quienes hacían comentarios groseros sobre los papes— se intensificaron bajo el gobierno personal de Carlos I, cuando las colonias de propiedad fueron utilizadas deliberadamente para subvencionar a la aristocracia. Las leyes sobre la caza se hicieron cumplir con mayor ferocidad en la década de 1630, al menos por parte del Consejo en los *Marches*: "diríase que la preocupación por la clase terrateniente ha triunfado por encima de todo interés por la justicia social".⁶ Al mismo tiempo, el gobierno buscaba la cooperación con un estrecho círculo de capitalistas financieros, de forma muy parecida a como el emperador Carlos V había utilizado a los Fuggers. Al mercader Lionel Cranfield se le brindó la oportunidad de racionalizar las finanzas del gobierno después de 1616; cayó en desgracia en 1624. A la década de 1620 se la ha llamado la era de Buriamachi, el financiero italiano; ya estaba en bancarrota en 1633. Les tocó el turno a los arrendatarios de aduanas.

Durante esta década el gobierno empezó a apoyarse más y más en la iglesia, que era lo más próximo a una burocracia independiente.

* B. Manning, "The nobles, the people and the constitution", *Past and Present*, IX, pp. 30-64.

⁶ "Alto tribunal de caballería".

6. Perry Williams, "The activity of the Council in the *Marches* under the early Stuarts", *Welsh Historical Review*, I, p. 141.

De ahí que en 1641 nos encontremos con que incluso los futuros realistas atacaban a los obispos. La *Root and Branch Petition* * decía que los obispos habían alentado al clero a "despreciar a la magistratura temporal (es decir, los jueces de paz), a los nobles y a la *gentry* del país". La monarquía luchaba así para conquistar su independencia de la clase cuyos intereses había representado con tanto éxito en el siglo anterior. En 1638, por ejemplo, sir Thomas Wiseman —por injuriar al *Lord Keeper* y al tribunal de la *Star Chamber*— fue multado con 10.000 libras esterlinas más otras 7.000 por años, fue privado de su dignidad de baronet y degradado de la orden de caballería; le cortaron las orejas, fue puesto en la picota y encarcelado a discreción del rey. No era esta la forma en que los *gentlemen* esperaban ser tratados. Ya no había ninguna forma única de defender el viejo orden a satisfacción de toda la clase gobernante. Una forma era la empleada por Carlos, pero a causa de ella alienó a un sector de la aristocracia y de la *gentry*. Cuando éstos se rebelaron, encontraron el apoyo de aquellos sectores más amplios de la población que opinaban que el gobierno personal de Carlos ponía en peligro a la "religión, la libertad y la propiedad". Tanto éxito tuvo dicho apoyo que a la postre obligó a la mayor parte de la aristocracia y a parte de la *gentry* a volver al redil monárquico. Pero para entonces era ya imposible contener la avalancha.

No se nos ofrece con frecuencia el espectáculo de miembros individuales de la *gentry* reaccionando ante el nuevo énfasis que se hacía sobre la política del gobierno, aunque la reacción de dicha clase en su conjunto es bastante clara. Pero en un caso podemos documentar un cambio personal de actitud. En algún momento situado entre 1597 y 1600 sir Francis Hubert, conmovido por el hambre y la miseria de aquellos años, denunció el acaparamiento de maíz y exigió que el gobierno tomase medidas contra ella:

"But neither fear of God nor love of men,
Nor common care of public misery,
Can cause compassionate respect in them;

* En 1640 la *Root and Branch Petition* denunció a los que instaban a los ministros a despreciar a los magistrados temporales, los nobles y la *gentry* del país.

For they are branded in their inquiry,
 And must be bridled by authority,
 And therefore they that wield the state at will
 Must by coercive means restrain such ill".⁶

Pero al revisar su poema para ser publicado en 1629 era ya consciente del peligro de que la intervención del gobierno frustrase la iniciativa privada e inscribió una estrofa para que esto quedase claro:

"But now I must not be misunderstood;
 I do not pass a heavy censure here
 Upon such men as for the general good
 Store up the plenty of a fruitful year
 And keep it safe till more cause doth appear
 To vent the same; and when such cause shall be
 As they were frugal, so they must be free".⁷

Treinta años antes había previsto felizmente que el estado tomaría medidas contra el libre cambio; en 1629 ya le preocupaba más la libertad de los "frugales".⁷ Muchos hombres habían seguido la misma senda intelectual, antes de 1640 si no antes de 1629.

* Pero ni el temor de Dios ni el amor a los hombres / ni la normal preocupación por la miseria pública / son capaces de inspirar respeto compasivo en ellos / Pues están inmersos en su iniquidad / y deben ser reprimidos por la autoridad / y por lo tanto los que manejan el estado a voluntad / por medios coercitivos deben restringir tal mal.

** Mas ahora no se acé debe interpretar mal / No censuro con dureza aquí / a los hombres que para el bien general / almacenan la abundancia de un año fructífero / y la mantienen a salvo hasta que más causa aparece / para sacarla, y cuando tal causa hay / como frugalidad fuerza, así libres serán.

7. B. Mellor, ed. *The poems of Sir Francis Habert*, Hong Kong University Press, 1961, p. 288. Un cambio igualmente fascinante es la supresión de dos estrofas en las que Habert hacía que Eduardo II acusase a Juan Gaverson y a su madre de brujería, y seis estrofas en las que el poeta especulaba sobre la naturaleza de la brujería (pp. 18-19, 283). Habert era de Essex y vivió en el condado hasta que vendió sus propiedades y se instaló en Londres en 1614. Sus creencias dadas parece ser que eran compartidas por la *gentry* de Essex (véase, *ibidem*, pp. 132-133).

LA REVOLUCIÓN

TERCERA PARTE

66

Capítulo 1

LA GUERRA CIVIL

¿Qué no hará un pueblo oprimido, rico y religioso para librarse de toda clase de opresiones, tanto espirituales como temporales, y para ser devuelto a la pureza y a la libertad en la religión, y a la justa libertad de sus personas y haciendas?

RICHARD OVERTON, *A Remonstrance of Many Thousand Citizens*, 1646

Comisario-General Ireton: La libertad de todos aquellos que tienen el interés permanente, [...] que ha sido estipulada. Y la libertad no puede ser estipulada en sentido general si se conserva la propiedad.

Parliamentary Debates in the Army Council, 1647

La revolución inglesa, al igual que la revuelta de los Países Bajos ochenta años antes, y la Revolución Francesa ciento cincuenta años después, comenzó con una revuelta de los nobles. Hasta la clase dirigente estaba insatisfecha con la forma en que Carlos I dirigía el país. En 1640 su gobierno ya se había venido abajo. Se enfrentaba con grandísimas dificultades para encontrar dinero con el que pagar a las tropas reclutadas para oponerse a los escoceses, y el ejército mismo se mostraba muy poco dispuesto a combatir. Una asamblea de pares celebrada en York en septiembre de 1640 instó a Carlos a convocar otro parlamento. Esto significaba la rendición, y Carlos lo sabía de sobras: en mayo había disuelto el *Short Parliament* tras

• "Parlamento corto": El que duró del 13 de abril al 5 de mayo de 1640, antes del llamado "Parlamento largo".

una sesión de tres semanas porque el parlamento le había presentado unas demandas que a él se le antojaban intolerables. El rey todavía albergaba la esperanza de ser más listo y manobrar mejor que la oposición cuando finalmente convocó el parlamento para el mes de noviembre de 1640. Ante la rotunda negativa del rey a llegar a un compromiso, los líderes parlamentarios, igualmente reacios al compromiso, tuvieron que buscar apoyo en otra parte, en el país en general.

El *Long Parliament* acusó (*impeachment*) y ejecutó a los ministros de Carlos I Strafford y Laud. Otros huyeron al extranjero. Fueron abolidos la *Star Chamber*, la *High Commission*, el Consejo del Norte y el de Gales y el *Court of Wards*. Se declararon ilegales los impuestos que no contasen con el consentimiento del parlamento. Toda la maquinaria represiva y censora del gobierno se derrumbó. En noviembre de 1640 William Prynne y otras víctimas de la tiranía de Carlos hicieron su entrada triunfal en Londres al salir de la prisión: ningún magistrado se atrevió a controlar a las multitudes que se reunían a su paso. "tan bajo", dijo Clarendon, "había caído la reputación del gobierno". Ahora había dos centros de poder en el país. De repente se liberaron todas las tensiones de la década precedente. Las sectas religiosas surgían de la clandestinidad y se reunían públicamente; comenzó una orgía de panfletos; en muchas partes hubo disturbios contra la *endowment*, disturbios contra los papistas. Todos los que tenían agravios buscaban su reparación en el parlamento: las peticiones de este período pueden compararse con los *cabiers* que expresaron la insatisfacción popular al comenzar la Revolución Francesa. Mientras el parlamento no tuviera confianza en el rey ni pudiera controlarlo, no podía permitirse el lujo de alienar a los amigos en potencia que tenía en el país. Por consiguiente hubo un singular período de libertad.

El uso que de esta libertad hicieron las clases bajas ayudó al rey a formar un partido a su alrededor, con el fin de luchar por la sociedad tradicional, ordenada y jerárquica en la cual el rey era la clave de un arco cuyos pilares eran la *gentry* y la iglesia. Muchos diputados que en 1640-1641 se opusieron al sistema real de gobierno de la década anterior se pusieron a su lado al ver cuál era la alternativa. El mantenimiento de la monarquía era esencial: apenas había habido república.

nos en la clase poseedora de propiedades. Pero no existía una maquinaria constitucional para controlar al rey. Pym apeló al pueblo, aumentando la presión popular sobre el parlamento para forzar a Carlos a mostrarse de acuerdo con una serie de medidas específicas. Se impusieron votos que se mandaron a los distintos decavales: la *Grand Remonstrance* * de noviembre de 1641 fue pensada desde el principio para su distribución entre el público en general. Dada la exaltada excitación del público esto era muy peligroso. Muchos diputados decidieron, cuando vieron que decidía, que era mejor fiarse de un rey indigno de confianza que arriesgarse a correr los peligros aún más desconocidos de una continua agitación popular. El parlamento fue capaz de librar una guerra civil porque un número suficiente de diputados tenía confianza en su capacidad para dirigir el movimiento de revuelta; pero siempre siguió existiendo esta ansiedad.

Durante la guerra la querrela entre "presbiterianos" e "independientes" fue entre los que querían recurrir a la ayuda escocesa para llegar a un compromiso de paz con el rey y los que buscaban una victoria total incluso al precio de la tolerancia religiosa y de armar al pueblo. Los independentes consiguieron que el parlamento aprobase la *Self-Denying Ordinance*, ** que privaba a pares y diputados de sus mandos militares (aunque Oliver Cromwell y unos cuantos más conservaron los suyos) y brindó la oportunidad para llevar a cabo una reorganización del ejército (el *New Model Army* de 1645). Muchas querrelas locales estaban resumidas en la división de la cámara de los comunes. Un diputado "presbiteriano" dijo de sus rivales "independientes": "los mezquinos y despreciables seguidores del otro bando fueron los causantes de nuestra ruina, pues comúnmente [...] habiendo sido mercaderes y siendo hombres de escasa fortuna no eran tan sensibles ante la destrucción del reino como nosotros, que reníamos haciendas que perder". A "hombres muy mezquinos" les ha sido confiado el gobierno del país, se quejó la *gentry* de Glamorganshire en febrero de 1646. Se recibieron quejas parecidas de los

* "Gran protesta": Declaración propagandista de los argumentos de la oposición contra Carlos I.

** "Ordenanza de autoorganización": Ordenanza que ningún miembro de una u otra cámara ocupara o ejerciese ningún cargo civil o militar mientras durase la guerra.

"gobernantes naturales" de todas partes. En 1648 la *gentry* de Dorset exigió "que nuestras antiguas libertades no estén a merced de aquellos que no tienen ninguna"; y con los hombres del comité parlamentario que no tenían ninguna libertad contrastaron "hombres de haciendas visibles", por los cuales deseaban ser gobernados. La apelación hecha por el parlamento al pueblo y el hecho de que los independientes abogasen por la tolerancia religiosa habían dado un amargo fruto para los hombres acaudalados. "Dios uniza al pueblo llano y a la multitud", escribió Hanserd Knollys, "para proclamar que Dios Nuestro Señor reina omnipotente". Las posibilidades democráticas de tales doctrinas están claras. Pero algunos pensaban que era John Pym y no Dios quien estaba utilizando al pueblo llano.

La querrela que siguió entre "independientes" y *levellers* fue una querrela entre los que estaban satisfechos con las instituciones políticas tradicionales del país siempre y cuando el control del parlamento sobre el rey pudiera hacerse respetar de algún modo y, por otro lado, los que deseaban una ampliación considerable del derecho al voto, la abolición de la monarquía y de la cámara de los lores. La subiguiente querrela que se entabló entre los *levellers* y los *diggers* fue una querrela entre los que estaban satisfechos con las tradicionales relaciones de propiedad siempre y cuando los humildes estuvieran protegidos contra los poderosos, y aquellos que deseaban la abolición última de la propiedad privada.

Dado que los *levellers* nunca subieron al poder, su querrela con el pequeño grupo de los *diggers* quedó limitada al papel. Pero en las otras disputas la oposición tuvo que apelar siempre al apoyo popular, y de esta manera la sociedad permaneció singularmente "abierta" y libre hasta 1649, cuando por primera vez los generales arrebataron el poder político a sus rivales "presbiterianos" y realistas y luego suprimieron por la fuerza el movimiento existente entre los soldados rasos en favor de los *levellers*. Todavía tenían que producirse cambios importantes bajo el gobierno del ejército y seguía habiendo mayor libertad para más gente que antes de 1640 o después de 1660: "aquellos días felices de prosperidad, libertad y paz", dijo un bap-
tista, echando la vista atrás hacia los años cincuenta, "aquellos días

oliverianos de libertad". Más en 1649 los principales problemas ya estaban resueltos, aunque las soluciones eran más conservadoras que radicales. "El protectorado demostró que la revolución inglesa se había quedado a medio camino", como dijo Coare. Una vez suprimida la oposición de la derecha y la izquierda, de los realistas y los *levellers*, el ejército mismo se convirtió en una cosa superflua, cara y peligrosa en potencia. Tras repetidos intentos, los generales no consiguieron encontrar un electorado que quisiera apoyarles.

Así, pues, la monarquía fue restaurada sin que se hubiese resuelto el viejo problema de cómo iba a confiarse al rey en última instancia. Carlos II era lo bastante listo como para no insistir jamás en que se resolviera la cuestión: cuando su hermano, que era más tonto, intentó que se solucionara, la respuesta inmediata y abrumadora que recibió por parte de los hombres acaudalados demostró de qué manera los problemas ya habían sido resueltos *de hecho*, si no en el marco de la teoría constitucional. Los años comprendidos entre 1660 y 1689 debemos verlos como un período en el que la balanza estuvo inclinada hacia la derecha, del mismo modo que en 1646-1660 lo había estado hacia la izquierda. En el período 1688-1689 se alcanzó un equilibrio estable, lo cual era un éxito tanto más notable por cuanto para entonces el movimiento democrático, que todavía era activo en 1659-1660, había sido pulverizado y sometido, y apenas si levantó cabeza en 1688. Pero en muchas ocasiones anteriores pareció que se iba a llegar a una solución parecida a la de 1688: en 1641, si Carlos se hubiese mostrado de acuerdo con el parlamento, en 1647 si hubiese llegado a un acuerdo con el ejército, en 1654 o 1657 si Cromwell hubiese aceptado el ofrecimiento de la corona, en 1679 si se hubiesen puesto limitaciones a un sucesor papista.

Dentro de este amplio marco podemos ver de qué manera la guerra civil que empezó con una revuelta de los nobles terminó con una lucha entre clases sociales opuestas.

1. M. Coare, "The social theories and action of English dissenters in the 17th century", *The Way*, III (1941), p. 36.

Según una crónica realista, las causas por las que en 1640 se eligió un parlamento fueron (1) los celos que en la corte despertaban Laud y Strafford; (2) La "noblezuela rural, desde hacía tiempo descontenta por haber sido marginada de la corte", quería tener acceso a los cargos, lo cual creía que podía lograr a través del parlamento. (3) *Gentlemen, freeholders* y toda clase de gente deseaban librarse de monopolios, impuestos y tiranías. (4) "Los ministros sermonescentes y rabinados" querían que las tierras de la jerarquía fuesen confiscadas y utilizadas para financiar mejores salarios para el clero y la instrucción de una nueva disciplina. (5) Tanto los secretarios como (6) los abogados de derecho común se oponían a la disciplina eclesiástica. Los letrados del parlamento eran "en su mayoría *revolvers*" y, por consiguiente, sirvientes de las corporaciones". (7) Por regla general, la gente de las zonas rurales se imaginaba que un parlamento la liberaría de la obligación de pagar diezmos. (8) Los mercaderes londinenses esperaban que se produjera cierto aumento del comercio y odiaban los monopolios. (9) "Gente de toda clase soñaba en una Utopía y una libertad infinita, especialmente en cuestiones de religión". El interés de esta crónica radica en su multiplicidad de aspectos: nos muestra una sociedad que estaba madura para la revolución, a causa de una compleja serie de motivos interrelacionados. Es mucho menos simplista que los análisis de algunos historiadores.²

Si echamos un vistazo a los años 1640-1641, cuando una cámara de los comunes casi unida se enfrentaba a un gobierno real que se estaba desmoronando, veremos una división entre la *gentry* de la corte y la *gentry* rural. Pero esto no nos explicará por qué hombres que se opusieron a Strafford en 1641 lucharon por el rey en 1642. Tampoco debemos fijar la atención exclusivamente en los comunes. En 1640 una mayoría del electorado estaba unida en la oposición al gobierno personal de Carlos I. El burgo de Newcastle eligió dos diputados que luchaban en bandos opuestos en la guerra civil; pero en 1640 ambos cooperaron contra Strafford.³ En 1642 se había pro-

² Magistrates o jueces con jurisdicción criminal o civil en una ciudad o burgo.
³ Ascombe, *Presence of the United Kingdom*, pp. 78, 33.
⁴ Howell, *Newcastle upon Tyne and its parishes resolution*, pp. 126-127.

ducido una escisión en la *gentry* debida a la presión desde abajo; cuando los diputados debían tomar partido, entraban en juego consideraciones individuales, personales y psicológicas, y religiosas.

Como dijo el duque de Newcastle, no fueron "ni la iglesia ni las leyes las que sostuvieron al rey durante tanto tiempo, sino que fue parte de la nobleza y la *gentry*". "La fuerza de nuestro partido", escribió un panfleto parlamentario, "consiste principalmente en hombres comerciantes, la *gentry* no pinta nada, y la gente del campo está en su mayor parte ciega y engañada por sus malvados e ignominiosos curas". En Somerset "la totalidad de la *gentry* principal" era partidaria del rey; solamente los pañeros y los *freeholders* lo eran del parlamento. En Essex los trabajadores de la industria pañera, "siendo pobres y populosos", eran "naturalmente rebeldes y osados". Sus patronos eran "hombres sórdidos", que de modo igualmente natural apoyaban al parlamento, "cuyo estilo constante era la renuencia del comercio [...]. En todo el reino los pañeros eran rebeldes por su oficio". "Pues es notorio", dijo un obispo después de 1660, "que no hay ninguna clase de gente tan inclinada a las prácticas sediciosas como el sector comerciante de una nación [...]. La querrela se incubió principalmente en las tiendas de los comerciantes y fue estimulada por el celo de los aprendices y los chismosos de la City". Estas crónicas de divisiones sociales podrían multiplicarse indefinidamente: ciudadanos, *yeomen, freeholders* y hombres medianos, más una parte de la *gentry*, contra la nobleza, la mayoría de la *gentry*, los colonos y "la chusma". Aún más interesantes son las "zonas que los contemporáneos aducían para explicar las divisiones. El rey, dijo uno de ellos, era apoyado por los de "la nobleza y la *gentry* [...]" cuyo honor predomina sobre su razón y religión; y por "hombres de fe implícita, cuya conciencia está regulada en gran medida por sus superiores". El parlamento contaba con la lealtad de hombres "de condición inferior", "hombres de diligencia y laboriosidad, que aman el trabajo, que aman la libertad y ser algo". Los *gentlemen*, dice una crónica de Gloucestershire, "en su mayor parte no desean convertirse en esclavos de los príncipes, para poder gobernar también sobre sus vecinos como vasallos [...]. El pueblo llano adicto al servicio del rey", agregó, "ha salido del diego Gales y de otros oscuros rincones del país".

El principal apoyo que recibió el parlamento procedía de las ciudades y de las zonas industriales rurales. Pero también había luchas dentro de las ciudades (Londres, Bristol, Norwich, Newcastle y otras muchas) entre las oligarquías (generalmente realistas) y los ciudadanos comunes, a menudo aliados con los *yeomen* y artesanos de allende las murallas. En Cambridge la ciudad era parlamentaria, la universidad realista. El gobierno de la ciudad episcopal de Chester, puerto que iba decaendo lentamente a medida que el *Der* iba quedando obstruido por el cieno, era realista, si bien había mucho apoyo al parlamento entre los ciudadanos: Liverpool, que reemplazaría a Chester como puerto, era abrumadoramente parlamentario. Incluso en el lejano Carlisle "la chusma canallesca" trató de capturar la ciudad para el parlamento. "Nosotros los comerciantes de tierra adentro", dijo uno de ellos, "arriesgamos cuanto tenemos por el parlamento". Comparó este rasgo con la actitud más tibia de los grandes mercaderes. Después de 1660 las corporaciones de las ciudades fueron purgadas por comisiones nombradas por la *gentry* de los alrededores y los ministros disidentes fueron excluidos de las corporaciones en virtud de la *Five Mile Act*.⁴ En la armada la marinería se declaró partidaria del parlamento y abuyentó a los escasos *gentlemen* realistas con grado de capitán incluso antes de que Carlos levantara su estandarte en Nottingham.

Al explicar la formación de un partido realista, el historiador oficial del *Long Parliament* reconoció que "otra cosa que al parecer preocupaba a algunos que no eran malos hombres era la extrema licencia que el pueblo llano, casi desde el mismo principio del parlamento, se tomó para reformar sin autoridad, orden ni decencia". "El pueblo llano", coincidió en afirmar el conde de Clarendon, "en todas partes mostró barbarie y rabia contra la nobleza y la *gentry* [...] hasta el punto de que nadie" que se opusiera al parlamento "estaba seguro viviendo en su casa". Son muchos los ejemplos de encarnizada hostilidad hacia las nuevas aspiraciones de la gente corriente expresados por los aristócratas realistas. Lord Poulett estuvo a punto

⁴ "Ley de las cinco millas": Prohibía a todo clérigo o maestro de escuela acercarse a cinco millas de alguna ciudad o población con municipio propio a menos que jurase "no alterar en ningún momento el gobierno de la iglesia o del estado".

de ser linchado por la gente de Sherborne por decir que después de una victoria realista a ningún *yeoman* debía permitírsele poseer más de 5 libras esterlinas al año. "La clase más mezquina de *gentie*", opinó el realista sir John Oglander, "siempre es propensa a la rebelión y el motín [...] y si les das una pulgada, se tomarán un ana".

Un temor que acosaba a los *gentlemen*, de uno y otro bando, era el de que sus divisiones pudieran dar pie a la formación de algo parecido a un tercer partido democrático. Tras la abolición de los tribunales con prerrogativas, empezó la batalla por los comunes. Los comunes gozaron de una ventaja inicial en muchas partes gracias sencillamente al hecho de ayudarse a sí mismos. Unos hombres rompieron las vallas del conde de Suffolk en Essex, en abril de 1643, al tiempo que exclamaban que si no aprovechaban el momento, nunca volvería a presentárseles la oportunidad de hacerlo. El estallido de la guerra civil estimuló un amplio movimiento campesino contra la *enclosure*.⁴ En noviembre de 1643 un *gentleman* de Kent temía que "la multitud (esa bestia sin sentido y furiosa) [...] destruyera todo el gobierno tanto en la iglesia como en el estado", o traer otro en el que "puedan tiranizar a sus superiores, a los que naturalmente siempre han odiado y despreciado". Por consiguiente, pensó que ya era hora de que "todos los *gentlemen* [...] mantuviesen un gobierno episcopal", ya que el presbiterianismo "igualaría a los hombres de condición mezquina con la *gentry*". En 1644-1645 en varios condados del sudoeste se alzaron *clabmen* que tenían por fin mantener a ambos ejércitos fuera de sus condados, y pareció que había empezado la temida revuelta del pueblo llano. "Este tercer partido", escribió un periódico parlamentario en 1645, "ha fisgado durante muchos meses en muchos rincones [...]. Tendrán un ejército sin rey, un señor o un *gentleman* casi". Los temores que despertaban los *clabmen* ayudaron a que el *New Model Army* fuese aceptado por el parlamento en 1645 como un mal menor, ya que terminaría la guerra más rápidamente.

⁴ Hasta el momento sólo lo ha estudiado seriamente el historiador soviético S. I. Arkhangelsky, cuya obra no ha sido traducida.

⁵ Agrupaciones formadas por los campesinos con el fin de defender su ganado principalmente contra las depredaciones de uno y otro bando.

comunes y sus comités fue una experiencia que jamás podría olvidarse: igual que la ejecución de Carlos I, la abolición de los obispos y de la cámara de los lores, la existencia de una república inglesa cuyas políticas exterior e imperial fueron tan resonantemente afortunadas como poco gloriosas habían sido las de la monarquía de los Estuardo.

En 1658 un panfletista, echando la vista hacia atrás, dijo que si la *Commonwealth* * hubiese sobrevivido, habría superado a España, Atenas, Cartago y Venecia, y habría requerido "no menos de el mundo entero para sí". Resulta curioso que este cálculo hubiese sido previsto ya por el cardenal Mazarino, que en 1646 dijo que una república inglesa sería

un mal sin comparación para Francia, y sería mucho mejor para nosotros si el rey de Gran Bretaña fuese restaurado en su anterior autoridad, aunque fuese seguro que fuera nuestro enemigo [...]. Pues [...] en una república, siendo los impuestos voluntarios y viviendo por consentimiento y por acuerdo de todo el mundo acerca de una política acordada unánimemente, pagarán sin murmurar ni lamentarse todo cuanto haga falta para que esa política triunfe.

Salta a la vista que Mazarino pensaba en la república holandesa; pero la fuerza militar y naval de la *Commonwealth* inglesa debió de confirmarle su interpretación económica del republicanism. Ciertamente, Francia hizo cuanto pudo para alentar el renacimiento de las formas monárquicas bajo Cromwell, y luego la restauración aún más satisfactoria de Carlos II. Pero los recuerdos de la *Commonwealth* seguían vivos. "Inglaterra se ha convertido en una nación belicosa", escribió un panfletista en 1660, "provista de hombres valientes tanto para el mar como para la tierra, es corregida por grandes príncipes, es el terror de nuestros enemigos, la protección de nuestros amigos; y, si pudiéramos ponernos de acuerdo entre nosotros mismos, es una nación feliz".

"Si Aristóteles [...] volviera otra vez al mundo, no encontraría palabras para explicar esta manera de gobernar", escribió a Luis XIV el embajador francés en el Londres de Carlos II. "Tiene apariencia monárquica, y hay un rey, pero está muy lejos de ser una

* Nombre del gobierno republicano de Inglaterra entre 1649 y 1660.

Capítulo 2 LA REVOLUCIÓN EN EL GOBIERNO

Todas las relaciones fueron confundidas por las diversas sectas religiosas que desaprobaban todas las formas de reverencia y respecto [...]. Los padres no tenían ninguna autoridad sobre sus hijos, ni los hijos mostraban ninguna obediencia o sumisión ante sus padres; sino que todo el mundo hacía lo que a sus ojos estaba bien. Esta anarquía antinatural apareció por primera vez al principio de la rebelión [...]. La relación entre amos y sirvientes había sido disuelta por el parlamento mucho tiempo antes [...]. En lugar de generosidad, se tenía un amor vil y sordido al dinero como la más verdadera de las sabidurías, y a cualquier cosa que contribuyera a ser rico.

(...) Edward, conde de Clarendon, *Ltj*

1

Las décadas de 1640 y 1650 señalaron el fin de la Inglaterra medieval y Tudor. El estado que Thomas Cromwell había reconstruido en la década de 1530 fue barrido en 1641: el poder del gobierno central para gobernar sin parlamento, su control sobre las localidades. Esta revolución en el gobierno fue mucho más importante que la de un siglo antes: lo que se restauró en 1660 no fue el viejo estado, sino solamente su aparato. Los tribunales con prerrogativas no volvieron, y de esta manera continuó la soberanía del parlamento y del derecho común. En lo sucesivo el Consejo Privado no gozó de ningún poder efectivo sobre el gobierno local. Los impuestos y, por ende, la política última eran controlados por el parlamento. El gobierno del país durante muchos años por parte de la cámara de los

monarquía". En las décadas siguientes a veces las apariencias enganaron a los reyes haciendo que las tomaran por realidades. Pero la instauración de 1688-1689 reafirmó la supremacía de los elementos no monárquicos de la constitución. El resultado confirmó la realidad de los peores temores de Mazarino. El poder financiero de la comunidad quedó concentrado en manos de hombres —que ahora sí estaban de acuerdo entre ellos— que lo utilizaron para llevar a cabo una política comercial implacablemente agresiva: contra Francia.

2

Las décadas revolucionarias completaron la unificación de Inglaterra. La política Tudor de eliminar las franquicias locales fue completada destruyendo los castillos de grandes señores como el marqués de Worcester durante o después de la guerra civil, y las murallas de las ciudades en 1662. A las estrechas relaciones militares y financieras entre el parlamento y sus comités de condado siguió la anulación de la autoridad del condado por parte del *New Model Army*. La centralización se mantuvo durante los años de gobierno militar. La abolición de los Consejos del Norte y de Gales, así como la conquista militar de estas regiones realistas, hizo posible la unificación definitiva del sistema legal inglés en torno al derecho común, el dominio económico de Londres sobre los privilegios de las corporaciones locales y la extensión del puritanismo y otras ideas lundinenses hacia el norte y el oeste. Se alzaron nuevas posadas en las carreteras principales que conducían a Londres, para los *gentlemen* que se dirigían a la ciudad y para los artesanos emigrantes. En 1653 por fin se hizo que la cámara de los comunes representase a toda Inglaterra mediante la inclusión de diputados por la ciudad y condado palatino de Durham (revalidada en 1673). La unión con Escocia en 1652 —concebida más de un siglo antes por Thomas Cromwell y los radicales escandinavos— extendió esta influencia de Londres al reino del norte: disuelta en 1660, la unión volvió a efectuarse en 1707, y con ella los diputados escoceses regresaron a Westminster. La conquista de Irlanda por Cromwell y la expropiación de los terratenientes católicos irlandeses, no fue anulada en 1660, aunque necesitó ser con-

firmada por las guerras "guilleminas" de los años 90, tras las cuales dejó de existir también un parlamento irlandés separado.

Esta victoria del sur y el este sobre el norte y el oeste en la guerra civil condujo, paradójicamente, a una reversión del creciente dominio económico de Londres, contra el cual los puertos de salida llevaban luchando por lo menos desde 1604. Durante la guerra civil la monarquía ya no pudo proteger a las compañías, por lo que se registró un período de virtual librecambio. (Por esto las compañías de Londres ansiaban que se hicieran cuanto antes las paces con el rey, aunque fuera mediante un compromiso.) Pero bajo el protectorado la Compañía de las Indias Orientales y los *Mercaders Adventurers* recuperaron el apoyo del gobierno, a cambio de sus préstamos. Todas las crónicas coinciden en señalar el floreciente estado del comercio lundinense a principios de los años cincuenta. Sin embargo, no hay duda de que el estímulo que las *Navigation Acts* dieron al comercio colonial promovió la prosperidad de los puertos de salida como Exeter, Plymouth, Bristol y Liverpool a finales del siglo xvii y principios del xviii; del mismo modo que su estímulo a la construcción naval ayudó a los astilleros de Whitby, Scarborough, Hull y Newcastle. El porcentaje de tonelaje naval propiedad de lundinenses era de 43,3 en 1702, 29,9 en 1788.

Al mejorar las comunicaciones acuáticas, a partir de mediados de siglo, empezaba ya el traslado de industrias y población al norte y al oeste que nosotros asociamos con la Revolución Industrial. Darby trasladó su fundición de hierro a Coalbrookdale, en Shropshire, en busca de combustible; en 1684 Crowley se trasladó a Sunderland en busca de mano de obra más barata para sus contratos navales. Las salinas de Worcestershire y Cheshire se desarrollaron al mismo ritmo durante las postreras décadas del siglo xvii. Las industrias sidera y de calcería se trasladaron de Londres a las Midlands. Se produjo una expansión de la minería del carbón, el hierro y el plomo en Gales a partir de mediados de siglo, y la expansión de la industria de la hojalata tuvo lugar después de 1700. El oeste resultaba un lugar especialmente apropiado para las industrias que elaboraban las

* "Mercaders aventurers": Mercaderes que se dedicaban al despacho de expediciones comerciales por mar y al establecimiento de factorías y puestos comerciales en países extranjeros.

materiales primas procedentes de las colonias, así como para el abastecimiento de los mercados coloniales.

Cuando el trébol hizo que la tierra marginal del norte y del oeste empezara a cultivarse,¹ ambas regiones atrajeron a campesinos de toda Inglaterra, así como emigrantes de Gales, Escocia e Irlanda. Casi todas las casas campesinas que se conservan en el norte y el oeste de Inglaterra datan de después de las décadas revolucionarias; muchas de las que pertenecieron a tejedores del West Riding datan de inmediatamente después, si bien en 1698, sin ir más lejos, Celia Fiennes comentaba lo escasos que eran los edificios de piedra en el norte. (En las posimerías del siglo XVII también empezaron a aparecer en el este y en el sur casas de piedra mucho mejores: así como algunas casas de ladrillos: el historiador de las viviendas rurales ve en los años cuarenta y cincuenta una ruptura con el pasado más completa que en cualquier otro campo desde la Reforma.²) Parece ser que la demanda de mano de obra en el norte estimuló una explosión demográfica allí, explosión que en sí misma contribuyó a hacer posible la Revolución Industrial.³ En el siglo XVIII la influencia política exclusiva de Londres retrocede ante la creciente importancia de centros como Birmingham, Liverpool, Manchester, Bristol, Glasgow y el West Riding de Yorkshire.

3

La cámara de los lores fue abolida entre 1649 y 1660, al mismo tiempo que los privilegios de los pares se hallaban en su apogeo. Los pares estaban expuestos a sufrir los castigos legales normales. En 1653 dos de ellos fueron sentenciados a que les quemaran las manos. Cuando la restauración, los pares recuperaron su inmunidad al castigo corporal y al arresto por deudas, así como el derecho a ser juzgados por sus iguales. Pero los privilegios nacidos simplemente de la condición de par fueron mermando poco a poco. La *Ten*

1. Véase p. 173.

2. M. W. Barley, *The English farmhouse and cottage*, 1961, pp. 184, 239.

3. Véase pp. 288, 289.

Act * de 1673 impuso el primer juramento legal jamás exigido a los pares; hasta entonces había bastado con su palabra de honor. Tras una serie de disputas en los años sesenta los lores perdieron el derecho de actuar como tribunal de primera instancia. El antiguo delito de *judicium magnatum* empezaba a quedar en suspenso hacia finales de siglo con el caso de la *High Court of Chivalry*. Hacia las postrimerías de nuestro período, al que a menudo se considera el apogeo de la aristocracia *whig*, Arthur Young contrastó "los honores, el poder y el beneficio que la nobleza obtenía del sistema feudal" en Francia con "cualquier cosa conocida en Inglaterra desde la revolución o el *Long Parliament* de 1640".

También el estado feudal empezó a decaer en este nuevo mundo comercial, donde los pares afortunados eran también hombres de negocios. "En tiempos pasados", gruñó en los años 70 un *Duchy Passmaster General*, ** (antes de la perversa rebelión), "un noble o un gran oficial del estado o de la corte tendría media veintena o una docena de *gentlemen* para atenderle, pero ahora todo ha quedado reducido a un *valet de chambre*, un paje y cinco o seis lacayos; y esto es parte de nuestra maldita reforma". El parlamento *Cavalier* *** rechazó un proyecto de ley para la restauración de la jurisdicción coactiva del Colegio de Heraldos; en lo sucesivo el derecho de portar armas dependería del consentimiento social, no de una ley. La última *Heralds' Visitation* tuvo lugar en 1686. El intento de conservar una sangre azul ficticia contra la invasión de la riqueza comercial ya no podía mantenerse ahora que los duques se casaban con las hijas de los mercaderes. Muchas familias parlamentarias tradicionales desaparecieron de la política nacional en los años cuarenta y cincuenta y después, debido a su empobrecimiento o a no haber tenido un heredero varón.⁴

Para nuestros fines, el rasgo más importante de la restauración fue su carácter antidemocrático. Los lores regresaron para fortalecer

* Nombre que se da en la historia de Inglaterra a diversas leyes dirigidas contra los católicos y los protestantes no conformistas.

** Cargo equivalente al de "subdirector general de correos".

*** De *cavalier*, partidario del rey durante la guerra civil, desde el parlamento elegido en plena reacción de 1661.

4. D. Burton y D. H. Pennington, *Members of the Long Parliament*, 1974, p. 18.

el esnobismo social, los obispos para reforzar la desigualdad religiosa. La restauración acabó con la posibilidad de toda extensión del derecho al voto, de toda ampliación de la esfera de la constitución. La expulsión de los no conformistas del gobierno local por el código Clarendón intensificó el dominio de la oligarquía hacendada y sus parásitos. Las incapacidades políticas y sociales impuestas cuando la restauración han dejado su marca en la disidencia inglesa hasta nuestros días. Los puritanos dejaron de ser un partido revolucionario y se convirtieron en un grupo de sectas pacifistas, sectarias y de mentalidad provinciana. Las reformas en la educación que a todos los niveles se llevaron a cabo durante las décadas revolucionarias fueron cambiadas por completo, salvo en la medida en que la *Royal Society* conservó algo de la tradición científica que había sido la gloria de Oxford en los años cincuenta. "Probablemente ningún acontecimiento de la historia de Inglaterra", escribió el historiador de las academias disidentes, "ha tenido un efecto de tan largo alcance y tan desastroso sobre la educación como el que tuvo la restauración".

El derrumbamiento del gobierno real había dejado a los gobernantes naturales de las zonas rurales libres de ser molestados por la tremenda fuerza del Consejo Privado. Durante el interregno, el control de los comités de condado había caído en manos de hombres de rango inferior, a quienes no asustaban las medidas radicales, y a esto siguió el gobierno de los mayores-generales de baja cuna. Pero en 1660 la *gentry*, unida de nuevo, se quedó con el control completo de la milicia, única fuerza armada efectiva que había en el país, y del gobierno local en las zonas rurales, sin el menor asomo de supervisión por parte de Whitehall como la que Laud y los mayores-generales habían ejercido, aunque hubo momentos desagradables bajo Jacobo II, cuando casi la mitad de los jueces de paz de Inglaterra y Gales fue sustituida y el juez Jeffreys trató de reafirmar la autoridad del gobierno central. Los jueces de paz heredaron muchos de los poderes de los moribundos tribunales eclesiásticos: por ejemplo, el de obligar a las clases bajas a ir a la iglesia en domingo. "Ahora podemos hacer lo que queremos", un cuáquero hace decir a un juez de paz en 1660, "¿y quién nos controlará?... Ahora reconstruiremos nues-

* Suavidad creada por Carlos II en 1662 para el cultivo y fomento de las ciencias físicas.

tras decáidas iglesias y restauraremos el culto que habíamos perdido; ahora repararemos las vallas rotas de nuestros parques, para que podamos tener caza en abundancia". De hecho, las inicuas leyes de caza datan principalmente del período de la restauración. Establecieron nuevos privilegios y desarmaron a las clases bajas. Una ley de 1671 prohibía a cualquier persona cuyo rango fuera inferior al de un *freeholder* de 100 libras esterlinas matar "caza" en sus propias tierras, y daba a los guardabosques el derecho a entrar en las casas de las clases bajas para registrarlas y confiscar las armas no autorizadas. Durante la guerra civil los parques de ciervos habían sido abiertos, por lo que soldados y villanos habían gozado de insólitos festines de carne de venado. Muchos parques no fueron jamás restaurados efectivamente: la *gentry* ya no restringía la caza a sus propias tierras, sino que cazaba zorros por todo el país, haciendo caso omiso de la propiedad ajena. La tiranía del *quire* sobre su pueblo, reforzada por el servilismo del párroco, fue virtualmente absoluta durante el resto de nuestro período, sin que nadie osara ponerla en tela de juicio. "En calidad de jueces de paz, la *gentry* sofocó las algaradas de sus jornaleros", escribió Harding, "y en calidad de diputados, aprobaron los estatutos que les permitían hacerlo". "El honor de ser tenido en confianza y el placer de ser temido", escribió irónicamente Petty en 1662, "han sido considerados recompensa suficiente" para los jueces de paz, que no percibían ningún salario por ocupar el cargo. Sir John Ogländer, con mayor franqueza, dijo a su hijo que el cargo de juez de paz era "una posición que puede ser el medio de amasar tu fortuna, ya que es una fuente de ganancias". Todo esto en nada contribuyó a aumentar el respeto por la ley entre las clases bajas.

En 1668 la ciudad parlamentaria de Liverpool, en la que "tanto predominan la riqueza y el orgullo", sentía "una perfecta antipatía" contra "todos los *gentlemen*". Sin embargo, el *gentleman* vecino que dijo esto era lo bastante astuto como para darse cuenta de que "si ellos prosperan, tú florecerás, y si la ciudad se hunde, tú te ahogará. [...] Por consiguiente, en el nombre de Dios, deja que te quieran", instó a su hijo, "y tú quíerdes a ellos, y ni veinte de los más grandes hombres del condado podrán hacerte daño". Se trata de una aceptación poco corriente de la palabra "querer"; pero contribuye a explicar de qué modo la *gentry* se valió de la alianza con los burgueses a

Los que despreciaba para liberarse de sus superiores feudales; y de que manera gozaron y se beneficiaron de las sólidas actividades económicas de las ciudades. El hecho arroja torrentes de luz sobre la sociedad de finales del siglo xvii y del siglo xviii. La relación era notablemente distinta de la del siglo xvii, cuando la única forma en que las ciudades podían obtener privilegios era a través de los patronos.

4

Durante el interregno se habían hecho intentos para disminuir los burgos podridos: ninguna corporación estuvo representada en el radical *Barbones Parliament* * y el *Instrument of Government* ** redujo en gran medida su número, a la vez que privaba del voto a los *freeholders* más pobres. Estableció un electorado de hombres de 200 libras estelinas, votantes independientes de clase media. El antiguo derecho al voto fue restaurado en 1659 y confirmado cuando la restauración. Carlos II se concentró en remodelar las cartas de las corporaciones, siempre en interés de una reducida oligarquía; y Jacobo II intentó manipular o influir en las corporaciones por considerarlas la forma que más esperanzas ofrecía de obtener un parlamento favorable, aunque también influyó en los electorados de los condados mediante la destitución al por mayor de jueces de paz, gobernadores y lugartenientes. Al parecer el éxito de estos esfuerzos fue tan grande que en 1688 Guillermo convocó a los miembros de los parlamentos de Carlos II, en vez de los de aquellos parlamentos que habían sido convocados tras las grandes purgas de 1681-1685. En 1679 los *whigs* propusieron la restauración de la franquicia de 200 libras estelinas, pero después de 1688 no se hizo ningún otro intento de reformar el electorado: la nueva firma se hizo cargo de las viejas instituciones. Las oligarquías de las corporaciones eran susceptibles a la

* "como esquelético". En julio de 1653 Cromwell convocó una asamblea compuesta por 140 hombres seleccionados por los líderes del ejército, así como algunos nombrados por las congregaciones independientes. Se le llamó el "parlamento esquelético" porque Praise-God Barbon, uno de sus miembros, era vendador de cuero.

** "Instrumento de gobierno". Nueva constitución preparada por los oficiales del ejército en 1653 y en virtud de la cual Cromwell recibió el título de lord protector.

presión de *country* gobierno: sus reducidos electorados fueron la base sobre la que se erigió el sistema de corrupción parlamentaria del siglo xviii. Los hombres acudados intervinieron para controlar dicho sistema, protegiéndolo contra la democracia. "Nada es ahora más común", comentó un escritor de carta en 1675, "que el que los miembros primero compran sus voces [es decir, las de los electores] y luego vendan sus votos, que se han convertido en excelente mercancía en la corte".

Después de 1660 las sectas abandonaron la política y muchos de los viejos revolucionarios emigraron. Los que se quedaron fueron eliminados poco a poco a medida que se iban sucediendo los complots sin éxito. No obstante, cabe observar ciertas continuidades. Bajo Carlos II y Jacobo II los *whigs* parecen haber gozado, de forma casi invariable, de mayor apoyo popular que los *toris*: los *whigs* siempre se mostraron favorables a la franquicia más amplia en las elecciones disputadas. En Windsor, en 1640, el voto fue extendido a todos los habitantes. En 1661 fue restringido al alcalde, los alguaciles y los burgueses; en 1678 los comunes *whigs* resolvieron que debía ser devuelto a todos los habitantes. En Londres, en 1682, los *whigs* contaron con el apoyo de la "chusma canalleca y la gente más mezquina", mientras los *toris* gozaban del de "los ciudadanos más acaudalados y capacitados". El *Green Ribbon Club* * de Shaftesbury y el rebeldé duque de Monmouth (al igual que los caristas siglo y medio después) tenían sus banderas del color verde de los *levellers*. El principal apoyo de Monmouth procedía de las zonas pañeras del sudoeste, antiguas regiones de los *dubmen*. Pero después de 1688 tanto Shaftesbury como Monmouth, vistos en retrospectiva, parecían a ojos de los *whigs* victoriosos unos radicales peligrosos que habían jugado frívolamente con las pasiones populares.

Quizás damos demasiado por sentada la facilidad con que la clase propietaria reafirmó su control, gracias a un acuerdo parlamentario entre los principales *whigs* y *toris*. En parte ello se debió a la pusilanimidad de Jacobo II, que huyó antes de lo necesario, dejando Inglaterra sin gobierno; en parte se debió también a la completa des-

* "Club de la cinta verde". En 1675 Shaftesbury fundó en Londres el *club de la cinta verde* que floreció en un ambiente de suspicacia general hacia las actividades de la corte.

moralización de los radicales tras las derrotas de 1685. Sin embargo, incluso a finales de 1687 Gilbert Burnet supuso que "una rebelión de la que él [Guillermo] no conserve el mando ciertamente establecería una *commonwealth*". En realidad, el desorden social no estaba muy lejos de la superficie en 1688-1689. Hubo disturbios y pillaje en Londres, Norwich y otras muchas ciudades, en Bull, en la pacífica campiña de Buckinghamshire. Por suerte para los hombres acaudalados, invitaron a Guillermo a tiempo y él, prudentemente, trajo consigo un gran ejército profesional; por lo que el pueblo de Inglaterra no representó ningún peligro esta vez. 1689 señala el final de la Vieja Causa al igual que el de la monarquía en el sentido tradicional de la palabra.

Pero los recuerdos de la revolución se resistieron a morir. En 1679-1681, y de nuevo en 1709-1710, el grito de los *torres* era "¡Ningún 1641!" En 1690 un gobernador escribió a otro conde diciéndole que al alcalde de Nottingham no debían confiarle armas. Era un hombre oscuro, ex sirviente de Oliver Cromwell, uno de "una banda de independientes, presbiterianos, anabaptistas y miembros de la *Family of Love*"* que había sido entrenada en el gobierno local por Jacobo II. En lo sucesivo a estos hombres se les mantendría firmemente en su sitio. Las elecciones estaban dominadas por "el pendenciero ruido de los coadjutores rurales borrachos, que rugían pidiendo hacerse cargo de los hombres de iglesia y de la Iglesia de Inglaterra. Caballeros, recuerden a los cabezas redondas [Roundheads]** del 41. El 41 fue en verdad un año indigno para los clérigos escandalosos", añaden las *Memoirs* del intrépido de Newcastle Ambrose Barnes, nostálgicamente. Pero en 1769 Burke ya podía utilizar tranquilamente el temor a las clases bajas no para mantener el *status quo*, sino para exigir la reforma. Cuando la *gentry* "abandonó a los *freeholders*" bajo Carlos I, arguyó, "el cuerpo de los *freeholders* se levantó y los *gentlemen* fueron pisoteados: fueron con-

* "La familia del amor": Secta originaria de Holanda y que arraigó en Inglaterra al rededor de 1580. Sostenía la tesis de que la religión consistía principalmente en el amor y que se debía una obediencia absoluta a todos los gobiernos establecidos.

** "Cabezas redondas": Nombre despectivo que se daba a los miembros del partido parlamentario en la guerra civil del siglo XVII por su costumbre de llevar el cabello muy corto.

vertidos en esclavos de los carreteros y los cerveteros".

A partir de 1688 Inglaterra fue, para la clase propietaria, una sociedad excepcionalmente libre en comparación con el resto de la Europa de la época. 1688 aseguró que en lo sucesivo fuese imposible gobernar sin parlamento, como Carlos había hecho entre 1681 y 1685, contravieniendo la ley, y como Jacobo había hecho después de 1686. No habría más ejércitos permanentes, ya fuesen radicales o papistas. La supremacía del derecho común nació con la abolición de los tribunales con prerrogativas, pero —simplemente para asegurarse del todo— los abogados de derecho común del interregno, mediante nuevas aplicaciones de los *ius ceteris* y *mandamus*, crearon remedios para el ciudadano contra las arbitrariedades del gobierno. La ley de *Habeas Corpus* del parlamento *ubiq* de 1679 protegía contra el arresto arbitrario a cualquier persona que tuviera el dinero y la confianza social para hacer uso del mandamiento. Después de 1701 los jueces dejaron de depender del gobierno: los jurados no debían rendir cuentas de sus veredictos. No había un derecho administrativo; los jueces de paz administraban sus propias jurisdicciones de acuerdo con su concepto de las necesidades locales. La prensa era la más libre de Europa. Pero pocas de estas ventajas estaban al alcance del 50 por ciento inferior de la población. La abolición de las tenencias feudales garantizó la propiedad de los terratenientes; el fracaso de los intentos que se hicieron durante el interregno para conquistar la estabilidad legal de tenencia para los *copyholders* aseguró que los derechos de propiedad de los pobres no fueran un obstáculo para las mejoras de los ricos.¹ La derrota de los radicales durante la revolución ayudó así a endurecer la formación en Inglaterra de dos naciones. Antes de 1640 la principal división local había sido la existente entre los privilegiados y los no privilegiados: ahora era entre ricos y pobres, libres y no libres, los armigeros y los desarmados, los que mandaban la milicia y los que eran reclutados a la fuerza para servir en ultramar, los que sufragaban la *Poor Law* y los que estaban sujetos a ella. La soberanía sin trabas de los jueces de paz procedentes de la clase patronal apenas representaba la libertad para los trabajadores.

Las libertades eran para los hombres acaudalados, y, de hecho,

Los ingleses acudidos eran más libres tanto mental como física- mente. Sprat, en su *History of the Royal Society*, habló de "hombres de vida más libre" (los artesanos), que podían enfocar los problemas tecnológicos de la industria de un modo más despreocupado y científico, ya que para ellos no eran "trabajos aburridos e inevitables". (Sprat argüía que, antes de alcanzar el éxito, sería necesario efectuar muchas inversiones infructuosas en nuevos artilugios tecnológicos). Algo parecido, si bien refiriéndose a la política, lo había dicho Moses Wall, en una carta que escribió a Milton en 1659, explicando el fracaso de la revolución radical: "Mientras la gente no sea libre sino que esté sujeta a servicios durante toda la vida, su espíritu estará aban- donado y será servil." Era necesario un avance industrial y agrícola para "dar al cuerpo de la nación una subsistencia cómoda" antes de que pudiera conquistarse la libertad para la masa de la población.

Capítulo 3

LA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA

¿No luchan todos por disfrutar de la tierra? La *gentry* lucha por la tierra, el clero lucha por la tierra, el pueblo llano lucha por la tierra; y comprar y vender es un arte, por medio del cual la gente se esfuerza por quitarse mutuamente la tierra.

GERARD WINSTANLEY, *A New Year's Gift for the Parliament and Army* (1650)

Viendo que por mutuo consentimiento de bolsa y persona hemos conquistado a Carlos el sucesor [de Guillermo el Conquistador], y el poder está ahora en tu mano, el representante de la nación, oh, que la primera cosa que hagas sea ésta: ¡Liberar la tierra! Digna que la *gentry* tenga sus *endowments* [...] y digna que el pueblo llano tenga sus terrenos comunales y baldíos para el mismo.

WINSTANLEY, *An Appeal to the House of Commons* (1649)

1

En lo que se refiere a las relaciones agrarias, a la Edad Media se le puso fin en 1646 mediante la abolición de las rentas feudales y el *Court of Wards*. Cuando en abril de 1660 el *Convention Parlia-*

78

ment^o acordó el regreso de Carlos II, del siguiente asunto que se ocupó fue de confirmar su abolición.

La importancia de esto fue cuádruple. En primer lugar, se liberó a los terratenientes de su dependencia de la corona,¹ y se privó a los gobiernos de una fuente de ventajosas negociaciones para los cortesanos. En segundo lugar, los terratenientes conquistaron la propiedad absoluta de sus haciendas. Durante las infructuosas negociaciones de 1610 con vistas a la abolición de las tenencias feudales, Salisbury había prometido a los diputados "podéis regresar a vuestros condados y decir a vuestros vecinos que habéis construido una bonita cerca a su alrededor". Gracias a la revolución, esta cerca estaba ahora asegurada. La tierra quedó libre de los arbitrarios derechos sucesorios y la expropiación de la tutela, con lo que fueron posibles la planificación a largo plazo y la inversión de capital en la administración de las fincas.

El *strict settlement*, recurso legal destinado a vincular la tierra al hijo primogénito, y del que tenemos constancia por primera vez en 1647, hubiese sido inútil para la mayoría de los terratenientes si un año antes no se hubieran abolido las tenencias legales. El *strict settlement* ayudó a los terratenientes a superar los períodos de endeudamiento sin tener que vender sus propiedades. Condujo a las grandes consolidaciones de propiedad rústica que formaron a la oligarquía *whig* del siglo xviii y que movió a los hijos menores a forjarse una carrera en el comercio, el funcionariado público, el ejército, la marina, las colonias. Contribuyó también a la relativa depresión de la pequeña *gentry*. Durante la revolución, Harrington y los *levellers* habían atacado la primogenitura, descando impedir la concentración de propiedad rústica. Vemos de nuevo cuán decisiva para los acontecimientos futuros fue la derrota de los radicales. Las vinculaciones, dijo John Aubrey, son "un buen soporte de la monarquía".

En tercer lugar, las tenencias feudales fueron abolidas hacia arriba solamente, no hacia abajo. La ley de 1660 insistía en que no debía ser interpretada como una alteración o cambio de la tenencia

¹ Dice se de una asamblea celebrada por las cámaras del parlamento sin haber sido convocada por el soberano, como sucedió en 1660, cuando se restauró a Carlos II, y en 1688, cuando se declaró que Jacobo II abdicaba del trono.

1. Véase pp. 115-117

en *copyhold*. Los *copyholders* no obtuvieron ningún derecho de propiedad absoluta sobre sus tierras, y siguieron en abyecta dependencia de sus señores, expuestos a derechos sucesorios arbitrarios que podían utilizarse como medio para desahuciar a los recalitrantes. Su efecto fue completado por una ley de 1677 que aseguraba que la propiedad de los pequeños *freeholders* no fuera menos insegura que la de los *copyholders*, a menos que estuviera apoyada por un título legal por escrito. De esta manera se eliminó la mayoría de los obstáculos que se alzaban ante la *enclosure*: el *boom* agrícola de finales del siglo xviii y del siglo xviii redundó en beneficio de los grandes terratenientes y agricultores capitalistas, y no de los propietarios campesinos, cuya extrema pobreza, por mucho que trabajasen, fue objeto de comentarios por parte de observadores que iban de Richard Baxter a Arthur Young. El siglo que sucedió al fracaso de los radicales empeñados en conquistar la seguridad legal de tenencia para los humildes es el siglo en el que numerosos pequeños terratenientes se vieron obligados a vender a consecuencia de las rentas abusivas, las multas onerosas, los impuestos y la falta de recursos para competir con los agricultores capitalistas.²

En cuarto lugar, la compensación por el *Court of Wards* no salió de un impuesto sobre la tierra (como se había propuesto en 1610) sino de un *excise*,* al cual quienes contribuían principalmente no era la *gentry*, los beneficiarios de la abolición, sino los consumidores más pobres, sus víctimas. Y la corona no recibió la compensación de 200.000 libras esterlinas que a Jacobo I le había parecido inadecuada en 1610, cuando los precios eran más bajos, sino que obtuvo una compensación de 100.000 libras. De esta manera quedó asegurada la dependencia de la monarquía respecto de aquellos que votaban sus impuestos. En otro aspecto más, el estado de Thomas Cromwell estaba siendo desmantelado sin que hubiese transcurrido aún un siglo desde su construcción.

² Sobre la importancia que la abolición de las tenencias feudales tuvo para el desarrollo económico de Inglaterra, véase H. J. Perkin, "The social causes of the British Industrial Revolution", *Transactions of the Royal Historical Society*, Fifth Series, n.º 18, pp. 123-143.

* Véase p. 201.

Durante el interregno se confiscaron y vendieron tierras por un valor mínimo de 5.500.000 libras esterlinas a la vez que se recaudaban 1.500.000 libras gracias a las multas impuestas a los realistas, muchos de los cuales tuvieron que vender tierras para poder pagarlas. Añadase los efectos de los onerosos impuestos, especialmente sobre los terratenientes, y no nos será difícil hacernos una idea de cuál sería el resultado total. Los colonos se habían convertido en señores y éstos en colonos, declaró un panfleto de 1654, los sirvientes en amos y los amos en sirvientes. Pero no hubo ninguna revolución agraria permanente en beneficio de los verdaderamente humildes, tal como querían los *levellers* y los *diggers* y como ocurrió durante las Revoluciones Francesa y Rusa. En vez de ello, el interregno aceleró las divisiones económicas que se habían estado formando durante el período precedente. Desapareció cierto número de familias de la pequeña *gentry*, entonces o durante el siglo siguiente. Al menos en el norte de Inglaterra el siglo después de 1660 "presenció la liquidación [...] de vicentenas de antiguas familias, de la pequeña *gentry* y *freeholders*, mientras que de las cenizas surgían inmensas y nuevas aglomeraciones de fincas rurales". De ahí, agrega el profesor Hughes, la absoluta necesidad de encontrar un lugar en los servicios fiscales o en las fuerzas armadas para los hijos de muchas de las familias bienestantes que ahora estaban en decadencia, lo cual explica gran parte de la política de este siglo. El profesor Ashton nos recuerda que la reinversión en tierra durante el siglo XVIII se hizo a veces con la finalidad concreta de recuperar la posición que la familia había perdido durante la revolución, cuando los acreedores usurparon la posición de los terratenientes.

Las transferencias de tierra y los fuertes impuestos condujeron a una significativa redistribución de la riqueza, a la obtención de beneficios excesivos por parte de abogados, notarios y banqueros dedicados a comprar y vender tierra, así como a la compra de la misma por mercaderes y contratistas del gobierno. Los compradores del interregno ansiaban obtener rápidos beneficios de sus inversiones especulativas en grado sumo, lo cual es comprensible. Winstanley, entre

otros, se refirió a la "nueva *gentry* (más codiciosa)". Los terratenientes que sobrevivieron, incluyendo muchos realistas, se vieron obligados a prestar mucha atención a la administración de sus fincas. Algunos de dichos realistas incluso se beneficiaron de un período de tranquila recuperación en sus haciendas, inmutos ahora a los fuertes gastos de la corte. Otros tenían pérdidas de las que resarcirse cuando recuperaron sus tierras en 1660 o antes. Todo esto ayudó a deshechar las tradicionales relaciones agrarias y a sustituirlas por las de mercado. En las tierras eclesiásticas se introdujo deliberadamente una nueva política de arriendo después de la restauración: "El comité de secuestros bajo nueva dirección", escribió sarcómicamente el profesor Hughes.

La abolición de las tenencias feudales y el ambiente general del interregno favorecieron un enfoque racional y científico de los problemas económicos. No debemos suponer que alguna vez el sentimiento se impusiera a las consideraciones económicas de la inmensa mayoría de los terratenientes. Pero ahora estas consideraciones pasaron a primer lugar, con la aprobación de los moralistas contemporáneos. La diferencia entre la actitud tradicional y feudal y la moderna y capitalista se vio claramente en 1656, cuando un par dijo a sus colonos que si no se comportaban con justicia y afecto hacia ellos, les serían aumentadas las rentas y los derechos de entrada. "Diez libras hacen más que el amor de la mayoría de los hombres", aconsejó a su hijo el realista sir John Oglander. Samuel Butler tachó de "no-bie degenerado" a un par que no cuidaba atentamente de la administración de su hacienda y la dejaba al "gobierno de sus sirvientes, por los cuales era [...] estafado".

El gobierno de Carlos I había hecho todo lo posible para impedir la exportación de maíz, a veces incluso de un condado a otro; nada parecido ocurrió después de 1641. Lo que el profesor Hoskins denomina "una revolución en la producción de maíz a partir de mediados de siglo aproximadamente" tuvo por resultado el que los *stacks* de maíz ahora fuesen adecuados para alimentar a las ciudades.

80

El grueso de la clase hacendada producía para el mercado, y probablemente las actividades de los intermediarios se veían ahora menos obstaculizadas por el gobierno. El parlamento de terratenientes que se hizo cargo del control político después de 1640 no tenía ningún interés por preservar a un campesinado dedicado a la producción de subsistencia. A partir de 1654 se permitió la exportación de maíz cuando los precios eran bajos en Inglaterra; a partir de 1670 prescindiendo del precio, excepto en épocas de escasez. De 1673 a 1681, años en que se registró un renacer de los *wbigys* en el parlamento, y tras su triunfo definitivo en 1689, hubo una subvención para la exportación de maíz. Al finalizar el siglo las exportaciones de dicho producto representaban 250 000 libras esterlinas al año. Este estímulo a la exportación hizo que subiera el precio para los consumidores del país, pero fue muy provechoso para terratenientes y agricultores. Inglaterra se unió a la zona del Báltico como granero de Europa. Citando a Adam Smith:

Esa seguridad que las leyes de Gran Bretaña dan a cada hombre para que goce del fruto de su propio trabajo basta por sí sola para hacer florecer a cualquier país; [...] y esta seguridad fue perfeccionada por la revolución [de 1688] más o menos en la misma época en que se instauró la subvención para el maíz.

Los contemporáneos atribuían a las décadas revolucionarias cierto número de mejoras agrícolas. La esparceta, el trébol, la alfalfa, los espárragos y la alcachofa datan de este período. El desarrollo de la horticultura y el cultivo intensivo de frutas, especialmente para el mercado londinense, produjeron una pequeña revolución en la dieta de los ciudadanos corrientes. Se cultivaban nabos y más patatas. También se cultivó tabaco en los años cincuenta, pero fue prohibido para salvaguardar los intereses de la producción colonial. Muchas de las mejoras de las postrimerías del siglo xvii y del siglo xviii fueron proclamadas en la obra de Blyth *English Improver* (1649) y en la abundantísima literatura sobre agricultura que comenzó a aparecer en los años cuarenta. El rendimiento de las cosechas de los Países Bajos e Inglaterra llevaba mucha delantera al del resto de Europa. Del mismo modo que los historiadores adelantan la Revolución Industrial a las postrimerías del siglo xviii, retrasan la revolución

agrícola hacia el siglo xvii.

Relacionada con la propaganda en pro de las mejoras agrícolas se observaba una nueva actitud respecto de la *enclosure*. Aunque la política de los gobiernos anteriores a 1640 había sido vacilante e ineficaz, a veces se habían hecho intentos de detener la *enclosure*: después de 1640 ningún gobierno los hizo. En lo sucesivo todas las cuestiones relativas a la propiedad se dejaron al derecho común. Los cambios en la interpretación de la ley ayudaron a debilitar la posición de los arrendatarios *vis-à-vis* los terratenientes, en beneficio tanto de los practicantes de la *enclosure* como de los terratenientes bajo cuyas tierras había depósitos de minerales. Estos cambios fueron el resultado de otro cambio: el de la opinión de la clase propietaria. A principios del siglo xvii se había observado que el valor de la tierra aumentaba en un 50 por ciento como resultado de la *enclosure* para pastizales: en los años cincuenta los pastizales cercados valían tres veces lo que la tierra arable cercada. Pero en 1663 Fortrey opinó que la tierra *arable* triplicaba su valor gracias al cultivo intensivo que la *enclosure* hacía posible. "Toda persona iluminada por la naturaleza y la razón", escribió un clérigo el año en que el último proyecto de ley de *enclosure* fue derrotado en el parlamento, "hará aquello que más le convenga" y arará los pastizales si hay escasez de maíz. De esta manera se empezó a depender del funcionamiento impersonal del mercado para conseguir lo que el gobierno personal de Carlos I no había logrado hacer. La oposición a la *enclosure* era asociada a los *levellers* y otros movimientos radicales. En 1682 Houghton incluyó la *enclosure* de los terrenos comunales y la desacotación de los parques entre los principales beneficios de la "muy feliz restauración de Su Majestad".

"Hay menos pobres allí donde hay menos terrenos comunales", observó Samuel Hartlib. La *enclosure* de la tierra comunal no sólo incrementó la producción de maíz: sino que también privó a los pobres de una fuente de combustible y pastos y de esta forma, aumentando su dependencia de los jornales, les obligó a trabajar más duro y más regularmente de lo que hubiesen hecho en caso contrario. "Esto dará a los pobres un interés por el trabajo, cosa que el terror nunca ha conseguido", dijo otro clérigo. De nuevo el mercado lograría lo que la *Poor Law* no había conseguido: los pobres se beneficiarían moral-

mente, los neos financieramente. La *enlightenment* para pastos *intermittent* el empleo en la industria pañera, al mismo tiempo que reducía el número de los que vivían de los terrenos comunales sin trabajar, y de esta forma facilitaría mano de obra para la industria. La *enlightenment* siempre había sido rematada, pero en el siglo XVII la mayoría de los moralistas la desaprobaban. Ahora se convirtió en un agradable deber religioso y patriótico a ojos de todo el mundo salvo los despreciables radicales, cuyas opiniones ya no podían hacerse públicas y, por consiguiente, podían ignorarse tranquilamente. "Es un principio muy extraño y una paradoja inaudita", escribió al reverendo Joseph Lee, "que nada pueda hacerse para la gloria de Dios que tienda a beneficiar a los hombres. ¿Acaso los comerciantes, al seguir su vocación, miran por su propio bien? ¿Acaso ninguno de ellos glorifica a Dios al hacerlo?" No era exactamente así como hablaban los clérigos en el siglo XVI: pero ahora el mercado había triunfado sobre la comunidad.

Un panfletista de 1653 justificó la nueva actitud hacia la *enclosure* basándose en la necesidad de producir más alimentos para la creciente población. Junto con la derrota tanto de la vieja monarquía como de los movimientos radicales de la revolución, hizo posible una gran extensión del área cultivada. "Inglaterra ofrece tierra suficiente para sus habitantes", escribió Adolphus Speed en 1659, "y sólo con que los hombres la abonasen diligente y hábilmente, no habría necesidad de ir a Jamaica en pos de nuevas plantaciones". Gracias a la *enclosure* y a los nuevos cultivos de maíz y hierbas artificiales, ya no era necesario dejar la tierra en barbecho. Gracias también a la irrigación de los prados, podía aumentarse el número y la calidad de los animales, a los que se podía mantener vivos durante el invierno para fertilizar la tierra e incrementar los rendimientos. Los agricultores pudieron romper la barrera de los abonos que durante tanto tiempo había obstaculizado la producción. La subversión a la exportación de maíz también fue un estímulo. La resistencia al drenaje de los pantanos, voluble antes de 1640 y en los años cincuenta, fue ineficaz en lo sucesivo. La realización del plan de Vermuyden para drenar los Fens incrementó la tierra arable de Inglaterra en aproximadamente un 10 por ciento. Los bosques reales fueron vendidos durante el interregno y se utilizaron para cultivos; no se recuperaron cuando la

restauración, cuando incluso tan buen realista como el duque de Newcastle se valió de métodos harto dudosos para entrar en posesión de bosques reales. Las leyes forestales dejaron de cumplirse durante la revolución y jamás fueron reinstauradas efectivamente. El árbol revolucionó el cultivo de los brezales y de tierras hasta entonces marginales. Esto revisió especial importancia en el norte y el oeste, puntos a los que emigraba la población a medida que la industria seguía el rastro de los salarios bajos y los alimentos baratos. La desacoración de los bosques incluyó la expulsión de los campesinos de sus *cottages* y parcelas.³ Campesinos y comunales ya no pudieron encontrar protección para sus derechos en los baldíos. La visión que tuvieron Winstanley en la que los terrenos comunales y los baldíos (junto con las tierras confiscadas a la iglesia, la corona y los realistas, los bosques reales y las antiguas tierras monásticas) eran cultivadas por y para los pobres, "para que no haya mendicidad ni miseria entre la humanidad", siguió siendo una visión solamante.

Todos estos factores fueron causa de un gran aumento de la producción y de una tendencia bajista en los precios agrícolas a partir del final del siglo XVI. En 1663 la *Royal Society* se tomó muy en serio una sugerencia en el sentido de que podía impedirse el hambre extendiendo el cultivo de la patata por toda Inglaterra y pidió a todos los hacendados que eran socios de ella que dieran ejemplo. La revolución agrícola del siglo XVII abrió la posibilidad no sólo de alimentar más adecuadamente a la población existente, sino también de hacer frente a la gran expansión de las poblaciones urbanas que proporcionaban tanto el mercado nacional como la fuerza laboral para la Revolución Industrial. La nueva agricultura, por cierto, contribuyó a que Inglaterra derrotase a sus rivales comerciales holandeses en el siglo XVII. Los holandeses habían cultivado gran parte de su riqueza en las especias (para sazonar la carne desecada) y en la pesca (destinada a producir una dieta alternativa para el invierno). Las especias y los arenques fueron lo más parecido a materias primas comerciales que poseyeron los holandeses. El disponer de carne fresca todo el año hizo que los ingleses dependieran menos de estas importaciones y, por ende, encajó con la política anunciada en las *Naviga-*

tion Act. De esta manera la clase hacendada contribuyó a la victoria comercial de Inglaterra sobre los holandeses.

No obstante, la revolución agrícola puso fin a una forma tradicional de vida. Hablándole a los hombres de los pantanos, dijo Fuller, "del gran beneficio para el público, pues donde antes se alimentaban un lucio o un pato, ahora se engordan bueyes u ovejas; estarán dispuestos a devolverlos si los pillan cogiendo esos bueyes u ovejas y el propietario rico los acusa de felonía; mientras que el lucio o el pato eran cosa suya con sólo el esfuerzo de capturarlos". También esto fue una pérdida de libertad para las clases pobres.

La caída de los precios y las rentas a principios del siglo xviii aceleró la adopción del *leasehold* en lugar del *copyhold* y el *freehold*. El impuesto sobre la tierra vino a completar el proceso. Sirvió para financiar guerras coloniales a expensas de los terratenientes en las décadas de 1650 y 1690. Podía ser defendido haciendo referencia a la abolición de las tenencias feudales y a la marcada subida de las rentas. La subvención de 1673 a la exportación de maíz fue justificada diciendo que se trataba de una medida destinada a ayudar a la *gentry* a pagar el impuesto sobre la tierra. Pero una vez más debemos evitar que los promedios nos llamen a engaño. Los grandes terratenientes que arrendaban tierras a los agricultores más eficientes obtuvieron más provecho del *boom* que la pequeña *gentry*, que todavía tenía que mantener un nivel de vida tradicional y no podía reinvertir los beneficios en la tierra. Del mismo modo que la victoria de la *yeomanry* en la guerra civil anunció un proceso de diferenciación social en el que se fueron a pique todos los campesinos capitalistas menos los más resistentes, la victoria de la *gentry* en 1688 ocasionó un creciente descontento entre los *squires* *torres* debido a que el impuesto sobre la tierra con el que se sufraga las guerras contra los franceses eliminaba a los que no estaban capacitados económicamente.

"Uno empieza a sospechar", escribió el profesor Hughes, "que la última guerra civil en Inglaterra, la rebelión jacobita de 1715, se debió en no poca medida a la desesperada pobreza de la *gentry* católica del norte. Aunque no puede decirse que la bancarrota fuera monopolio de los seguidores de la vieja fe [...]. El jacobismo fue la ocasión más que la causa de la liquidación definitiva de docenas de miembros de la pequeña *gentry* y *freeholders* en estos pagos [...]. An-

tes de 1745 los 'hombres nuevos' tenían ya el poder completamente en sus manos". De esta forma quedó completada la revolución del siglo xviii.⁴

4. En un libro publicado después de escribir esto, el doctor Kerridge arguye, aportando pruebas abrumadoras, que "una revolución agrícola sin paralelo en sus logros" tuvo lugar antes de 1673. Sus principales componentes fueron la irrigación de las vegas (1629-1661; todas estas fechas son aproximadas y se refieren al punto culminante del movimiento), la adopción de la ganadería transformable en sustitución de la labranza permanente o los pastos (1590-1660), la introducción de nuevas cosechas y pastos de barbecho (las nuevas industrias ayudaron a producir fertilizantes), y la cría de ganado. Todo esto hizo (las nuevas industrias ayudaron a producir fertilizantes), y la cría de ganado. Todo esto hizo que aumentase considerablemente la producción de maíz, carne y productos lácteos a menor coste (Kerridge, caps. III-X *passim*). El doctor Kerridge sugiere que en 1700 tres cuartas partes de la *enclosure* inglesa ya había tenido lugar (p. 24).

Capítulo 4 LA REVOLUCIÓN COMERCIAL, EL IMPERIO Y LA POLÍTICA EXTERIOR

Sólo el tráfico y el comercio traen riqueza consigo, y esa potencia en el mar que no puede conseguirse de otro modo.

ANTHONY ASHLEY COOPER, primer conde de Shaftesbury

Podíamos estar sin rey, pero no sin comercio [...]. Aunque la parte decisiva resida en el rey, preciso era ver qué se haría si él fallaba.

JACK HOWE en la cámara de los comunes, 1693

1

En lo que concierne al comercio, la política colonial y la política exterior, la Edad Media en Inglaterra llegó a su fin en 1650-1651, cuando el gobierno republicano quedó en libertad para dirigir su atención hacia fuera. La *Navigation Act* de 1651, "quizás la más sabia de todas las regulaciones comerciales de Inglaterra", como la llamó Adam Smith, dispuso que las colonias, oficiales o de propiedad, estuvieran subordinadas al parlamento, posibilitando así una política imperial coherente; y que el comercio con las colonias estuviera monopolizado por los navegantes ingleses. Tras su modificación en 1660, la citada ley sentó la base de la política inglesa a lo largo del siglo y medio siguiente. Sir Lewis Namier señaló que los mercaderes necesitaban más que los terratenientes o los jornaleros agrícolas una acción estatal positiva; y a partir de las décadas revolucionarias comenzaron a recibirla. En 1651 el embajador veneciano

había informado que "los mercaderes y el comercio hacían grandes progresos, ya que el gobierno y el comercio eran regidos por las mismas personas". Primeramente éstas ofrecieron la unión a los holandeses, en unas condiciones que hubieran dado a los mercaderes ingleses acceso libre al comercio con el imperio holandés y que, además, hubiese trasladado el comercio de distribución de Amsterdam a Londres. Cuando el gobierno holandés (igualmente sensible a los intereses del comercio) rechazó la oferta, se declaró la guerra. La unión ya había sido propuesta, por los holandeses, durante el reinado de Isabel y en 1614-1619 había sido ofrecida de nuevo en condiciones muy favorables para los mercaderes holandeses. En 1651, las condiciones propuestas por la *Commonwealth* resultaban igualmente ventajosas para los mercaderes ingleses.

Las guerras contra los holandeses (1652-1674) rompieron el dominio de Holanda sobre el comercio del tabaco, el azúcar, las pieles, los esclavos y el bacalao, y sentaron los cimientos para la instauración del poder territorial inglés en la India. El comercio inglés con China data también de estos años. Oliver Cromwell siguió una política agresiva de guerra comercial y colonial, política que tiene un precedente en Hakluyt, Raleigh y la Providence Island Company y que, al mismo tiempo, es el precedente de la de Guillermo III y Pitt el viejo, admirador de Cromwell. La captura de Jamaica en 1655 aportó la base para la trata de esclavos con la que se enriquecieron los mercaderes ingleses. Desde los tiempos en que la flota de Blake bombardeó Tanger y obligó a los corsarios berberiscos a firmar un tratado y las tropas de Cromwell conquistaron el centro corsario de Dunkerque, los buques británicos gozaron de mejor protección que los de otras nacionalidades. La ley de 1661 anexionando Dunkerque y Jamaica a la corona inglesa gozó del "consentimiento y aprobación más universales de toda la nación que podían prestarse a una ley". La continuación, después de la restauración, de las *Navigation Acts* y de la política de guerras comerciales señala, citando las palabras de Godfrey Davies, "un punto crucial en la historia de Europa". Con la *Navigation Act* de 1651, nos confirma el profesor Wilson, "hemos llegado a un concepto plenamente desarrollado de la política económica en una forma esencialmente nacional [...]. En lo sucesivo el mercader resolvería su destino, libre de organización formal, den-

tro de un marco general de protección que le brindan las leyes nacionales". Los economistas y los consejeros del gobierno venían buscando esta solución desde la depresión de los años veinte; pero no fue adoptada hasta que los mercaderes empezaron a participar plenamente en la formación de la política del gobierno. Nunca pudo ponerse en práctica hasta que el estado inglés fue lo suficientemente fuerte como para desafiar y derrotar a la república holandesa, cosa que era imposible bajo la vieja monarquía.

El principal exponente de la nueva política era Maurice Thompson, que había financiado las actividades bucaneras de la Providence Island Company. Thompson era un ex comerciante no autorizado que se había abierto paso en la Compañía de las Indias Orientales, pero que no estaba de acuerdo con la política tradicionalista de ésta. Thompson estaba interesado también por la trata de esclavos en la Costa de Oro y concebía a Inglaterra como una gran potencia que combinase la trata de esclavos con el comercio con las Indias Orientales para así dominar el mundo. Las *Navigation Acts* señalaron la transición de una organización basada en compañías monopolistas a una integración total del comercio del país basada en el monopolio nacional, jugando el estado un destacado papel. Las *Navigation Acts* y la flota de Blake convirtieron a las compañías en algo superfluo, con su comercio en dos sentidos, sus limitaciones sobre la producción y mantenimiento de elevados *standards* de calidad y precios altos para las exportaciones. En lo sucesivo Inglaterra fue un gran emporio comercial. A mediados del siglo xvii las compañías ya habían cumplido con su cometido de concentrar el comercio en Londres y promover la formación de una oligarquía capitalista en dicha ciudad, del mismo modo que la monarquía había cumplido con su misión al destruir las libertades feudales y monopolizar la fuerza.

La *Navigation Act* de 1651 representó la victoria del interés comercial nacional sobre los intereses particulares y privilegios de las compañías. Como es natural, no gustó a algunos miembros de las antiguas compañías, aunque la Levant y la Eastland se mostraron favo-

1. Lo siguiente se basa en J. E. Farnell, "The Navigation Act of 1651, the First Dutch War and the London Merchant Community", *Economic History Review*, Second Series, XVI (1964), pp. 439-454.

rables a ella. Contribuyó a la victoria de las *New Draperies* inglesas sobre sus rivales holandesas. El sistema de navegación benefició también a los artesanos ingleses al proteger el mercado nacional contra la competencia holandesa y al incrementar los mercados coloniales y ultramarinos, al mismo tiempo que se prohibía cualquier desarrollo industrial de las colonias susceptible de competir con el de Inglaterra. Cabe hacer una comparación con el otro gran imperio colonial, el de España, donde en el siglo xvi una revolución industrial se vio frustrada por la competencia de la industria sudamericana, así como por no haberse fomentado la navegación ni torjado una política imperial coherente. Las *Navigation Acts* convirtieron en realidad una visión de Bacon que era perseguida desde hacía tiempo: la de que el control y la dirección del estado podían estimular el progreso material. Los ingresos aduaneros de Inglaterra aumentaron más de tres veces y media entre 1643 y 1659. Al finalizar el siglo eran diez veces lo que habían sido al comenzar.

La coalición de intereses que había apoyado la guerra contra Holanda se desmoronó bajo el Protectorado. Maurice Thompson y otros seguían respaldando la política antiespañola de Cromwell y el ataque contra las Indias Occidentales. Thomas Povey, asociado de Thompson, opinaba que la puesta en práctica de la *Navigation Act* exigía la conquista de Jamaica. De los círculos comerciales surgió escasa oposición a la guerra con España en las primeras etapas de la misma, exceptuando aquellos círculos que comerciaban con la Vieja España. Pero en 1659 la comunidad comercial era ya contraria a una guerra en la que se perdían buques mercantes sin ninguna ventaja en compensación, mientras los aranceles y el *excise* seguían siendo altos, y los holandeses empezaban una vez más a comerciar con partes de Europa de las que se habían visto excluidos a principios de los años cincuenta. Hasta 1651 los holandeses habían superado a Inglaterra en el comercio con el Báltico; entre 1654 y 1656 solamente dos buques holandeses al año iban de Inglaterra al Sound. Pero en 1657-1658, gracias a la guerra con España, los buques holandeses y de Lübeck empezaron a recuperar terreno.

La compensación por la pérdida del comercio con España la

2. Véase pp. 191-193.

proporcionó la alianza con Portugal en 1654, alianza que permitió a los mercaderes ingleses abrir una brecha en el monopolio colonial portugués en América, África y Asia, a cambio de la protección que brindaba el poder marítimo de Inglaterra, cosa que ésta nunca había podido ofrecer anteriormente por no ser lo bastante fuerte. En 1650, cuatro años antes del tratado con Portugal, James Howell dijo: "Portugal no ofrece vinos que valga la pena transportar". Al cabo de unas pocas décadas el oportuno era la bebida *par excellence* del *gentleman* inglés; el consumo de charre francés se resintió de ello.

La *Navigations Act* de 1660 abandonó virtualmente el comercio de transporte en el Báltico en manos de los holandeses. Esto fue posible porque Inglaterra ya no dependía del maíz del Báltico y esperaba dejar de depender también de los pertrechos navales de tal procedencia. En diversas ocasiones se fijaron subvenciones a la importación de pez, breca y mástiles americanos. Gracias a la fuerza de la marina inglesa, ninguna potencia llegó jamás a amenazar con cerrar el Souda a la navegación inglesa en el período comprendido entre la victoria de la *Commonwealth* sobre los holandeses y 1780.

Cromwell se alió con Suecia para equilibrar la alianza de los Países Bajos con Dinamarca, pero cuidó de que ninguna potencia báltica se hiciera lo bastante fuerte como para obstaculizar el libre acceso de Inglaterra a dicha área. Cuando Carlos X pidió ayuda a Inglaterra en 1657, el Protector exigió la cesión de Bremen. De haberse conseguido esto, Inglaterra hubiera ganado la posición en el norte de Alemania que la posesión de Hanover por la corona inglesa en el siglo xviii, y de Helgoland en el siglo xix, le permitieron ocupar mientras Alemania permaneció desunida.

Si bien la legislación económica del interregno fue anulada formalmente en 1660, en realidad los años siguientes "presenciaron una vigorosa reconstrucción de este aparato de control y estímulo económicos. Sus principios no eran nuevos". En este sentido estamos de acuerdo con el profesor Wilson cuando afirma que "la restauración tiene más motivos que la mayoría de las fechas para ser considerada la salida económica del medioevo". El promotor de la *Navigations Act* de 1660 fue sir George Downing, embajador de Cromwell en La Haya, en el que se personifica el partido antiholandés y la continuidad de su influencia después de 1660.

Las *Navigations Acts* cerraron el imperio británico a la navegación extranjera y establecieron un área monopolista de privilegios para los mercaderes británicos. La colonia holandesa de Nueva Amsterdam fue vendida comercialmente primero y anexionada después. Las guerras contra los holandeses y la ley de 1660 convirtieron a Londres en el centro europeo de distribución de productos coloniales. Entre 1638 y 1688 las exportaciones y reexportaciones inglesas se triplicaron o cuadruplicaron. Al principio las colonias tenían importancia como fuentes de materias primas tales como algodón, azúcar y tabaco, que eran elaboradas en Inglaterra y luego reexportadas. Pero con el tiempo las colonias se hicieron aún más importantes como mercados para las manufacturas británicas, de cuya producción en masa habían sido un presagio las *New Draperies*. El mercado norteamericano no tenía límites.

Al acabar el siglo el 15 por ciento del comercio ultramarino de Inglaterra se llevaba a cabo con las colonias; la proporción había subido al 33 por ciento al finalizar nuestro período. La alternativa al sistema de navegación habría consistido en ceder a los holandeses el transporte de los productos ingleses, con el consiguiente debilitamiento de la marina. Los beneficios del comercio con las Indias Orientales y Occidentales habrían sido para los mercaderes holandeses. El monopolio imperial creado por las *Navigations Acts* permitió a los mercaderes comprar productos de exportación ingleses y coloniales a bajo precio y venderlos caros en el extranjero, así como comprar artículos extranjeros baratos y venderlos caros en Inglaterra. Esto incrementó los beneficios de los mercaderes e hizo que la renta nacional pasara del consumo al capital, especialmente en la industria naval, estimulada artificialmente, en la que se registró un *boom*. Gracias a los nuevos buques que se construyeron y a las presas capturadas en la guerra, se cree que el tonelaje inglés aumentó a más del doble entre 1640 y 1686. La navegación se convirtió en una de las tres o cuatro industrias más importantes del país. Hasta los marinos se beneficiaron del monopolio de Inglaterra, ya que sus salarios subieron marcada y permanentemente entre 1650 y 1670.

En 1673 el comercio con el Báltico quedó completamente abierto a todos los mercaderes ingleses; en 1689 los *Merchant Adventurers* perdieron casi todos sus privilegios, con lo que la mayoría

de las regiones quedaron libres para la exportación de paño; en 1698 se abrió el comercio africano, en 1699 el comercio con Rusia y Terranova. Las *Navigation Acts* crearon un monopolio lo bastante grande como para que en él cupiera toda la clase mercantil en vez de las camarillas privilegiadas para las que estaban reservadas las compañías comerciales. Las sociedades anónimas, especialmente después de 1688, absorbieron capital de todo el país. Cuando el economista sir William Petty sostuvo una conversación con Jacobo II en 1686, ansiaba tanto que el rey le tranquilizase diciéndole que pensaba mantener la *Navigation Act* como que le tranquilizase con respecto a los impuestos arbitrarios, la solución de la cuestión agraria en Irlanda y la tolerancia religiosa.

Las industrias no relacionadas con la navegación ni con el comercio colonial andaban relativamente escasas de capital debido al sistema de navegación, hasta que, a mediados del siglo xviii, habiendo Inglaterra superado en tal medida a los Países Bajos, el capital holandés empezó a afluir a Inglaterra. La acumulación a través del comercio monopolista fue más rápida que en la industria; en las postimerías del siglo xviii había grandes sumas de capital disponibles para su inversión en la industria, y el sistema de navegación se hizo superfluo. Esta "revolución comercial", como la denominan Bolingbroke y el profesor Davis, fue una precondition necesaria para la Revolución Industrial.

Después de 1660 la corona se hizo cargo de cierto número de colonias. Sin embargo, se trataba de algo muy distinto de la política colonial que siguiera la corona en los años anteriores a 1640, ya que ahora la verdadera autoridad sobre las colonias era la del parlamento y la del funcionarioado permanente, con la salvedad de un peligroso período en el que Jacobo II se propuso abrogar todas las cartas coloniales con el fin de convertir a las colonias (junto con Irlanda) en bastiones del absolutismo real. La convocatoria del *Long Parliament* había salvado a Massachusetts de la subyugación directa ante Carlos I: 1688 consiguió para las colonias gran parte de lo que se había conquistado en Inglaterra en los años cuarenta, pero al precio de confirmar la soberanía del parlamento imperial. Las colonias de pro-

riedad, con algunas excepciones insignificantes, llegaron a su fin poco después de 1688.

En lo sucesivo el estado tendía una función dual: la guerra y el orden. Se vio fortalecido en sus relaciones exteriores, ya que bajo Guillermo y Ana se votaron para la guerra sumas inmensamente superiores a cuantas se habían votado anteriormente. Asimismo, tenía una función interna reconocida de forma general: la de preservar la subordinación de las clases bajas y mantener la unión entre los intereses de la clase hacendada y el dinero. En 1696 se creó el *Board of Trade* en calidad de departamento gubernamental permanente. El departamento, según el profesor Andrews, "fue principalmente el defensor de las clases mercantiles de Inglaterra, es decir, de los capitalistas de la época". Fue creado a instancias del parlamento y se le asignó la tarea de promover el comercio y la industria. Sus miembros "actuaban con la mente abierta a todo excepto a las ideas fundamen-

tales". La política dejó de ser ideológica: la misión del gobierno consistía en incrementar la riqueza del país y proporcionar empleos lucrativos a las familias gobernantes y a sus seguidores. La filosofía de Locke, comentó el doctor Roll, "es un síntoma del ocaso del poder estatal creado por el capital comercial en una fase anterior de su guerra contra el feudalismo [...] El nuevo estado era [...] la creación de poder económico no menos que amo del mismo". La filosofía de Locke sancionaba una libertad basada en la propiedad, una libertad que el estado no debía obstaculizar: una libertad que, al igual que las puertas del Hotel Ritz, estuviera abierta por igual a ricos y pobres. "El choque y fermento de ideas económicas", dijo el profesor Wilson, "reflejaba la libertad de una sociedad donde se permitía al comercio defender su postura ante los restos del feudalismo: no hay que menospreciar la libertad ni las ideas como influencia formativa sobre el crecimiento económico". Era el fin de los conceptos medievales y Tudor de la regulación y el control.

"Los intereses comerciales nunca habían tenido tanto peso en la política" como en los años que siguieron a la revolución, dijo el profesor Williamson. Las tres guerras contra Holanda se hicieron para establecer la independencia de Inglaterra respecto del comercio transportista holandés, para hacerse con el dominio de la ruta de esclavos y del comercio con el Extremo Oriente; el núcleo de todos los asentamientos posteriores en la India había sido conquistado antes de 1670. Entre 1660 y 1685 el valor de una participación en el capital de la Compañía de las Indias Orientales aumentó nueve veces: entre 1672 y 1682, por primera vez desde 1617, los dividendos globales de la Compañía de las Indias Orientales inglesa fueron superiores a los de la compañía holandesa.

La alianza angloportuguesa fue crucial para la nueva política exterior. Se ha dicho que el matrimonio de Carlos II con Catalina de Braganza fue virtualmente una condición para su restauración. La tía de Carlos opinaba que se trataba de un casamiento desigual, pero tuvo que reconocer que sería bueno para el comercio. Catalina aportó Bombay, el comercio directo (de esclavos) con el África Occidental portuguesa y con Brasil (azúcar, en parte para su reexportación, y oro). También aportó Tánquer, la primera base que tuvo Inglaterra en el Mediterráneo, aunque puede ser que Carlos la valorase más como una excusa para formar un ejército permanente. La república inglesa había utilizado por primera vez el poder marítimo en el Mediterráneo para ejercer presión sobre España; Cromwell lo utilizó como amenaza para que se pusiera fin a la persecución de los Yaudois en 1655. Carlos II acabó por abandonar Tánquer (así como por vender Dunquerque a Francia) y, bajo el complaciente Jacobo II, Louis XIV renegó la persecución. Pero después de 1688 se renegó la política cromwelliana y el prestigio de Inglaterra en el continente aumentó cuando los Yaudois regresaron a Saboya, simbólicamente bajo la bandera de Guillermo III.

La carta de Cromwell de 1657 concedió a la Compañía de las Indias Orientales apoyo gubernamental contra los comerciantes no autorizados. En lo sucesivo la compañía contó con un capital social

permanente y mantuvo una estrechísima asociación financiera con cuantos gobiernos ocuparon el poder en Westminster. La compañía necesitaba el apoyo del gobierno para la renovación de su carta: el gobierno necesitaba la ayuda financiera de la compañía. Ésta era gobernada por una oligarquía muy rica y los ataques lanzados contra ella eran denunciados como "cosa propia de los *levelers*". A partir de 1688 la compañía empezó a ser objeto de críticas, ya que su dependencia del gobierno durante los años ochenta le había dado un color *toy*. Una de las primeras cosas que hizo el *Convention Parliament* fue acusar a sir Josiah Child de mala conducta en alto grado por haber arrendado a un buque no autorizado. Pero seguía haciendo falta una compañía que desempeñase funciones semiestatales en el Lejano Oriente. La compañía *toy* se vio desbordada por una nueva Compañía de las Indias Orientales. En 1709 las dos ya estaban dispuestas a darse la mano y repararse el botín, simbolizando el final del *torrysmo* efectivo en la *City*. El *torrysmo* quedó reducido a ser la política de un grupo de *squires* y de las zonas más remotas del país, con apoyo de la pequeña *gentry* y de las oligarquías de las corporaciones urbanas antes privilegiadas.

La compañía unida era uno de los principales titulares de la deuda estatal consolidada. El comercio con las Indias Orientales estimuló la navegación y la construcción naval: exigía buques de gran tonelaje. Al principio las importaciones principales de la compañía consistieron en pimienta; percales; y sedas a partir de finales del siglo XVII; café y té en el siglo XVIII. La superioridad del poderío marítimo de Inglaterra permitió a los buques de la compañía hacerse con el monopolio virtual del comercio de puerto a puerto, desbancando a los comerciantes indios. En 1732, año en que por primera vez se dispone de estadísticas, la compañía vendía artículos por valor de casi dos millones de libras esterlinas al año.

Los Países Bajos, el más peligroso de los rivales comerciales de Inglaterra, ya habían sido vencidos en 1674. Los *whigs* y el dinero ya veían a Francia como el principal competidor de Inglaterra en el comercio y el poder mundial. Pero Carlos y Jacobo perseveraron en su política pro francesa, por motivos políticos, financieros y religiosos, haciendo caso omiso de los intereses comerciales. Sólo después de la expulsión de Jacobo II la política inglesa se hizo resuadamente

antifrancesa. Francia era formidable por cuanto, aunque económicamente estaba mucho menos desarrollada que los Países Bajos, era un estado mayor y más fuerte, infinitamente menos vulnerable a la guerra contra el comercio ante la que habían sucumbido los holandeses. Fue necesaria una serie mucho más larga de guerras para derrotar a Francia después de que el imperio holandés se hubiese convertido virtualmente en un protectorado inglés. La Guerra de Sucesión española (1701-1713), a pesar de su nombre, fue para Inglaterra una guerra comercial principalmente. La opinión pública en Inglaterra no fue favorable a la guerra hasta que Luis XIV dejó bien claro que tenía la intención de excluir a los mercaderes ingleses de todo el imperio español y abrir éste a los mercaderes franceses. Inglaterra se apoderó de Menorca y Gibraltar como bases navales en el Mediterráneo, reteniendo la segunda permanentemente. El imperio portugués, al igual que el holandés, fue puesto bajo protección británica, lo cual garantizó su supervivencia.

3

Después de los esclavos negros,⁴ Irlanda fue la principal víctima del sistema de navegación que dio a Inglaterra su hegemonía mundial. La brutal conquista y trasplante de los irlandeses por Cromwell se vio al menos acompañada por intentos para incorporar Irlanda al sistema económico inglés. Las *Navigation Acts* de 1651 y del *Convention Parliament* en 1660 colocaron a Irlanda en plano de igualdad con Inglaterra; el *Cavalier Parliament* la degradó al *status* de colonia, una colonia cuyas materias primas competían con las de la metrópoli. A los buques irlandeses no les estaba permitido comerciar directamente con las colonias e Irlanda estaba lo bastante cerca de Inglaterra como para que se hicieran cumplir las leyes contra sus comerciantes con un vigor que hubiese sido imposible al otro lado del Atlántico. La importación de ovejas y ganado irlandés a Inglaterra fue prohibida (1667), como también se prohibió la de manteca de vaca y queso irlandés (1681), todo ello en beneficio de los ganaderos ingleses. Tras un breve período de independencia en 1689-1690, el

4. Véase pp. 258-261.

89

infortunado país volvió a verse bajo el talón de Inglaterra. La industria lanera irlandesa murió en 1698 a causa de la prohibición de exportar lana o paño irlandés a cualquier país salvo a Inglaterra, prohibición que se hizo cumplir mediante un bloqueo naval en toda la región. Los intereses hacendados y capitalistas de Inglaterra coincidían en que les era mutuamente ventajoso destruir la industria pañera irlandesa, así como mantener bajo el coste de la lana prohibiendo su exportación de Inglaterra o Irlanda; tan estrecha era la alianza que ambos intereses creían haber establecido mutuamente.

Después de las conquistas por Cromwell y Guillermo tres cuartas partes del suelo irlandés pasaron a pertenecer a protestantes angloirlandeses o a ingleses ausentistas; a mediados del siglo XVIII rentas por valor de 750.000 libras esterlinas salían cada año de Irlanda; el tributo de un campesinado atenuado por la pobreza a sus señores ingleses. Los terratenientes ausentistas se interesaban poco por la administración de sus fincas: fueron pocos los que hicieron mejoras. La mayoría católica romana de la población fue privada de todos sus derechos políticos. La única compensación que recibió Irlanda consistió en que, después de 1696, los ingleses estimularon la industria del lino. Había resultado imposible fabricar en la misma Inglaterra lino que pudiera competir con el producido por la industria holandesa. Por suerte, el protestante Ulster resultó ser una región adecuada para ello, y la industria holandesa recibió el golpe de gracia, con gran satisfacción de los mercados ingleses.

Los efectos del sistema de navegación sobre Irlanda, según dijo un gobernador de la provincia en fecha tan temprana como 1666, consistirían en reducir el país a "la barbarie y la pobreza". Locke comentó sombriamente que, a propósito de la cura de Boyle para las hemorragias nasales, cura consistente en utilizar una calavera, éstas abundaban más en Irlanda. Hubo plagas de hambre en Irlanda en 1726-1729 y en 1739-1741. Se calcula que con motivo de la segunda fallecieron 400.000 personas, es decir, uno de cada cinco habitantes. El hambre y la desnutrición iban por sus respetos incluso en los años "buenos". Irlanda se salvó únicamente gracias a la rápida extensión del cultivo de la patata. Los irlandeses emigraron a millares, a América y a Inglaterra; desempeñaban un papel importante en los movimientos radicales de ambos países. Tan pocas fue-

ron las protestas que alzó en Inglaterra la despiadada explotación de Irlanda que debemos recordar con gratitud a los individuos que hablaron claramente contra ella, desde el *Jeweller* Walwyn en 1649 ("la causa de los nativos irlandeses en la búsqueda de sus justas libertades [...] era exactamente la misma causa que nosotros defendíamos aquí") a Swift en 1720 ("por las leyes de Dios, de la naturaleza, de las naciones y de nuestro país, sois y deberíais ser un pueblo tan libre como vuestros hermanos de Inglaterra"). Pero el régimen de terror que padecía Irlanda no alzó hasta que las necesidades de Inglaterra en la guerra de la independencia de los Estados Unidos la forzaron a ello.

En Escocia, a diferencia de Irlanda, los revolucionarios ingleses trataron de presentarse como liberadores. También Escocia se hallaba incluida en la *Navigatio Act* de 1651. Hacia tiempo que los escoceses venían pidiendo la libertad de comercio con Inglaterra; ahora la obtuvieron, junto con impuestos uniformes, abolición de las tenencias feudales y de la servidumbre. Entre las reformas legales estaban incluidas la utilización del inglés en vez del latín en los tribunales, la abolición de las jurisdicciones hereditarias, la creación de *county baron** populares en cada condado, la institución de jueces de paz. Se hicieron intentos de subvertir la autoridad de la iglesia (*Kirk*) alentando los movimientos disidentes.

El coronel John Jones plantó con notable claridad la política radical inglesa para Escocia. "Interesa a la *Commonwealth* de Inglaterra romper el interés de los grandes hombres de Escocia y resolver el interés del pueblo llano en un plano distinto del de los intereses de sus señores y amos [...]. Los grandes hombres nunca os serán fieles mientras propongan la libertad al pueblo y el alivio contra su tiranía." Pero Jones vio también el punto flaco de esta política en la ausencia de una fuerte burguesía escocesa. "El pueblo difícilmente comprenderá la excelencia de una *Commonwealth*, [...] no teniendo dinero con el que comprar tierras en Inglaterra."

Las reformas fueron administradas por un ejército extranjero. En las Lowlands** hubo poca resistencia activa durante los años

* Nombre de las asambleas de los *freeholders* de un *manor* bajo la presidencia del señor o su representante.
** Región situada al sur de Escocia.

cincuenta, pero en las Highlands, debido a repetidos levantamientos, fue necesario un nutrido ejército de ocupación, basado en 8.500 libras esterlinas mensuales. Cromwell opinaba que "la clase mediana y más mezquina" era más próspera y menos oprimida bajo su gobierno, pero al parecer se refería a la clase media de las ciudades más que al campesinado, que siguió mostrándose hostil. A las ciudades se les hizo pagar impuestos deliberadamente leves, por ser más fieles a los intereses de Inglaterra. Burnet dijo, exagerando un poco, "siempre consideramos que aquellos ocho años de usurpación fueron un período de gran paz y prosperidad".

A la igualdad de privilegios comerciales se le puso fin cuando la restauración. Sin embargo, más avanzado el siglo, una serie de decisiones legales restableció el derecho de los mercaderes escoceses a comerciar con las colonias y parece ser que prosiguió el crecimiento económico de Escocia. La Unión de 1707 restauró la plenitud de derechos de libre comercio con Inglaterra y su imperio, ampliando así aún más el alcance del mercado y la influencia de Londres.

4

Antes de 1640 los privilegios aristocráticos y los intereses creados habían impedido de muchas formas el desarrollo de las comunicaciones nacionales. En 1624 la corporación de Southampton se opuso a la mejora de las comunicaciones acuáticas con Winchester. La ciudad de Gloucester imponía peajes a los buques que subían y bajaban por el Severn, amparándose en su carta de 1626-1627. Los terratenientes mantenían presas y molinos que obstruían la navegación fluvial: sabemos que hubo quejas por tal motivo en Kent en 1600, en el valle de Wye, Devon y Cornwall en 1610. Incluso después de la restauración la ciudad de Salisbury encontró resistencia entre los terratenientes de Wiltshire a su propuesta de hacer navegable el río Avon. A principios del siglo xvii el carbón era transportado de Staffordshire a Birmingham en carretas tiradas por bueyes; en los últimos años del siglo lo era por agua. En tiempos de Defoe las comunicaciones acuáticas enlazaban Warwickshire con Bristol, y el carbón llegaba a Kidderminster por el Stour.

Efectivamente, después de 1688 la perspectiva nacional empezó a imponerse a los intereses creados de los sectores; se produjo un boom de mejoras en las comunicaciones acuáticas. Parece ser que dicho boom llegó a su fin en 1701, año de crisis económica y de gobierno tory. La victoria tory de 1710 volvió a paralizar un proyecto destinado a hacer navegable el Weaver, en Cheshire. La gentry local se mostraba "aprensiva ante la destrucción de sus presas y ante la invasión de los barqueros"; temiendo que éstos se aficionasen a cazar furtivamente. El proyecto de ley sobre la navegación en el Weaver no se convirtió en ley hasta 1721.

Algo parecido sucedió con las carreteras. En 1633 un clérigo de Worcestershire se quejó de que "a causa de estos caminos mal reparados" tuvo que vender sus diezmos "muy por debajo de su valor". El desarrollo de un mercado nacional dependía de las comunicaciones. Durante la revolución a los agrimensores de los caminos reales primero se les dieron poderes para cobrar impuestos y contratar mano de obra para suplementar la tradicional mano de obra forzada. La primera ley general del parlamento para la mejora de las carreteras data de 1663, el año en que por primera vez se permitió el acarreo de maíz y la exportación de metales preciosos. Se dio autoridad a los jueces de paz de Hertfordshire, Cambridgeshire y Huntingdonshire para instalar barreras de portazgo en la Great North Road con el objeto de sufragar la mejora de las carreteras; pero esta modalidad del principio del peaje no se utilizó plenamente hasta el siglo xviii. Sin embargo, en 1673 un conservador denunciaba a las diligencias, porque sus pasajeros "escapan de la humedad y la suciedad que a caballo no pueden evitar". Mientras que en los buenos tiempos dos o tres viajes dejaban la ropa perdida, ahora las diligencias serían causa de paro en la industria pañera. Los carruajes públicos y las sillas de postas penetraron hasta Westmorland solamente después de la guerra civil. Para entonces los hombres ya se daban la enhorabuena por el hecho de que viajar resultara más fácil en Inglaterra que en el continente. En 1636 había en Londres 6.000 coches particulares o públicos.¹ El servicio de correos, que empezó justo antes de la revolución en forma de monopolio privado, se con-

1. Kerridge, p. 179.

virtió durante ella en un servicio esencial del gobierno. En 1680 se instauró en Londres un correo de un penique. A mediados del siglo xviii en Londres se repartía la correspondencia muchas veces al día y todo el país gozaba de un buen servicio postal. Esta expansión de los servicios de transporte debió de crear numerosos puestos de trabajo.

Capítulo 5 INDUSTRIA

Es una de las consecuencias naturales de la libertad el que aquellos que deben valerse por sí mismos a veces se vean reducidos a la necesidad [...]. Las manufacturas y el comercio son los verdaderos padres de los pobres de nuestra nación.

— Sir F. M. Eden, *The State of the Poor*, 1797.

1

En lo que se refiere a la industria y al comercio interior, la Edad Media también terminó en 1641, cuando el gobierno central perdió el poder para otorgar monopolios y controlar la administración de la beneficencia. Terminaron los intentos de prohibir las actividades de los intermediarios, ya fuese en la industria o en la agricultura: los mercaderes de Londres entendieron sus actividades por todo el país, sin encontrar ningún obstáculo. Se hizo mucho más difícil hacer cumplir las regulaciones gremiales y los privilegios de las oligarquías de las ciudades, a los que desde hacía tiempo venían oponiéndose los abogados de derecho común. Los ciudadanos de Blackburn crearon un nuevo mercado quincenal en la década de 1650 y derrotaron todos los intentos que después de la restauración se hicieron para imponerles peajes: sin duda se dieron casos parecidos.¹ Cesaron los intentos patrocinados por el gobierno para dar trabajo a los parados, a causa del temor de que compitiesen con la empresa privada. La pros-

1. D. Davis, pp. 38-39, 149.

peridad de la región de Birmingham y de Liverpool y Manchester, data de estas décadas. A corto plazo la revolución y la guerra civil surtieron un efecto desestabilizador en la economía, del mismo modo que la Revolución Francesa desestabilizaría la economía francesa ciento cincuenta años más tarde; pero a la larga, la libertad económica de Inglaterra, única en la Europa de entonces, tuvo un efecto estimulante, especialmente notable después de que 1688 confirmase las conquistas políticas de la anterior revolución.

Los éxitos obtenidos durante los años carenta en la eliminación de obstáculos a la libre producción fueron causa de una confrontación más franca y directa entre el gran capital y los pequeños productores. En gran número de disputas que se entablaron en las compañías londinenses los *traders* se atribuyeron el papel de portavoces de los pequeños maestros y jornaleros, resistiéndose ferrocamente a la invasión del poder de los grandes capitalistas que les estaban reduciendo al *status* de proletarios. "El pobre pañero", declaró un grupo de ricos comerciantes en 1650, "mejor haría siendo jornalero del que compra lana del productor que seguir comerciando por su cuenta" comprando a los intermediarios. La derrota de los *traders* quitó un obstáculo más para el avance del capitalismo.

Las décadas revolucionarias sacudieron los cimientos de la sociedad inglesa y relajaron su cohesividad. Los ejércitos eran reducidos comparados con los modernos y no se produjo una devaluación comparable con la que arrojó a Alemania durante el mismo periodo. Pero aparte de las luchas propiamente dichas, el grado de dislocación social debió de ser grande, por no hablar de la sacudida intelectual y moral y la desintegración de las letradas y ciencias tradicionales. Al disolverse los ejércitos parlamentarios, se permitió a los soldados dedicarse a ocupaciones para las que no tenían las necesarias calificaciones de aprendizaje y se hicieron propuestas para la abolición de todas las trabas al libre acceso a la industria. El movimiento físico de ejércitos a través de Inglaterra, Escocia e Irlanda, los cambios sociales resultantes de la redistribución de la riqueza, todo esto hizo que fuera un periodo de desacomunada movilidad social. De muchas y obvias maneras la industria se vio estimulada por el estado y los contratos del ejército, especialmente la construcción naval y la fabricación de armamentos. En 1653 el gobierno encargó 1,500 ca-

ñones en un solo día; había 34 hornos de hierro en Kent y Sussex, de los cuales 14 eran permanentes. La segunda guerra contra Holanda hizo que volvieran a encenderse 11 más. Los inicios del comercio de botas de Northampton datan del interregno. Las industrias pañera, del cuero, metalúrgica, de la pólvora, papelera y cervicera recibieron parecido estímulo. Las demandas de las fuerzas armadas contribuyeron a que subiesen los salarios. En los astilleros navales de Chatham, Woolwich y Deptford los salarios fueron aumentados deliberadamente por el *Commons Parliament*.⁸ La escasez de madera sirvió de estímulo a la fabricación de ladrillos y la industria de la construcción creció considerablemente a raíz del gran incendio que destruyó Londres en 1666, cuando volvieron a tirarse por la borda las regulaciones sobre el aprendizaje.

En la Inglaterra anterior a 1640 el progreso industrial se había visto demorado por la falta de poder adquisitivo. Los que tenían dinero tendían a gastarlo en artículos de lujo importados o en la construcción, que a menudo corría a cargo de los servicios semiforizados de los arrendatarios en vez de ser llevada a cabo por trabajadores asalariados. Durante el interregno se dio un gran paso hacia adelante debido al aumento del poder adquisitivo de los artesanos y *yeomen* y a la continuación, más avanzada el siglo, del alza de los salarios reales.⁹ El historiador de las industrias de las Midlands ve en estas décadas un significativo punto crucial, no solamente a causa de este estímulo temporal en la demanda, sino también, lo que es más importante, en la evolución de "una nueva filosofía". Dejó de considerarse que el comercio y la industria eran los obedientes servidores del estado para pasar a concebir al estado como servidor de la industria y el comercio.¹

En la década de 1680 Adam Martindale, pensando en su juventud en Lancashire durante los años veinte y treinta, escribió:

Las hijas de los *freeholders* estaban entonces obligadas a vestir exclusivamente prendas de fieltro (etc., etc.) [...]. Las más orgullosas de ellas (por debajo de la *gentry*) no se hubiesen atrevido a llevar ca-

⁸ El resto del Long Parliament (restaurado en mayo de 1659) que fue disuelto por Monk en 1660.

2. Debo esta información al profesor F. J. Fisher.

3. W. H. B. Court, *The rise of the Midland industrialist*, 1938, pp. 41-47.

pucha o bufanda (que actualmente esa llevar cualquier hija de mendigo que pueda echar mano de ellas), no, ni siquiera un vestido hasta el día de su boda. Y si alguna de ellas hubiese traspasado estos límites, se la hubiese considerado una tonta ambiciosa.

Eso, por supuesto, es lo que la mayoría de los viejos dicen de su juventud. Pero sir Josiah Child y otros muchos hicieron observaciones parciales y en los comentarios de Martindale hay una precisión que encaja con otras pruebas. Los *freeholders*, los de clase mediana, tienen el nuevo poder adquisitivo; las clases pobres son afortunadas si pueden imitarles. Durante las dos primeras décadas del siglo xvii eran frecuentes en Londres las quejas motivadas por la gente, mujeres especialmente, que vestía por encima de su condición social; a mediados de siglo las quejas llegaban ya a zonas alejadas como Lancashire, gracias a la extensión del mercado londinense, la expansión de la industria pañera de Lancashire y la revolución, que había traspasado los tradicionales conceptos del bien y el mal. "Hay cinco veces los que había de la mayoría de los oficios", decía un panadero de 1673, "como había [...] veinte o treinta años atrás, [...] y a causa de ello [...] el comercio [...] más difuso". En 1686 se decía que había 100.000 tiendas de comercio al por menor en Londres; y parece ser que la tienda pueblerina donde se vende de todo fue una innovación del siglo xvii. En *The Life and Death of Mr Badman*, Bunyan intentó mantener a los humildes en las sendas de la moralidad comercial en esta sociedad fluida donde los principios conocidos se estaban desintegrando.

La nacionalización del mercado nacional fue un proceso de dos sentidos. A partir del interregno la Ironmongers' Company de Londres perdió, a favor de los intermediarios de las Midlands, su control del comercio detallista en artículos de ferretería, a pesar de un intento de volver a ocupar su posición aprovechando las circunstancias favorables del reinado de Jacobo II y el apoyo de una nueva carta real. Las palabras "*Brammagen ware*"² expresaban la opinión londinense de que las Midlands no mantenían un nivel satisfactorio de fabricación.

La tendencia apuntaba hacia unidades de producción más gran-

² Artículos fabricados en Birmingham, cuyo nombre vulgar era Brammagen.

23

des. En 1655 un salinero de Shildes tenía un millar de trabajadores, y había empresas de pacería envergadura en la industria del vidrio. Al finalizar el siglo la industria sedera estaba organizada en grandes unidades que daban empleo a 500 o 700 obreros. La introducción de laminadoras corrales para la fabricación de clavos en las Midlands constituyó un importante avance técnico que llevó a la expansión de la producción. El tren de laminación se utilizaba en las fundiciones de hierro del sur de Staffordshire en las postrimerías del siglo xvii. Las troqueladoras y las prensas de estampar fueron otro ejemplo del fermento de inventiva mecánica que existía en la región de Birmingham antes de la era del vapor. La fabricación de papel blanco a escala importante data de la década de 1680, y en 1697 casi la mitad del papel blanco que se utilizaba en Inglaterra era ya de fabricación nacional.

En el siglo xvii muchos de los mineros del plomo independientes de Derbyshire dejaron de ser propietarios de las minas que explotaban y se convirtieron en obreros asalariados al servicio de los capitalistas. Los estratos libres de las Cornish Semanics también empezaron a depender más de los capitalistas. Según el profesor Nef, las condiciones bajo las que se resolvían las disputas en las minas de carbón fueron, después de 1640, cada vez más favorables a los propietarios de las grandes explotaciones mineras y desfavorables a los arrendatarios de los *manors* que deseaban extraer carbón a pequeña escala o recibir una compensación por la explotación de su tierra. Las industrias del carbón y del hierro, donde eran necesarias fuertes inversiones de capital, pasaron a ser dominadas por unidades a gran escala mucho antes; por ejemplo, la industria textil.

Sin embargo, se registraban tendencias parecidas en la industria pañera. Las *Old Draperies* necesitaban sobre todo una mano de obra especializada cuidadosa; las *New Draperies* necesitaban capital más que cualquier otra cosa. Por consiguiente, en las *New Draperies* del sudoeste de Inglaterra y de East Anglia el control del capital mercantil se desarrolló con gran rapidez. En Yorkshire la industria del estambre, introducida en fecha relativamente tardía, fue capita-

* "Paños antiguos": Los que se fabricaban con anterioridad a la introducción de los "paños nuevos" o *New Draperies*.

lista desde el principio. En otras partes de Yorkshire la industria pañera se hallaba dominada por los pequeños productores, sobre los cuales nos dice Defoe que "cada fabricante" mantiene una o dos vacas y gallinas para su familia.

El telar de medias, inventado a finales del siglo xvi, había cho-cado con cierta oposición por parte de los sucesivos gobiernos de los Estuardo. Cromwell incorporó a los tejedores que utilizaban el telar de medias y la industria entró en rápida expansión, especialmente en los alrededores de Nottingham. Se creó un comercio de exportación, especialmente a Portugal, al mismo tiempo que se abastecía el mercado nacional, desbancando a los tejedores manuales. También ésa era una industria sumamente capitalizada, ya que los telares y la materia prima, la seda, eran caros. El telar holandés para cinta holandesa había sido prohibido por el gobierno en 1638 debido a la oposición de los pequeños artesanos. Los gobiernos de después de la restauración ayudaron a suprimir a los que organizaban disturbios en su contra. Aunque a finales del siglo xvii la expansión de las *Old Draperies* no era tan grande como la de las *New Draperies*, aumentó el valor de las exportaciones de velarte, ya que ahora era tejido y apretado en Inglaterra. En 1688 Davenant calculó que el valor de las manufacturas de lana ascendía a cerca de ocho millones de libras esterlinas al año, de los cuales seis millones correspondían al mercado nacional.

La Gloriosa Revolución representó un cambio total del clima político. "El parlamento", escribió Lipson, "se vio sometido directamente a la influencia de un régimen capitalista que ahora pedía ser liberado de los grilletes del control estatal." Dos grandes compañías Tudor—Mines Royal y la Mineral and Battery Works—perdieron sus monopolios, como también los perdieron los *Merchant Adventurers* y la Royal African Company. A partir de 1689—"el *actus mirabilis* de los derechos de propiedad", lo llamó el profesor Stone—, los *freeholders* pudieron extraer libre o plomo de sus propias tierras (o subarrendar los derechos de explotación). Hasta la fecha las minas que se creía contenían oro y plata podían ser abiertas y explotadas por los monopolios reales, sin ninguna compensación. En los años noventa se produjo una especie de erupción de nuevas compañías en una industria, la de extracción y elaboración del cobre, que se encon-

traba en rápida expansión.

Desde 1688, dijo Adam Smith, "en Gran Bretaña la industria está perfectamente segura y aunque dista mucho de ser perfectamente libre, lo es tanto o más que en cualquier otra parte de Europa". El parlamento rehusó hacer cumplir la maquinaria isabelina de regulaciones industriales, negativa en la que contó con el apoyo de decisiones judiciales. En 1694 la cláusula del *Statute of Artificers* que excluía a los hijos de los *freholders* más pobres y de los *copyholders* de la industria pañera fue derogada. Esto permitió que existiera *de jure*, al igual que *de facto*, un proletariado de trabajadores textiles. En un caso del año 1704 los jueces declararon que el *Statute of Artificers* "se extiende solamente a los sirvientes en la ganadería, y no a los sirvientes de los *gentlemen* ni a los jornaleros". El desmoronamiento de las regulaciones sobre el aprendizaje dio a los patronos una mayor libertad para explotar a la mano de obra juvenil. A partir del *boom* de los años noventa todos los que escriben sobre economía coinciden en alabar las virtudes de la libertad, y se observa un nuevo énfasis en el ingenio, la inventiva y la habilidad técnica de los ingleses. Los artesanos ingleses, dijo John Puckle en 1697, son "reconocidos universalmente como los mejores de la tierra por su capacidad". Es notable el cambio que hubo en este sentido en el plazo de un siglo.⁴ En 1701 existía la creencia de que la riqueza de Inglaterra había aumentado en un 20 por ciento desde 1688.

La prohibición impuesta a la exportación de lana, que fue mantenida por los sucesivos gobiernos a partir de los años cincuenta, fue denunciada por sus oponentes como un legado de la revolución, la obra del partido de la *Commonwealth*, en detrimento de los terratenientes. (Bajo Jacobo I y Carlos I se habían promulgado prohibiciones parecidas, pero, al parecer, no se pretendía otra cosa que recaudar dinero con la concesión de extensiones.) En 1666 se aprobó la famosa ley según la cual los cadáveres debían ser enterrados vestidos de lana; la ley fue repetida más estrictamente en 1678. Algunos se quejaban de que la protección de la lana hacía bajar su precio y, por consiguiente, empujaba a los ganaderos a dar preferencia a la cría de corderos. Ciertamente, parece ser que la calidad de la lana inglesa

4. Comparese las pp. 113-114.

quedó mermada. El mejor paño inglés del siglo xviii llevaba una mezcla de lana española.

La libertad para la exportación de paño instaurada durante el interregno y confirmada bajo Guillermo III surtió un efecto revigorizante en la industria pañera del sudoeste: los procesos de teñir y acabar el paño se desarrollaron en Exeter y a finales de siglo desde allí no se exportaba paño a Londres. Pero poco a poco el comercio de la sarga se trasladó a Bradford y Halifax, atraído por los salarios más bajos y la mayor abundancia de agua del West Riding, aunque el traslado no se llevó a cabo sin que estallaran fieras disputas y disturbios a causa de los intentos que se hicieron en el sudoeste para reducir los salarios. En 1774 las exportaciones de estambre de Yorkshire casi igualaron a las de lana, y el total de las exportaciones de Yorkshire superó en más de la mitad a las del país entero. El West Riding se había ganado su preeminencia antes de que tuvieran lugar los grandes inventos. Por aquel entonces, como consecuencia natural de ello, los trabajadores del ramo del estambre estaban entre los más militantes del país.

2

Probablemente durante la mayor parte del siglo xvii los asalariados que trabajaban a plena dedicación siguieron siendo una minoría de la población. Normalmente, las hilaruras eran una industria secundaria, como también lo era la fabricación de clavos. Los salarios subieron muy lentamente en la industria pañera antes del interregno y sólo en Lancashire hay pruebas abundantes de que los tejedores seguían poseyendo tierra. El período comprendido entre 1530 y 1640 se había caracterizado por la activa intervención del estado. "La historia de la regulación de los salarios", nos dice mister Lipson, "más especialmente en la industria, nos da claros indicios de que la caída de la monarquía absoluta fue el punto crucial de la evolución del capitalismo". Entramos en una era de *laissez faire* que dura hasta las postimerías del siglo xix. Las condiciones inestables de las décadas revolucionarias, la competencia de las fuerzas armadas en busca de potencial humano y la fuerza de los movimientos radicales parecen haber producido un aumento considerable incluso en los salarios

tasados por los jueces de paz, de hecho se pagaban salarios muy superiores a los tasados de tal modo. Una de las explicaciones del éxodo es con que la clase hacendada acogió a la restauración era la oportunidad que ésta brindaba para hacer que los salarios volvieran a bajar. Sin embargo, parece probable que los salarios verdaderos de todo el mundo excepto los más pobres volvieran a subir ya más avanzado el siglo.

Algunos economistas, con los ojos puestos en el mercado nacional, opinaban que los salarios altos eran un signo de prosperidad: pero los más estaban de acuerdo con Petty en el sentido de que los salarios "deben proporcionar al trabajador lo justo para vivir; pues si se le concede el doble, entonces trabaja la mitad". Un hombre que había tratado de emplear a los pobres de una *workhouse* * de Bristol dijo en 1696: "Pronto comprobamos que la gran causa de la mendicidad procedía efectivamente de los bajos salarios de la mano de obra". Los niños de esta *workhouse* no podían ganarse ni la mitad de su manutención. En el mismo año de 1696 los *Commissioners for Trade and Plantations* ** se quejaban de "la carestía de la mano de obra" y aducían que los costes de la misma debían reducirse si se quería que las exportaciones prosperasen. En este período nadie dudaba en reconocer que los intereses de los capitalistas y los de los trabajadores asalariados eran fundamentalmente opuestos. Fue Mandeville quien dijo: "Cualquier cosa que procura abundancia hace bajar a los trabajadores, allí donde los pobres sean bien dirigidos, pues del mismo modo que hay que impedir que mueran de hambre, también deben recibir nada que valga la pena ahorrar".

Esta degradación de los estratos más pobres de la población trabajadora ayuda a comprender el odio y el horror que pudieron experimentar completamente de un salario, odio y horror que pudieron presarse más libremente durante la revolución. Los pobres, escribió Winstanley, dicen: "Podemos vivir igual bajo un enemigo extranjero, trabajando por un jornal, que bajo nuestros propios hermanos, con los cuales deberíamos tener igual libertad". "Los ricos reciben todo lo que tienen de manos del trabajador." Winstanley opinaba

* "Casa de trabajo". Español de correccional donde los pobres eran obligados a trabajar.
** Comisionados para el comercio y las plantaciones.

que la contratación de mano de obra y la aceptación de tal contrato debían ser igualmente punibles mediante la privación de libertad y un período de reeducación. Nos viene a la memoria aquel observador francés que en 1694, reparando en el valiente comportamiento de los felices que cumplían condena en Tyburn, dijo que los ingleses "despreciaban la muerte y tenían al trabajo".

La redistribución de la riqueza por medio de los impuestos, que empujó a algunos acreedores y contratistas del gobierno e hizo que subieran algunos salarios, ayudó a intensificar las divisiones que existían entre el campesinado, así como a colocar a mayor número de sus miembros por debajo de la línea de la pobreza. El doctor Hoskins data el nacimiento de los pobres como clase en las décadas revolucionarias. Sin embargo, los años comprendidos entre la caída del gobierno real y el *Act of Settlement* de 1662, * habían sido un período de movilidad, excepcionalmente libre para las clases bajas. Puede que algunos se alzaran en los ejércitos, otros viajaran en busca de trabajo o de Dios. La restauración puso fin a esta libertad. El preámbulo del *Act of Settlement* decía que "la gente pobre [...] se esfuerza por establecerse en aquellas parroquias donde hay el mejor ganado, los terrenos comunales o baldíos más grandes y los bosques más frondosos que puedan quemarse y destruirse". Esa es una descripción exacta de la clase de la que Winstanley y los *diggers* se habían erigido en portavoces: si proseguía la apropiación y cultivo de los terrenos comunales por parte de particulares, era necesaria cierta restricción de la libertad de movimiento de esta clase. La ley de 1662, que no encontró oposición en un parlamento de terratenientes, proporcionó justamente esta restricción.

Al amparo de dicha ley, dos jueces de paz, ante las quejas recibidas por los celadores, estaban facultados para capturar a cualquier recién llegado a una parroquia que no dispusiera de medios propios, y devolverlo a la parroquia donde estuviera legalmente instalado. Esto

* Véase pp. 293-302.

† Ley aprobada en parte para resolver el problema planteado por el gran número de soldados desmovilizados que buscaban trabajo. En virtud de la ley, los jueces podían mandar a su último lugar de residencia a todos recién llegados a una parroquia del que se sospechase que pudieran convertirse en una carga para la misma. Por consiguiente, sólo las personas de cierta posición podían trasladarse, incluso para buscar trabajo, sin el consentimiento de los jueces.

representa aplicar a la totalidad de la población activa un principio que hasta entonces solamente era aplicable a los vagos y malecantes.

1661 había sido un año de precios altos y hambre casi total producidos por la disolución de los ejércitos de la república. La finalidad de la ley consistía en inmovilizar a la población activa, con el objeto de privar a la oposición política de la oportunidad de organizarse, proteger a Londres y a las ciudades con municipio propio del excedente de mano de obra y hacer que ésta siguiera siendo barata en el campo. Un *gentleman* conservador como sir John Reresby de Yorkshire se quejó de que Londres "vacaba a toda Inglaterra de su gente, especialmente al norte, y todos nuestros colonos vienen aquí, comprueban por experiencia propia que aquí viven mejor en un sótano o una buhardilla de lo que podrían vivir en una granja del campo pagando 30 libras de alquiler". Reresby abogaba por un impuesto sobre los nuevos edificios que se construyeran en la *City*: resulta significativo el hecho de que reconociera el efecto liberador que Londres ejercía sobre las regiones apartadas.

La prohibición sobre el movimiento impuesta por la *Act of Settlement* tuvo mayor eficacia en el caso de los trabajadores no especializados, candidatos más probables a vivir de la beneficencia, que en el de los especializados: explica en parte el flujo de mano de obra escocesa e irlandesa hacia los puestos de trabajo no especializados. Aunque las más pequeñas entre las ciudades con municipio propio hicieron que se cumpliera la ley, los nuevos centros industriales del West Riding, Lancashire y las Midlands se preocuparon cada vez menos de que se cumpliera durante el siglo xviii. En cuanto a Londres, resultó imposible hacer que se cumpliera la ley. Si hacía falta mano de obra, se concedía a un inmigrante soltero un certificado que le permitía trasladarse de sitio, aunque generalmente sólo a distancias cortas. Una ley de 1697 redujo las restricciones a la movilidad permitiendo la concesión de certificados de asentamiento. Esto hizo que las parroquias se mostrasen dispuestas de buen grado a aceptar trabajadores y sus familias, aunque vivieran de lejos, cuando había trabajo para ellos.⁶ Sin embargo, la parroquia donde se instalase el

6. P. Styles, "The evolution of the Law of Settlement," *University of Birmingham Historical Journal*, IX (1963), pp. 33-63.

trabajador no estaba obligada a extender uno de estos certificados: podía negarse a hacerlo y retener a un hombre en una parroquia donde no lograba encontrar trabajo. El poder de los jueces de paz para conceder o negar certificados de esta clase era una restricción real, y odiada, sobre la libertad de movimientos de los pobres, especialmente los de las zonas rurales. Las leyes, como atinadamente resumieron los Hammond, "no detuvieron el flujo de mano de obra, pero [...] lo regularon de acuerdo con los intereses de las clases patronales". La ley de 1662, que siguió al abandono después de 1640 de toda política nacional para hacer trabajar a los pobres, instauró un sistema de *laissez-faire* local, dirigido por Dogberry y Verges bajo la supervisión del Squire Western. "Salarios altos e insubordinación en las ciudades, salarios bajos y subordinación en el campo, fue un tema común de los escritores de principios del siglo xviii", dice D. George.

Ésta distaba mucho de ser la única indignidad a la que estaban sometidos los pobres. "Nadie es tan servilmente dependiente", dijo Baxter de los ganaderos pobres, "como ellos lo son de sus terratenientes. No se atreven a hacer nada que les disguste, no fuera el caso que los expulsaran de sus casas o aumentasen las rentas". La *Act of Settlement* iba dirigida ostensiblemente contra los campesinos que se instalaban en los terrenos comunales y, al parecer, fue seguida por la destrucción de los *cottages* edificados durante los tiempos de mayor libertad del interregno. De nuevo los jueces de paz reafirmaban su control. A partir de la restauración, los jueces de paz asumieron el derecho de condenar a la deportación a los criminales condenados o incluso a las personas declaradas inocentes que no pudieran encontrar un aval de su buen comportamiento. En Bristol los jueces (la casi totalidad de los cuales comerciaban con las colonias americanas) solían amenazar con la horca a los malhechores de poca monta, con el fin de que implorasen la merced de ser condenados a la deportación. Luego los vendían por dinero, junto con los felones condenados de forma más convencional. El juez presidente de Sir Jeffrey puso reparos a esta costumbre, no porque fuese inhumana, sino porque unos simples jueces de paz no debían ejercer la prerrogativa real del indulto y la deportación. Pero en 1718 se facultó legalmente a los jueces de paz para deportar, facultad que utilizaron ampliamente.

No es de extrañar que los años que siguieron a 1688, años que presenciaron el nacimiento de las modernas *workhouses*, escuelas de caridad y sociedades destinadas a reformar las costumbres de las clases bajas, fueran también testigos del brote de las actividades sindicalistas.

Capítulo 6 LA REVOLUCIÓN FINANCIERA

El pueblo era demasiado duro para el rey en propiedad; y luego en zonas demasiado duro para él. O bien debemos poner los impuestos en la propiedad o no aguantará. La propiedad, generalmente, está ahora en manos del pueblo; el gobierno, por consiguiente, debe estar ahí. Si hacéis una sola persona, debe ser un sirviente y no un lord [...]. Todo gobierno está edificado sobre la propiedad, de lo contrario gobernarán los pobres.

Capitán Adam Baines en la cámara de los comunes, 1679!

1

En lo relativo a las finanzas, la Edad Media en Inglaterra terminó en 1643, cuando se introdujeron dos nuevos y modernos impuestos: el *excise* y el impuesto sobre la tierra. Los impuestos extraparlamentarios de Carlos I habían sido condenados en 1641 y Carlos II no hizo ningún intento de reinstaurarlos. La *Court of Wards* no fue restaurada en 1660. En lugar de ello, Carlos II recibió una compensación por la *tutela y la purveyance del excise*. Se trataba de un impuesto sobre el consumo que seguía el modelo holandés y había sido considerado en los años treinta, sin que el gobierno real se avería a introducirlo. En 1643 Pryn lo introdujo con el fin de sufragar la guerra civil y siguió siendo una parte esencial del sistema fiscal inglés. Al principio recayó sobre una amplia gama de artículos de consumo, pero después de la restauración quedó restringido a la cerveza y las bebidas alcohólicas, la sidra, el té, el café y el chocolate.

El té, el café y el chocolate seguían siendo artículos de lujo, pero la cerveza era la principal bebida de los pobres. En 1713 ya se habían añadido derechos sobre la malta, el lúpulo, la sal, las bujías, el jabón, el queso, el papel y otros artículos.

La tasación, que era primordialmente un impuesto sobre la tierra, tenía por modelo el *Ship Money*, tasando de nuevo los impuestos de la clase hacendada. De esta manera sustituyó tanto al subsidio parlamentario como a los beneficios de la tucela. El impuesto sobre la tierra no sirvió solamente para sufragar la guerra civil y las guerras de Oliver Cromwell, sino que sufragó también en parte las de Guillermo III y las del siglo XVIII. Las tierras de la corona, vendidas durante la revolución, fueron recuperadas en parte en 1660, pero dejaron de tener importancia fiscal. La mayoría de ellas fue revendida durante el reinado de Carlos II. En lo sucesivo quedaba descartado que el rey "viviera por su cuenta". Los impuestos que habían sido especialmente molestos para la gente adinerada —monopolios, imposiciones, multas arbitrarias— fueron abolidos y sustituidos por impuestos controlados por el parlamento que recaían especialmente en las clases hacendadas y pobre. La revolución también señaló el camino a seguir en el campo de los tributos locales. Una ordenanza de 1647 consolidó prácticamente el tributo eclesiástico con el tributo para pobres.

A partir de 1642, año en que el parlamento impuso un nuevo *Book of Rates*,¹ los impuestos aduaneros se utilizaron para un fin totalmente nuevo: ayudar a la exportación. A principios de los años cincuenta el impuesto sobre la exportación de paño fue reducido; en 1656 se rebajaron los impuestos sobre cierto número de materias primas de importación y manufacturas para la exportación, y se aumentaron los de las materias primas para la exportación y las manufacturas importadas que competían con las nuestras. En 1660, cuando el parlamento votó el *Tonnage*² y el *Poundage*³ para Carlos II, añadió un *Book of Rates* como prudente recordatorio de que no debía haber más imposiciones sin el consentimiento del parlamento. De 1665 en adelante las concesiones financieras tendieron a

¹ Libro de tributos.

² Impuesto sobre el tonelaje.

³ Impuesto sobre el peso en libras.

ser asignadas a objetivos concretos. En 1677 el parlamento se negó a conceder fondos en tanto el gobierno no hubiese dado a conocer su política exterior; y los comunes insistieron en que sólo ellos tenían derecho a iniciar proyectos de leyes monetarias, ya que opinaban que la cámara alta simpatizaba demasiado con la corona. Después de 1688 los mercaderes gozaron de influencia suficiente para certiorarse de que las costosísimas guerras fueran financiadas mediante una política arancelaria que protegiese a las industrias inglesas. El nivel general de impuestos sobre la importación se cuatruplicó entre 1690 y 1704; en 1700 se abolieron todos los impuestos sobre las exportaciones de paño de lana.¹

El *excise* y el impuesto sobre la tierra ayudaron a que el dominio de los recursos pasara de los terratenientes y los pobres a los contrabandistas y prestamistas susceptibles de utilizarlos como capital. Anteriormente los impuestos se habían basado en el *status*, que a veces se medía por la riqueza; el nuevo principio sobre el cual se justificó el *excise* era el consumo; la riqueza no consumida —es decir, el capital— estaba exenta de impuestos. De ahí la importancia de hacer pagar a los pobres al igual que a la clase hacendada: era una especie de abono forzado. Este es el sentido que hay que dar a la defensa, por lo demás extraña, del *excise* como la "forma más igual" de tributación. La aceptación de este nuevo principio señala la transición de un concepto jerárquico, funcional y hacendado de la sociedad, en el cual el deber de los pobres consiste en trabajar más que en pagar impuestos, a una teoría de la sociedad compuesta de átomos individuales, con derechos que deben ser reconocidos por el estado al que es necesario sufragar: una visión de la sociedad al estilo "Hotel Ritz". La igualdad ante la ley y el *excise* son expresiones del mismo pensamiento.² (A decir verdad, Mun había arguido que el incremento en el precio de los alimentos causado por el *excise* se vería compensado por un incremento de los índices salariales, siguiendo una simple teoría de subsistencia de los salarios. Éstos aumentaron efectivamente durante el interregno, pero no hay manera de saber si la explicación de Mun

1. R. Davis, "The rise of protection in England, 1689-1786", *Economic History Review*, Second Series, XIX, pp. 306-311. En el manifiesto de los rebeldes de la Quinta Monarquía, en 1660, se abogaba por una política de protección industrial. *A Declaration of the*

2. W. K. Hancock, *English taxation, 1640-1714*, 1913, pp. 65-67, 83-88.

es la verdadera o la única.)

En los años inmediatamente posteriores a la restauración —fuese intencionalmente o no— las rentas cobradas disminuyeron mucho de llegar a la cifra anticipada por el parlamento y aún más de las necesidades del gobierno. Dado que ahora se reconocía que los impuestos eran asunto exclusivo de la cámara de los comunes, esto dio a la cámara baja una palanca que no dejó de utilizar. Danby se quejó de que el *Cavalier Parliament* "mejor que el cual no espero volver a ver otro" pensaba que "debían reunirse a menudo, y que (aunque están convencidos de que las rentas son demasiado exiguas para los gastos necesarios) la corona debía de vez en cuando estar obligada a ellos por aquellas adiciones que hubiesen falta a final de año". Carlos II tuvo que recurrir a Luis XIV para obtener dinero, ya que no se avería a utilizar las artimañas fiscales a las que su padre había recurrido. Encontró ayuda en la creciente prosperidad del país, que produjo un aumento tan grande de los ingresos anuales que, desde el punto de vista financiero, pasó a ser independiente tanto del parlamento como de Francia.

2

Otra consecuencia de la escasez financiera de después de la restauración fue que la corona pasó a depender de los préstamos de los mercaderes y banqueros de la City, que con frecuencia eran los hombres que habían financiado a Cromwell. En 1675 incluso se propuso que el dinero que el parlamento votase para la construcción de barcos nuevos fuese colocado en la City y que no se efectuase ningún pago sin que lo ordenase el Lord Mayor y el consejo común. La propuesta fue derrotada por sólo 11 votos. Algunos prestamistas obtuvieron grandes beneficios de las necesidades del rey: sir John Banks se multiplicó su capital en quince años, principalmente por este medio. Pero, por supuesto, la especulación jugaba un papel muy importante en los préstamos que se hacían a Carlos II: se dice que William Kiffin pensaba que dar 10,000 libras esterlinas al rey resultaba más barato que prestarle 40,000.

Durante la revolución a menudo se abogó por la creación de un

banco nacional. Las vastas sumas obrerías con los impuestos y la confiscación y venta de tierras, las necesidades de las finanzas estatales y de los acreedores privados, habían producido una gran expansión de las facilidades bancarias. "En algún momento entre 1640 y 1675", nos asegura el profesor Wilson, "la City de Londres aprendió cuáles eran las tres funciones esenciales de los bancos que serían reconocidas por una época posterior: tomar depósitos, descontar letras y emitir billetes". Pero, a pesar de esto, la revolución en las finanzas públicas empezó durante el interregno, y por la que el viejo cromwelliano George Downing luchó en la década de 1660, no pudo ser completada hasta después de 1688. Bajo el Protectorado todas las rentas salvo la tasación pasaron a depender de Hacienda. Esto creó la posibilidad de que la tesorería ejerciera un control verdadero de los ingresos y los gastos, un presupuesto planificado y, por consiguiente, la planificación del incremento de los préstamos. Pero sólo bajo Guillermo III se estableció la confianza entre el gobierno y los contribuyentes, así como una deuda pública a largo plazo.

Los bancos habían sido vistos con suspicacia por los gobiernos de Carlos II y Jacobo II. "Donde haya un banco", había dicho Harrington, "apuesto diez contra uno a que hay una *commonwealth*". De hecho Suecia era la única monarquía en la que existía un banco, y éste era pequeño e insignificante. La bancarrota estatal de 1672 puso fin a un intento de desarrollar una emisión fiduciaria permanente mediante "recibos de préstamos"; algunos de los principales banqueros resultaron gravemente afectados y la confianza se evaporó. El gobierno tenía que pagar del 12 al 20 por ciento por los préstamos en un momento en que la Compañía de las Indias Orientales reunía dinero al 4 o 5 por ciento. "La única oportunidad de que hubiese un banco era una revolución", dijo Thorold Rogers. Probablemente exageraba al argüir que los principales fundadores del Banco de Inglaterra eran independientes en su totalidad; pero es cierto que tanto el doctor Hugh Chamberlen como el doctor Nicholas Barbon eran hijos de notorios radicales del interregno. Después de 1694 la corporación de Londres dejó de ser prestamista del gobierno en tanto que corporación y le sucedió el Banco de Inglaterra, que podía movilizar recursos de todo el país. Al igual que en tantas

otras esferas, el principio voluntario, de secrecía anónima, ocupó el lugar del principio corporativo. "La historia moderna en la esfera de los préstamos pedidos por el gobierno empieza en 1694", dijo el profesor Ashron. La principal oposición al Banco de Inglaterra salió de la cámara de los lóres y hubo solamente dos pares entre los primeros 107 poseedores de grandes cantidades de capital. Pero al finalizar nuestro período, el Banco de Inglaterra, citando las palabras de lord North, se había convertido en "una parte de la construcción".

El Banco de Inglaterra resultó tan importante en hacer que los hombres acudados apoyasen al nuevo régimen como la disolución de los monasterios lo había sido 100 años antes. Y mientras que la disolución hizo que Enrique VIII fuese en potencia independiente del parlamento, el Banco de Inglaterra colocó los préstamos pedidos por el gobierno bajo el control directo de los representantes de los propietarios. En lo sucesivo los intereses monetarios jugaron un papel decisivo en la política; ningún grupo político podía esperar el éxito sin contar con apoyo en la City. Cuando en 1720 pareció probable que la prosperidad de la South Sea Company apartase al Banco de su posición central como principal prestamista del gobierno, un astuto observador preguntó: "¿Qué ocasión habrá para los parlamentarios después?" Pero estalló la *South Sea Bubble*.³

El nuevo sistema fiscal ayudó a la acumulación y concentración de capital. El Banco de Inglaterra prestaba dinero al gobierno al 8 por ciento y estaba facultado para imprimir billetes que circulaban como moneda. El pago de intereses sobre la deuda nacional garantizado por el parlamento, hacía necesaria una fuerte tributación, que transfería la riqueza de los pobres y los hacendados a las clases adineradas. La deuda nacional es la única posesión colectiva de la mayoría de los pueblos modernos: cuanto más ricos sean, más ciudadanos estarán

3. Véase pp. 249, 276.

4. Negocio bastante provechoso para la South Sea Company en 1720 para la cual, según se le concedió a la deuda nacional, los parlamentarios el mismo día se levantaron para ir a pedirlo.

Las nuevas finanzas engendraron una vasta ampliación de las finanzas del funcionamiento público de rango mediano e inferior. Durante el interregno, los nuevos departamentos (el *Committee for Compaigning with Delinquents*, el *Committee for the Advance of Money*,⁴ alojados en las salas de las grandes compañías de la City, y los *commissions for the sale of confiscated lands*) proporcionaron gran número de puestos de trabajo, muchos de los cuales fueron ocupados por mercaderes. Se nombraron comisionados para la recaudación de los derechos de aduana y el *excise*, si bien el arrendamiento del cobro de impuestos volvió a implantarse cuando la restauración, ya que con dicho procedimiento el *Exciseman* tenía asegurada una suma regular y la periclión de préstamos resultaba más fácil. Sólo más adelante, al mejorar la maquinaria financiera, se comprobó que era más económico volver al sistema de recaudación utilizado por la *Commonwealth* y que estaba a cargo de funcionarios asalariados (1671 para los derechos de aduana, 1683 para el *excise*).

Muchos de los nuevos funcionarios públicos sobrevivieron a la restauración. Samuel Pepys pronto comprobó que "viviendo, como vivo, entre tanta gente perezosa [...] el hombre diligente se hace necesario y sin él no pueden hacer nada". Pronto dejó de preocuparse acerca de los comentarios indecorosos que había hecho cuando la ejecución de Carlos I. El funcionario en cargo de las finanzas proporcionó trabajo a los ex *cavaliers* sumidos en la pobreza y posteriormente sería uno de los principales instrumentos del sistema organizativo de corrupción parlamentaria. Nada menos que el secretario de estado Morrice nombró a su hijo recaudador de los derechos de aduana en Dartmouth, Barnstable y Exeter.

Las teorías metalistas del comercio exterior decayeron acutualmente a partir del interregno. En 1660 el *Council of Trade*⁵ resumió la sabiduría acasudada durante dos décadas cuando declaró:

4. Comité para el trato con los delinquentes.

5. Comité para el avance del dinero.

6. Comisionados para la venta de terrenos confiscados.

7. Consejo de Comercio.

"El dinero y el metal precioso siempre se han abierto paso contra las diversas leyes; [...] el comercio del mundo no será forzado, sino que encontrará o se abrirá camino hacia todos los aspectos del beneficio".

La transición del comercio imperial bilateral al multilateral⁴ se vio acompañada, durante la generación posterior a la primera guerra contra Holanda, por una revolución en la financiación del comercio internacional. Allí donde anteriormente el sistema relativamente rudimentario de pagos requería considerables transferencias de metal precioso, después del interregno se crearon técnicas más sofisticadas para los préstamos internacionales a corto plazo y para la liquidación de pagos internacionales. En Inglaterra estas técnicas no fueron perfeccionadas hasta después de 1688 y la fundación del Banco de Inglaterra; pero se ha sugerido que "no es posible ninguna explicación adecuada del advenimiento de la revolución industrial que no tenga en cuenta los aspectos financieros de la revolución comercial".⁵

Una serie de disposiciones técnicas facilitó el avance del capitalismo. Una ley de 1662 limitó la responsabilidad legal por deudas de los accionistas de algunas grandes compañías comerciales y, de esta manera, estimuló las inversiones. Al parecer, la existencia de una bolsa de valores permanente en Londres data de los años sesenta, si no de antes; la bolsa registró una rápida expansión con las facilidades de crédito, hasta que, al llegar 1720, inversores de todo el país estaban dispuestos a perder su dinero en la *South Sea Bubble*. Los cheques⁶ datan de 1675. A partir de las posimerías del siglo xviii aumentó el poder adquisitivo gracias a la nueva seguridad que una ley del parlamento dio a las letras de cambio, que venían circulando por los mocos desde mediados de siglo. Hacia la mitad del siglo xviii ya había en Londres corredores permanentes de cambios. A partir de 1707 los índices de cambio correspondientes a los países europeos eran publicados dos veces a la semana y expuestos en una *coffee-bourse*⁷ londinense. Y a partir de principios del siglo xviii el elemento

4. Véase pp. 176-182.

5. J. Spelling, "The international payment mechanism in the seventeenth and eighteenth centuries", *Economic History Review*, XLIV, pp. 446-468.

6. Etimológicamente donde se servían el café, y otros refrescos.

especulativo en el comercio ultramarino se vio sustancialmente reducido a causa del desarrollo de los seguros marítimos.

4

Durante cerca de ochenta años antes de 1624 el tipo oficial de interés (cuando lo había) permaneció invariable en un 10 por ciento, durante los siguientes noventa años quedó reducido a la mitad. Este revolucionario descenso fue la consecuencia del avance del capitalismo. En los parlamentos del reinado de Jacobo I los mercaderes se opusieron a la reducción del tipo de interés, ya que "hará bajar el precio de la tierra, ningún hombre prestará dinero y de esta forma se perderán muchas hipotecas". En 1699 un comité gubernamental declaró que "en todos los gobiernos monárquicos y aristocráticos el primer síntoma de su caída ha sido la reducción del interés", como se había hecho en Inglaterra en el perverso año republicano de 1552, cuando se había reducido al 6 por ciento, confirmandose luego en 1661. Pero los mercaderes opinaban de forma muy distinta. Ellos y los economistas consideraban que el tipo de interés era el factor básico de las diferencias entre las economías holandesa e inglesa. Era natural que arazasen los tipos de interés elevados en un momento en que escaseaban los fondos líquidos y la banca no estaba desarrollada. Davenant calculaba que el stock total de riqueza que había en Inglaterra era el doble del de Holanda, pero el capital efectivo era inferior, ya que gran parte de la riqueza inglesa estaba ligada a hipotecas sobre la tierra, pleitos, acaparamiento, impuestos onerosos y consumo de artículos de lujo. Sir Josiah Child dijo que la riqueza de Inglaterra era lo bastante grande como para reducir el tipo de interés si se conseguía ponerla en circulación, como probaban las 1.500.000 libras esterlinas pagadas anualmente en concepto de tasas reales durante la *Commonwealth*. En el *Cavalier Parliament*, cuando el mercado de tierra ya no estaba inundado, el coronel Birch expresó unas opiniones que eran la antítesis de las expresadas anteriormente por los comunes: "Al subir el interés, baja la tierra, como si se usase de una balanza". Pary y Child dijeron lo mismo empleando términos más técnicos.

Después de 1714 el capital privado no pudo ofrecer más del 5

por ciento de rendimiento sobre los préstamos, aunque el gobierno podía dar tanto como le pareciese bien; el efecto debió de consistir en desviar recursos de la industria y la agricultura al estado, principalmente para financiar la guerra. En 1727 el tipo de interés sobre el *stock* del gobierno fue rebajado al 4 por ciento, y en 1757 al 3 por ciento. Esto se reflejó en las transacciones privadas, por lo que a mediados de siglo se dispuso de capital barato para drenajes, rescate de terrenos y otras mejoras agrícolas, así como para la construcción de canales y carreteras y la edificación de fábricas. Esto dio a Inglaterra una ventaja competitiva sobre Francia como la que los Países Bajos habían tenido sobre Inglaterra en el siglo xvii. Pero el ejemplo de los Países Bajos debe servir para recordarnos que los tipos de interés por sí solos no hacen más que ofrecer la posibilidad de una expansión industrial; lo que no hacen es crear dicha expansión. El desarrollo de la equidad de redención tuvo efectos comparables. Hasta principios del siglo xvii los terratenientes consideraron que recurrir a las hipotecas para reunir dinero era un remedio desesperado. El objetivo del prestamista consistía en extinguir el derecho de redimir la hipoteca si ello era posible; el del que pedía dinero prestado consistía en valerse de todas las ventajas que le confería su superior posición social para no cumplir sus compromisos. En los heroicos primeros tiempos del capitalismo rapaz la especulación jugaba un papel muy importante en gran número de actividades económicas, ya se tratase del comercio con ultramar o del corso, de la explotación de las minas o de la compra de algún monopolio. A menudo la posibilidad de obtener grandes ganancias parecía más atractiva que el recibir unos ingresos regulares pero más modestos. Sin embargo, a partir de principios del siglo xvii, y muy en especial después de 1640, al empezar a verse claramente que el capitalismo iba a ser permanente, se hizo evidente la importancia que para la clase hacendada tenía el reunir un capital que no debía devolverse inmediatamente y reunirlo utilizando medios que no ponían en peligro la posesión de la tierra. Efectos parecidos tuvieron las dificultades en que muchos terratenientes realistas se encontraron en los años cuarenta y cincuenta. Los nuevos compradores y los terratenientes que mejoraban sus propiedades también necesitaban capital. Al mismo tiempo, los prestamistas se dieron cuenta de las ventajas que unos ingresos seguros tenían sobre unas ganancias

de capital que con frecuencia eran hipotéticas. En el mercado había tierra suficiente para que recurrir a la extinción del derecho de redimir las hipotecas resultase una forma innecesariamente complicada de adquirirla. A falta de bancos, las hipotecas constituían una forma sensata de hacer inversiones a largo plazo, ya que los beneficios agrícolas eran razonablemente seguros con sólo que el terrateniente tuviera un mínimo de prudencia. A pesar de los intentos que en 1653-1654 se hicieron para reforzar la mano de los acreedores que utilizaban el citado recurso, la ley, de hecho, daba a ambos bandos lo que querían en lo que respecta a la equidad de redención, apareciendo los notarios como intermediarios en el mercado financiero.

Los bajos tipos de interés de después de 1624, combinados con las hipotecas permanentes, contribuyeron en gran medida al cierre del mercado abierto de tierra y a la recuperación de tantas familias aristocráticas que caracteriza al período posterior a la abolición de las tenencias feudales. Ya no necesitaban vender cuando experimentaban dificultades financieras. La nueva situación posibilitó la evolución del *strict settlement* durante la revolución (cf. la ordenanza de agosto de 1654 reformando la Cancillería con el fin de proteger las hipotecas). El desarrollo de la hipoteca permanente fue para los terratenientes lo que una deuda consolidada era para los gobiernos. Los acreedores reales vivían en una especie de mundo crepuscular e inseguro situado entre la opulencia y la bancarrota bajo Carlos I y Carlos II, y sólo después de la fundación del Banco de Inglaterra se creó un método permanente y satisfactorio para financiar a los gobiernos. Los acreedores de los terratenientes llevaron una existencia parecidamente especulativa hasta que la equidad de redención consolidó las deudas de los terratenientes. Y, por supuesto, al hacerse las hipotecas más seguras, ello contribuyó también a que los tipos de interés fuesen más bajos. Muchos terratenientes se opusieron a la creación del Banco de Inglaterra por creer que ocasionaría una caída de las rentas y el abandono de los préstamos hipotecarios. De hecho, la abolición de la tutela y la evolución de las sociedades anónimas, las hipotecas y una deuda consolidada contribuyeron a posibilitar el cálculo a largo plazo, la inversión estable de capital.⁶

6. P. G. M. Dickson, *passim*. El señor Dickson pone de relieve el crédito público más que los impuestos.

Capítulo 7 LA RELIGIÓN Y LA REVOLUCIÓN INTELLECTUAL

Este país, donde siempre están hablando de religión, pero donde
caramente hay menos de la misma de lo que creciste posible.

GUILLERMO III a la ELECTORA SOFÍA DE HANOVER,
diciembre de 1689

Los pobres del campo del tiempo viven;
la *genio* los conduce y el diablo los dirige;
¿Qué no podemos esperar de tales tiempos?
El terrateniente es su dios, el sacerdote su papa.

D. DEFOE, *The True-Born Englishman* (1701)

1

Es difícil exagerar la importancia social de la revolución religiosa e intelectual de las décadas de 1640 y 1650. El año 1641 no fue menos crucial para la iglesia que para el estado. En dicho año fue abolida la *High Commission* y con ella el control de las parroquias por parte del gobierno. Dejaron de funcionar los tribunales episcopales y eclesiásticos y se vendieron tierras de la iglesia. La censura eclesiástica dejó de existir, como hizo también el control eclesiástico de la educación. La pena de muerte en la hoguera por herejía fue abolida en 1648 y, aunque Thomas Hobbes pensó que a los obispos les hubiese gustado quemarle después de la restauración, nunca lo hicieron. Durante muchos años, después de 1640, existió una auténtica tolerancia religiosa. Ahora se reúnan y discutan en público, e impi-

mian sus opiniones, secretas que hasta entonces eran ilegales y cuyos miembros procedían principalmente de las clases bajas. Al igual que entre 1530 y 1560, debemos cuidar de no interpretar retrospectivamente las divisiones sectarias de este período que cristalizarían después. La mayoría de los ingleses, incluyendo la casi totalidad de los párrocos, se contentó con seguir perteneciendo a la iglesia inglesa, ya fuese esta episcopaliana, presbiteriana o puritana en un sentido más amplio. Durante un breve período episcopalianos, presbiterianos, congregacionalistas y bautistas trabajaron codo a codo en una iglesia nacional cuya amplia base merece ser estudiada más a fondo por aquellos que se interesen por la reunión eclesiástica. Después de 1660 se intentó imponer nuevamente una estrecha uniformidad anglicana, pero el intento fracasó y en lo sucesivo nunca fue posible argumentar otra vez que todos los ingleses pertenecían a una sola iglesia. Tanto si la tolerancia religiosa estaba legalizada como si no lo estaba, la existencia de cuerpos religiosos organizados fuera de la iglesia estatal era un hecho que debía tenerse en cuenta. Resulta imposible calcular qué efectos libertadores a largo plazo tuvo la competencia entre puntos de vista religiosos que rivalizaban entre sí, en contraposición al monopolio que la iglesia oficial había gozado hasta 1641.

Antes de 1640 la lucha en pos del control del púlpito había sido tanto política como teológica. El episcopado pudo florecer en Escocia sólo con el fuerte respaldo del gobierno inglés, como se demostró antes de 1640 y después de 1660. No menos estrechas eran las relaciones en Inglaterra. Los puritanos, escribió sir William Dugdale, "bajo unas aparentes pretensiones devotas y santas [...] introdujeron cierto número de predicadores en la mayoría de las ciudades con municipio propio y lugares populosos de este reino [...]. Especialmente en la *City* de Londres, a los que mantenían mediante contribuciones voluntarias, con el fin de que pudieran dedicarse a predicar una doctrina que (llagada la ocasión) preparase al pueblo para cualquier intento desleal, y lo dispusiera a la rebelión cuando se presentase la oportunidad". "Estos predicadores", dijo el duque de Newcastle a Carlos II, "han expulzado a Su Majestad de sus ritos con sus predicaciones". Los comentarios hostiles como estos nos ayudan a comprender la influencia que sobre el pueblo tenía el clero puritano, así como la facilidad con que el anglicanismo tradicional se vino abajo cuando

en 1640 pidió el apoyo del gobierno.

"La religión no era lo que al principio se diminia", dijo Oliver Cromwell, refiriéndose a la guerra civil. La disputa inicial giraba en torno a de qué modo la iglesia y el clero debían ser puestos bajo el control de la nobleza y la *gentry*, con el fin de que, como el posteriormente realista lord Falkland dijo a sus colegas diputados, "no se atrevan a ordenar, suspender, silenciar, excomulgar o privar de otra forma que la que nosotros queremos". Sin embargo, ¿acaso la nobleza y la *gentry* seguirían en posición de controlar al estado sin la ayuda de la iglesia? Los defensores del episcopado opinaban que todo el orden social podía correr peligro si caía la jerarquía eclesiástica. La naturaleza de la crisis constitucional se vio transformada por la intervención del movimiento popular contra la iglesia. Los diputados protestaron contra "los espíritus turbulentos, apoyados por groseras y tumultuosas personas menestrales", que "querrían la total subversión del gobierno del estado". Lo que más temían era que la iglesia cayera, y se viera que había caído, ante el asalto del pueblo. Podía suceder que aquellos cuyos escrúpulos les impedían pagar los diezmos pronto se negasen a pagar las rentas.¹

De hecho, durante la revolución casi todo parecía posible. Los *levelers* y muchos sectarios abogaban por la abolición de los diezmos, al igual que en Nueva Inglaterra, donde el clero recibía sus salarios con cargo a los fondos públicos. Mas si se abolían los diezmos sin compensación, el hecho significaría el fin de la iglesia estatal inglesa (ya que con los diezmos se pagaba al clero oficial), y también la expropiación de aquellos *gentlemen* que cuando la disolución de los monasterios, o mediante compra posterior, entraron en posesión de los diezmos secularizados. La disolución del *Barbours Parliament* en 1653 fue precipitada por el rechazo de una propuesta para declarar sacrosantos a los diezmos. El *Instrument of Government* propuso reemplazarlos con algún método menos polémico de pagar a los ministros. Sin duda esto fue sobre todo una concesión táctica a los radicales; pero demuestra cuán fuerte seguía siendo la oposición a los diezmos. En 1653 Dorothy Osborne asistió a un sermón de Step-

1. B. Manning, "The nobles, the people and the constitution", *Past and Present*, n.º 9, pp. 37-62.

hen Marshall en el cual el predicador afirmó que "si no hubiera reyes, reinas, señores, damas, *gentlemen* y *gentlewomen* en el mundo, nada en absoluto perdería Dios Todopoderoso". "Casi me eché a reír", dijo ella. Indudablemente semejantes opiniones contribuyeron a que la *gentry* aceptase de buen grado la restauración del rey y los obispos en 1660: la religión y la libertad parecían cosas pequeñas que sacrificar a la confianza económica y la subordinación política.

Los obispos regresaron en 1660, aunque sin su anterior poder. Sin la *High Commission*, dijo el obispo Sanderson en 1662, "todos los esfuerzos que determinados obispos hagan en poco contribuirán a la restauración de la iglesia en paz y prosperidad". El número de penitencias impuestas por el tribunal del archidiácono de Nottingham en 1662 era inferior a la cuarta parte de las impuestas en 1638. "Poco le importaban el tribunal y su poder, sino sólo la excomunión", exclamó un hombre de Wiltshire en 1668. En 1675, cuando los tribunales eclesiásticos trataron de ayudar a un rector de Nottinghamshire a recaudar los diezmos sobre los salarios, los patronos instaron a sus trabajadores a resistirse, ya que el peor castigo que podrían imponerles era la excomunión, "que consistía solamente en que no fueran a la iglesia". He aquí la clave del ocaso del poder eclesiástico después de 1640. Había perdido el apoyo de los que contaban entre los seglares; la iglesia nunca pudo recuperar el lugar en la sociedad que Laud había tratado de darle. Después de 1670 la Cancillería se hizo cargo de la jurisdicción sobre los testamentos y los intereses que antes correspondían a los tribunales eclesiásticos. Las licencias concedidas a las capillas disidentes al amparo de la indulgencia de 1672 hacían mofa de las acusaciones de no conformismo; y, en todo caso, de los disidentes se ocupaban los jueces de paz en los tribunales seglares, ya que su delito era político. Lo peor de todo, se quejó un juez de paz en 1677, "en general la genit del campo está tan podrida que no se quejarán de ellos, aunque vean y sepan de estas reuniones sediciosas diariamente ante sus ojos".

Las asociaciones revolucionarias que la religión tuvo durante el interregno tuvieron un efecto profundo y duradero. La *gentry*, muchos de cuyos miembros habían sido patronos de los puritanos antes de 1640, acudió en auxilio de la iglesia después de 1660, asegurando así su supervivencia. En lo sucesivo la función socialmente

conservadora de la Iglesia de Inglaterra fue reconocida por todos. Era "más conveniente para la monarquía", afirmó Carlos II: "el que tomaba una piedra de la iglesia tomaba dos de su corona". La religión era "una parte necesaria de nuestro gobierno", aunque el presbiterianismo no fuese religión idónea para *gentlemen*. A decir verdad, la iglesia se identificó tan estrechamente con la política *royal* de no resistencia que su prestigio sufrió gravemente cuando fue necesario rechazarla en 1688.

Para los disidentes los años posteriores a 1688 fueron un período de duras pruebas. "Hasta ahora en el parlamento", escribió Henry Newcome, tristemente, en 1661, "nosotros [el clero presbiteriano] hemos creído nuestro deber reunimos y formular peticiones, ganar adeptos, presentarnos en lo alto, etc.; ahora todo esto nos ha sido quitado de las manos". En lo sucesivo sus enemigos llevaron la iniciativa en la formación de la opinión. Inevitablemente, la disidencia se hizo quiéscita, pacifista. Los déstigos no conformistas expulsados en 1662 se mantenían, en muchos casos, gracias a las aportaciones de la *City* de Londres o de algún par o *gentleman* que simpatizaba con ellos a pesar de ser conformista. Otros daban clases en las academias disidentes, en las que se combinaban las funciones de escuela de humanidades y universidad para aquellos que habían sido excluidos por el código de Clarendon. Era mucho más barata que Oxford y Cambidge, a la vez que impartían una enseñanza mucho mejor, incluyendo más asignaturas científicas y modernas.

Las diferencias de clase se acentuaron después de 1660. Los disidentes "no están excluidos de la nobleza", escribió John Corbet en 1667; "entre la *gentry* no son pocos, pero ninguno tienen mayor importancia que los que pertenecen a la gente que se dedica a comerciar y los que viven de la industria, en cuyas manos está gran parte de los asuntos de la nación". Tendían por fuerza a comerciar entre ellos, lo cual acentuó la escisión entre la ciudad no conformista y el campo anglicano.

Entre 1662 y 1689 la persecución fue intermitente pero a menudo severa. Largos períodos en la cárcel, multas arbitrarias, la inseguridad general y a veces la simple rapia de sus bienes arruinaron a muchos de los pequeños artesanos que constituían la fuerza del no conformismo. Por otra parte, la exclusión de los disidentes de los

cargos estatales y de las universidades los empujó a meterse en los negocios. Gran parte de la energía moral que antes habían dedicado a la política la aplicaron ahora a fines más materiales. Parece ser que el comercio textil de Lancashire fue edificado por disidentes en el siglo xviii y principios del xviii. Durante su viaje de 1695-1697 Celia Ficombe observó con frecuencia la conexión que había entre el no conformismo y la *industry*. Que el no conformismo condujera al éxito en los negocios ya era algo del dominio público al finalizar el siglo. De hecho los cuáqueros tenían motivos para lamentarse del ocaso del celo religioso a medida que aumentaba la prosperidad de su comunidad. Antes que Wesley muchos se fijaron en el inquietante círculo en el que la santidad llevaba a la laboriosidad, que a su vez llevaba a una riqueza de la que se pasaba a la impiedad. La industria inglesa también se benefició de la inmigración de miles de artesanos hugonotes, especialmente tejedores de seda, sobre todo después de la revocación del Edicto de Nantes por parte de Luis XIV en 1685. Los que escribían sobre economía empezaron a abogar por la libertad de conciencia precisamente porque la misma atraería inmigrantes extranjeros y reduciría la emigración, así como por la importancia económica de los disidentes.

Eran "hombres pacientes", arguyó sir William Petty, "de los que creen que el trabajo y la industria es su deber para con Dios". John Corbet reparó en que uno de los argumentos contra la tolerancia era que "se pensaba que daba una ventaja demasiado grande a los ciudadanos y al pueblo [...] a hacer que todas las clases superaran más y fuesen menos serviles y, por consiguiente, menos obsequiosas ante la voluntad de los grandes hombres". ¿Pueden "los nobles y *gentlemen* de Inglaterra [...] mantener su autoridad y esplendor con la libertad de los ciudadanos y del pueblo llano?" En 1679 se creía que "todo el partido disidente" estaba en contra de "la *gentry* y sus intereses".

De hecho, los sentimientos democráticos de la revolución sobrevivieron entre las secas. La insistencia de los cuáqueros en tutear a sus superiores y en no quitarse el sombrero ch' señal de respeto era un aspecto de esto, y hay una nota amenazadora en la censura que Burney lanza contra las clases altas por ser "reacias a recibir a Sus pequeñuelos, porque no son *gentlemen*, porque no pueden, con Poncio

Pilato, hablar hebreo, griego y latín".

Las sectas desempeñaron un papel importante en extender la influencia de Londres sobre toda Inglaterra. Los cuáqueros empezaron evangelizando a los hasta entonces descuidados norte y oeste del país, pero todas las sectas acudían a Londres en busca de ministros, en busca de guía y apoyo financiero en época de persecución. Después de la *Toleration Act* sus organizaciones, especialmente los cuáqueros, cuidaron de que la legislación que les era favorable fuese respetada y hecha cumplir en todo el país, sin excepciones. Los grupos centrales de presión de los no conformistas formaban "un importante eslabón entre el gobierno local y el central", nos dice Hunt, "ayudando a promover la uniformidad administrativa por todo el país", y mitigando de esta manera la omnipotencia local de los jueces de paz.²

Después de la revolución, el calvinismo moderado resultaba desagradable tanto para la clase gobernante como para los radicales de clase baja. Aunque la iglesia anglicana absorbió algunas de las actitudes sociales de los puritanos —el sabbatarismo, las virtudes burguesas— se abrió un abismo ideológico entre la ciudad y el campo. La *gentry* —con los párrocos a remolque— recuperó su preeminencia en el campo, excepto en zonas industriales rurales como el West Riding; pero en las ciudades la diáspora estaba bien arraigada. Los que daban el tono en los pueblos tendían a mostrarse reacios ante las nuevas ideas en general y con demasiada frecuencia consideraban que poner la educación al alcance de las clase bajas resultaba políticamente peligroso. Un *gentleman tory* se opuso a una enmienda al *Schism Bill* de 1714, en virtud de la cual los disidentes estarían autorizados para enseñar a escribir, basándose en que "con el pretexto de escribir aprenden a leer".

En las ciudades, y especialmente en Londres, triunfó la nueva moral puritana y burguesa, al menos después de 1688, cuando las cortes disolutas y pro francesas de Carlos y Jacobo fueron sustituidas por la respetabilidad calvinista, más monótona y aburrida, de las

2. N. C. Hunt, *The early political associations*, Oxford University Press, 1961, pp. 25-26, 31.

³ Ley que exigía a todos los miembros obediencia a la iglesia oficial.

cortes de Guillermo y María, cuya imagen pública, más que su vida privada, se ajustaba a la de una pareja felizmente casada. La comedia de la restauración fue la última burla irresponsable de los que no querían aceptar la moral puritana y burguesa. Después de 1660 hay un antipuritanismo casi colubido en el campo dominado por el anglicanismo. Se hizo un gran énfasis propagandístico sobre las supuestas actividades "aguafiestas" de los mayores-generales y de los puritanos en general durante el interregno, en parte, sin duda, con el fin de borrar el recuerdo de sus intentos en pos de la justicia social y la protección de los pobres. La propaganda tuvo tanto éxito que todavía en nuestros días se encuentran ecos de la misma en libros de texto anticuados. Después de 1660 la fábula *maypole* casi se convirtió en un símbolo de la iglesia restaurada y (más apropiadamente) de Carlos II. Dado que el poder era monopolizado por los grandes magnates hacendados y los intereses adinerados, la pequeña *gentry* se encontró aislada en sus pequeñas islas de soberanía rural, haciéndose cada vez más resentida, nostálgica, *tory*. El paganismo rural casi deliberado que cultivaba la pequeña *gentry*, su afición a la caza y a las virtudes del aire libre, contrastaba con la sordidez y las triquiñuelas de la plutocracia de Londres. Las dos morales opuestas tienen su apoteosis en las novelas de Fielding y Richardson. En el siglo XVIII la aristocracia por lo menos asistió a la iglesia en sus pueblos, aunque sólo fuese para dar ejemplo. Sir Roger de Coverley popularizó esta nueva costumbre.

Otra característica de los cansados días de después de la restauración fue una revolución contraria a la política ideológica. Esto se hizo particularmente notable entre los numerosos ex parlamentarios que en 1660 se apresuraron a despojarse de su puritanismo y a beneficiarse sirviendo al llamado "alegre monarca". Pero el mismo fatigado y cauteloso deseo de cultivar su propio jardín fue expresado bajo Jacobo II por sir John Reresby, devoto realista:

Había visto tantos cambios y a tantos hombres grandes y pequeños desplazados en mi tiempo, que confieso que empezó a enfriarse mi ambición y [empecé] a pensar que había un momento en que todo hombre que pensara optaría por retirarse y contentarse con lo suyo en vez de arriesgar eso y su conciencia para conseguir más, y un

poco de ayuda para su familia de esa manera era mejor que más seguida por otros medios [...]. Me convení de que la seguridad era mejor [que] la grandezza.

Este pasaje, por cierto, muestra lo que incluso los hombres acudados relativamente honrados esperaban de una carrera política en las postrimerías del siglo xvii ("conseguir más"). La transición de la política ideológica a la no ideológica significó, para muchos hombres acudados corrientes, sencillamente que la conquista de "un poco de ayuda para su familia" era menos arriesgada y estaba mejor organizada. Estamos ante una clave importante para comprender lo que llamamos "corrupción" en el siglo xviii. No era nada más "corrupto" que la riqueza obtenida en virtud del cargo por un Buckingham, un Stafford o un Danby; era mucho menos peligroso y muchas más personas consumían tajadas más pequeñas de un pastel más grande. La iglesia también ofrecía una carrera para los hijos menores de la *gentry*, cosa que se hizo especialmente necesaria después de la creación del *strict settlement*. En el siglo xviii los obispos empezaron a contratar personal administrativo permanente en sus fincas, empleo que era tan bueno como un puesto de funcionario público.

2

"El 5 de julio de 1641", dice el doctor Robert Birley, "nacó la Inglaterra que hoy conocemos". Se refiere al derrocamiento del Consejo Privado, la *Star Chamber*, la *High Commission* y a la liberación de la imprenta. De la década de 1640 data la historia de la prensa como cuarto poder en Inglaterra y como vehículo publicitario. Hacía falta muy poco capital para instalar una imprenta manual accionada por dos hombres; la prensa todavía podía ser un instrumento democrático, como demostró el *boom* de panfletos que estalló durante la revolución. En 1678-1681 la prensa, que era predominantemente *whig*, resultó un importante contrapeso a la influencia del púlpito, que era predominantemente *tory*. En las personas de De-foc y Swift pronto nos encontramos con periodistas políticos de *genio* compitiendo en pos de la atención del público. En 1695 se per-

mió que expirase la *licensing Act*,⁶ y es significativo que se hiciera no porque obstruía el derecho del público al conocimiento, sino porque era una traba al derecho que tenían los liberos a sacar beneficios de la publicación de libros. En lo sucesivo, si bien los gobiernos intentaron restringir la libertad de crítica de la prensa y su circulación entre las clases más pobres, quedó establecida la libertad de prensa para los acomodados. De nuevo nos encontramos ante "el principio del Hord Ritz". El estilo del discurso se vio afectado. En el siglo xvi los hombres con ideas nuevas generalmente las proponían en forma de diálogo.—sir Thomas More, Thomas Starkey, sir Thomas Smith, sir Thomas Wilson, Edmund Spenser—evadiéndose así de toda responsabilidad al respecto. Pero ahora las ideas políticas y económicas eran presentadas en forma de *panfletos* sin más. El ocaso del patronazgo aristocrático, el incremento del público lector y la influencia de la gencia se combinaron para producir una simplificación del estilo prosaico. Nacieron nuevas profesiones a causa del desarrollo del mercado literario. *Warburton of England* (1662), de Fuller, fue una de las primeras obras serias destinadas a ganar popularidad *así como* beneficios. El teatro, la primera industria capitalista de diversiones, ofreció una carrera a quienes tuvieran talento, incluso si se trataba de mujeres.

Por encima de todo debemos poner de relieve los cambios intelectuales que nacieron de la revolución. "Las guerras civiles han dejado en esta nación apenas una traza de historia más antigua", reflexionó el doctor Johnson y si cabe encontrar algún punto crucial entre el pensamiento medieval y el moderno, sin duda dicho punto fue la fuerte conmoción intelectual de la guerra civil, el regicidio y la república. La evidencia de un creciente sentido histórico se encuentra en la aparición de la palabra "anacronismo" alrededor de 1646. "La ilustración florece", escribió en 1660 el conservador George Lawson, "las cuestiones de religión no se toman con tanta confianza y tradición como antes. Las artes y las lenguas avanzan; brilla la luz del Evangelio". La revolución había demostrado que ninguna institución era eterna. El pensamiento político de los *levelers*, Winstran, Ley, Milton, Hobbes y Harrington, abrió nuevas vistas a la especula-

ción. Aunque se hizo todo lo posible para borrar el recuerdo de aquella época, las formas de pensar jamás podrían volver a ser las mismas. El profesor Jordan sugirió que la mayor tolerancia fue el principal legado de la revolución, y adujo motivos sociales para ello en el avance "del pensamiento de los pobres e incoherentes", en el cual "el estrato de tolerancia parece firme e intacto" por mucho que nos remontemos en la historia. Después de 1689 la existencia de cierto grado de tolerancia religiosa y de la competencia entre diversas sectas obligaron a llevar a cabo una revaloración de toda la cuestión de la libertad religiosa, incluyendo a los anglicanos, que de pronto se encontraron con que su iglesia había sido despojada de su papel de perseguidora.

La Reforma había dado a la Biblia la categoría de suprema autoridad: la iglesia había tratado de insistir en que el clero debía interpretar el texto sagrado. La década de 1640 instauró la soberanía del derecho común sobre sus rivales, y los abogados eran sus intérpretes. La incursión del hombre corriente en política durante el interregno derrocó a los mediadores sacerdotales e intentó hacer lo propio con los abogados, los cuales interponían un ritual costoso e incomprensible entre la gente corriente y la justicia. No les faltaba razón a los radicales cuando metían a los abogados y al clero en un mismo saco con la etiqueta de "intereses corrompidos". El ataque lanzado por los radicales contra la ley encajaba con la tesis de los *levellers* según la cual la vieja constitución se había roto durante la guerra civil y era necesario volver a fundar el estado. En este nuevo estado los *levellers* querían una igualdad completa ante la ley, y "del mismo modo que las leyes deberían ser iguales, también deben ser buenas".

Esta llamada a la conciencia contra la autoridad es una llamada al presente contra el pasado. Pues la sociedad en la que viven los hombres forma sus conciencias, mientras que la autoridad se fossiliza en una serie de instituciones o escritos. La llamada a la conciencia no era —como alegaban sus enemigos y como, lógicamente, parece ser— una llamada en pro de una anarquía individualista absoluta. En las décadas revolucionarias muchos hombres coincidían en encontrar, ora en sus conciencias o en la Biblia, unos principios que constituían una crítica profunda de las relaciones sociales existentes. Para tales hombres, que nunca habían podido debatir sus opiniones libremente,

o publicar sus puntos de vista, la tolerancia religiosa y el desmoronamiento de la censura les revelaron una cantidad intoxicante de coincidencia de pareceres, al menos en un programa negativo. La tiranía, auguró Overton, es irracional y, por ende, impía.

Así, pues, todos los caminos se alejaban de la autoridad y conducían al racionalismo. Al caer los tribunales eclesiásticos los párrocos abandonaron su pretensión de tener un derecho divino a los diezmos, aunque continuaron cobrándolos porque así lo autorizaban las leyes del país. Con Hobbes, la soberanía y la obligación política estaban basadas en la utilidad. También en este sentido el derecho divino había muerto. Los textos bíblicos y los precedentes históricos cedieron su lugar a la discusión racional.

Los *levellers* se mostraron sumamente explícitos en el abandono de las llamadas al precedente. Pero los acontecimientos obligaron a otros a valerse también de él. Así, Prynne escribió en 1644: "El parlamento, siendo el poder soberano en este reino, no está ligado a ningún precedente, pero tiene poder para sentar nuevos precedentes, al igual que nuevas leyes". De forma parecida Carlos I, cuando en 1648 había sido presionado por los parlamentarios para que se mostrase conforme con la venta de tierras episcopales, dijo "los precedentes en casos de conciencia no pueden satisfacer: ya que sólo demuestran que tales cosas se hicieron, no que fuesen legales".

Milton fue aún más lejos, dando por sentado que existía un acuerdo entre todos los hombres virtuosos sobre lo que estaba bien y mal en política. "Ningún hombre que sepa algo", escribió, "puede ser tan estúpido que niegue que todos los hombres nacieron libres, siendo la imagen y semejanza de Dios mismo, y nacieron por privilegio sobre todas las criaturas para mandar y no para obedecer." ¿Todos los hombres? ¿Incluso aquellos que anteriormente existían sólo para gobernar? Cuán alarmante para las clases dirigentes debió de ser la teología de los cuáqueros y de otros que creían que había algo divino en todos los hombres. "Donde todos son iguales, espero poca obediencia en el gobierno", escribió un coronel refiriéndose a los cuáqueros en 1657. La doctrina calvinista según la cual la masa de la humanidad era pecadora, que los elegidos eran una minoría, encajaba con las necesidades de una sociedad oligárquica mucho mejor que una teología democrática.

- Al hombre se "le crea enfermo y se le manda sanar", exclamó Fulke Greville. Hamlet proclamó la grandeza y miseria del hombre. Marvell fantaseaba continuamente

"[...] the conjunction of the mind
And opposition of the stars."*

La rensión denmno de lo que Marvell y otros muchos denominaban el "doble corazón" del hombre, el contraste entre el deseo y la posibilidad, la gracia y el pecado, yace debajo de muchas paradojas metafísicas. A menudo se expresaban los conflictos utilizando la imáginería de la guerra civil: "Ponédme en guerra conmigo mismo", dijo Joseph Hall, para que pueda estar en paz con Vos". Joseph Beaumont escribió:

"'Tis time to fight, Bur oh! I am betrayed!
These rebels are
Already got so far
Into my heart, no care
Of man's will help: sweet Jesu lend me aid!"**

Los hombres seguían estando rodeados de fuerzas ciegas e incontralables, ya fuesen de la naturaleza o de la sociedad. Pero algunos empezaban a ser conscientes de nuevas posibilidades de controlar tales fuerzas. Los grandes descubrimientos geográficos; los avances científicos; técnicos y médicos; la liberación del pensamiento cuando la Reforma y después; todo esto ofrecía perspectivas completamente nuevas que resultaban imponentes para un Marlowe, atrradoras para un Donne. Requerían un replanteamiento de la naturaleza del hombre.

Francis Bacon, por ejemplo, aceptaba la Caída como un hecho cierto. Creía que el hombre, mediante el ejercicio de la razón y un intenso esfuerzo, podía construir una nueva sociedad sobre la tierra que recrearía la abundancia del Edén y eliminaría gran parte si no toda la maldad humana. El trabajo, la maldición del hombre caído,

* [...] la conjugación de la mente / y la oposición de las estrellas".
** Es el momento de luchar. Mas, ¡oh! ¡Me han traicionado! / Estos rebeldes han penetrado ya tanto / en mi corazón, ninguna ayuda / humano me ayudará: dulce Jesús, préstame ayuda.

podía ser el medio que le permitiría volver a levantarse. Desde el punto de vista teológico, esto era sumamente heterodoxo, y Bacon expresó sus creencias oblicuamente. Sus ideas, que eran populares entre los parlamentarios, sin duda ayudaron a reducir la sombra del pecado original que había perseguido a la humanidad durante tantos siglos. Bacon no pudo exordiar este espíritu; lo único que pudo hacer fue ignorarlo. Pero él y otros como él hicieron que la mirada que la humanidad dirigía hacia una época dorada del pasado se convirtiera en la esperanza de una vida mejor aquí en la tierra, una vida mejor que podía alcanzarse mediante el esfuerzo humano. Hasta el momento el mirar hacia adelante había sido propiedad privada de las secas milenaristas más exahadas. Pero la revolución inglesa hizo posible que algunos pensadores escaparan de un simple milenarismo.

Cerrard Winstanley, por ejemplo, heredó parte de la tradición revolucionaria de los milenaristas, pero también se había visto influido por el pensamiento de Bacon y por los desarrollos técnicos resumidos por éste. Winstanley (al igual que Marlowe) denunció la religión tachándola de patarata y a los sacerdotes de estafadores: él exigía el cielo para los pobres de la tierra *ahora*. Mas también creía que si los hombres se libraban de la religión y de la propiedad privada, se aceleraría enormente la posibilidad de utilizar la ciencia para aliviar la condición humana. Vea el conflicto que había dentro del corazón del hombre como algo cósmico y político además de espiritual:

No hay hombre ni mujer que necesite ir a Roma ni infierno bajo la tierra [...] para encontrar el [...] poder de las tinieblas; ni subir al paraíso por encima de los cielos para encontrar a Cristo, la palabra de la vida. Pues estos dos poderes se sienten en el interior del hombre, luchando el uno contra el otro [...]. Y esto es ese día y noche, la luz y la oscuridad, el invierno y el verano, el calor y el frío, la luna y el sol, que dibuja la estructura del ancho mundo; pues dentro de estos dos poderes se halla envuelto el misterio de todos los actos divinos [...]. Conocer los secretos de la naturaleza es conocer las obras de Dios.

Milton es otro ejemplo. La Reforma, al abolir a los mediadores, fuesen sacerdotes, los santos o la Virgen, había ensanchado el abismo entre el hombre y Dios; pero había aumentado la posibilidad

de salvar dicho abismo por medio de la comunicación directa con Dios. Esto colocaba una carga sobre los individuos, carentes ahora del solaz de la confesión y la absolución, que resultaba nueva e intolerable para todos salvo para los más recios. Milton era uno de estos últimos. Le alborotaba la conciencia de la dignidad moral del hombre individual, libre para escoger entre el bien y el mal. Sin embargo, el problema del pecado humano le preocupó durante toda su vida. La paradoja de la Caída Afortunada es tan antigua como el cristianismo, pero para Milton resultaba intensamente nueva e inmediata. Las virtudes que más admiraba Milton eran las surgidas después de la Caída: confianza en uno mismo, valor en la adversidad, una incansable y crítica independencia mental. Innegablemente, algunos hombres eran moralmente libres: almas recias, independientes, combativas, capaces de una elección racional. A tales hombres apeló Milton en sus panfletos sobre el divorcio y en la *Areopagitica*. En esta etapa el énfasis que ponía sobre la perversidad de la naturaleza humana era histórico: las tradiciones y la autoridad humanas recibidas del pasado eran sospechosas y hoy debían ser criticadas por la buena razón. Se trataba de un énfasis baconiano.

Pero Milton comprobó que la gran masa de los hombres, cada vez más a medida que la revolución progresaba, estaba impregnada de prejuicios y supersticiones, era manejada por sacerdotes y señores, incapaz de guiar sus actos por lo que Milton llamaba la buena razón. Se observa aquí cierto grado de prejuicio: las virtudes que Milton ensalzaba eran las virtudes burguesas: las de un individuo libre, económicamente independiente, receptor de una costosa educación. La "razón" de Milton era la racionalidad de la sociedad burguesa. Las virtudes más comunales, el amor y la solidaridad fraternos, que eran las ensalzadas por Winstanley, jugaban un papel subordinado en el esquema de cosas ideado por Milton. Pero, en términos generales, Milton no se equivocaba en los hechos. Durante siglos de sociedad dividida en clases el abismo entre los educados y las masas se había hecho más y más ancho y ahora había poco terreno en común. El duro trabajo agrícola no dejaba tiempo ni energía para la especulación intelectual. Allí donde los cambios económicos del siglo xvi habían herido a los pueblos, los campesinos se habían visto arrancados de sus tierras, lanzados a un vagabundaje desvalido y perre-

guido; o los había dejado en una posición insegura, aferrados a lo que tenían; lo cual tampoco era un estímulo para el pensamiento racional.

Milton se mostró contrario a estos hechos en su faceta de político práctico. Se mezcló con los *levelers* y —dado que se desasoció de su programa— debió de ser muy consciente del trágico dilema en que se encontraron ellos. Los *levelers* creían en la igualdad del hombre; exigían una amplia extensión del derecho al voto; sin embargo, no había ninguna garantía, en una sociedad analfabeta y dominada por los terratenientes, de que el voto libre no llevase a la restauración del viejo orden y al derrocamiento de todo aquello en lo que creían los *levelers* y Milton. En los términos teológicos que la época utilizaba para pensar sólo podía haber una explicación del hecho de que la masa de la población no respondiera a las llamadas manifestamente racionales de Milton y los *levelers*. Esta explicación era el pecado original, la Caída.

En la revolución, tal como la vio Milton, los esfuerzos prodigiosos de los racionales y los buenos, que tan cerca estuvieron del éxito, se habían visto frustrados a causa de la depravación de la mayoría y por el mal que anidaba en los corazones incluso de algunos de los que en apariencia eran piadosos. Después de retirarse de la política alrededor de 1655, Milton se fijó a sí mismo la tarea de encontrar un sentido histórico a este fracaso, de justificar los caminos de Dios ante los hombres. El *Paraiso perdido* es más profundo y más trágico que el poema que Milton hubiese escrito veinte años antes. Y, a pesar de ello, la conclusión que se saca del poema no es trágica, ni tampoco se ve la esperanza diferida hasta otra vida. Milton rechazaba la predestinación de los calvinistas. La gracia es ofrecida a todos los hombres "al menos en medida suficiente como para alcanzar el conocimiento de la verdad y la salvación final". El viejo mito de la Caída quedó transmutado con un nuevo contenido que expresaba confianza incluso en la derrota. La leyenda había resumido la tristeza de la humanidad oprimida a lo largo de los siglos: Milton dio una nueva esperanza en el esfuerzo creativo. Su edad dorada, al igual que las de Bacon y Winstanley, se ubica en el futuro, aquí en la tierra. El hombre caído es en potencia capaz de alcanzar mayores alturas que Adán. En potencia: puesto que el proceso sigue siendo selectivo.

Aún no son todos los que pueden realizar plenamente sus capacidades: la democracia de la gracia no es universal: algunos son más iguales que otros. Pero en potencia todos son iguales: y la vista está dirigida hacia el futuro. Mediante el conocimiento del bien y del mal, nacido del arduo conflicto, podemos ganar "un paraíso dentro de ti, lejanía más feliz". "*Lejanta más feliz*": así los valores quedan alterados.

3

El siglo xvii fue testigo de un caso de la creencia en el infierno. Durante siglos el hecho de que Dios había perdonado a la mayoría de sus criaturas humanas a una eternidad de tortura había sido aceptado, al menos a juzgar por los escritos que han llegado hasta nosotros. Pocos, al parecer, detectaron conflicto alguno entre eso y la beneficencia de una deidad omnipotente. Algunos herejes medievales de clase baja señalaron la contradicción; pero el ordenamiento de la otra vida seguía tan de cerca al ordenamiento de la vida sobre la tierra, donde una minoría gobernaba y prosperaba mientras la mayoría trabajaba y sufría, que de los primeros pocos eran en verdad los que lo ponían en entredicho. Pero en los siglos xvi y xvii, al empezar a abrirse ante parte de las clases bajas mayores posibilidades de libertad económica, se alzaron voces contra estos monstruosos presupuestos de la doctrina tradicional. En su *The Decline of Hell* Walker ha descrito la forma avergonzada en que el clero (bajo presión de los seculares) abandonó las formas más burdas de dicha doctrina, así como una concepción más democrática de la otra vida. Sin embargo, hay un punto que no pone lo bastante de relieve: el papel que jugaron los radicales de clase baja en la propagación de esas nuevas ideas. Los que rechazaban la subordinación social mantenida por la doctrina no sentían ningún reparo en poner la doctrina misma en entredicho. El número 42 de los Artículos de Eduardo VI denunciaba a aquellos —probablemente anabaptistas— que no creían en una eternidad de castigo para los impíos. El ejemplo supremo y más obvio de tales pensadores lo tenemos en Winstanley, la más radical de todas las figuras políticas del siglo xvii, que calificó de engaño a la doctrina

del castigo eterno, cuyo objetivo consistía en mantener la desigualdad sobre la tierra.

El derrumbamiento de la censura y de la maquinaria represiva de la iglesia estatal dejó a los hombres corrientes en libertad de decir "no había cielo ni infierno salvo en la conciencia del hombre"; "si me diera por adorar al sol o a la luna... nadie tiene nada que ver con ello"; "el vendría toda la religión por una jarra de cerveza". El "arismo" de los ingleses postrevolucionarios arrojó la atención de los observadores extranjeros y ciertamente tuvo mucho que ver con el hecho de que los hombres acudados aceptasen el regreso de la jerarquía eclesiástica en 1660. Tal como dijo un obispo de después de la restauración, eran especialmente "los plebeyos y los menesterables" los que "han filosofado y aceptado los principios de la impiedad y han leído sus lecturas de arismo en las calles y en los caminos reales". Con el retorno de una relativa libertad de prensa al finalizar el siglo, los unitarios rechazaron públicamente la doctrina del tormento eterno: el eclipsamiento del presbiterianismo en Inglaterra a causa del unitarismo contribuyó al ocaso del infierno. De esta manera uno de los poderes argumentos en pro de la persecución religiosa perdió parte de su peso: el argumento según el cual la crueldad en la tierra puede salvar a los herejes (o a otros) del castigo eterno después de la muerte.

Esta revolución moral coincidió con el abandono de la tortura en los procedimientos judiciales, y con el fin de la quema de brujas: es evidencia de una mayor sensibilidad ante el dolor ajeno. Pero también lo es de algo más profundo que eso. El infierno decayó porque los hombres empezaron a pensar que las acciones virtuosas efectuadas para recibir una recompensa, o por temor al castigo, en realidad no tenían nada de virtuosas; aún más importante, que esas pautas eran aplicables a la totalidad de la población. Durante mucho tiempo los defensores del infierno como gran factor disuasivo, y algunos de los que tenían dudas al respecto, insistieron en que las clases bajas podían ser mantenidas en su lugar solamente gracias al temor al tormento eterno. Este punto de vista, desde luego, no fue desechado durante nuestro período: hoy día sigue existiendo, pero se empezaba a ponerlo en duda a medida que el mayor sentido común de la masa popular empezaba a hacerse sentir al lado de la ferocidad

aterrada de la clase gobernante. El nacimiento de la democracia y la caída del infierno coincidieron en el tiempo. A veces los que vuelven la vista atrás con nostalgia, hacia las virtudes superiores de una cultura aristocrática, se olvidan de detalles triviales como la eternidad.

4

Cierto número de cambios importantes, aunque graduales, estaban teniendo lugar en el estilo de vida de los grupos medios de la población. Los ingresos más altos y el perfeccionamiento de las técnicas de la construcción se tradujeron en casas mucho más cómodas, con mayor intimidad, para todo el mundo salvo para las clases más pobres. En las casas empezó a haber escaleras, más habitaciones, incluyendo alcobas, sillas en lugar de bancos, chimeneas de ladrillo, cristales en las ventanas, cerrojos en las puertas, espejos; el papel y los libros eran más baratos; los ciudadanos abandonaban los humos de Londres para instalarse en los suburbios. Simultáneamente, las tendencias económicas aumentaban el número de los que, como mínimo, disponían de cierto tiempo para leer, especialmente las mujeres de clase media para las cuales el hecho de no trabajar constituía una señal de su *status* social, y que se habrían muerto de aburrimiento de no haber sido por el *Spectator* y el auge del género novelístico. La clase a la que iba dirigido el *Spectator* quedó definida en el primer número de la publicación: los lectores tendrían "la satisfacción de comprobar que no hay rango o grado entre ellos que no tuvieran su representante en este club", ya que en él se hallaban incluidos un *gentleman*, un abogado, un mercader, un oficial retirado del ejército y un galán.

La familia individual, las sociedades voluntarias, ya fueran capitales disidentes, *coffee-houses* o clubs políticos, empezaron a reemplazar a las comunidades geográficas de la Edad Media, en las cuales la iglesia era por doquier el centro de la comunidad. Se perdió algo del espíritu de vecindario a causa de esta combinación de intimidad suburbana y asociación voluntaria: algo se ganó en estímulo intelectual al congregarse gran número de personas, especialmente en Londres y sus alrededores; hombres y mujeres encontraban a otros que compar-

tían sus intereses y estaban dispuestos a hablar de ellos. Una sociedad de individuos atomizados volvió a formarse convirtiéndose en comunidades; pero sus comunidades eran voluntarias, y sus intereses más diversos. (Me refiero principalmente a la clase acaudalada, cuyos hijos comenzaban a monopolizar las escuelas de humanidades. Estas habían sido creadas pensando principalmente en los pobres; pero ahora, al concentrarse exclusivamente en los estudios clásicos, eran útiles sobre todo para los miembros de las clases ociosas que podían albergar la esperanza de seguir alguna carrera.)

Las ideas científicas recibieron un estímulo durante la revolución, gracias a la mayor libertad de publicación y debate, a la introducción de científicos en Oxford por los comisionados parlamentarios, y a la formación en Londres y Oxford de los grupos que después de la restauración tomaron la iniciativa de fundar la *Royal Society*. Una y otra vez en sus escritos John Aubrey, F. R. S., hace referencia a supersticiones que existían antes de la guerra civil y que ya habían desaparecido al finalizar el reinado de Carlos II. También Hobbes se fijó en la importancia del cambio para el estímulo intelectual: "siendo casi lo mismo para un hombre ser siempre sensible ante las mismas cosas como no ser sensible ante nada". Este estímulo intelectual procedía de los avances económicos del período tanto como de las revoluciones políticas. Las actitudes de la ciencia del siglo xvii dieron nueva confianza a los hombres. Empezaron a ver la naturaleza como una máquina que podía ser comprendida, controlada y mejorada gracias al conocimiento. Una cosa es dominar la naturaleza por tener bajo el mando de uno a siervos y ganado y otra cosa muy distinta es inventar máquinas para el mismo propósito. El ganado y los siervos tienen unas potencialidades dadas, limitadas; las de las máquinas manipuladas por hombres libres son ilimitadas. Bacon opinaba que todas las ciencias podrían perfeccionarse en el plazo de unos años; Petty creía que "los impedimentos a la grandeza de Inglaterra no son más que contingentes y eliminables". En 1749 sir Thomas Smith había demostrado una remarcable precocidad al utilizar la analogía de un reloj para explicar la causalidad económica. Pero las analogías mecánicas pronto dominaron los debates sobre la

sociedad y el estado, sustituyendo a la tradicional imagen orgánica del "cuerpo político". Con ellas llegó la idea de que los gobiernos podían jugar un papel positivo en el ejercicio del control humano de las cosas.

La diferencia entre la Inglaterra de Shakespeare (escribió el profesor Tawney), visitada todavía por los fantasmas de la Edad Media, y la Inglaterra que surgió en 1700 [...] era una diferencia de teoría social y política aún más que de disposiciones constitucionales y jurídicas. Se modificaron profundamente no sólo los hechos, sino las mentes que los valoraban [...]. La consecuencia natural de la abdicación de las autoridades representativas, por muy imperfectas que fueran, de un fin común en la organización social fue la gradual desaparición del pensamiento social de la idea misma del fin. Su lugar en el siglo xviii fue ocupado por la idea del mercantilismo. La concepción de los hombres como unidos unos a otros, y de toda la humanidad como unida a Dios, mediante obligaciones mutuas surgidas de su relación con un fin común, dejó de estar grabada en la mente de los hombres.

Los escritores científicos, de Bacon a Locke, poco a poco fueron creando un clima intelectual en el que las leyes científicas, las leyes de la naturaleza, eran equiparadas con la ley de Dios, preceptos racionales, inmutables, y también con una ley moral igualmente inmutable. La importancia social de esto se vio cuando la economía política empezó a arrogarse la prerrogativa de una ciencia. Para Locke las leyes contra la usura eran más esbúpidas e ineficaces que permisivas. Las leyes de la oferta y la demanda regulaban los precios, incluyendo el precio de la mano de obra: contabilizarse para hacer subir los precios estaba mal, moralmente mal, para los trabajadores en no menor grado que para los monopolistas. Ya en los escritos de Petty, Locke y Dudley North hay una anticipación de las ferreas leyes de la ciencia financiera.

La ciencia depende del desarrollo económico. Tal como demostró Lewis Mumford, la industria del vidrio, en la que el predominio de Inglaterra era reconocido, hizo posible la fabricación de gafas, del telescopio, el microscopio, el termómetro, el barómetro, una obser-

3 Ferguson, p. 293, cf. pp. 361-362, 377, 390-391, 408.
Así como Thomas Carlyle a la economía política.

vación y medición más exactas y la gran síntesis de Newton, así como casas con menos corrientes de aire, el cultivo más intensivo de hortalizas y espejos para la introspección. La rápida expansión de la industria papelería inglesa (protegida después de 1688) contribuyó a una mayor pulcritud en la distribución de artículos al por menor, así como a que las paredes de las casas de la clase alta estuvieran recubiertas con mayor gusto y más higiene. Ayudó a la difusión de la alfabetización y a la aparición de un funcionamiento público de plena dedicación, de rápidas comunicaciones postales y la disseminación de noticias, la conservación de datos exactos. Se ahorró mucho tiempo y dinero. Al disponerse de relojes más exactos, los médicos podían tomar el pulso a los pacientes, una vez se hubo aceptado el descubrimiento por parte de Harvey de la circulación de la sangre. La nueva actitud científica sirvió la vida en muchos aspectos. Los gobiernos posteriores a 1688 utilizaban las estadísticas) por ejemplo, las recopiladas sobre la balanza comercial, la renta y el gasto públicos, el estado de la moneda. El economista Charles Davenant fue nombrado inspector general de importaciones y exportaciones, con el objeto de que suministrase información estadística al *Board of Trade* y a la Tesorería. Durante la generación de después de 1688 el gobierno inglés se vio revolucionado por estos nuevos métodos de cálculo racional, aplicados por funcionarios públicos que a menudo eran *Tellers* de la *Royal Society*. En 1665 se escudriñaron ansiosamente las listas de mortalidad para calibrar el progreso de la peste. Los seguros de vida datan del final del siglo xvii. Su *William Petty*, que en tanto contribuyó al desarrollo de la "aritmética política", ha sido llamado también "padre de la economía política". A un nivel más bajo pero en última instancia más importante, la masa de la población, al llegar a la segunda mitad del siglo xvii, ya estaba tan acostumbrada a la aritmética mental que los adultos dejaron de utilizar el ábaco, aunque sigue empleándose en amplias zonas del globo hoy día.

En multitud de detalles pequeños como éste nos es dado ver que la revolución constituyó un punto crucial en la instauración de una sociedad comercial y competitiva. Fue entonces cuando los médicos que ejercían la medicina general se libraron del control del colegio de médicos, cuyo monopolio gozaba de la protección del Consejo Privado antes de 1640. El ejercicio de la medicina, nos dice Roberts,

"se convirtió en una actividad económica libre como cualquier otra", siendo el mercado lo que dirigía a su personal y comportamiento, gracias a la existencia de "una clase media numerosa, que no sólo esperaba recibir una asistencia médica adecuada, sino que también podía pagarla, siempre y cuando no se pudiesen unos honorarios exorbitantes", que era lo que los médicos habían tratado de que significaran siendo.⁴ La primera biblioteca pública y gratuita de Europa que funcionó independientemente de la iglesia o de algún municipio —la *Chetham's Library* de Manchester— data de 1653; si bien antes incluso de dicho año el *Parliamentary Committee* de York había abierto al público la *Mirror Library*. Artículos de importación hasta entonces poco conocidos —té, café, chocolate, tabaco— junto con especias y azúcar más baratos, revolucionaron la dieta y las costumbres sociales. Las *coffee-houses*, cuya existencia hubiese sido imposible sin el desarrollo del comercio con Levante, se constituyeron a partir de los años cincuenta en "mercados de noticias", reflejando el hecho de que ahora se disponía de información política y se discutía, lo cual también era nuevo; del mismo modo que describirlas como "conventículos laicos" da a entender que el interés político se apartó de la religión para concentrarse en temas más seculares. Las *coffee-houses* fueron suprimidas en 1675 por ser "el gran refugio de personas ociosas y desafectas"; pero sobrevivieron.

Los más nobles entre los revolucionarios habían imaginado a Inglaterra como un hombre fuerte levantándose tras haber despertado: "una nación no lenta y mortecina, sino con un espíritu vivo, ingenioso y penetrante, no por debajo, hasta no poder alcanzarlo, del punto más alto al que pudiera remontarse la capacidad humana". Esta excelente confianza se evaporó en los años cincuenta. Pero las relaciones sociales inglesas fueron modificadas profundamente por la revolución; así, de manera menos perceptible pero a la larga tal vez aún más significativa, era cómo hombres y mujeres pensaban en sí mismos, en la naturaleza y en la sociedad.

4. R. S. Roberts, "The personnel and practice of medicine in Tudor and Stuart England, part 2, London", *Medical History*, VIII (1964), pp. 217-234.

CUARTA PARTE

DE LA REVOLUCIÓN POLÍTICA A LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Capítulo 1

SOCIEDAD Y POLÍTICA

La estabilidad sale del equilibrio de las tensiones, no de la inercia.
DOROTHY MARSHALL (1962), p. 3

1

Después de 1688 termina la época heroica de la política inglesa. Una calma relativa sucedió a las violentas oscilaciones de los anteriores cincuenta años. El torysmo defensor del derecho divino estaba muerto: el apoyo al levantamiento jacobita de 1715 salió principalmente de los arruinados terratenientes del norte y de las *Highlands* de Escocia. El del 45 estuvo más cerca de alcanzar el éxito militar, pero la fuerza jacobita consistía en un ejército extranjero invasor y no en una rebelión inglesa. Poco entusiasmo había en Inglaterra por Jorge II o por el llamado "joven pretendiente". El año 1685 había presenciado la última revuelta organizada de los radicales; los herederos de Shaftesbury de Monmouth gozaron de poca influencia en el partido *whig* después de 1688. La derrota de los dos extremos coincidió con la consolidación en el poder de hombres moderados, acudados, dispuestos al compromiso: la oligarquía *whig*, el Hanover de Inglaterra. Siguió utilizándose las palabras *whig* y *tory*, pero gradualmente fueron perdiendo todo significado que no fuese el histórico: las heroicas figuras de un Stratford, un Laud, un Jacobo II se empujaron a un lado ante el reverendo Henry Sacheverell. Donald Pym, Oliver Cromwell y el falso Adoniram habían sembrado, si Robert Walpole y el duque de Newcastle recogieron la demás cosecha. "La

mayor parte de los que eran una figura", dijo Swift en 1710, necesitaba a "una especie de hombre completamente distinta de cualquier otra que se hubiera conocido antes de la revolución" de 1688: oficiales del ejército o "aquellos cuya fortuna entera está en fondos o en stocks".

A medida que los *whigs* iban convirtiéndose progresivamente en el partido de los grandes intereses comerciales, los líderes *torres* se pusieron a explotar a los elementos democráticos marginados de la política. Los políticos *torres* despojados de su cargo aprendieron a hablar el lenguaje del anterior republicanism *whig*, patrocinando proyectos de ley contra los empleados públicos y defendiendo una amplia franquicia en los burgos. Sacheverell fue alejado por turbas eclesiásticas y monárquicas del mismo modo que Shaftesbury y Monmouth lo habían sido por las turbas antipapistas. La turba de Sacheverell intentó pegar fuego al Banco de Inglaterra. Los tejedores de Southwark, que eran artesanos a la antigua y no conformistas en su casi totalidad, se opusieron a las turbas eclesiásticas y monárquicas de 1709. En los debates sobre la *Septennial Act* * de 1716 "los *torres* hablaron como los viejos *whigs* y republicanos contra la monarquía, los ministros, etc., y los *whigs* exageraron las ventajas del poder absoluto, ilimitado y prerrogativo, vilipendiaron a las turbas, se mofaron del pueblo y exaltaron a la corona". Swift se refirió a Stephen College, el "ebanista protestante" que había sido ejecutado en 1681, calificándolo de "persona noble". A principios del siglo XVIII los jacobitas encontraron apoyo entre los mineros de Derbyshire (cuyos antepasados habían sido *swellers* en 1649) y entre los tejedores de la región de Monmouth, que no habían alzado un dedo en favor de Guillermo en 1688. ¿Qué iba a hacer un hombre honrado en semejante sociedad?

Hasta la aparición del radicalismo verdadero hacia fines del siglo XVIII, todos los que se oponían a los *whigs* tenían que autodenominarse *torres*. El "radicalismo *tory*" era una alianza incómoda y totalmente negativa de las dos clases derrotadas en el siglo XVII —la *gentry* de las regiones alejadas y los pobres de las ciudades— contra

* Ley en virtud de la cual la duración del parlamento pasaba a ser de siete años en vez de tres.

sus gobernantes burgueses y aristocráticos. La mayoría de los provinciales de principios del siglo XVIII partían del presupuesto de que la mayoría de sus lectores eran "torres" en el sentido de que estaban en contra del gobierno, odiaban la corrupción política y añoraban una mítica edad dorada de estabilidad social.¹ Esta especie de *fortissimo* democrático, del cual Bolingbroke intentó empujarse en portavoz en *The Craftsman* durante los años treinta, pasaría fácilmente al radicalismo de los años setenta. Incluso el nacionalismo poco atractivo de los ingleses nacidos libres, *concedores de burys*, enemigos del papismo, de los zúccos y de los franceses, presentaba cierta independencia *vis-à-vis* los superiores sociales.

La época heroica de la religión también había tocado a su fin. La *Toleration Act* de 1689 fue en muchos aspectos un compromiso insatisfactorio; no alcanzó a los católicos romanos, unitarios, judíos o ateos y excluyó de la vida pública a los disidentes protestantes a menos que se mostraran dispuestos a conculgar con la Iglesia de Inglaterra al menos una vez al año. La Iglesia de Inglaterra retuvo sus propiedades y su dominio social, pero al precio de abandonar las ideas sociales de Laud. La vida frustrada, atormentada, de Swift muestra cuán difícil resultaba para los anglicanos más nobles aceptar la postura de los capellanes erastianos ante el interés monetario: al rector de Bray le resultó más fácil. Pero la Inglaterra del siglo XVIII distaba mucho de estar estancada, aun cuando la religión y la política hubiesen perdido gran parte de su apasionamiento. El comercio se hallaba en rápida expansión, alentado por el gobierno; la agricultura estuvo deprimida en los años veinte, treinta y cuarenta, pero la baratura de los alimentos hizo que bajasen los costes industriales. La industria iba romando fuerza lentamente para la gran explosión que se produciría después de 1780. El sistema financiero del país estaba siendo reorganizado para responder a las necesidades de una moderna comunidad comercial.

Las ideas políticas y religiosas se eclipsaron cuando tanto la derecha como la izquierda, los jacobitas como los republicanos, empezaron a reconocer que los resultados de la revolución eran permanentes.

1. Véase p. 303, Cf. L. M. Munby, "Politics and religion in Hertfordshire, 1660-1740", en *Ess. Anglian Stud.*, 1959, pp. 138-142.

res. Bolingbroke, biznieto del Lord Chief Justice * de Cromwell y educado bajo la influencia de los disidentes, encabezó al *High Church Party* ** bajo la reina Ana. El duque de Newcastle ilustró la degradación de los términos políticos cuando en 1720 pensó que sus esfuerzos por cuenta de la South Sea Company servirían "a mis amigos y a la Vieja Causa, a ninguno de los cuales abandonaré mientras viva". Eran 57 las personas cuyas razones hereditarias para reclamar el trono de Inglaterra eran mejores que las de Jorge I. después de la sucesión de dicho rey resultó imposible tomarse en serio la monarquía por derecho divino.

Mientras la clase propietaria estuvo dividida en intereses opuestos, los de los hacendados por un lado y los del dinero por otro, y mientras la cámara de los comunes consideró que su función consistía en la crítica más que en el gobierno, la monarquía retuvo una considerable capacidad de maniobra. Parece ser que Swift creyó sinceramente en 1753 que "sin alguna ayuda inesperada del cielo, muchos miles que ahora viven verán el gobierno de una monarquía absoluta". Los temores populares de que tales fueran las aspiraciones de Jorge III al empezar su reinado, temores que ahora sabemos que eran infundados, no eran solamente una invención de Burke. El rey todavía delega a sus propios ministros y contar con su favor era esencial en tiempos normales; pero estaba obligado a aceptar la política de sus ministros. Jorge I dejó de asistir a las reuniones del gabinete no por falta de habilidad lingüística, sino porque su autoridad en ellas era muy escasa. Además, los comunes, en realidad, podían ejercer el veto sobre la elección de ministros hecha por el rey y en tiempos de crisis al monarca se le podía imponer un ministro como Pitt, aunque no le gustase. En 1729 Townshend insistió en que el rey nunca debía permitirse el perder crédito e influencia en el parlamento: "Las confusiones e infortunios que acompañaron los reinados de los reyes Carlos I y Carlos II y del rey Jacobo, al discrepar

Presidente del tribunal supremo.

El partido o los principios de los *High Churchmen*, es decir, los miembros de la Iglesia de Inglaterra en cuyas opiniones ocupaban un alto lugar la autoridad del episcopado y del sacerdocio, la gracia salvadora de los sacramentos y, en general, los puntos de doctrina, disciplina y ritual de los cuales la Iglesia Anglicana se distingue de la católica y de las Iglesias protestantes no conformistas.

éstos de sus parlamentos, son demasiado conocidos para que nos olvidemos de ellos". En el discurso de la corona del año 1734 Walpole hizo que el rey Jorge II asociara la monarquía con "la religión, la libertad y la propiedad", la antigua trinidad parlamentaria. Jorge exageró cuando se calificó de "rey que trabajaba" y cuando se quejó de que "los ministros son los reyes de este país" (1745); pero tuvo que aceptar ministros capaces de asegurarle una mayoría en los comunes. "La siguiente gran política de la constitución", explicó Charles Yorke a su hermano en 1746, "es ésta: que haga lo que haga el rey debe parecer que lo hace *ex proprio motu*; el resultado de su propia sabiduría y elección deliberada. Esto confiere gracia al gobierno ante los ojos del pueblo y es aquí donde está la dignidad de la monarquía".

2

Sin embargo, ¿qué había reemplazado a la monarquía? En 1703 Defoe escribió: "Está al alcance de la *genio* de Inglaterra reformar todo el reino, sin leyes, ni proclamas, ni decretos; y sin su concurrencia, todas las leyes, proclamas y declaraciones del mundo no tendrían ningún efecto; el vigor de las leyes consiste en su poder ejecutivo". Sobre el papel de las alteraciones sufridas por la vieja constitución eran mínimas. Después de 1688 todo cambio parecía pertenecer a la oligarquía gobernante. El parlamento *toy* de 1710 aprobó una ley que instituyó la obligatoriedad de que un caballero del condado (*knigh of the shire*) poseyera tierras por valor de 600 libras esterlinas anuales, 300 para los burgueses. Swift opinó que dicha ley era "la mayor seguridad que se haya inventado jamás para preservar la constitución, que, de no ser por ella, en poco tiempo podría quedar a merced de los intereses monetarios". Pero, de hecho, el principal efecto de la ley estribó en reforzar las presiones sociales que pesaban sobre los hombres adinerados para que se instalasen en calidad de familias hacendadas. Pronto el *toy* Bolingbroke aseguraba "al Banco, a la Compañía de las Indias Orientales y a los intereses monetarios en general", que cualquier cosa que les perjudicara a ellos también afectaría adversamente "a multitud de intereses patrios".

Las artes de la administración parlamentaria se hicieron necesarias a causa del triunfo de los intereses monetarios. "La cámara de los comunes", observó el doctor Johnson, "ya no está bajo el poder de la corona y, por consiguiente, debe ser sobornada". La prosperidad y la concentración de riqueza a principios del siglo xviii, junto con el relativo ocaso económico de la pequeña *gentry*, convirtió a la política en una actividad demasiado cara para algunos de los que antes la tenían como coto cerrado para ellos. Se dijo que en 1720 la South Sea Company pagó 1 500 000 libras esterlinas de soborno a diversas figuras públicas. Los hombres adinerados se sentían felices de dejar los detalles de la administración en manos de aquellos que la tenían como función tradicional, ya que tenían la seguridad de que en última instancia la controlarían a través del Banco de Inglaterra y las grandes compañías que adelantaban dinero al gobierno. Pero los "gobernantes naturales" tuvieron que agruparse en manadas, unidas por el parentesco o la geografía, con el fin de dar caza a los despojos de los cargos; y tuvieron que aceptar el liderazgo de una de las grandes familias. El *gentleman* rural independiente era ineficaz como figura política: no fue posible lanzar un reto al poder de las grandes dinastías *whigs* hasta la aparición de una nueva riqueza, de unas nuevas clases, lo cual sucedió después del final del período que estamos estudiando.

El efecto de la *Septennial Act*, que ampliaba la duración del parlamento de tres a siete años, y de una ley de 1729, dirigida extensivamente contra el soborno, consistió en aumentar el precio de un escaño en los comunes, en beneficio de los que tenían mucho dinero. De esta manera la constitución, que había sido creada para proteger los intereses hacendados, se vio retorcida, de forma gradual pero inexorable, a teor de los propósitos de los hombres adinerados. El precio de un escaño de burgo en el siglo xviii subió de 1 500 libras esterlinas a unas 5 000; de Clive se dijo que había pagado 30 000 libras por el suyo. Había gente que se dedicaba regularmente a traficar con tales escaños y que a partir de los años sesenta anunció su mercadería en los periódicos. Alrededor de 1780, escribió sir Lewis Namier, "varios nababs regresaron de la saqueada tierra de la India y trataron de asegurarse contra las indagaciones sobre el origen de sus fortunas proveyéndonse de escaños en el parlamento". En 1754

los *Tories* gastaron más en los comicios de Oxfordshire de lo que el gobierno gastó en todas las elecciones generales.

Gradualmente, al ir quedando relegada a un segundo plano la *gentry* *Tory* de las regiones más apartadas del país, la distinción entre los intereses hacendados y los monetarios, tan vital para Swift, perdió su intensidad. El doctor Plumb sugiere que parte de los logros de Walpole consistió en completar la reconciliación de estos intereses, la derrota definitiva del toryismo. A todos los efectos prácticos, Inglaterra era un estado monopartidista. Las disputas políticas importantes tenían lugar en el seno del partido *whig* gobernante, y solían obedecer a cuestiones de política exterior. El *speaker* Onslow deploró las divisiones existentes en la cámara porque el objeto del debate no debía ser el poner de relieve las diferencias, sino llegar a una decisión acordada sobre la política acertada que debían seguir los ministros. Al aumentar la importancia de esta oligarquía, la mayoría de los miembros del reducido electorado nominal quedaron de hecho privados del voto. Los *gentlemen* rurales decidían entre ellos las elecciones de los condados: "probablemente no más de uno de cada veinte votantes en las elecciones de condado podía ejercer libremente sus derechos legales", opinó sir Lewis Namier. Si fuera un *gentleman* con propiedades rústicas, dijo el doctor Johnson en 1775, "expulsaría a todos aquellos de sus colonos que no votasen al candidato apoyado por él". En todos los burgos excepto en los más grandes, las elecciones disputadas fueron raras después de 1720. En 1761, 23 de 44 ciudades con más de 500 votantes acudieron a las urnas; de 201 ciudades con menos de 500 votantes, sólo 18 hicieron lo propio.

Una cámara de los comunes elegida de esta manera estaba formada por diputados a los que interesaban más los despojos del cargo que los principios políticos. Así, el sistema iniciado por Danby en la década de 1670 fue ampliándose y perfeccionándose paulatinamente. Walpole maduró y monopolizó este sistema de patronazgo gubernamental. Ni el nombramiento de subordinados en el cuerpo de funcionarios encargados de la recaudación de las rentas locales ni el de los canónigos catedralicios le parecían demasiado triviales para

ocuparse de ellos. En la cámara se formó un núcleo de "amigos del rey", integrado en su mayor parte por empleados públicos. Por encima de esto el ministerio del día dependía de los votos de las diversas "conexiones" que ocupaban cargos. El gobierno consistía en un proceso continuo de cambalache y maniobras. En última instancia una conexión podía retirarse del gobierno, que entonces era susceptible de encontrarse tan debilitado que fuese necesaria su reconstrucción. En tiempos normales el secreto del éxito en política estaba en la asidua aplicación a las cuestiones cotidianas de patronazgo y posición, como demostró el duque de Newcastle. Un hombre como Pitt el viejo, el héroe de la *City* de Londres, podía acceder forzosa-mente al poder en tiempos de grave emergencia, pero nunca ejercía la clase de artes que pudiesen haberle proporcionado un grupo de partidarios permanente y estable. El sistema era idóneo para una época en la que la nación política no estaba dividida por pasiones intensas, pero, al mismo tiempo, contribuía a acrecentar la inercia, la falta de empuje político: los gobiernos hacían frente a las grandes cuestiones solamente cuando era inevitable.

El sistema creó su propia oposición a la reforma. Al comenzar el reinado de Jorge III aproximadamente la mitad de los diputados debían sus escaños a algún padrino. Los que habían comprado algún burgo no sacarían provecho a su inversión mientras permaneciesen en la oposición. Puestos ya obsoletos que, como dijo Burke, se habían convertido en "nada más que una excusa educada para percibir un sueldo", tenían que ser conservados con el fin de satisfacer las rapaces demandas de los políticos, de los que había siempre un número excesivo que andaba a la caza de un número demasiado reducido de empleos. Sin embargo, sin distribuir puestos suficientes entre los jefes de los grupos que integraban la cámara de los comunes, habría sido imposible gobernar. La instauración de 1688 había sido pensada con el fin de impedir que el gobierno real acusase independientemente de la voluntad de las familias hacendadas con representación en el Parlamento; perpetuó un sistema de miedo por el que andaban a la arrebatina los descendientes de aquellas familias, un sistema que impedía una acción fuerte por parte del gobierno salvo en tiempos de

2. Plumb, 1976-1980, II, pp. 92-93, 97.

crisis aguda. Todos los que estaban metidos en política querían ser del grupo de "amigos del rey", pues aunque éste no gozaba de poder independiente, los principales premios del cargo eran distribuidos en su nombre y a menudo con su participación directa. Los que quedaban fuera del sistema volvían inevitablemente los ojos hacia el príncipe de Gales. El hecho de que el primogénito de Jorge III no naciera hasta 1762 tal vez ayudase a persuadir a estos marginados de la necesidad de reformar todo el sistema, así como de la de acudir a la opinión pública en busca de apoyo. Puede que hiciera más aceptable el nuevo mito político de Burke, que justificaba el crecimiento del partido hasta el punto de organizar la oposición al ejecutivo y ofrecer un gobierno alternativo. Anteriormente, los grupos marginados del poder se limitaban a molestar hasta que se les daba cabida en él. Así, pues, los principios empezaban a volver a la política al terminar nuestro período: la opinión pública externa empezaba a expresar la repugnancia moral que el sistema de corrupción y de chanchullos familiares despertaba entre los que se hallaban fuera del círculo mágico.

Walpole subió al poder gracias en gran parte a su habilidad para limpiar los destrozos ocasionados por el estallido de la *South Sea Bubble*, utilizándolo un número mínimo de chivos expiatorios. Jorge I había sido gobernador de dicha compañía, por lo que la revelación de demasiados escándalos habría podido sacudir la misma institución hanoveriana. Esta operación de encubrimiento granjeó a Walpole el apoyo de la familia real, así como la popularidad en el parlamento. Su política en el poder consistía en la paz en el extranjero con el fin de mantener bajos los impuestos en casa, complaciendo así a la *gentry*. Sin embargo, su política fiscal favorecía a los fabricantes; suministró casi todos los derechos sobre la exportación de artículos manufacturados ingleses, así como los derechos sobre la importación de algunas materias primas que la industria necesitaba. Se fijaron primas destinadas a estimular la refinación de azúcar y la fabricación de lana y seda; sólo se conservaron los derechos de exportación en el caso de las materias primas industriales como el carbón y el plomo, así como el paño no acabado. Con el fin de mantener bajos los salarios en 1726 se aprobó una ley prohibiendo las asociaciones de trabajadores. El apoyo que Walpole tenía en la *City* procedía de la cli-

garquía gobernante. En 1724 su gobierno privó del derecho al voto a 3.000 hombres libres y confirmó el veto reivindicado por los concejales, lo cual constituyó la vuelta a unas prácticas en torno a las cuales había habido disputas desde la década democrática de 1640. (La citada ley fue derogada en 1746.) Los *whigs* ya no eran el partido que favorecía siempre la extensión del derecho al voto contra la oligarquía. Walpole era odiado por los ciudadanos corrientes de Londres, se decía, "porque nunca hizo por los comerciantes ni por ninguno de sus intereses, sino que basó una influencia corrompida sobre los directores y gobernadores de las grandes compañías adineradas". En 1742 la City de Londres pidió oficialmente la presentación de proyectos de ley contra puestos y pensiones, así como la derogación de la *Septennial Act*, como garantías en contra de la corrupción del parlamento.

3

Poco a poco la opinión pública fue convirtiéndose en una fuerza, especialmente a raíz de la instauración de las sesiones anuales del parlamento después de 1689. Los disidentes fueron quizás los primeros en organizarse como grupos de presión, operando en lo que sería la típica forma de operar de la clase media inglesa: apelar a los ministros y funcionarios públicos entre bastidores en vez de recurrir a la manifestación o petición públicas. Estas técnicas habían sido utilizadas por los *levellers* y los *whigs* de Shaftesbury, pero cayeron en desuso a partir de los años ochenta, y no fueron resucitadas hasta que en la década de 1760 apareció la nueva fuerza social del radicalismo wilkesiano. La prensa ayudó a que se expresara esta nueva opinión de la clase media. A pesar de los intentos que hicieron los gobiernos para restringir la circulación de periódicos mediante el pago de derechos, a partir de 1695 la prensa inglesa disfrutó de una libertad de censura previa sin igual en Europa. En 1700 no se publicaba ningún periódico fuera de Londres; en 1760 ya había más de 130, la mayoría de ellos con un tono de oposición al gobierno. En 1782 ya eran 18 los periódicos londinenses. Dado que los periódicos de provincias dependían de las noticias que Londres les proporcionaba,

el efecto de su circulación consistió en crear una opinión pública *nacional*, dirigida por Londres. Walpole abandonó su plan de *excise* en 1733 y cambió su política exterior en 1742. Pitt subió al poder en 1757, no en respuesta a los deseos del rey o a los de la mayoría de la cámara de los comunes, sino por la presión de poderosos intereses mercantiles con apoyo popular. La elección de Wilkes en 1774 fue un triunfo de la opinión pública contra el rey y la cámara de los comunes. Fue el movimiento wilkesiano el que finalmente puso fin a la obstinada oposición de los señores a que se publicasen sus debates.

4

La política fiscal inglesa a partir de la década de 1640 podemos verla como una batalla entre el impuesto sobre la tierra y el *excise*: una batalla que está relacionada con las discrepancias sobre la política exterior. Las guerras de Cromwell, Guillermo y Ana fueron financiadas mediante el incremento del impuesto sobre la tierra; los períodos intermedios fueron testigos de la reducción del citado impuesto. En los años sesenta, nos dice Pepys, "los *gentlemen* rurales son partidarios del impuesto sobre la tierra y contrarios a un *excise* general [...] porque temen que si se concede este último nunca conseguirán que vuelva a bajar". El partido de la corte quería un *excise* general precisamente por este motivo. A mediados del siglo xviii los intereses hacendados asociaban el impuesto sobre la tierra con la deuda nacional. La política pacifista de Walpole, su impuesto sobre la sal de 1732, y su *Excise Bill* de 1733 nacieron de su determinación de mantener bajo el impuesto sobre la tierra. El *excise* levantaba la furia de los ciudadanos humildes de Londres, los cuales pensaban que los impuestos sobre la cerveza de los pobres servían para pagar intereses a los que tenían fondos. En los años treinta los impuestos sobre la malta y la cerveza proporcionaron una cuarta parte de los ingresos que obtuvo Walpole en concepto de impuestos. El impuesto sobre la tierra volvió a subir a causa de la guerra en 1740 y 1756. Pero en 1780 el mismo impuesto proporcionó, por término medio, sólo un 22 por ciento más que en el reinado de Guillermo III: el

121

excise proporcionó más de cinco veces la cifra recaudada en tiempos de Guillermo.

El *excise* era impopular debido a la brutalidad con que se recaudaba. Los hombres temían, o fingían temer, que los recaudadores de este impuesto formasen el núcleo de la clase de burocracia que a los Estuardo les había sido impedido crear. Su misma existencia parecía violar los principios de 1688. Las grandes familias que fabricaban su propia cerveza escapaban de este impuesto porque jamás permitían la inspección a cargo de los funcionarios del *excise*: como de costumbre, los que pagaban eran los más humildes. (Otro efecto del *excise* consistió en favorecer la concentración de la industria cervecera en menos pero mayores firmas). La burocracia asalariada de los recaudadores del *excise* también era impopular a causa de su eficiencia. El coste de la recaudación de impuestos era inferior en Inglaterra al de cualquier otra parte de Europa.

5

El poder de los jueces de paz, aquellos "tiranos amantes de la libertad", aumentó progresivamente después de 1688. Las *quarter sessions** ya no hacían sus transacciones en público y eran menos responsables ante la opinión externa debido a que la acusación por parte de los jurados fue reemplazada por la acusación por parte de jueces de paz individuales. Gran parte de los asuntos de los magistrados de las *quarter sessions* eran delegados en uno o más jueces de paz que actuaban con un mínimo de control o supervisión. Ser expulsado de la judicatura era algo virtualmente insólito. Los jueces de paz regulaban los salarios, al menos así lo hicieron hasta mediados del siglo xviii, y controlaban la beneficencia. De esta forma combinaban funciones administrativas con funciones judiciales, combinación que en la *Star Chamber* había encontrado la vigorosa oposición de la *gentry*. Después de 1732 todos los jueces de paz debían poseer una

* En Inglaterra e Irlanda, tribunal con jurisdicción limitada criminal y lo civil, así como tribunal de casación, formado trimestralmente por los jueces de paz en las condados y por los *magistrates* en los *burgos* (y los jueces de condado en Irlanda).

finca de 100 libras esterlinas al año. Inevitablemente, compartían los puntos de vista de la clase patronal en las disputas industriales: cuando, hacia las postrimerías de nuestro período, los patronos de la industria pañera empezaron "car comités con el fin de demandar a los trabajadores acusados de desfalco o de trabajar mal, pareció algo completamente natural que los inspectores nombrados por los comités patronales tuvieran licencia de los jueces de paz.

En las ciudades con municipio propio el año 1688 confirmó la autoridad de las oligarquías que se perpetuaban a sí mismas, las curias, de hecho, eran también las que elegían a los diputados. Ningún gobierno adoptó medidas para limitar sus poderes y privilegios, o para hacerles rendir cuentas. Pero después de aproximadamente 1760 un nuevo espíritu empezó a campar por las regiones económicamente avanzadas. Cierta número de ciudades consiguieron leyes privadas (*private acts*) del parlamento facultándolas para crear comisiones de pavimentación, comisionados de alumbrado, comisionados de mejoras, con el fin de que las ciudades fuesen sitios más cómodos para vivir. Muchas parroquias urbanas empleaban a médicos regulares. La administración urbana era cada vez más profesionalizada, mientras que la de los condados siguió siendo inorgánicamente amateur. Esto creó una unidad de interés en la eficiencia entre la clase administrativa y los nuevos magnates industriales, tan mal organizados a escala nacional: es un anticipo del *benjamismo*.

"Las leyes estrojan a los pobres, y los ricos gobiernan la ley," cantó Goldsmith. La ley no protegía a los débiles, ignorantes y simples. El fraude no quedó tipificado como delito hasta 1757, en beneficio de los promotores de compañías fraudulentas. Entre 1688 y el final de nuestro período el número de delitos que comportaban la pena de muerte ascendió de unos cincuenta a casi cinco veces esa cifra. La inmensa mayoría de ellos eran delitos contra la propiedad y la mayor parte de los infractores, por lo menos en Londres, eran personas menores de veintinueve años. Un hombre fue ahorcado por robar un chello, un chico de dieciséis años por robar tres chelines y seis peniques y un coraplumero, una chica por robar un pañuelo. Un niño de once años fue ahorcado por pegar fuego a la casa de su amo. Muchos más fueron condenados a la deportación. La ley, citando palabras de mister Thompson, "era a la vez desproporcionada en su adjudica-

122

cación de sustanciales derechos de propiedad y apasionadamente vengativa con aquellos que transgredían tales derechos". "Las leyes del país", dijo Scout, el abogado de Fielding, a lady Rooby, "no son tan vulgares como para permitir que un tipo mezquino contienda con alguien de la fortuna de su señora". En *Amelia* el magistrado "sentía demasiado honor por la verdad para suponer que apareciera alguna vez sórdidamente ataviada". Las prisiones, que funcionaban en calidad de empresas privadas, financiadas con los honorarios que pagaban los presos, eran horriblemente insalubres.

6

La unión de Inglaterra y Escocia en 1707 aumentó en gran medida lo que era ya la mayor área de libre comercio del mundo. Adam Smith pensaba que ésta era una de las principales razones por las que Inglaterra dejó rezagada a Francia. Se recogieron las viejas monedas escocesas y se las reemplazó por divisas inglesas. El pago de 400.000 libras esterlinas de compensación a Escocia fue un gran estímulo para su economía. La unión afectó severamente a la industria pañera escocesa; pero el acceso al comercio con las colonias hizo que Glasgow, al finalizar nuestro período, fuese el principal puerto tabacero del Reino Unido. A su vez el crecimiento de Glasgow estimuló el desarrollo industrial de su *hinterland*. Los efectos a largo plazo de la unión fueron "enteramente beneficiosos para la economía escocesa", opinó el profesor Hamilton. Prosperó el comercio de maíz y ganado entre Escocia e Inglaterra. Se invirtió capital inglés en Escocia y se estimuló la industria linera escocesa. Los ingresos recaudados por los cobradores escoceses del *excise* subieron seis veces de 1707 a 1780.

La derrota de 1745 produjo una extensión de la influencia inglesa en las *Highlands* de Escocia parecida a la que el resultado de la guerra civil había producido en los rincones oscuros del norte y el oeste de Inglaterra un siglo antes. Los clanes fueron desarmados y se abolieron las jurisdicciones hereditarias y el servicio militar. Se confiscaron haciendas que fueron vendidas a *lowlanders* adinerados. Se

construyeron nuevos puentes y carreteras, los jueces recorrían los distritos del país, los *highlanders* eran forzados a educarse en inglés. El doctor Johnson tomó nota de las consecuencias sociales. "Cuando cesa el poder de la cuna y la posición, no queda otra esperanza que la de prevalecer por el dinero. El poder y la riqueza se suplen mutuamente [...]. Los jefes, despojados de sus prerrogativas, dedicaron su atención a mejorar sus ingresos, y esperan más rentas ahora que se les rinde menos homenaje". Los desabucos y la despoblación subsiguientes fueron obra de los mismos jefes, "degenerados de la carrera de gobernantes patriarcales a la de terratenientes rapaces". El jacobismo sobrevivió a guisa de leyenda consoladora; pero la época cultural dorada de Escocia vino después de la derrota de 1745. Fue la época de Adam Smith, David Hume, William Robertson, Adam Ferguson, Robert Wallace, Lord Kames, John Millar, William Ogilvie, James Boswell, Robert Burns y James Watt.

* Habitantes de las *Lowlands* o tierras bajas.

* Habitantes de las *Highlands* o tierras altas.

123

